

ÍNDICE DE TÍTULOS DE ARTÍCULOS . Índice Alfabético

Índice por Orden alfabético:

1. A un joven vasco. Eusko Gastedi, Caracas, 1965
2. A un joven vasco ante el Aberri. Gudari, Caracas
3. Adiós al . El País, Montevideo, 1956
4. Agur! El Plata, Montevideo, 1946
5. Aguirre, José Antonio. El Universal, Caracas, 1960
6. Aguirre, Lope de. Caracas
7. Albokas. Euzko Deya, Buenos Aires, 1946
8. Aldasoro, Ramón. El Plata, Montevideo, 1952
9. Algo sobre el carácter vasco. Montevideo, 1952
10. Andrés de Urdaneta. El Universal, Caracas, 1965
11. ArambuTu. El Universal, Caracas, 1960
12. Arana Goiri, Sabino. El Universal, Caracas, 1965
13. El Árbol de . El Nacional, Caracas, 1958
14. Aretxabaleta, Lucio. El Universal, Caracas, 1967
15. Arias (Monseñor). El Universal, Caracas, Octubre 7 de 1959
16. Arte Vasco. El Plata, Montevideo, 1955
17. Arteché y su coche. Euzko Deya, Buenos Aires, Julio 30 de 1947

18. Artistas Vascos. Catálogo. Caracas, 1956
19. Arturo Campión. Montevideo, Caracas, 1954

B

1. Baroja, Pió. El Universal, Caracas, 1956
2. Basáñez, Jesús. El humorismo vasco. El Nacional, Caracas, 1965
3. Begoña de Naguanagua. Eusko Gastedi, Caracas, 1956
4. Belford Hinton Wüson. Revista de la Sociedad Bolivariana, Caracas, 1961
5. El Bilbao de Bolívar. Revista de la Sociedad Bolivariana, Caracas, 1966
6. De Bolívar a... El Universal, Caracas, 1961
7. Bolívar y los vascos. Revista de la Sociedad Bolivariana de , 1964
8. Briceño Perozo, Mario.. Revista del Archivo General de la Nación, Caracas

C

1. Cadalso. Caracas

2. Campion, Arturo. El Plata, Montevideo, 1954
3. Canciones de Navidad. Montevideo, 1946
4. Cantemos en vasco. Euzko Deya, México, 1953
5. Carta de Caracas. 1958
6. Las casas solares. El Día, Montevideo, 1948
7. El caso vasco. El Nacional, Caracas, 1962
8. Castelao. El Plata, Montevideo, 1950
9. La comarca y el mundo. El Plata, Montevideo, 1953
10. Comunidad Vasco-a. El Plata, Montevideo, 1944
11. Con libertad no ofendo. El Plata, Montevideo, 1950
12. Congreso de Estudios vascos. El Plata, Montevideo, 1948 ..
13. Contemplación. Leyendo a Victor Hugo. El Plata, Montevideo, 1945

14. Couture... El Plata, Montevideo, 1948
15. Cultura y patriotismo. Euzko Gastedi, Caracas, 1957

D

1. De los vascos... El País, Montevideo, 1951
2. De nuestra estirpe. Cadalso
3. Defensa de la libertad. El Plata, Montevideo, 1949
4. Dos hombres y un pueblo. El Plata, Montevideo, 1952
5. El día del . El País, Montevideo, 1949
6. Diálogo de actualidad. Buenos Aires, 1944
7. Diálogo de la lengua. Boletín del Instituto Vasco de Estudios Americanos, 1950
8. Diálogos de ausencia... Caracas, 1956
9. Diálogos de emigrados. Euzko Gastedi, Caracas, 1958
10. Diálogos de muertos. Euzko Gastedi, Buenos Aires, 1943 .
11. Disertación sobre pintura vasca. La Mañana, Montevideo, 1951
12. El Dr. Couture. El Plata, Montevideo, 1948

E

1. Elkano. El Universal, Caracas, 1958
2. En defensa del . Euzko Deya, México, 1955
3. En el décimo aniversario. Montevideo, 1947
4. En el recuerdo de Guernika. Euzko Deya, Buenos Aires, Marzo 30 de 1944; El Plata, Montevideo, 1944
5. En los Campos Elíseos. Euzko Deya, Buenos Aires, 1943
6. Ensayo sobre el retorno. Euzko Deya, México, 1953
7. Erremin. Narciso de... Euzko Gastedi, Caracas, 1965

8. Esta es la justicia. El Plata, Montevideo, 1951
9. Esto es Pizkunde. Caracas, 1956
10. Estudios Vascos. El Día, Montevideo, 1948
11. Exportación de cacao la Compañía Guipuzcoana. El Farol, Caracas, 1963
12. Exposición... Cabanas Oteiza... El Dia, Montevideo, 1951 ..

F

1. Franco y la cultura vasca. El Plata, Montevideo, 1952
2. Francisco de Xabier. Euskal Erria, Montevideo

G

1. Gahndez. El Nacional, Caracas, 1959
2. La "gens" caraqueña de los Landaeta. Boletín Fundación John Boulton, Caracas, 1969
3. Guernika. El Plata, Montevideo, 1950
4. Guernika. El Plata, Montevideo, 1952

H

1. Habló ayer en la Universidad. La Mañana, Montevideo, 1943
2. Hacia la Libertad. Gudari, Caracas, 1969
3. Hermandad vasca. Euzko Gastedi, Buenos Aires, 1946
4. El Himno Nacional vasco. Aberri, Caracas, 1959
5. Hombres de la Compañía... Boletín Academia de la Historia, Caracas, 1958
6. Honrando a Dardo Regules. El Plata, 1961
7. El humorismo vasco. El Nacional, Caracas, 1965

I

1. Ibarra Aguerrebere... El Plata, Montevideo, 1947
2. Ideas simples. Euzko Gastedi, Caracas, 1959
3. Ignacio (santo), El Plata, Montevideo, 1945
4. Información Bibliográfica. Revista del Archivo General de la Nación, Caracas
5. Intermedio jovial. Euzko Deya, Buenos Aires, 1943
6. La invasión de Europa. El Plata, Montevideo, 1944
7. Irureta Goyena. Euzko Deya, Buenos Aires, 1947

J

1. Jesús de Galíndez. El Universal, Caracas, 1959
2. José Antonio de Aguirre. El Universal, Caracas, 1959
3. Juan de Sarrasqueta. Euzko Deya, Buenos Aires, 1944
4. Juan de Zumarraga. El Plata, Montevideo, 1948
5. Los juegos florales. El Plata, Montevideo, 1949

L

1. Larrañaga. El Plata, Montevideo, 1948
2. Leizaola. Caracas, 1960
3. La Lengua Vasca. Boletín del Instituto de Filología, Montevideo, 1943
4. Lengua vasca. El País, Montevideo, 1944
5. Lengua y nacionalidad. El Nacional, Caracas; Tierra Vasca, Buenos Aires, 1958
6. Leyendo a Víctor Hugo. El Plata, Montevideo, 1945
7. Literatura vasca. Revista Centro Vasco de Caracas, 1957
8. Lope de Aguirre. Caracas
9. Los libros de la Caracas... El Farol, Caracas, 1969
10. Lucio de Aretxabaleta. El Universal, Caracas, 1967

M

1. Madariaga, Bolívar. El Nacional, Caracas, 1961
2. Martín de Ugalde. El Universal, Caracas, 1967
3. El martirio de Guernika. Montevideo, 1951
4. Miseria y honor. El Plata, Montevideo, 1950
5. Monzón, Telesforo. Urrundik. Euzko Deya, Buenos Aires, 1946

N

1. Narciso de Oyarzabal. Euzko Gastedi, Caracas, 1965
2. Nicolás de Ormaetxea. Orixe. Euzko Gastedi, Caracas, 1961
3. Nuestro don Pío. El Nacional, Caracas, 1956

O

1. Orixe. Euzko Gastedi, Caracas, 1961
2. Ormaetxea, Nicolás. Euzko Gastedi, Caracas, 1961
3. El otro nieto del Árbol de . Euzko Deya, Buenos Aires, 1948

4. Oyarzabal, Narciso. Euzko Gastedi, Caracas, 1965

P

1. Los paisajes entrañables. El Día, Montevideo, 1951
2. Palabras de agradecimiento. Euzko Deya, Buenos Aires, 1945
3. El pastor bueno. El Universal, Caracas, 1959
4. Pelay Orozco. Un reflejo del... El Universal, Caracas, 1968
5. Política y patriotismo. Euzko Deya, México, 1958
6. El Príncipe de Viana. El Universal, Caracas, 1959
7. Problemas de jóvenes., Euzko Gastedi, Caracas, 1956
8. El próximo congreso... Euzko Deya, Buenos Aires, 1948
9. Publicaciones del cuatricentenario de Caracas. Revista Nacional de Cultura, Caracas,
10. El pueblo de las ermitas. Euzko Deya, Buenos Aires, 1946
11. El pueblo vasco... Euzko Deya, Buenos Aires, 1943

R

1. Ramón María de Aldasoro. El Plata, Montevideo, 1952
2. La realidad española bajo Franco. El Plata, Montevideo, 1948
3. Regules. El Plata, Montevideo, 1961
4. Resistir y persistir. Euzko Gastedi, Caracas, 1962
5. Rezaron fervorosamente el rosario. El Plata, Montevideo, 1946
6. El Roble de Colonia. Colonia, 1944

S

1. Sabremos cumplir. El Plata, Montevideo, 1949
2. San Francisco Xabier. Euskal Erria, Montevideo
3. San Ignacio de Loyola. El Plata, Montevideo, 1945
4. Sarrasqueta. Euzko Deya, Buenos Aires, 1944
5. Se fue un gran amigo. El Plata, Montevideo, 1956
6. Sinfonía de Getxo. Euzko Gastedi, Caracas, 1959
7. Tres emigraciones. Centro Vasco de Caracas, 1966

U

1. Ugalde, Martín. El Universal, Caracas, 1967
2. Un árbol y un hombre... Euzko Deya, Buenos Aires, 1944 .
3. Un reflejo del país vasco. El Universal, Caracas, 1968
4. Unamuno. El Universal. Suplemento Literario. Caracas, 1967

5. Uraga. Homenaje. El Plata, Montevideo, 1952
6. Urdaneta. El Universal, Caracas, 1965
7. Uruguay y la Unesco. 1954
8. Urrundik. Versos de Telesforo Monzón. Euzko Deya, Buenos Aires, 1946

V

1. El vasco Francisco de Vitoria. El Plata, Montevideo, 1950 .
2. Los vascos cantan... El Día, Montevideo, 1947
3. Los vascos en la Literatura castellana. Galeuzka, Buenos Aires, 1946

4. Viajeros extranjeros. Buenos Aires, 1943
5. Víctor Hugo. El Plata, Montevideo, 1945
6. Voluntad de sobrevivir. Euzko Deya, Buenos Aires, 1955
7. Wilson, Belford Hinton. Revista de la Sociedad Bolivariana de , Caracas, 1966

Y

1. Yunque y martillo. Caracas, 1956

X

1. Xabier, Francisco. Euskal Herria, Montevideo

Z

1. Zumarraga. El Plata, Montevideo, 1948

ARTICULOS PERIODISTICOS. INDICE CRONOLOGICO

LENGUA Y LITERATURA VASCA.

1. Euskera. La lengua vasca
2. La lengua vasca. Conferencia

3. El día del euskera
4. Los vascos en la Literatura Castellana
5. Euskera y patria
6. Congreso de Estudios Vascos
7. Diálogo de la Lengua
8. Cantemos en vasco
9. En defensa del euskera
10. Literatura vasca
11. Lengua y Nacionalidad

GERNIKA.

1. En el recuerdo de Gernika. 9.º Aniversario
2. El Roble de Colonia. Pasquín
3. Un árbol y un hombre son nuevo testimonio de Gernika
4. En el décimo aniversario de la destrucción de Gernika
5. El otro nieto del Árbol de Gernika
6. Gernika. En el 13 aniversario
7. El martirio de Gernika
8. Gernika. En el 15 aniversario
9. Gernika. En el 17 aniversario

URUGUAY.

1. El pueblo vasco ventila
2. En los Campos Elíseos
3. Intermedio jovial
4. La invasión de Europa
5. Comunidad vasco-uruguaya
6. Palabras de agradecimiento
7. Hermandad vasca
8. "Albokas" y "albokaris"
9. ¡Agur!
10. Rezaron fervorosamente el rosario
11. El pueblo de las ermitas
12. Canciones de Navidad
13. Los vascos cantan y danzan
14. Estudios vascos

15. Las casas solares del País Vasco
16. La realidad española bajo Franco
17. Defensa de la Libertad
18. "Sabremos cumplir"
19. Los Juegos Florales Catalanes
20. "Con Libertad, ni ofendo ni temo"
21. Miseria y honor de la gramática
22. Los paisajes entrañables
23. Esta es la justicia que mandan hacer
24. Algo sobre el carácter vasco
25. Franco y la cultura vasca
26. Ensayo sobre el retorno
27. "La comarca y el mundo"
28. Uruguay y la UNESCO
29. Voluntad de sobrevivir
30. Arte Vasco
31. Adiós al Uruguay

VENEZUELA.

1. Diálogos de ausencia y presencia
2. Begoña de Naguanagua
3. Problema de jóvenes
4. Yunque y martillo
5. Esto es Pizkunde
6. Artistas vascos en Venezuela
7. Diálogos de emigrados
8. Carta de Caracas
9. Hombres de la Compañía Guipuzcoana
10. Política y Patriotismo
11. El Himno nacional vasco
12. Ideas simples
13. Sinfonía de Guecho
14. Belford Hinton Wilson
15. El caso vasco
16. Resistir y persistir
17. Exportación de cacao
18. Información bibliográfica

19. Bolívar y los vascos
20. A un joven vasco
21. El humorismo vasco
22. Tres emigraciones
23. El Bilbao de Bolívar
24. Un reflejo del País Vasco
25. Hacia la Libertad
26. Los libros de la Caracas Colonial
27. Publicaciones del Cuatricentenario de Caracas
28. La "gens" caraqueña de los Landaeta

RESEÑAS BIOGRAFICAS

1. Ramon Maria Aldasoro
2. Jose Antonio Aguirre
3. Lope de Aguirre en su Purgatorio
4. Aramburu
5. Sabino de Arana el Libertador vasco
6. Lucio de Aretxabaleta
7. El Pastor bueno Monseñor Arias
8. Artetxe y su coche, el castigo de los dioses
9. Nuestro Don Pio Baroja y Nessi
10. De Bolivar a Zaldivar
11. Madariaga Bolivar y los Vascos
12. De nuestra estirpe Jose de Cadalso
13. Arturo Campion y Jayme Bon
14. Castelao y su Muerte
15. El Doctor Couture
16. Dialogos de Actualidad
17. Dialogos de muertos
18. El Cano, Juan Sebastian
19. Francisco de Xabier
20. Jesus de Galindez
21. San Ignacio y el Euskera
22. Irureta Goyena y los vascos perdida sensible
23. Larranaga, el Eximio Uruguayo
24. Leizaola Cultura y Responsabilidad
25. Urrundik versos de Telesforo Monzon

26. Orixe
27. Narciso de Oyarzabal
28. El Principe de Viana
29. Honrando a Dardo Regulez
30. Juan Sarrasqueta
31. Martin de Ugalde
32. En el Homenaje a la memoria de Don Juan de Uruga
33. Andres de Urdaneta
34. Leyendo a Victor Hugo
35. El Vasco Francisco de Vitoria
36. Viajeros extranjeros en Vasconia
37. Juan de Zumarraga
38. Dos hombres y un pueblo

ARTICULOS DE PRENSA

LENGUA Y LITERATURA VASCA.

1. Euskera. La lengua vasca
2. La lengua vasca. Conferencia
3. El día del euskera
4. Los vascos en la Literatura Castellana
5. Euskera y patria
6. Congreso de Estudios Vascos
7. Diálogo de la Lengua
8. Cantemos en vasco
9. En defensa del euskera
10. Literatura vasca
11. Lengua y Nacionalidad

CANTEMOS EN VASCO

Entre las primeras manifestaciones del genio nacional, juntamente con el idioma y el derecho privados, aparece la música propia como característica inconfundible de cada grupo étnico separado.

No había de ser excepción en todo el pueblo vasco. Raza dotada de una honda sensibilidad espiritual; saturada de profundo sentido religioso; mecida en su cuna por los misteriosos ecos de la montaña y los arrullos y rugidos de l mar, su alma ha sido modelada por los siglos para la expresión de sus inquietudes y tristezas, de sus amores y alegrías, de sus desconsuelos y esperanzas en una modalidad auténtica y exclusivamente propia, sin que esto excl

uya las influencias y préstamos inevitables nacidos del comercio y convivencia con otros pueblos.

Así lo establece esa pura gloria de nuestra música que se llama el P. Donostia al afirmar que, aparte de ligerísimas concomitancias con la música popular burgalesa, no hay relación entre la música popular vasca y la de los pueblos que nos rodean, recordando a este propósito el juicio de Enrique Goma: "la música vasca es completa y normalmente europea, y como tal incompatible con Andalucía o Castilla". Como, añadimos por nuestra cuenta, la cultura vasca originariamente franco-cantábrica, auténticamente europea, difiere radicalmente de la capsiese de raíces africanas.

Y es bella, muy bella, nuestra música popular. Había de serlo como eco del alma de raza tan antigua, misteriosa y original; había de serlo, y con diversidad y riqueza, al traducir, desde las bravas costas de Bizkaya hasta los altos valles de la dulce Zuberoa, la infinita polifonía de la montaña y el mar en esa tierra bendita de nuestra sangre en que en cada recodo del camino cantan las bellezas de un paisaje diferente la voz clara y cristalina de un riachuelo distinto.

Y las palabras de sus canciones son siempre sencillas y limpias como el agua que corre. Motivos del campo y el monte, la naturaleza y el mar como en "Goiko mendian"¹, "Itsasoan laño dago", "Orízeko izarr ede-rrak", "Txori urretxindorra", "Uso zuña", etc., etc. Simples onomatopeyas y temas de oficio como en "Arrankan-írinkum-trinkum mai/luareti ol-sa", etcétera. Otras conmemoran acontecimientos de relieve local o general como "Alostorra", una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, o el no menos hermoso cantar de Bereterrexe.

Y en todas ellas, desde las amorosas hasta las báquicas en que restalla la alegría del vasco ante los presentes de Dionysos, como regla general rarísima vez inobservada, el buen gusto natural y la corrección más exquisita dando la mano y vistiendo con su noble ropaje a las más tiernas y efusivas manifestaciones del sentimiento o los espontáneos brotes del ingenio agudo y festivo. Así en "Nik bai dut maiteño bat"², "Ene maiteak begiak dj-fu", etc., etc.; así en "Ezdafilosoforik", "Goizianon", "Txakotin", etcétera. Gemelos son los frutos del espíritu nacional limpio y noble: y si en euskera no se blasfema y las danzas vascas son altos exponentes de virilidad y decencia tanto como de gusto artístico y culto a la sana alegría, las canciones vascas rarísima vez podrán ofender los oídos con los acentos del mal gusto y la grosería: que es más fino que todo eso el espíritu del vasco y nunca pudo pensar que enturbiando sus aguas había de dar sonido más grato a la fuente.

Desde nuestra llegada a América, hemos asistido a varias fiestas y reuniones vascas y —lo decimos sin la más remota intención de ofender a nadie en particular y solamente llevados del afán de contribuir en la medida de nuestras fuerzas al remedio de un mal que estamos viendo que por desdicha es casi común a todos —rara ha sido la vez que no hayamos salido de ellas con una íntima sensación de tristeza al comprobar el decaimiento a que nuestras canciones han llegado aquí. Corriendo parejas con la decadencia de nuestra lengua, signo el más triste y cierto del abatimiento de nuestra personalidad nacional, la canción vasca va desapareciendo de los labios de los vascos de América desplazada por la extraña, que a menudo aparece en su forma más peligrosa, esto es, disfrazada con tintes localistas con los que pretende nada menos que tomar carta de naturaleza vasca. Por esto es que la tristeza que nos ha atacado muchas veces al comprobar la ausencia en labios vascos de nuestras típicas y hermosas canciones haya sucedido frecuentemente, el estupor y la indignación después, al ver anunciadas como vascas y vibrando como tales en las gargantas de nuestros hermanos, canciones que ni por su música exótica ni por su letra en idioma extraño y el mal gusto de ésta, cuando no su manifiesta grosería, pueden ser tomadas, en modo alguno, como canciones vascas, esto es, como genuinas y típicas manifestaciones de nuestro espíritu nacional.

Nada más lejos de nuestro ánimo que el pretender que quien quiera que sea, compatriota o no, deje de entonar las canciones que le plazcan. Pero contra la mixtificación de nuestro espíritu; contra esta falsificación de uno de nuestros valores más íntimamente estimados y más significativamente nuestros, hemos de alzarnos siempre con indignación. Como vascos por dignidad y patriotismo, simplemente como hombres por aquello de Horacio Mann: "Dondequiera que encuentres una mentira, acaba con ella".

Abandonar lo propio por lo extraño, signo es generalmente de degeneración. Pero cuando lo propio que se abandona es mil veces más precioso que lo extraño que se adopta ¿cómo calificar ese proceder?

Al resurgimiento de nuestras canciones hemos de dedicar nuestros mejores esfuerzos. Es ésta una de nuestras labores más interesantes y de más eficacia después de la del resurgimiento del idioma nacional. Y no exige, como éste, tiempo, perseverancia y circunstancias que a todos es difícil exigir. ¿Quién no puede, y en muy poco tiempo, familiarizarse con un centenar de canciones vascas escogidos? Que ellos florezcan siempre en nuestros labios, seguros de que, al hacerlo, contribuimos de modo efficacísimo al perfilamiento de nuestra verdadera personalidad nacional, hoy tan frecuentemente desdibujada

. Que ellos perfumen nuestras reuniones y fiestas, y acompañen nuestros ratos de soledad y el ritmo de nuestro trabajo.

A esta labor de resurgimiento de nuestras canciones invitamos a todos los vascos. Muévanos a ella el patriotismo; el sentido de dignidad de nuestra estirpe; el simple buen gusto en último término.

Euzko Deya, México, 1953.

CONGRESO DE ESTUDIOS VASCOS*

Ante la brevedad y fragilidad de la vida; frente a la serie de calamidades y desastres de toda índole y que de todas partes nos amenazan y estrechan, los hombres se han movido siempre en tres direcciones fundamentales: la del placer fácil e inmediato en cuyo seno buscamos el olvido de los cuidados torturantes:

"Dum loquimur, fugerit invidio actas: carpe diem..."

como escribió el más seductor apologista de esta secta filosófica: la de la desesperación que tanto puede ser pasiva como activa, nihilismo o aniquilamiento y, finalmente, la cristiana, la que acepta la lucha por dura que sea, tomándola en un sentido trascendental de etapa preliminar a una existencia definitiva. O apegarse a la tierra o hundirse en el abismo o elevarse a los cielos; esas son, en definitiva, nuestras tres actitudes posibles.

Como en los hombres, así en los pueblos. Porque hay en la historia de estos momentos terribles en que el infortunio y la catástrofe se presentan de tal manera, dominándolo todo, saturándolo todo, que la sociedad sacudida hasta sus cimientos mismos ha de hacer, en uno u otro sentido, una elección que no por, en apariencia, inconsciente es en definitiva cierta y decisiva. Ejemplos para ilustrar lo enunciado nos ofrecen en abundancia las páginas de la historia.

Pocos tan dramáticos como el que en estos años la vieja Euskal Erria nos brinda. Todas las calamidades físicas y morales se diría que han llovido sobre ella en estos dos tremendos lustros. Para que esas calamidades tan terribles en sí mismas se hagan sentir con redoblada fuerza, he aquí que el recuerdo del bien perdido —que es como la esencia misma del dolor—, aparece como obligado acompañante de cada uno de sus presentes males, como la atmósfera propia en que todos ellos se mueven y le acosan. Y para que termine de sentirlos en manera más acerba, la conciencia de sufrirlos contra toda justicia

a. Que algo nos ayuda a soportar nuestras desgracias, el sabernos, en alguna manera, culpables de ellas.

Pero no nos falta entre ese cúmulo de males algo que, en cierto modo, nos consuela de ellos. Es la resolución inquebrantable del pueblo vasco de no abandonarse a la banalidad ni a la desesperación; de dar el pecho a todos los desastres y acudir varonilmente a la entraña misma de la llaga con el único remedio que nos resta porque nadie puede arrebatárnoslo. La fe. Nuestra tradición y antecedentes no nos permiten otra solución y a ella acudimos con una esperanza que desborda todos los límites de nuestro infortunio.

Hace años que en el cielo de nuestra cultura no han brillado otras luces que las de las grandes fogatas alimentadas con miles y miles de libros cuyo único delito era el de estar escritos en lengua vasca o versar sobre temas vascos. La persecución a nuestra cultura ha sido tenaz e implacable. ¿Es que habíamos de renunciar para siempre a toda esperanza de resurrección?

Los vascos, envueltos en las ruinas de la actual catástrofe patria y sintiendo que quizá nos hallemos al borde de otra guerra aún más catastrófica, han resuelto que no; que no se puede en ninguna circunstancia renunciar a la lucha en cobarde suicidio colectivo. Y han organizado como en los días felices, con la fe robusta y la esperanza sin fisuras de los días felices, un Congreso de Estudios Vascos que celebrará sus sesiones de alta cultura en la semana del 12 al 19 de setiembre en Villa de Biarritz.

Sí, con el recuerdo de la patria en duelo y la sensación de un mundo que cruje sobre nuestras cabezas, nos reuniremos en Biarritz para estudiar amorosamente, empeñosamente, con el pensamiento puesto en el renacimiento de nuestra tierra. Mil veces nuestra tarea sería desbaratada, otras tantas volveríamos con el mismo celo a reunir los materiales dispersos de nuestra casa solar derrumbada por el huracán de la injusticia, porque es el nuestro un empeño mil veces santo.

Nos acompañarán en ese Congreso muchos hombres de ciencia, muchos hombres de buena voluntad de todas las nacionalidades que aman a nuestro pueblo y que sienten como propia su tragedia. Destacarán en ese Congreso muchos hijos y descendientes de vascos que son honra de la cultura en estas sus patrias americanas.

Y desde esta orilla del Plata, nos acompañará lo mejor del Uruguay, los intelectuales que ya han enviado sus trabajos al Congreso: las personalidades e instituciones culturales de mayor jerarquía que han hecho o han

de hacer presente al mismo su fervorosa adhesión. Y estará allí con nosotros en espíritu el pueblo oriental entero, tan ilustrado como valiente, nacido para vibrar ante toda lucha de justicia y toda empresa de cultura; para tender su mano de gaucho noble a quien limpiamente como el vasco combate por la más pura de las causas: la libertad de su espíritu que nadie podrá sojuzgar jamás.

EN DEFENSA DEL EUSKERA

Tratar en español del problema del euskera es cosa que hace tiempo dejó de interesarnos. Porque la experiencia nos dice que ello ha servido casi exclusivamente para dos cosas: o una desmedida alabanza a nuestro idioma al que se alimentaba de flores en su lecho de enfermo, o un tejer de lagrimeantes párrafos en torno a la pérdida del mayor de nuestros tesoros, etc., etc. En resumen, y salvadas siempre las buenas intenciones, puro sentimiento inoperante y cómoda sustitución del requerido esfuerzo en lengua propia por la fácil loa o el aún más fácil lamento en la extraña.

Pero si esto es así, si hace tiempo que nos llegó la hora de escribir menos sobre el euskera y más —todo lo posible— en euskera de lo cual la revista "Euzko Gogoia" nos da el más alto de los ejemplos—, es obvio que todavía las circunstancias nos imponen muchas veces el recurrir al castellano para tratar de hacer algo eficaz por nuestra lengua. Los ponderados trabajos que los cultos compatriotas Jesús de Garriz y Yoseba de Rezóla han publicado o recientemente en estas mismas columnas y con el mismo título que encabeza estas líneas son prueba de ello, y nos animan a terciar, pues, como muy bien dice Rezóla, se puede estar o no conforme con el último manifiesto del VIII Congreso de Estudios Vascos, pero ante un S.O.S. como el que el mismo representa no se concibe la falta de reacción de los patriotas vascos.

Porque la angustia del momento no autoriza, ciertamente, actitudes de abulia. Está en trance de muerte la primera de nuestras características nacionales, está en juego sencillamente el ser o dejar de ser vascos. Y la Historia, por otra parte, nos dice que cuando un idioma muere es casi invariablemente para no resucitar más. El creer que a la recuperación de la independencia política ha de acompañar la del idioma, aunque éste haya ya fenecido, se nos antoja, con perdón, la mayor de las candideces. Si alguna vez parece que ha ocurrido así, caso de Israel por ejemplo, es porque cuando se proclamó la independencia, hacía mucho que la batalla por el idioma hebreo estaba ganada, merced, sobre todo, a la heroica y sabia labor de Ben Yehuda y sus seguidores, de modo que el Estado judío pudo contar para su integración con

la poderosísima arma del idioma propio. Es decir, que éste ha ayudado tanto a la consolidación de la independencia, como ésta ahora contribuye a robustecer la vida del milenario verbo de la raza.

Por otra parte, hay que tener el valor de decir que si la situación política actual es extremadamente desfavorable al euskera y la recuperación de nuestra libertad nos daría un efficacísimo instrumento para trabajar por su vida plena, aparte de que la angustiosa realidad no permite esperas, la verdad, la trágica verdad es que el peor enemigo del euskera no es el poder foráneo que lo oprime, sino la inercia de los vascos que no hacemos por él lo que estamos obligados y lo que, la mayoría de las veces, nadie nos podría impedir. Creemos que en pocos casos como en el nuestro, las siguientes autorizadas palabras de Karl Wosler cobran acentos de una más tremenda verdad: "Una palabra, una fortuna lingüística fenecen sólo porque el interés espiritual del hablante se aparta de ellas, no porque otras palabras hermanas u otras lenguas e enemigas las derriben en tierra, ni porque las aprietan en un rincón del mapa lingüístico".

Por nuestra parte, leímos con toda la atención que se merece el manifiesto de Estudios Vascos y encontramos, en general, inobjetables todas sus declaraciones. Pero, con toda sinceridad, encontramos también en ellas, —y perdónesenos si la falta de información nos hiciera aparecer injustos— cierta falta de concreción. No basta con establecer —muchas veces se ha hecho ya— que es preciso trabajar por el euskera en la familia y en la escuela, en la calle y en la iglesia, en el teatro, en la radio, en la prensa, en todas partes, en fin. Lo que tenemos que saber es cómo hemos de trabajar en cada caso, cuáles son nuestras mejores posibilidades en cada uno, con qué recursos contamos para ponernos a la obra. En una palabra, situar el problema vivo y palpitante "hic et mine"; concretar un plan de acción eficaz e inmediato.

Y como se trata de cosa que nos duele en el corazón y sobre la cual tanto y tanto tendríamos que decir a riesgo de terminar con la paciencia de todos los presuntos lectores, atrepellamos aquí para concretar en unos pocos párrafos lo que, a nuestro modo de ver, es más eficaz y factible hacer pro euskera en los momentos actuales. Al hablar de lo factible, claro es que realísticamente dejamos de lado cartas de triunfo tales como la escuela primaria, la primera de todas, pero, por ahora, desgraciadamente inaccesible, y nos limitamos a unos pocos campos de acción en que creemos se puede operar intensamente. Estos campos serían el libro, el periódico y el teatro.

a.- EL LIBRO- Una de las mejores iniciativas en marcha es para nosotros la que encara la integración de una lista de 500 suscriptores con lo que queda

ría asegurada la edición frecuente de libros de los que tenemos tan urgente necesidad. En ellos se manifestarían nuestros mejores escritores —en ninguna época hemos contado con tantos y tan buenos— animados a la producción por la seguridad de la salida de sus obras. Y así llegaríamos cuanto antes a lo que tanto necesitamos, a la unificación del euskera literario, para que, definitivamente, sea el instrumento de cultura nacional que debe ser. Estimamos, pues, que es piedra fundamental de la reconstrucción euskérica el encontrar estos 500 suscriptores.

b.- EL PERIÓDICO.— A una con el euskera de los mejores escritores, ha de marchar el popular, el que, en definitiva, ofrece la sustancia y la riqueza que los buenos escritores han de administrar para el común provecho. Ese euskera ha de encontrar su vía en el periódico, si no es posible por ahora el diario, el semanario por lo menos —pensemos en aquel "Argia"— que tenga entrada en todos los hogares euskaldunes y se haga indispensable para la información casera y popular. No sabemos aún qué será ese "Luberri" cuya aparición se anuncia, pero sí pensamos que, apoco viable que se muestre, nuestra obligación es apoyarlo hasta donde podamos, con la mira puesta en convertirlo en algo más aproximado al ideal que perseguimos.

En esto del periódico es donde quisiéramos recoger las inquietudes que nos llegan a través de amables comunicaciones de Manuel de Irujo, que nos transmite copia de una carta de denso contenido que sobre literatura infantil euskérica suscribe Gonzalo Nardiz. Como muy bien dice éste, disponemos de un instrumento poderoso para la restauración del euskera si sabemos aprovechar la colosal voracidad infantil por las revistas que semanalmente se ofrecen hoy en día a la insaciable curiosidad de los niños del mundo entero. Esta revista, que nos parece fácil de editar, daría a unos cuantos miles de niños vascos "un lenguaje euskérico al día" y los convertiría de fervorosos lectores en "auténticos laboradores del futuro euskera".

c.- EL TEATRO.- Este es otro de los campos de actuación euskérica en que creemos que actualmente más se debe insistir, porque los ensayos han demostrado que los euskaldunes son muy aficionados, sobre todo al aire libre en plazas y frontones y que ahora, mediante el micrófono alcanza posibilidades de que antes carecía. Contamos en este plano con valores como Larzabal y otros, y no faltan elementos para la integración de los cuadros dramáticos necesarios. Y goza el teatro de la ventaja de que la audición y la lectura se complementan, pues no hay duda de que aquélla lleva a ésta que, a su vez, es estimulada por la primera.

d.- DIRECCIÓN.- Creemos que reducida nuestra acción, hoy por hoy, al libro,

el periódico y el teatro, mucho se puede hacer por la vitalización de nuestro idioma a través de estos tres medios —selección, niños, pueblo— con una condición: la de encauzar todo lo posible las energías y unificar cuanto se pueda las dispersas iniciativas. De nada nos va a servir esa magnífica idea de los 500 suscriptores de libros si, como ya tenemos noticia, se trabaja con ella en dos lugares y direcciones distintas... ninguna de las cuales llegará a la meta, porque si es posible que unidos lleguemos a los 500, es más que dudoso que de la competencia salgan 1.000. En lugar de las 30 revistas en la inmensa mayoría de las cuales la vida del euskera es anémica, nos conformaríamos con media docena plenas de savia y que respondan a una estimulante realidad. En una palabra, creemos que lo primero que se impone para una eficaz labor pro-euskera es la concreción de esfuerzos que se realizan o puedan realizarse en Euzkadi y en el exterior, mediante una Organización, una Dirección, un Secretariado o como quiera llamársele, integrado por algunas personas de probada responsabilidad que, penetradas de la capitalísima importancia del problema, se dispongan a consagrarle lo mejor de su tiempo y energías.

Es preciso que estas personas cuenten con algunos pocos colaboradores capaces y lo suficientemente retribuidos como para que no les distraiga de su trabajo ninguna otra preocupación; es preciso para ello que ese Comité rector disponga de fondos —he aquí el problema de los problemas— y que actúe a un ritmo que no decaiga, instigando y vigilando el cumplimiento de los objetivos fijados; impulsando las iniciativas particulares con cuya fecundidad hay que contar siempre, coordinándolas, y sumando, en fin, su acción a las de cualquier otro organismo que, en cualquier plano, trabaje por nuestro idioma. Y creando sin cesar, conciencia colectiva alrededor del problema.

Sabemos que estamos pidiendo algo muy difícil, algo que muchos reputarán imposible. Pero, a grandes males, grandes remedios. Sinceramente creemos que mientras no lleguemos a constituir una Organización así; económicamente fuerte, técnicamente capaz y de actuación continua hacia metas definidas, salvo que la vuelta a nuestra autodeterminación se produzca muy en breve, nada podrá impedir que el euskera siga, a ritmo acelerado, su triste marcha descendente de estos años, pese al ejemplar heroísmo de unos cuantos luchadores y para eterna vergüenza de los vascos, sobre todo de los pudientes que en su mano tuvieron la salvación del verbo de la raza.

Euzko Deya, México, 1955.

EL DÍA DEL EUSKERA

En el año 1545 resonó en tierra vasca un grito generoso: era el navarro Bernardo Dechepare que, al publicar en esta fecha el primer libro impreso de lengua vasca, instaba a sus compatriotas al cultivo literario de su idioma y a hacerlo conocer fuera de nuestras fronteras como la primera de nuestras características espirituales y uno de los más puros y ricos valores de nuestro acerbo racial: "Euskera, abil mundu guzira" (Lengua vasca, ve a todas partes del mundo), cantaba Dechepare, exclamando en otro de sus entusiastas versos: "Euskaldun den gizon orok altxa beza burua" (Que todo hombre que habla el vasco levante la cabeza). Pudo ser el libro de Dechepare heraldo de nuestro Renacimiento en aquellos siglos de emancipación de lenguas nacionales europeas, pero las circunstancias lo quisieron de otro modo. Hacía poco más de treinta años que se había consumado la ruina y división del glorioso Estado vascón —Navarra— núcleo y centro de nuestra nacionalidad por obra y gracia de la felonía, "por vía de maña y furto" para emplear las mismas palabras del usurpador. La pequeña parte de Navarra, en que Dechepare escribió, giraba ya en la órbita de Francia; la parte principal del antiguo reino recibía, a ritmo acelerado, el espíritu de Castilla, y plumas navarras de aquel siglo, como Malón de Chaide y Estella, o vizcaínas como la de Ercilla o guipuzcoanas como la de Garibay, juzgaban ya a la lengua de sus apellidos, a la "lingua navarrorum", como la llamara el rey vascón Sancho el Sabio, como menos apta para vehículo de su inspiración y de la galanura de sus conceptos.

Fueron vanos también otros generosos intentos renacentistas como los de Axular y Oihenart, siquiera la obra de aquél plasmará en su libro Gero que continúa siendo, hasta el día de hoy, la obra cumbre de nuestra literatura. Vanos también, aunque nunca totalmente infructuosos, los esfuerzos que a principios del siglo XVIII realizó el brillante trío Larramendi-Mendiburu-Kardaberaz al que debemos obras fundamentales —la primera gramática, el primer diccionario, el primer tratado de retórica en vasco...— El movimiento de resurrección eficaz y pleno no llegaba. Por una aparente paradoja, él no se produjo hasta fines del pasado siglo, es decir, hasta que la consumación de la ruina de las libertades vascas hizo estremecer al alma misma de la raza, presa, durante siglos, de un suicida letargo.

Coincidió también esta época con el desarrollo y esplendor de los estudios filológicos en Europa, determinando que sabios de todos los rincones de la misma iniciaran una peregrinación científica que aún perdura, atraídos a nuestra tierra por el misterioso encanto de una lengua a la cual no se le conocen madre ni hermanos y que ya era vieja, con vejez de siglos, cuando ninguno de los idiomas nacionales de la actual Europa había soñado en nacer. Er an el alemán Guillermo de Humboldt, y el francés Luis Luciano Bonaparte, el

holandés Van Eys, el italiano Trombetti, el inglés Dodgson, el húngaro Ribary, el ruso Nicolaus Marr y el austríaco Hugo Schuchardt, para no citar más que a un puñado de hombres eminentes de los diversos países europeos. El interés que en estos extranjeros suscitaba nuestro idioma, si no llegó a conmover las capas populares, indudablemente sirvió de acicate a muchos estudiosos vascos que hubieran de sentir el rubor de que gente de fuera viniera a descubrirnos el mejor de nuestros tesoros, ignorado de nosotros mismos. Pero había otra motivación más poderosa y amplia: el pueblo, a su brusco despertar sacudido por el latigazo de la pérdida de las libertades seculares, fue comprendiendo rápidamente que ellas no tenían mejor tutor ni más poderoso amparo que el idioma propio. Y la lucha por la dignificación y cultivo de éste comenzó a un ritmo desconocido en los siglos precedentes. Las prensas vascas comenzaron a gemir en una continua producción de gramáticas y diccionarios, manuales de conversación y prontuarios: tomos de poesía que con Lauaxeta, Orixe, Lizar-di... alcanzaron cumbres líricas nunca hasta entonces soñadas; obras de teatro, novelas, periódicos íntegramente redactados en lengua vasca o aquellos en que la sección en esta lengua era nutrida y vigorosa. El euskera iba escalando posiciones definitivas para ocupar el pueblo que le corresponde en el concierto universal de las letras y las ciencias, cuando nos llegó la guerra...

Pero no evocaremos negras sombras en este día de alegría y esperanza. Sólo haremos constar, una vez más, que son maravillosas las reservas de vitalidad de los pueblos y que es con la violencia y con la persecución como se mata su alma. He aquí que al cabo de años en que el silencio de la muerte parecía haberse señoreado para siempre de nuestra tierra, los vascos de todo el mundo acuerdan celebrar el comienzo de la gran cruzada por la resurrección del verbo de la raza. E instituyen como día simbólico el 3 de diciembre, es decir, la festividad de uno de nuestros hombres de proyección universalista más eminente, Francisco de Xabier, aquel santo navarro de corazón de fuego que, muy pocos años después de que su coterráneo Dechepare publicase su libro, moría en las soledades de su misión china pronunciando sus últimas palabras en el mismo idioma que aprendiera las primeras en el regazo de su santa madre, "la triste María de Azpilicuela".

Recordamos hoy lo que decía aquel patriota irlandés que, al considerar la lucha terriblemente desigual que su pueblo mantenía por entonces con el coloso británico, manifestaba que si era cierto que las fuerzas de éste eran capaces de aniquilar su patria, el pueblo irlandés esgrimía contra él un arma que le hacía invencible: la esperanza; una esperanza que llenaba la tierra y los aires de Irlanda y podía surcar y surcaba los mares de todo el mundo sin que la poderosa flota de Albión pudiera contralorear su marcha. Y esta espera

nza triunfó.

Así es también la nuestra en este día que dedicamos al verbo de nuestra raza, con una fe en su destino triunfal que no hay poder humano capaz de quebrantar, con un amor en nuestros corazones hecho de todos los más puros y poderosos amores que en pecho de hombre puedan latir.

Con esta esperanza acometemos nuestra empresa. Y en ella triunfaremos. Porque si es proverbial en estas tierras, amigos uruguayos, nuestra tenacidad en todo lo que emprendemos, pensad la que habremos de poner en este negocio en el que nos jugamos entero el honor de nuestros propios apellidos.

El País, Montevideo, Diciembre 2 de 1949

EL "DIALOGO DE LA LENGUA"*

El generoso grito de exaltación de nuestro idioma nacional lanzado en 1545 por Dechepare con el primer impreso en lengua vasca no fue ciertamente un hecho aislado de este tipo en el ambiente de la Europa de entonces. Correspondía, por el contrario, plenamente al espíritu renacentista glorificador de la naturaleza y que, en el aspecto que aquí nos ocupa, se traducía en la liberación de las lenguas nacionales del yugo del latín que hasta entonces reinaba como indiscutido soberano. Bembo, Maquiavelo y Trissino en Italia; Du Bellay en Francia, Valdés en España, fueron, entre otros, los portaestandartes de esta lucha por la dignificación de los idiomas maternos en la primera mitad del siglo XVI.

Habiendo releído estos días a Valdés, se nos ocurre que no serán inútiles algunos comentarios a su clásico "Diálogo de la lengua", bien fijando nuestra atención en diversos pasajes en que directamente se trata de nuestro idioma, bien en otros en que la similitud de los problemas planteados con los nuestros de entonces y aun de ahora, hace útil una consideración del pensamiento de Valdés sobre los mismos.

El principio renacentista, a que arriba aludimos, es enunciado por Valdés clara y rotundamente al establecer, en las primeras páginas de su libro, que: "Todos los hombres somos más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural... que no la que nos es pegadiza". Un compatriota y coetáneo suyo —Cristóbal de Villalón—, escribía también estas palabras: "La lengua que Dios y naturaleza nos han dado no nos debe ser menos apacible que la latina, griega y hebrea". Es el mismo espíritu que inspiraba a Dechepare cuando por aquellos mismos años exclamaba: "Heus-kaldun den gizon o

rok altxa beza buruya".

Hay que señalar asimismo en Valdés el criterio de la naturalidad, apoyado también en una de las ideas fundamentales del Renacimiento, como enseña Menéndez Pidal: 'El estilo que tengo —dice— me es natural, y sin afectación en ninguna escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente puedo, porque a mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación'. "Hablar o escribir de suerte que vuestra razón pueda tener dos entendimientos, en todas lenguas es muy gran falta del que habla o escribe".

Siguiendo este criterio, Valdés toma como autoridad del idioma los refranes del vulgo "los más dellos nacidos y criados entre viejas tras el fuego" —cómo nos recuerda esto al "Atsotitzak" de Oihenart— y el habla común y usual. Lo cual no obsta a que Valdés sepa distinguir muy bien entre lo popular y lo plebeyo y que se apoye más en el criterio de selección que en el de invención, limitando la introducción de neologismos con un juicio del que mucho podríamos aprender los vascos.

Se refiere por primera vez directamente a nuestra lengua al tratar de cuál fuese la primitiva española, diciendo que: "Lo que por la mayor parte los que son curiosos de estas cosas tienen y creen es que la lengua que hoy usan los vizcaínos es aquella antigua española. Esta opinión confirman con dos razones harto aparentes. La una es que, así como las armas de los romanos quando conquistaron la España no pudieron passar en aquella parte que llamamos Vizcaya, así tampoco pudo passar la lengua al tiempo que, después de haberse hecho señores de España, quisieron que en toda ella se hablase la lengua romana. La otra razón es la disconformidad que tiene la lengua vizcaína con qualquiera de todas las otras lenguas que el día de hoy en España se usan. Por donde se tiene casi por cierto que aquella nación conservó juntamente con la libertad su primera lengua". Dice a continuación que fue él de esa opinión en un tiempo, pero que después se inclinó a pensar que "la lengua, que en España se hablaba antiguamente, era así griega como la que agora se habla es latina", para concluir manifestando que: "... si alguno querrá dezir que la lengua vizcaína es en España aún más antigua que la griega, yo tanto no curaré de contender sobre lo contrario". Como vacilante vasco-iberista lo podemos clasificar, por lo tanto.

Se ocupa luego del elemento árabe depositado en el castellano por la invasión y los siglos de convivencia, expresando que: "aunque para muchas cosas de las que nombramos con vocablos arábigos tenemos vocablos latinos, el uso nos ha hecho tener por mejores los arábigos que los latinos" y cita entre o

tros el caso de azeite que ha prevalecido sobre olio. Bien sabido es que, en vasco, este último fue, por el contrario, el que tomó carta de naturaleza.

Examina a continuación la causa de que en España "se hablassen las otras cuatro maneras de lenguas que oy se hablan, como son la catalana, la valenciana la portuguesa y la vizcaína" y, después de explicar esto, principalmente por la diversidad de señoríos o reinos existentes en la Península, expresa esto con respecto al euskera: "De la vizcaína querría saberos dezir algo; pero como no la sé ni la entiendo, no tengo que dezir della sino solamente esto: que, según he entendido de personas que entienden esta lengua, también a ella se le han pegado muchos vocablos latinos, los quales no se conocen, así como por lo que les han añadido como por la manera con que los pronuncian. Esta lengua es tan agena de todas las otras de España, que ni los naturales della son entendidos por ella poco ni mucho de los otros ni los otros dellos". Es de lamentar que un espíritu tan fino y cultivado como el de este gran humanista no se hubiera interesado por el estudio de nuestro idioma; podríamos deberle preciosas noticias. Desgraciadamente, sólo nos toca constatar una vez más un hecho que sigue repitiéndose casi sin excepciones; el de la innata incompatibilidad de los compatriotas de Valdés con nuestra lengua nacional.

Se ocupa éste, más adelante, del caso del reino de Navarra, —del que poco antes había dicho que "a su despecho" está bajo la corona de Castilla— para explicar como "aviendo sido casi siempre reino de por sí, se habla la lengua castellana". No necesitamos detenernos en su explicación, pero sí en señalar la exageración manifiesta en que incurre, pues, por la forma en que se expresa, cualquiera podría deducir que el castellano era en la época de Valdés el habla natural y general de Navarra. La verdad es que, ni como lengua advenediza que es en aquel antiguo reino vascón, se hallaba aún tan extendida; no pasaba, entonces, afortunadamente, de ser el idioma de una minoría. Puede consultarse con provecho sobre este interesante tema los trabajos de Ángel Irigaray, aparecidos en la R.I.E.V. (Octubre-Diciembre de 1935 y Enero-Marzo de 1936), y el de Manuel de Lecuona (R.I.E.V., Julio-Septiembre de 1933), que por referirse, este último, al euskera en Navarra a fines del siglo XVI, es decir, unas décadas después de la aparición del libro de Valdés, viene muy al caso. Resulta de este estudio que de 536 vocablos de Navarra, 451 son "bascongados" contra 58 erdeldimes, lo que nos da un porcentaje aproximado de 900% de "bascongados" y esto después de casi 80 años de incorporación a la corona de Castilla. Es indudable que cuando escribía Valdés, esa minoría castellana era mucho más reducida. Únicamente el hecho de la vieja erderización de importantes núcleos poblados del sur, como Tudela, Tafalla, etc., y la superficial de Pamplona, junto con la

oficialidad del romance, podían dar a Navarra una fisonomía castellana capaz de engañar al que sólo superficialmente —cuando no parcialmente— veía las cosas. Aquí viene bien citar la "Gramática de la lengua vulgar en España" (Lovaina, 1559) en la que se establece que el "vazquense" es "la lengua de la Biscaia, de la Provincia (quiere decir Guipuzkoa) i de Navarra".

Sobre la observancia de los artículos escribe Valdés que: "tenemos por averiguado que un extranjero, especialmente si no sabe latín, por maravilla sabe usar propiamente dellos, tanto que ay muchos vizcaínos en Castilla que, después de aver estado en ella quarenta o cinquenta años, y sabiendo del resto muy bien la lengua, muchas veces pecan en el uso de los artículos". Faltaba que suponemos es la misma en que siguen incurriendo los vascos "erdeldunberris" de hoy en día.

A la observación de su interlocutor, el italiano Marcio, de que "a la u y a la o nunca acabo de tomarles tino porque unos mismos vocablos veo escritos unas veces con la una letra y otras con la otra" contesta Valdés diciendo que "la mayor parte desle error nace de los vizcaínos, porque jamás acierta en cuándo an de poner la una letra o quando la otra". Muy exagerado parece en esto Valdés. No parece que los vascos hayan podido influir hasta el punto que señala. Que en el vocalismo en general, el vasco haya seguido más fielmente que el castellano al latín en las voces tomadas a éste haciendo de portu, bortu (puerto), de computu, kontu (cuento), de hortu, ortu (huerto), etc., etc., manteniendo la u final primitiva contra la o adoptada por el castellano y no conformándose tampoco con éste en la diptongación en ue de la o breve, uno de los rasgos fonéticos que, como enseña Menéndez Pidal, mejor caracterizan a los romances españoles, da alguna base, sin embargo, a la observación de Valdés.

Al ser preguntado éste más adelante por qué escribe con h casi todos los vocablos grafiados en latín con/contesta que "de la pronunciación aráviga le viene a la castellana el convertir la/latina en h". Sabido es que no es ésta la opinión de los modernos filólogos que suponen raíz vascona en esta pérdida de la/lo mismo del lado de Castilla que del de Aquitania. No se olvide que ya nuestro compatriota Quíntiliano manifestaba que la /"produce un sonido que casi no parece propio de voz humana, o por mejor decir, absolutamente nada de ello tiene". Sin duda que sus vascos labios eran tan refractarios a su pronunciación como lo son los de sus compatriotas de hoy en día. En las voces tomadas del erdera esa/cuando es inicial desaparece: fum'le = onil, furca = urka, forma = orma, etc., o se hace bop, que es lo que sucede también cuando es intervocálica: for-tia = bortia, faba = baba, falso = palso, infernu = impernu, etc., etc.

Al desechar vocablos como zaguero, cubil, cobijar, erguir, verter, etc., no se demuestra una vez más Valdés que no es el gusto particular, por depurado que se le suponga, el que da patente de vida a las voces cuya existencia y vigor dependió, depende y dependerá siempre del uso común, único soberano en esta materia.

EUSKERA Y PATRIA

La primera entre nuestras características por su singularidad y hermosura; la primera en el derecho a nuestro afecto porque ella ha preservado como ninguna a nuestra nacionalidad de la corrupción y disolución con que de fuera era constantemente amenazada, ha sido también la lengua la que en la jerarquía de los valores espirituales ordenados por el instinto popular ha ocupado siempre el puesto de honor. Euskal Erria es el nombre con que secularmente el pueblo vasco viene denominándose a sí mismo: Euskalduna es el nombre con que los vascos se reconocen entre sí. "El pueblo del vascoence" significa el primero, "el que posee el vascoence" quiere decir el segundo. Está claro que los vascos no supieron encontrar para distinguirse del resto de los hombres y los pueblos una mejor característica; está claro que al no existir en lengua vasca más que un nombre para designar a los nacionales: "euskaldun", esto es, el que posee el vascoence, no se les ocurrió siquiera pensar a nuestros antepasados que pudiera llegar un día en que se dieran en desoladora proporción los hijos desheredados del signo esencial de la estirpe.

Y sin embargo, ese día ha llegado. Días que parecen de plenitud en el resurgimiento de nuestra vieja patria muestran en desolador contraste a nuestro vecino, en constante declinación que, si pronto no es contenida, significará su muerte y la ruina inevitable de nuestra nacionalidad. Porque, es triste decirlo, pero estamos en la época de la exaltación de lo "vasco" y del olvido de lo euskaldun". Y no hay razones con que esto pueda abonarse, porque no las hay para justificar el suicidio. La culpa es nuestra, de cada uno de nosotros que, agotándonos quizá con todo empeño en lo secundario, estamos dejando que lo sustancial se nos vaya de entre las manos en irremediable pérdida. Y no hablemos de situaciones de violencia y de la acción de agentes externos y enemigos, todo eso no tiene sino un relativo valor porque muy bien ha podido escribir Karl Vossler que: "Una palabra, una forma lingüística, una lengua fenecen sólo porque el interés espiritual del hablante se aparta de ellas, no porque otras palabras hermanas u otras lenguas enemigas las derriban en tierra, ni porque las aprietan en un rincón del mapa lingüístico, ni porque las hundan en el tufo de la catagíose o las levanten a la zona glacial de la anaglose".

Estampamos las anteriores mal hilvanadas reflexiones a la vista de una carta que en la sección "Asteko Berriak" de Euzko Deya último aparece. No que la carta en sí sea una fuente de amargura; todo lo contrario; esta carta, que el señor Mix, polaco residente en Nueva York escribe a nuestro meritísimo amigo López Mendizábal en correcto y hasta jugoso euske-ra aprendido en muy breve espacio de tiempo, sólo alegría puede causarnos y sólo felicitaciones para este nuevo euskaldun del que, por lo que puede verse, nuestro idioma tiene derecho a esperar mucho. Pero es el contraste que inevitablemente se presenta a nuestro espíritu el que hace que éste se llene de amargura. Porque el señor Mix da la razón de su interés por el vasco y del esfuerzo que ha hecho para poseerlo: una de sus abuelas era vasca. Y nosotros inevitablemente tenemos que pensar en los miles y miles de vascos que portan con orgullo sus apellidos sonoros y proclaman dondequiera a su patria y pareciera que no se hubieran parado nunca un momento a considerarlo.

Montevideo, 1948.

LA LENGUA VASCA*

Palabras pronunciadas por el Dr. Adolfo Berro García. Señoras, señores:

Tengo la honda satisfacción de ofrecer la prestigiosa tribuna de nuestra Universidad, en nombre de la Sección Filología del Instituto de Estudios Superiores, al ilustre profesor Dr. Vicente de Amezaga, que nos va a hablar, aparcibido con las armas pacíficas de la elocuencia, con su profundo dominio de la grande y noble lengua vascuence y de su entusiasta afeción por su pueblo natal, el laborioso y honrado país vasco.

El doctor de Amezaga, que desde hace años ejerce la docencia activa en la enseñanza del idioma vascuence, que ha realizado hondos estudios de la vieja habla peninsular, que ha colaborado ahincadamente en los trabajos de la Academia de la Lengua Vasca, que ha escrito obras en prosa y verso en lengua éuscara y que, finalmente, ha traducido o vertido al idioma vasco muchas otras, puede, a justo título, ofrecernos un panorama objetivo de los caracteres y estructura de la hermosa y arcaica lengua pirenaica.

Nos hará ver los originales aspectos del euskera, la misteriosa lengua que, hablada en Iberia desde los más remotos tiempos, no posee caracteres que la aproximen siquiera a las demás lenguas del continente europeo, —y cuyo origen se pierde en la bruma de las edades que fueron—. ¿Nació en la propia tierra ibérica o vino desde el occidente misterioso y esquivo? ¿Fue aca

so la Atlántida famosa de las narraciones y las leyendas la que acunó el viejo idioma, como habría acunado también a las lenguas autóctonas americanas habladas por las grandes culturas de nuestro Continente? La ciencia no ha podido pronunciar aún su última palabra. Pero la pronunciará algún día, que para el progreso humano los siglos no cuentan más que los minutos en nuestra breve y efímera existencia.

Lengua ruda y áspera, pero de claras y majestuosas sonoridades, es lengua varonil y fuerte, tajante como una cuchilla y dulce cuando se ablanda en el cantar campesino en sus valles y quebradas. Se ha dicho siempre, y la ciencia demuestra su incontestable verdad, tal pueblo, tal lengua. Y porque fue heroico y valiente al defender su suelo y trabajador y altivo en la paz, su lengua debió ser como es: pujante y viril a la vez que

La Lengua Vasca. Conferencia pronunciada en el Salón de actos de la Universidad de Montevideo. Reproducida en Boletín de Filología del Instituto de Estudios Superiores de Montevideo. 1943. Tomo IV N.º 5. Conferencia en el Centro Vasco de Caracas, Junio 14 de 1961, Capítulo del Hombre Vasco.

suave y melódica. Lengua que sirvió al pueblo que desafió, encrespado entre sus breñas, a todas las invasiones bárbaras, que rodaron por sobre sus valles sin poder detenerse. Y así siguieron su ruta al sur los alanos y los suevos, los vándalos y los visigodos. La tierra vasca, euskal-erria, agitó a los vientos del Cántabro su enseña victoriosa y libre como las nubes que desfilan sus cumbres y besan los valles apacibles y rientes. Heroico pueblo, macho como el que más, tú has sido el ejemplo en la historia de libertad y de trabajo, de honradez y de acción. Por eso te aman los hombres libres de la tierra, por eso miran a ti los que ansian para el mundo el triunfo de la democracia. Y porque forjaste en esta mi patria uruguaya, redonda y pequeña como un corazón, la ruda labor campesina al fulgor de tu honradez tamizada en el crisol de los siglos, porque fuiste en ella ejemplo de vida sana y fuerte, de moral robusta como tus robles, y llevo en mi sangre por mis ascendientes navarros la herencia milenaria de tus rebeldías y tus amores, de tu sencillez y tu hidalguía, —porque en el fluir de mis venas arde todavía el impulso de las olas del Cántabro y del viento áspero de tus peñascos y jarales—, siento el afecto profundo y grande de lo que está en nosotros, —en nuestra patria—, en este terruño nuestro, por cuanto más pequeño, más amado.

Oigamos, pues, al profesor Amezaga, vasco auténtico y patriota denodado, —oigamos lo que nos va a expresar del euskera, la recia habla pirenaica, y oigámosle con cariño porque en el habla de ese pueblo está encerrado su extra

ordinario amor a la verdad y su infatigable impulso de trabajo, con cuyos dones derramaron sobre las lomas y los valles de esta tierra americana afanes de superación, ansias de libertad, fe en el porvenir.

Profesor Amezaga, quedáis en el uso de la palabra.

Señoras, señores:

Mis primeras palabras, señoras y señores, han de ser, necesariamente, para expresar mi agradecimiento. Agradecimiento profundo a las autoridades universitarias a cuya benevolencia debo el ocupar de nuevo esta alta tribuna: agradecimiento, muy sentido, al doctor Berro Garcia, este retoño de vascos, este hombre tan cordial como sabio siempre, y al que hoy —en las palabras que me ha dirigido— habéis visto, ciertamente, más aún que sabio, cordial.

En nombre propio, en nombre de mi país, del que ocasionalmente soy en este momento un modesto vocero, muchas gracias.

Voy a hablaros, con palabras que a muchos de vosotros sonarán a nuevo, de un idioma más viejo que en el mundo se habla.

I.- ANTIGÜEDAD DEL EUSKERA

Porque es antiguo, señores, nuestro idioma vasco. Las lenguas romances que fueron brotando como flores nuevas del gigantesco cuerpo descompuesto del romano imperio no habían hecho aún su aparición. El español, el francés, el italiano, el portugués, el gallego, el catalán provenzal... no habían soñado aún con sus primeros balbuceos, y nuestro idioma era ya viejo, con vejez de siglos, en nuestra vieja tierra vasca. Aquellas tribus etrusco-sabinas, que iban a engendrar muy pronto a la Ciudad señora de ciudades, no habían podido aún imaginar siquiera que, con sus rudos acentos, Marco Tulio habría de llegar un día a la perfección del período armonioso y rotundo; Virgilio, a las cumbres supremas del sentimiento y la elegancia; Horacio, a lo profundo de los secretos de ese arte sutil que enseña a considerar cada palabra aislada como a una piedra preciosa, que colocada y engastada en el lugar preciso que ese mismo arte exige, hace de la unión de todas una joya de suprema maravilla, y ya nuestro idioma — hacía siglos— había dado nombre a las cumbres, a los valles, a los ríos de nuestra vieja tierra. La lengua griega, esa lengua a la que André Chenier pudo sin injusticia llamar:

"Un langage sonore aux douceurs souveraines, Le plus beau qui soit né sur de lèvres humaines",

estaba muy lejos de haber llegado a la suprema perfección de los conceptos de Platón; a la elocuencia fuerte, concisa, perfecta, inigualada de Demóstenes; a las cimas altísimas de la poesía accesibles sólo a las alas de águila de Hornero, y nuestro idioma era ya viejo, con vejez de siglos en nuestra vieja tierra vasca. Todos los idiomas del fecundo tronco indoeuropeo, desde el alemán de que ya Tácito nos hablara, hasta el sánscrito venerable, son de nacimiento posterior al vasco. Para encontrar la infancia de éste es preciso remontarse a la época pre-aria. Allí, en los albores de la civilización, hay una época oscura en que los hombres habitan en cavernas, viven de la caza y la pesca; más tarde se inician en el pastoreo y asoma una agricultura rudimentaria. Esos hombres se valen de unas armas e instrumentos toscamente fabricados en piedra. Los nombres de esas armas e instrumentos aizkora (hacha), aizto (cuchillo), aizturak (tijeras), azkon (fiecha, dardo), azagai (jabalina), izkillu (arma), ezpata (espada), ezten (punzón), azpil (plato), etc., etc., llevan codos el elemento aitz (peña, piedra), que indica la materia de que estaban fabricados. Y esos nombres, que este pueblo de la época lítica usaba, son los mismos que hoy en día los vascos corrientemente empleamos.

Pueden darse muchas otras pruebas de la antigüedad de nuestro idioma. Su originalidad en el concepto del nombre de Dios: Yaungoikoa, literalmente, el señor de lo alto; el sistema vigesimal —manos y pies— de su numeración; la semana vasca primitiva que, a juzgar por las palabras que hoy sirven para designar lunes, martes y miércoles, astelen, astearte, asteaz-ken, literalmente, principio, medio y fin de semana, constaba de tres días —lo cual no fue obstáculo para que en la que hace unos meses celebramos en Montevideo la estirásemos a quince—; la palabra aberatz (rico), literalmente, el que abunda en ganados, porque éste es el signo de la riqueza en los pueblos pastores. Posteriores a éstos son los agricultores que han dejado su huella en el año vasco.

Porque habéis de saber que los nombres de los meses en euskera para nada están influidos de la nomenclatura romana, que pasó lo mismo a las naciones latinas que a las germánicas. Nuestros nombres se refieren todos a las faenas del campo o fenómenos atmosféricos que las determinan. Así, v. gr.: enero es ilbeltz, o sea, el mes negro; marzo es epaii, o sea, el mes de la poda; abril es yorraii, o sea, el de la escarda; julio, uztail, el de la cosecha; noviembre, az'ĩ, el de la sementera, etc., etc.

Terminemos este capítulo de la antigüedad del vasco recordando aquel párrafo del profesor André Lefevre: "El finés, el magyar y el turco, han sido depositados en Europa por invasiones cuya fecha nos es conocida; pero, el establecimiento al pie de los Pirineos occidentales del euskera y de los que lo hablan, es un hecho anterior a la Historia y que ni la Antropología ni la Etnog

rafía pueden explicar".

II ORÍGENES

Lo que hemos dicho de la antigüedad del vasco nos lleva como de la mano al problema cuyo interrogante creo ya ver el rostro de muchos de vosotros. ¿Cuál es el origen del euskera, de dónde viene, cuál es su madre, cuáles sus parientes?

Esta es, señores, la esfinge que hasta ahora no ha encontrado a ningún Edipo entre la multitud de sabios que a ella se han acercado.

Quatrefages escribió que el euskera es un idioma alófilo, esto es, separado de todos los demás como la raza que lo habla. Pero no todos se han contentado con esto y las hipótesis para emparentar el vasco con alguno de los idiomas o grupos de idiomas conocidos son innumerables.

Así, Mahn creyó en un parentesco con los idiomas del Nuevo Mundo. Abbadie pretendió hallar semejanza entre el vasco y lenguas de México y el quichua. Charencey sostuvo la semejanza del vasco con el algonquín del Canadá. Uhlenbeck lo ha relacionado con los idiomas de América del Norte. Whitney aseguró que hay en la estructura del vasco más relación con las lenguas americanas que con las europeas. Han sido muchas veces intentadas las comparaciones con el aimará, el quichua y el guaraní. Pero ya Julien Vinson, en 1876, dio un golpe definitivo a estas supuestas relaciones. El estableció, claramente, que no existe parentesco alguno entre el vasco y las lenguas americanas. El vasco, dice, únicamente podría ser catalogado entre los idiomas americanos por su carácter aglutinante y polisintético. Las afinidades —añade— que puedan darse entre el vasco y algunas lenguas americanas son más o menos extensibles a otros idiomas europeos y asiáticos; son puramente externos y se explican perfectamente por la igualdad de desarrollo o decadencia.

Una teoría muy seguida en el siglo pasado, y que aún hoy en día cuenta con entusiastas mantenedores, es la del iberismo. Los vascos, según Humboldt y los de su escuela, seríamos los representantes de los iberos, es decir, de los primitivos habitantes de España. Habría habido una época en que el euskera fue el idioma de toda la península. Las sucesivas invasiones fueron barrándolo, hasta arrinconarlo y reducirlo al pie de los Pirineos occidentales, donde hoy se mantiene.

Esta teoría, aparte de la seducción que sobre ciertos espíritus haya podido

ejercer por motivos no siempre puramente científicos, se basa principalmente en la existencia en distintos lugares de la península ibérica de nombres toponímicos que parece pueden ser explicados por el euskera. Contra ella cabe objetar: en primer lugar, que no sólo en la Península sino fuera de ella, en Europa y otras partes del mundo existen nombres que pueden explicarse, más o menos forzosamente, por el idioma vasco; en segundo lugar, que las inscripciones llamadas ibéricas, por Hubner y otras estudiadas, no han podido ser descifradas por el euskera; finalmente, que no se sabe gran cosa de los iberos ni de su idioma: pretender resolver el problema del vasco por el ibero es querer aclarar un enigma por medio de otro.

El parentesco con el celta puede decirse que hoy en día ha sido desechado por completo.

Muchos autores, como Lcnormant, han creído ver una relación entre acadianos y vascos. Otros como d'Abbadie comparan al vasco con el georgiano. Trombetti, por primera vez, estudió las semejanzas del euskera con el camítico.

Konrad Ostir halla relación entre el vasco y el camítico y el semítico. Nikolaus Marr emparenta al vasco con algunas lenguas caucásicas. Sayce comparó al vasco con la antigua lengua de caldea. Guillermo Lcibnitz intenta descifrar al vasco por el copto. Wiseman opinaba que había afinidad entre el vasco y el antiguo egipcio. Schuchardt ha comparado al vasco con el núbico. Las afinidades con las lenguas de la familia eslava han sido objeto de los estudios de Topolovsek, y el príncipe Luis Luciano de Bonaparte ha revelado las supuestas analogías del vasco con las lenguas finesas.

Todas estas teorías y otras que con ellas forman legión os darán idea del misterio que sigue envolviendo al origen de la lengua vasca. Misterio que algún día, quizás no lejano, tenga su solución; misterio que apasiona a los sabios de casi todas las naciones. Habéis oído ya muchos de sus nombres: podría añadir otros. Dejadme que os cite sólo, como ejemplos típicos entre los franceses, al príncipe Bonaparte, caballero andante de la señora Euskera; entre los alemanes de Stempf, de quien la pasión euskeráfila se apodera hasta el punto de convertir a aquel negociante de vinos radicado en Burdeos, en uno de los primeros estudiosos de nuestros viejos textos; entre los ingleses a Dodgson cuyo nombre ha sido registrado en todo hotel o posada de nuestros pueblos euskaldunes; entre los rusos a Nikolaus Marr, el que fue ministro de Cultura del gobierno bolchevique y que para aprender nuestro idioma se encerró por unos días entre los muros del colegio de Padres Jesuítas de Loyola; entre los austríacos, al no hace muchos años fallecido Hugo Schuchardt. Este hombre, príncipe de la moderna filología europea, escribía al meritisimo vascófilo Julio de Urquijo algo que los vascos por gratitud y por o

orgullo no podremos nunca olvidar. Hasta in articulo mori —escribía— su estudio predilecto sería el de la lengua vasca. Palabras que los vascos no debemos olvidar por gratitud y por orgullo, y por algo más. Porque ellas pueden servirnos de precioso estímulo, ¡si alguno necesitamos!, para amar, por sobre todas las cosas, al idioma que por miles y miles de años fue el vehículo de los sentimientos y querer de incontables generaciones de antepasados; al idioma que dio su nombre al pueblo en que nacimos, a la casa en que nos criamos, a los ríos y a las fuentes, a los prados y a los montes en que de niños jugamos y que de mayores amamos; a la tierra verde de nuestra raza santificada por los huesos blancos de nuestros mártires y la sangre roja de nuestros héroes; el idioma que ha sido el mejor escudo de nuestra libertad milenaria; al de nuestros padres recios y honrados, al de nuestras santas. No podemos, señores vascos de esta generación, resignarnos a ser el eslabón roto de aquella cadena de oro que enlaza nuestro presente ansioso de adelanto y progreso con nuestro magnífico pasado de libertad irrenunciable. No estamos los vascos, señores, ni podemos estar resignados a que pueda escupírsenos a la cara, con justicia, aquel tremendo apostrofe de Shakespeare: "Sois como el indio vil que arroja una perla que valía más que toda su tribu".

III.- ESTRUCTURA Y CARACTERÍSTICAS

Es hora ya de exponeros, con toda la concisión que la naturaleza de esta conferencia reclama, ciertas ideas fundamentales por las que podáis venir a conocer, en líneas generales, la estructura y las características de nuestro idioma.

Habéis de saber, en primer término, que del millón y medio de habitantes con que actualmente cuenta el País Vasco, escasamente la mitad hablan el euskera. Los habitantes no euskaldunes corresponden a la gran masa de extraños que la inmigración ha arrojado sobre nuestras tierras en el transcurso de estos ciento cuatro años, desde que nuestras libertades nos fueron arrebatadas, o a vascos que habitan comarcas de donde el euskera ha sido desplazado ya de antiguo, y, principalmente, en este último siglo.

Nuestro idioma, resto de aquél que, como quiere una de las más autorizadas teorías modernas, cubrió en épocas pre-arias todo el suelo de Europa, o en todo caso, y sin recurrir a teoría alguna, el mismo que con su pueblo se extendía desde el Ebro al Carona, natural asiento histórico de nuestra nacionalidad, ha quedado reducido, geográficamente, en nuestros días, a Guipúzcoa, algo más de media Bizcaya, menos de media Navarra y el norte de Alaba dentro de los territorios del país llamado vasco-español, y las regiones de Zu

beroa, Benabarra y la mayor parte de Laburdí en el denominado vasco-francés

Hay que hacer nota, antes de pasar adelante, que el euskera se divide en varios dialectos. La clasificación más autorizada y generalmente admitida es la que considera tres grupos dialectales: vizcaíno, vascon y pirenaico. El primero, integrado sólo y exclusivamente por el vizcaíno, hablado en el antiguo Señorío y pequeñas zonas de Alaba y Gipúzcoa. El segundo grupo, el vasco, abarca el guipuzcoano, el labortano y el nabarro septentrional. Finalmente, el pirenaico lo integran el zuberoano y el benabarro. La palma de la producción literaria se la lleva el segundo en el que se ha escrito —en su variedad laburdina— la obra cumbre de la literatura clásica vasca: el "Gero" del célebre Pedro de Axular. En este dialecto también y en su variedad alto-nabarra escribió el guipuzcoano Mendiburu que ha sido llamado el Cicerón vasco. Por su posición central —como el toscano en Italia o el castellano en España— este dialecto está llamado a ser el de la ansiada unificación.

Hay que advertir que, aunque se dan estas diferencias dialectales, ellas no son tan grandes como por algunos se ha proclamado: en lo fundamental, el idioma es uno.

Se ha hablado mucho de la dificultad del euskera, y corre por ahí la conseja de que el mismo Diablo, luego de permanecer siete años en Euzka-di, hubo de alejarse desesperado porque no lo pudo aprender. Esto me parece, señores, que es suponer demasiado tonto al diablo, como no sea una manera de hacer ver su impotencia contra un idioma en que la blasfemia no existe, contra una lengua limpia y digna por naturaleza. Bien pudo decir, en este aspecto, el culto sacerdote vascólogo, don Patricio de Orkaizte-gi, que a medida que el euskera pierde un metro lineal, la religiosidad y las buenas costumbres pierden, en Euskadi, un metro cuadrado.

No es cierto —y no creo que merezca la pena de rebatir el disparate— que el euskera sea inaprendible, ni siquiera que presente dificultades demasiado grandes. Testigos somos de lo contrario muchísimos vascos de la actual generación, que, nacidos en tierras donde nuestra lengua había desaparecido o estaba en trance de desaparición, como ocurría en mi pueblo, donde se iba con la generación de nuestros padres, lo hemos aprendido perfectamente y con esfuerzo que, para mí, nunca fue grande. A medida que lo aprendía, me parecía como si me fuera encontrando a mi mismo. Jamás estudio alguno me fue tan grato y tan fácil. Pero, para que no tildéis de parcial, en este asunto, a mi opinión, ved lo que dice el reputado lingüista francés Henri Gavel: "El euskera es un lenguaje muy hermoso. Su sistema gramatical es mu

y simple y muy lógico. Por otra parte, no hay nada rígido en su construcción gramatical y la riqueza de sus sufijos permite la formación de numerosos derivados. Todas estas características hacen del idioma vasco un lenguaje sencillo".

Para daros una idea fundamental y lo más clara posible del vasco, os lo voy a presentar exponiendo su gramática en las cuatro partes en que, de niños, nos enseñaban que se halla la gramática dividida: analogía, sintaxis, prosodia y ortografía. La analogía, que enseña a conocer las palabras aisladas; la sintaxis, que nos da las reglas, conforme a las cuales esas palabras aisladas han de concertarse para formar oraciones correctas y cabales; la prosodia, que nos enseña a pronunciar esas palabras, y, finalmente, la ortografía que nos da las normas para escribirlas.

Empezando por la ortografía, puedo decir que difícilmente encontraréis otra que presente menos dificultades que la vasca. Y esto, porque en el sistema adoptado por la Academia de la Lengua Vasca y seguida universalmente en el país —excepto en la parte vasco-francesa, donde esperamos que no tarde en arraigar— se ha adoptado el simple principio de que cada signo corresponde a un sonido y cada sonido es representado siempre por el mismo signo.

No hace muchos días me decía un amigo que al hojear un libro vasco se había visto abrumado por la extraordinaria abundancia de kas. Indudablemente, las kas tienen que parecer muchas a los acostumbrados a un idioma como el español, donde esa letra apenas se escribe. Pero, tened en cuenta que en nuestro idioma la k hace los oficios desempeñados en español por tres letras: es a misma k, más la c y la q, letras, estas dos, que en nuestro alfabeto no existen. La h con leve sonido aspirado sólo vive en los dialectos pirenaicos, existiendo la c ni la h, tampoco empleamos la ch.

No usamos la/porque el sonido por ella representado no vive, salvo rarísimas excepciones, en labios vascos. La causa de la carencia de este sonido la explican algunos por un supuesto prognatismo de la raza. Yo prefiero acudir a la autoridad de mi compatriota, el vascón Quintiliano, quien, en aquellas famosas "Instituciones Oratorias", que compuso para enseñanza de los jóvenes —y no jóvenes— romanos, decía en su latín más o menos esto: "la letra/.. produce un sonido que casi no parece propio, de voz humana, o, por mejor decir, absolutamente nada de ello tiene". El influjo de su idioma materno le hizo, tal vez, formular esta dura condenación de la/

Tampoco escribimos la v por la misma razón de que no existe en nuestros labios. La g suena siempre suave. No hay acento ortográfico.

Sin acento y sin haches, sin posibles problemas entre bes y ves, entre ges y jotas, creo que la ortografía vasca ha de presentarse como un verdadero ideal a tantos mortales para quienes escribir una carta es someterse al más duro y cruel de los suplicios.

En cuanto a la prosodia, sólo os diré que son muy pocos los sonidos vascos que os puedan ser extraños. La tz que suena como la doble z que tiene un sonido muy semejante al de la ch francesa o al representado por sh en inglés.

Desconocemos los vascos, lo mismo que vosotros los criollos, ese sonido fuerte representado por la z o c española, única lengua, por cierto, de todas las neolatinas que lo posee.

No hay ninguna palabra vasca que comience por r fuerte ni suave.

Los grupos de consonantes son opuestos al genio del euskera. Lo general y normal es que consonantes y vocales concurren en la palabra en número parecido y apoyándose mutuamente.

Este espíritu igualitario rige también en la acentuación, pronunciándose todas las sílabas con igual o aproximada intensidad. Esta es la regla general que no excluye excepciones propias de ciertas comarcas o que obedecen a la necesidad de dar un matiz significativo distinto a las mismas voces. Se nota también cierta tendencia general a cargar un poco más el acento sobre la última sílaba, pero no puede llegar a decirse que en vasco existan palabras agudas propiamente dichas, como tampoco existen las es-drújulas. Sin embargo, la influencia española ha hecho tales a algunos apellidos y nombres de lugar, que en labios euskaldunes castizos no lo son. Así Amézaga, Yéregui, Uríbarri, etc., etc.,

Y vamos con la sintaxis. Los que están acostumbrados a leer en las sucesivas ediciones del diccionario de la Academia española aquella acepción de vascuense: "Lo que está tan confuso y oscuro que no se puede entender", o aquellos que recuerden, p. ej., las disparatadas razones con que el vizcaíno o Sancho de Azpeitia replica a don Quijote antes de trabarse con él en esa comunal batalla, es muy explicable —si no conocen la lengua vasca— que se hayan formado un concepto bastante pintoresco, pero, desde luego, completamente equivocado de la misma. A juzgar por la forma en que Cervantes, que por tan divino modo hizo hablar a don Quijote, hace expresarse al vizcaíno, pudiera llegar a pensarse que los de esta nación cuando —en su idioma— quieren comunicar sus conceptos, arrojan al azar las palabras, como el juga

dor que, tras agitar los dados en su cubilete, los lanza sobre la mesa en la espera de un golpe afortunado. Y sin embargo, nada más lejos de la realidad. La construcción vasca nada tiene que ver con esa supuesta anarquía. Las palabras vascas se conciertan en la frase con arreglo a normas claras y precisas; sin excepciones, las más de las veces y excluyendo, al mismo tiempo, toda rigidez.

Hace pocos días releía yo en la introducción de la magnífica "Historia de la literatura inglesa" de Taine este luminoso concepto: "En el fondo no hay lenguas, sino únicamente hombres que coordinan palabras según las exigencias de sus órganos y la forma original de su espíritu". ¡Coordinar palabras con arreglo a la forma original de su espíritu! Esto es lo que hacen los vascos. Y lo que no puede hacerse es pretender que las coordinemos conforme al espíritu de los demás. A mí no puede extrañarme que, a los que hablan castellano p. ej., pueda parecer difícil, y aún enrevesada, la construcción vasca si vienen a aplicar a nuestro idioma el espíritu del suyo del que es tan diferente, y, generalmente, tan opuesto al nuestro. Pero la cuestión no es ésta. Se trata, simplemente, de saber si el euskera, conforme a su espíritu, posee un conjunto de normas concretas y precisas, con arreglo a las cuales las palabras deban coordinarse para formar frases claras, precisas, revestidas de sonoridad y elegancia, —o dichas normas no existen. Los que conocen la lengua vasca poco pueden tardar en decidirse por la más rotunda afirmativa.

Como no podemos descender aquí a la exposición de las reglas, daremos como una condensación de su espíritu traducido en estos dos párrafos de Arana Goiri y Campion.

Dice Arana Goiri: "La sintaxis más característica del euskera establece este orden: Todo-parte; Sustancia-accidente, Género-especie; Poseedor-poseído; Continente-contenido; Naturaleza-circunstancia".

Dice Campion: "La posposición es de uso general en euskera; se pospone el adjetivo al sustantivo; se posponen las terminaciones que sirven para formar los nombres; se posponen los sufijos que marcan las relaciones de éstos; se posponen las partículas relativas y conjuntivas al verbo; se pospone la cosa poseída al agente poseedor en el genitivo; se posponen las palabras que marcan una modificación de tiempo, de modo, de lugar, etc., en la acción expresada y se pospone el verbo a todos los demás miembros de la frase por él acabada y concluida con majestad ciceroniana".

Ocupándonos ya de la analogía, diremos, en primer término, que en el léxico vasco hay que distinguir el genuino y el de acarreo. En un idioma tan antiguo

o, que ha visto nacer y extinguirse tantas civilizaciones históricas, es natural que se note el mayor o menor inñujo de ellas representado por voces de su acervo. La lengua celta, la griega, la latina, la arábica, las neolatinas, han ido depositando voces en el caudal euskérico. Las romances destacan por su número e importancia. Y como lo han ido haciendo en distintos períodos de su formación y de su historia, de ahí el gran interés que para el estudio de estas lenguas tiene el euskera, importancia ya recalcada por Menéndez y Pidal.

En cuanto al léxico genuino y propio del euskera, naturalmente, que es distinto y sin analogías con el de otros idiomas. Pero no os dejéis intimidar; con unos cientos de palabras y unas docenas de sufijos contaréis, en seguida, con elementos como para defenderos ariosamente en la lectura y en la conversación. Y aquí viene el hacer resaltar la facilidad y la fecundidad de nuestro idioma en la creación de nuevas palabras. Caeríais en el más grande de los errores, si por haberle visto tan antiguo llegarais a suponer el euskera anquilosado y estéril. Todo lo contrario; él se presta, naturalmente, a la creación de nuevas voces con una facilidad que no ya los idiomas modernos, sino ni siquiera el socorrido griego, están muy lejos de alcanzar. El euskera en manos de literatos, que lo conozcan a fondo y lo amen, ofrece posibilidades magníficas para plegarse a las nuevas ideas y traducirlas y expresarlas concisa y diáfana. En este aspecto le pueden ser aplicadas aquellas palabras del sabio Schuchardt, en el congreso de Estudios vascos de Gernika: "Vascos, sois antiguos, pero no viejos; yo os saludo como se saluda a la aurora". No es este aspecto el menor, aunque no, ciertamente, el primero, mirando al cual los vascos nos aferramos al idioma de nuestro pasado milenario, considerándolo como el verbo por excelencia de nuestro porvenir de plenitud.

Cuenta el euskera con un vasto y completo sistema de prefijos, infijos y sufijos, estos últimos, sobre todo. Hay sufijos que sirven, exclusivamente, para la formación de sustantivos. Otros para la de adjetivos. Otros para la de los adverbios. Otros que se utilizan para el sistema de relaciones gramaticales que, en otros idiomas, se expresa por medio de preposiciones. La misma conjugación no es sino un vasto y admirable sistema de afijación.

Muchos de vosotros habéis oído hablar, sin duda, del maravilloso verbo vasco. Su perfección ha hecho pensar a los espíritus superiores en épocas desconocidas en que nuestro pueblo habría llegado a alcanzar una civilización maravillosa. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que, por su poder sintético y la riqueza de sus formas, se impone al espíritu del estudianto. En una sola flexión se reúnen los elementos indicadores de tiempo, modo, sujeto, complemento directo, etc., etc., sin contar con que esa misma flexión es capaz, a s

u vez, de recibir sufijos que traducen otras diversas relaciones. Una es la forma de la conjugación respetuosa, otra la de la familiar; unas son las flexiones cuando nos dirigimos a un varón y otras cuando nuestro interlocutor es del sexo femenino. No os asuste, sin embargo, este aparato. La decadencia de las lenguas se encarrila por la simplificación de las formas. Esa ley ¡al ai se está cumpliendo hace ya tiempo en la nuestra, de modo que podéis tener la seguridad de entender y ser entendidos sin necesidad de llegar a dominar todo ese complejo y rico sistema de nuestra conjugación. Aprendidas las flexiones de los dos auxiliares ser y hacer, se emplean siempre de la misma manera, pudiendo decirse con el tratadista López Mendizábal que la conjugación es única en sus dos formas transitiva e intransitiva. Por otra parte, no hay verbos irregulares. ¡Qué lejos estamos en esto, lo mismo que en las declinaciones, de la complicada maraña de clases, tipos y excepciones de las gramáticas latina y griega!

A grandes rasgos, torpe y desmañadamente, he bosquejado ante vuestra indulgente atención la imagen de mi lengua patria. Antigua como ninguna, pero de enormes posibilidades futuras, de origen desconocido y original estructura, sigue viviendo en labios de mi pueblo. Ved cómo la ha contemplado el maestro Campión: "Alzase solitaria y aislada de las demás, en un rincón de Europa, con el prestigio de la vejez, la poesía del misterio, la majestad de las ruinas. Royóla y desgastóla el tiempo, pero sin destruir su estructura de gigante. Hoy es idioma humilde, habla familiar de unos millares de aldeanos y pescadores, ¿qué le hace?, aun coronada de silvestres violetas y amapolas, ella es reina, sí, reina. Y puede dar a las orgullo-sas advenedizas que le rodean y le disputan el aire la respuesta de aquel vasco al Montmorency orgulloso de su milenaria nobleza: Yo no dato. Y aun más todavía. Mostrar sus brazos limpios de toda huella de servidumbre, la tersura de su originaria y nunca interrumpida libertad y decir a los desdeñosos: "¡No miréis por encima del hombro a mi pobreza: soy dueña de una joya que con todos vuestros tesoros no podréis comprar jamás, yo no gemí ni me encorvé sobre la gleba germánica, ni en el harem del sarraceno, ni en la ergástula del romano!".

IV.- PASADO, PRESENTE Y PORVENIR

¡Signo de libertad! Eso ha sido y es para nosotros el euskera. ¡Qué bien le cuadran a ella, vascos que me oís, aquellos nobles versos de Mistral: "Langue d'amour, en toi est la patrie, en toi la liberté...!" ¡Signo de libertad! Con tal carácter la vemos fielmente reflejada a través de todas las vicisitudes de nuestra historia.

Cuando la obnubilación de nuestro sentido nacional nos conduce a la disgre

gación, de una parte, y, de la otra, a uniones que repugnan al genio de nuestra estirpe, vedlo ahí, fraccionado, como queriendo dar lamentable testimonio en su división dialectal de aquella suicida separación de lo que la naturaleza quiso uno: refugiándose en el seno del pueblo humilde que nunca lo abandonó, cuando los reyes vascones poderosos —¡qué importa que Sancho el Sabio le llamase lingua navarrorum!— le desterraban de sus cortes donde todo extravío tenía su asiento y todo extranjerismo hacía su habitación.

Tenemos que llegar al año 1545 para encontrar el primer libro impreso en lengua vasca —"Linguae vasconum primitiae"— y con él el grito generoso de Bernardo de Etxepare: "Euskara, yalgi adi kanpora; euskara, hábil mundu guzira" (Sal, lengua vasca, ve a ser conocida del mundo entero). Pero este grito entusiasta, que llamaba a todos los vascos al cultivo de su idioma sin par, apenas si es escuchado. Los vascos más capaces siguen acudiendo a extrañas lenguas que estiman más aptas para la expresión de sus conceptos. Era la decadencia nacional que lo arrastraba consigo todo, empezando por la lengua que es como la evidencia misma de la estirpe. Ciertamente hubo chispazos aislados, como los que brotan de los pechos beneméritos de los Larramendi, Mendiburu y Cardaberaz, de los Astarloas y Mogenel, de los Chaos y Abbadie; pero esto no bastaba. Tuvo que llegar, en el siglo pasado, el golpe despiadado de la pérdida de nuestras libertades; tuvo que venir la persecución y el desprecio; tuvieron que llegar aquellas legiones de notarios que no entendían y no podían dar fe de la voluntad de los testadores; aquellos ejércitos de maestros que desconocían, en absoluto, el idioma de los niños a quienes venían a instruir; la proscripción en la escuela, en la que, con el infame sistema del anillo, se pretendía ahogar la voz de nuestra sangre, para que ésta, por fin, se despertase de su letargo de centurias. Se rebelaba la sangre al contemplar estúpidamente perdida aquella libertad a través de tantos milenios conservada. Y con aquel vigoroso despertar que clamaba por nuestra libertad conculcada, vino el alumbramiento de las conciencias vascas que comprendieron que no había salvación posible para el espíritu vasco fuera de las vías fecundas del verbo de la raza. Y vino el Renacimiento. La labor era enorme. Había que levantar en cada año de fiebrosa tarea lo que cada siglo de inconsciencia había destruido en su lengua pero profunda labor de descomposición. Difícil, muy difícil era la tarea, pero también, por ello mismo, ¡qué seductora para los pechos vascos! Y las primeras asociaciones fueron surgiendo apareciendo las primeras publicaciones y revistas que iban haciendo realidad el grito generoso de Etxepare. En Gipuzkoa la revista "Euskal Erría" va dando calor a una floración de poetas euskéricos que se llaman Bilinch, Baroja, Arzac, Artola... En Navarra: Campión... Campión, aquel joven diputado fuerista a quien un amigo no vasco increpa: "No te oigo hablar más q

ue de los vascos y de sus fueros y derechos y ni siquiera conoces el vascuence!" Cuatro años después de haber tenido que devorar en silencio estas palabras, Campión las devuelve, en magnífica reacción vasca, estampando su nombre en la portada de la "Gramática de los cuatro dialectos literarios de la Lengua Vasca".

La reacción del Padre Arriandiaga fue algo por el estilo. Nacido en el pequeño pueblecito euskaldun de Elantxobe, había ingresado, aún niño, en un orden religioso. La estancia prolongada durante varios años en conventos de Castilla hicieron que olvidara su idioma natal. Al cabo de esos años de ausencia, vuelve a su país y su madre vuelve a verlo. Figuraos las ansias de esa madre que durante tanto tiempo no había podido ver a su hijo más que con esa doble vista del espíritu que sólo a las madres les ha sido concedida. El joven religioso siente desgarrarse su corazón al darse cuenta, de pronto, de que, desconocedor de su idioma natal, no puede entenderse con su madre que, ignorante de todo otro, multiplica en euskera las frases que son, para el hijo, como tesoros perdidos de ternuras infinitas. La resolución cuaja en aquel mismo momento, rápida y firme. Aprende de nuevo su idioma y pronto llega a ser uno de sus primeros cultivadores.

En Biskaia ha nacido un hombre que consagrará por entero una dilatada vida de trabajo al resurgimiento del euskera. Funda las revistas "Ibai-zabal" y "Euskalzale", escribe novelas, cuentos, poesías y piezas dramáticas en vasco: recorre uno por uno los pueblos euskaldunes y publica su monumental Diccionario vasco-español-francés; la Morfología, Euskalerraren Ya-kintza. Miles de canciones y refranes, todo un tesoro euskérico es recogido y preservado del olvido por el celo infatigable de don Resurrección María de Azkue, director de la Academia de la Lengua Vasca, respetable y queridísimo amigo mío a quien desde estas tierras envió un emocionado saludo.

Contemporáneo de él, pero muerto en la flor de la edad, es Arana Goiri, el de Abando; aquel joven de espíritu seráfico que dio un empuje inigualado y comunicó su verdadero sentido a los estudios vascológicos. Porque, como decía en unos Juegos Florales celebrados en la ciudad de Fuenterrabía, su mantenedor, el fino literato vasco Mourlane Mitxelena, cuando hablamos de la euskera no se trata para nosotros de una "santa reliquia" o de una curiosidad arqueológica, de nuestra vida se trata. Por eso, añadía este escritor, más que a los grandes sabios y profundos lingüistas que bucean con científica curiosidad en los misterios del euskera, amamos y preferimos en nuestro corazón a aquellos otros que como "Kírikiño" —el más popular y sabroso o periodista vasco— lo hablan y lo escriben y lo viven en toda ocasión y en todo momento.

Este nuevo espíritu iba dando frutos de salvación. Se crean cátedras de euskera en las capitales vascas; se abren escuelas en que nuestro idioma ocupa el puesto de honor que le es debido; y, tras la fundación de la benemérita "Sociedad de Estudios Vascos", surge "Euskaltzaindi", la Academia de la Lengua Vasca. En la capital de Gipuzkoa abre sus clases la Academia de D eclamación. Nacen periódicos escritos, por vez primera, totalmente en vasco. Se multiplican las revistas como "Antzerti" que da a luz docenas y docenas de comedias escritas en vasco, "Euskal Esnales", "Euzkerea", "Gure Herria", destacando entre todas la "Revista Internacional de los Estudios Vascos", altísimo exponente de nuestra cultura. La sociedad "Euskaltzaleak", en Guipúzcoa, promueve concursos literarios y torneos poéticos en los que destacan valores nuevos de la clase de un "Li-zardi", un "Loramendi", un "Lauaxeta" y tantos otros poetas exquisitos, sin olvidar a "Orixe" que en su retiro montañoso compone el poema épico "Euskaldunak" (Los vascos) que el advenimiento de la guerra no nos consintió gustar.

La guerra truncó esta espléndida floración de la literatura vasca. El estruendo bélico apagó las voces de nuestros "bertsolaris". Ante los piquetes de ejecución cayeron hombres como el sacerdote José de Ariztimu-ño, corazón de apóstol, fervoroso patriota, cerebro y motor del renacimiento euskérico en Guipúzcoa; cayó el ejemplar sacerdote José de Markiegui por el solo delito de haber amado mucho a la lengua de sus apellidos y de haber escrito en ella libros, tan peligrosos, sin duda, para el nuevo orden, como su p riorosa obrita "Vida de San LuisGonzaga"; cayó el delicado vate Esteban de Urkiaga que, poco antes de morir, componía un bello soneto a la Madre de todos los desamparados; cayeron muchos otros pronunciando sus últimas palabras de piedad y heroísmo en la misma limpia lengua en que allá, en las l ejanías del Asia, nuestro gran Francisco de Xabier murmuraba las suyas postreras...

Que todo sea perdonado; los vascos podemos perdonarlo todo, hasta que, como decía el gran escritor Francois Mauriac, se nos haya insultado y calumniado, como a Cristo, en la misma cruz en que se nos clavó. Los vascos podemos perdonarlo todo. Lo que no podemos, en manera alguna, es renunciar a nada de nuestro patrimonio nacional. Convencidos de lo incommovible de nuestros limpios derechos, marcharemos siempre aferrados a ellos en procura de esa libertad cuyo alboreo creemos ya ver brillar.

Hacia la libertad varaos. Libertad que a nadie daña y a ninguno debe ofender. Libertad que es un abrazo más estrecho con todos los pueblos libres del mundo. Libertad que tanto significa como floración plena de todas nuestras características y en cabeza de ellas de la lengua de nuestros apellidos. Sobre ella edificaremos nuestra libertad. Porque para que ésta traduzca fielm

ente nuestros anhelos de un futuro pleno de sustancia vasca; para que firme mente nos sustente y oriente en proyección de eternidad, no podríamos encontrar cimiento más sólido que el que nos brinda esta roca de nuestro idioma que, a través de un pasado de milenios, ha resistido

LITERATURA VASCA

A pesar de poseer la lengua más antigua de las habladas en Europa, no contamos, desgraciadamente, los vascos con ningún "Kalevala" o poema similar. El "Altobizkar'ko Kantua", que pudo pasar algunos años por algo así como nuestra pequeña "Chanson de Roland", resultó apócrifo y los primeros monumentos literarios en lengua vasca no aparecen hasta los siglos XIV y XV. Su tema es, casi exclusivamente, la lucha de banderizos que por entonces asolaban el país.

En el siglo XVI cuando la corriente literaria se inicia. Corriente cuyo caudal nunca es muy abundoso y cuyo sonido peca, sin duda, de monótono, pero que es, de todos modos, más digno de estudio de lo que por parte de los mismos vascos ha sido hasta hace poco en que no sólo se ha comenzado a concederle la estima que merece, sino a engrosar ese caudal con aportaciones que de día en día aumentan en riqueza y calidad.

Ciñéndonos a hechos y nombres señeros, vemos que en el siglo XVI, el Renacimiento, exaltador de la naturaleza y por ende de las lenguas nacionales, encuentra indudable eco en el clérigo bajo-navarro Bernardo De-chepare que en 1545 publica su *Linguae Vasconum Primitiae*, colección de poesías en que predominan los temas religiosos y los amorosos, sin que De-chepare, como vasco auténtico, dejara de cantar a la libertad: "Libertada ñola baita gauzetakohobena - gathibutan egoitia hala pena gaitzena" (Como la libertad es la mejor de las cosas, así hallarse cautivo es la más recia de las penas). Hay en Dechepare mucha expresividad y colorismo y nunca olvidaremos el generoso impulso que le llevó a escribir su libro: "Heuskal-dun den gizon orok altza beza buruya" (Que todo el que habla vasco levante la cabeza).

El segundo poderoso movimiento de este siglo, la Reforma, da origen a otro de nuestros primeros libros. Juana de Albert, la reina calvinista de Navarra, hace que Juan de Lizarraga, ministro de esa secta, publique en 1571 la traducción vasca del Nuevo Testamento en una versión en la que, si el léxico es, en general, poco aceptable, ofrece, en cambio, un verdadero tesoro de formas verbales.

El tercer hecho es la Contrarreforma, que inspira otro género de literatura;

son los catecismos que, siguiendo las prescripciones del Concilio de Trento, van apareciendo en las imprentas vascas desde Bilbao a Bayona. Así el de Sancho Elio (1561), el de Betolaza (1596), etc., etc.

Al entrar en el siglo XVII prosigue la publicación de catecismos (Ma-terre, 1617, etc., etc.); aparecen libros de devoción como el de Argainaratz (1641) y otros, todo lo cual va preparando la aparición del Cero, obra cumbre de nuestra literatura, que ve la luz en el año 1643. Su autor, Pedro de Axular, es un magnífico escritor en cuya pluma el verbo racial adquiere vida intensa y maravillosas resonancias. Su manejo del euskera es magistral y en sus imágenes, comparaciones y proverbios hay una intensa filtración de la vida de la campiña vasca que presta su aroma a los pensamientos filosóficos y moralistas de la antigüedad con que Axular esmalta profusamente su obra. La poderosa personalidad literaria de Axular se patentiza en la pléyade de escritores que, de más o menos cerca, siguen sus huellas, ya en su mismo siglo como Pouvreau (1656), Harizmendi (1658), Gazteluzar (1686), Mongongo Dassanza (1692); ya en el siglo XVIII, Joannes Et-xeberri (1712) el más fervoroso de sus seguidores y escritor muy altamente dotado, Xurio (1718), Haraneder (1749), Larregui (1775), Mihura (1778), Baratzart (1874)... y así en el dialecto laburdino hasta nuestros días con Joamalegui, Arbelbide, etc., etc.

La segunda gran figura del siglo XVII es Arnaldo de Ohienart que en 1657 dio a la estampa "Atsotitzak", hermosa colección de refranes muy rica en formas verbales sintéticas, colección que viene a aumentar nuestro caudal paremiológico al cual habían ya contribuido Garibay (1592), la edición anónima de Amberes (1596) verdadero tesoro de léxico, la de Voltaire (1620), la de Isasti (1625) y otras como la Salguiz, etc., etc. Pero donde resplandece el genio de Ohienart es en sus "Neurthzak", colección de poesías en las que se muestra como maestro difícilmente superado por nadie en el género ligero.

El siglo XVIII se nos ofrece con tres grandes figuras: Larramendi, el impulsor; Kardaberaz, el difusor; Mendiburu, el artista. Larramendi es autor de la primera gramática, El imposible vencido o arte de la lengua vasca, (1729) y el primer diccionario. Diccionario Trilingüe (1745). Kardaberaz es el gran difusor con sus manuales de piedad de que inunda a toda Guipúzcoa; lástima que en él la corrección no esté a la altura de la fecundidad. Pero el verdadero artista, el literato de esta benemérita triada de jesuitas guipuzcoanos es el Padre Sebastián de Mendiburu, llamado el Cicerón vasco por su elocuencia y que en sus tratados, p.ej. "Jesus'en amore nekei dagoz-ten zenbait oitiz-gai" (Pamplona, 1759), por la fluidez y la pureza de su léxico, juntamente

con la riqueza de sus formas verbales, se coloca muy cerca de Axular en el puesto de honor de las letras vascas. Otros escritores se dan en esta época entre los cuales no dejaremos de citar a Juan Bautista de Aguirre, el de Ast easu, cuyo Emkusaidiak puede citarse como una de las hermosas obras escritas en lengua vasca.

El siglo XIX lo consideramos en tres tercios. En el primero se da el florecimiento de la prosa vizcaína. La visita de Guillermo de Humboldt a nuestra tierra y los contactos que principalmente en Durango y Marqui-na establece con los Astarloas y Moguel, respectivamente, dan impulso a un movimiento euskerista que en el aspecto literario se manifiesta, sobre todo, en don Juan Antonio de Moguel y Urkiza que, entre otras cosas, nos ha legado su Perú A barca en el que se manifiesta como maestro y señor del dialecto vizcaíno, a través de los rústicos interlocutores de sus diálogos. Su sobrina Vicenta publicó sus Ipuin onak, colección de cincuenta fábulas. No podemos dejar de citar aquí a Pedro de Astarloa (Urteco dome-ca...), Fr. Bartolomé de Santa Teresa, autor de Icasiquizunac y Olgueta, y cumple recordar a Fray Pedro Antonio de Añibarro, que con su Esku-üburua nos dio una joya clásica de la modalidad vizcaína.

Por el segundo tercio del siglo, a la terminación de la primera guerra carlista, se crea un ambiente sentimental que da origen a un florecimiento poético en el que descuellan Echegaray, Egaña, Artola, Otaegui, Serafín Baroja, Iparraguirre y Vilinch. Por esta misma época en el norte del Bidasoa se instituyen Juegos Florales y surgen poetas como Mendibil, Diba-rrart, Larralde y otros entre los que descuella Elizanburu. Y al tiempo que esto sucede en Laburdi, en las montañas de Zuberoa el formidable Etchaun, que ha sido llamado el Villon vasco, va convirtiendo en ardiente flor de poesía su vida desgarrada.

En el último tercio del siglo XIX, a la terminación de la segunda guerra carlista, otro movimiento vasquista se manifiesta con más ímpetu y consecuencias que el anterior. Ya no es sólo cosa sentimental que, desde luego, vuelve a manifestarse en la obra de José Manterola, impulsor de Juegos Florales y editor del Cancionero de su nombre; hay que citar la labor de gran interés realizada por la revista "Euskal Erna" que agrupa a poetas y prosistas; hay que destacar que del dominio casi exclusivo hasta entonces de la poesía épica y lírica, se pasa al cultivo de la dramática, de la que en nuestra lengua apenas se había hecho nada fuera de las "Pastorales" que desde el siglo XVI venían representándose, casi con exclusividad, en la región de Zuberoa, y en la que a los saínetes de Marcelino Soroa sigue la fecunda producción de Toribio Alzaga, formándose así una escuela de dramaturgos entre los qu

e corresponde citar a Barrióla, Inzagaray, etc. Y, sobre todo, hay que saludar la aparición, en los últimos años del siglo XIX, de Sabino Arana, el hombre a quien más debe el renacimiento del euskera, notable filólogo y poeta, pero, sobre todo, el que al atacar con inmortal aliento la empresa del Renacimiento vasco, dio al estudio de nuestras letras un sentido trascendental del que hasta entonces había carecido. Coetáneo de él, aunque trabajando en otra dirección, aparece el gran obrero de la euskeralogía don Resurrección María de Azkue con sus numerosos y fundamentales trabajos científicos y literarios. Con ellos el gran Campión y otros ilustres cultores de nuestra lengua que en el año 1918 ve la fundación de su Academia o "Euskaltzaindi".

Esta época es altamente promisoría. Aparecen las novelas de Domingo de Aguirre Kresala, vivida pintura de nuestros pueblos del litoral, y Garoa, en que el sabor del monte vasco impregna el alma del lector. Tenemos a Evaristo de Bustinza, chispeante cuentista y periodista inigualado hasta la fecha. La prensa vasca acoge a nutridas secciones en lengua patria y salen a luz revistas como "Jaungoiko Zale", "Zeruko Argia", etc., etc. o semanarios como "Argia", íntegramente redactados en vascuence, mientras, por su parte, el periódico "Heuskalduna" seguía en su fecunda labor al norte del Bidasoa.

La floración de poetas es espléndida: Aizkibel, Manterola, Jáuregui, Arrese, Sagarzazu, P. Rentería, etc., etc. Se hacen importantes traducciones como la magistral que del Nuevo Testamento nos da el Padre Olabide, la bellísima que de "Mireia" de Mistral debemos a Nicolás Ormaetxea, el gran maestro contemporáneo de nuestras letras que traduce también El Lazarillo de Tormes, mientras que Zinkunegui pone en vasco El Criterio, de Balmes; José Arraigui traduce el Intermezzo de Heine, etc.

Y así llegamos al período 1930-36, llamado "la generación de Aitzol", el pseudónimo del sacerdote don José de Ariztimuño, gran promotor de las letras vascas, y en que éstas llegan a su punto culminante en los llamados "Días de la poesía vasca" en los que sucesivamente fueron alcanzando el símbolo o ramo de plata poetas como Esteban de Urkiaga, Joaquín de Zaitegui, Francisco de Echeberría, Xabier de Lizardi, Joaquín de Bedoña, Luis de Jáuregui... De esta época es también el tomito de poesías Barne-Muinetan con el cual Orixe se coloca en el plano de los grandes poetas místicos.

La rebelión militar del año 36 vino a ahogar ese florecimiento y hemos debido pasar negros lustros en los que parecía que la suerte del euskera y de sus letras estaba sellada para siempre. Pero ha venido la reacción, poco a poco al principio y de modo esporádico; cada vez más fuerte luego y en forma más organizada. Si algunos poetas de la generación del 36 como Bedofl

a, Lauaxeta y Lizardi —el más grande de todos— han desaparecido, ahí tenemos a Orixe que, con su hermosísimo poema "Euskaldunak", se ha alzado con el cetro de nuestra épica. Numerosas poesías sueltas ha publicado este año marcando nuevos rumbos, especialmente en la métrica. Y junto a su magistral traducción del Misal, nos acaba de dar una versión de las Confesiones de San Agustín, que es una nueva contribución de oro que hace al idioma nacional vasco. No podemos dejar de citar en este rápido bosquejo a Telesforo Monzón-Olaso, el finísimo vate de "Urrun-dik", y Salvador Mitxelena, el autor de "Arantzazu", hermoso poema religioso de honda raíz popular. Y que no quede sin mención la hermosa antología Milla euskal olerki eder, en que el P. Onaindia nos ofrece las flores de cinco siglos de poesía vasca.

Los escritores euskéricos aparecen cada vez más perfectos y abundantes. Nunca se ha escrito tanto sobre tal variedad de temas y con tal corrección. Se siente el idioma que cada día se va haciendo más dúctil en las plumas de sus cultores que se agrupan hoy, en su inmensa mayoría, en las columnas de las dos grandes revistas "Eusko Gogoia" y "Egan": la primera con más preocupación por los problemas de alta cultura; la segunda, sin desdeñar dichos temas, se propone empresas de orden más práctico. Es mucho el bien que ambas están haciendo y la trascendencia de su esfuerzo ha de verse antes de mucho. Que Dios bendiga a las dos y a otras que como "Ze-ruko Argia", "Arantzazu", etc., cumplen una labor muy encomiable.

Al calor de estas revistas y de otros focos de euskerismo como el monasterio de Arantzazu y el de los benedictinos de Belloc; de editoriales como Itxaropena y Ekin, etc., toman vuelo los poemas del fino Iratzeder, del inquieto Mirande, del fecundo Etxaniz, de Aresti, Erkiaga, Aurraitz, tantos y tantos otros de igual mérito que harían interminable esta relación. Brotan novelas de guerra como Ekaitzpean, de Eizaguirre; psicológicas como Joainixio, de Irazusta; biográficas como Joanak Joan, de Etxaide, o policíacas como Amabost egun Urgain'en, de Loidi; ensayos filosóficos como los de Zaitegi o Lafitte, o literarios como los de P. Villasante, Kortabitarre, Arrue, Lecuona, Lojendio; sesudas críticas como las de Luis Michelena, crónicas como las de Andima de Ibinagabeitia... Con la pena de omitir muchos nombres dignos de ser citados —*spatius exclusus iniquis*—, hemos de terminar este trabajo, gozosos en la esperanza de que los días gloriosos de las letras vascas han llegado a un punto que, como el germinar de las fuerzas naturales, nada podrá ya detener.

Así tendrá que ser para corregir esa desviación de siglos en los que abandonando el cultivo de los campos patrios, nuestros hombres más dotados acudieron a fecundar extrañas lenguas con la energía de sus potencias creadoras

s y la gracia de su estilo. No hablemos de Quintiliano y Prudencio, pero ¿quién de nosotros no ha lamentado el que la obra de un Gonzalo de Berceo no haya sido plasmada en el idioma que todavía se hablaba en el pueblo donde vio la luz el primer poeta de nombre conocido en lengua castellana? Algo parecido podíamos decir del canciller Ayala del que arranca aquella curiosa dinastía de sobrinos constituida por Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana, Gómez Manrique y Jorge Manrique, aunque, desde luego, ninguno de ellos fuese euskaldun. Vasco de estirpe fue también Fray Antonio de Guevara, el heraldo del barroquismo literario, e igualmente Alonso de Ercilla, el más excelente de los épicos en lengua castellana. Vascos y escritores contemporáneos de él, los eximios místicos Malón de Chaide, Diego de Estella y Alonso de Orozco. Igualmente el famoso Juan de Huarte, autor del Examen de Ingenios, y de estirpe vasca tenemos en el siglo XVII a Sor María de Agreda y Arana y a la "décima musa" Sor Juana Inés de la Cruz. Y en el XVIII brillan los dos máximos fabulistas en lengua castellana Samaniego e Iriarte. De nuestra estirpe proceden Espronceda y Larra, Echegaray y Caldos. Y pasando por el poeta TVueba y el grupo de románticos vascos constituidos por Navarro Villoslada, Araquistain, Goizueta, Vicente Arana, llegamos a Campión, Iturralde, Olóriz, Iturribarria, Arzadun, Maeztu, Salaverría, Bueno, Bengoechea, Grandmontagne, etc., hasta terminar con las dos grandes figuras de Miguel de Unamuno y Pío Baroja.

Ellos y otros del norte del Bidasoa como Duvergier de Hauranne, Garat, Chaho, Lande, etc., hablan bien de la contribución que nuestros compatriotas han sabido prestar a la gloria de extrañas lenguas. Reconozcamos que mucho de ello era inevitable y pongamos todo nuestro esfuerzo para que no tenga por qué volver a suceder. Y el camino no es otro que el del patriotismo que, sin desestimar nada de lo foráneo, nos haga comprender que en nuestro propio verbo, tan apto como el que más para la expresión de todos los matices del pensamiento, tenemos los vascos el vehículo cultural que más nos cuadra y el único que nuestro pleno desarrollo nacional reclama.

Revista Aniversario del Centro Vasco de Caracas, 1957. LITERATURA VASCA

A pesar de poseer la lengua más antigua de las habladas en Europa, no contamos, desgraciadamente, los vascos con ningún "Kalevala" o poema similar. El "Altobizkar'ko Kantua", que pudo pasar algunos años por algo así como nuestra pequeña "Chanson de Roland", resultó apócrifo y los primeros monumentos literarios en lengua vasca no aparecen hasta los siglos XIV y XV. Su tema es, casi exclusivamente, la lucha de banderizos que por entonces asolaban el país.

En el siglo XVI cuando la corriente literaria se inicia. Corriente cuyo caudal nunca es muy abundoso y cuyo sonido peca, sin duda, de monótono, pero que es, de todos modos, más digno de estudio de lo que por parte de los mismos vascos ha sido hasta hace poco en que no sólo se ha comenzado a concederle la estima que merece, sino a engrosar ese caudal con aportaciones que de día en día aumentan en riqueza y calidad.

Ciñéndonos a hechos y nombres señeros, vemos que en el siglo XVI, el Renacimiento, exaltador de la naturaleza y por ende de las lenguas nacionales, encuentra indudable eco en el clérigo bajo-navarro Bernardo De-chepare que en 1545 publica su *Linguae Vasconum Primitiae*, colección de poesías en que predominan los temas religiosos y los amorosos, sin que De-chepare, como vasco auténtico, dejara de cantar a la libertad: "Libertada ñola baita gauzetakohobena - gathibutan egoitia hala pena gaitzena" (Como la libertad es la mejor de las cosas, así hallarse cautivo es la más recia de las penas). Hay en Dechepare mucha expresividad y colorismo y nunca olvidaremos el generoso impulso que le llevó a escribir su libro: "Heuskal-dun den gizon orok altza beza buruya" (Que todo el que habla vasco levante la cabeza).

El segundo poderoso movimiento de este siglo, la Reforma, da origen a otro de nuestros primeros libros. Juana de Albert, la reina calvinista de Navarra, hace que Juan de Lizarraga, ministro de esa secta, publique en 1571 la traducción vasca del Nuevo Testamento en una versión en la que, si el léxico es, en general, poco aceptable, ofrece, en cambio, un verdadero tesoro de formas verbales.

El tercer hecho es la Contrarreforma, que inspira otro género de literatura; son los catecismos que, siguiendo las prescripciones del Concilio de Trento, van apareciendo en las imprentas vascas desde Bilbao a Bayona. Así el de Sancho Elio (1561), el de Betolaza (1596), etc., etc.

Al entrar en el siglo XVII prosigue la publicación de catecismos (Ma-terre, 1617, etc., etc.); aparecen libros de devoción como el de Argainaratz (1641) y otros, todo lo cual va preparando la aparición del Cero, obra cumbre de nuestra literatura, que ve la luz en el año 1643. Su autor, Pedro de Axular, es un magnífico escritor en cuya pluma el verbo racial adquiere vida intensa y maravillosas resonancias. Su manejo del euskera es magistral y en sus imágenes, comparaciones y proverbios hay una intensa filtración de la vida de la campiña vasca que presta su aroma a los pensamientos filosóficos y moralistas de la antigüedad con que Axular esmalta profusamente su obra. La poderosa personalidad literaria de Axular se patentiza en la pléyade de e

scritores que, de más o menos cerca, siguen sus huellas, ya en su mismo siglo como Pouvreau (1656), Harizmendi (1658), Gazteluzar (1686), Mongongo Dassanza (1692); ya en el siglo XVIII, Joannes Et-xeberri (1712) el más fervoroso de sus seguidores y escritor muy altamente dotado, Xurio (1718), Haraneder (1749), Larregui (1775), Mihura (1778), Baratzart (1874)... y así en el dialecto laburdino hasta nuestros días con Joamalegui, Arbelbide, etc., etc.

La segunda gran figura del siglo XVII es Arnaldo de Ohienart que en 1657 dio a la stampa "Atsotitzak", hermosa colección de refranes muy rica en formas verbales sintéticas, colección que viene a aumentar nuestro caudal parmiológico al cual habían ya contribuido Garibay (1592), la edición anónima de Amberes (1596) verdadero tesoro de léxico, la de Voltaire (1620), la de Isasti (1625) y otras como la Salguiz, etc., etc. Pero donde resplandece el genio de Ohienart es en sus "NeurtHzak", colección de poesías en las que se muestra como maestro difícilmente superado por nadie en el género ligero.

El siglo XVIII se nos ofrece con tres grandes figuras: Larramendi, el impulsor; Kardaberaz, el difusor; Mendiburu, el artista. Larramendi es autor de la primera gramática, El imposible vencido o arte de la lengua vasca, (1729) y el primer diccionario. Diccionario Trilingüe (1745). Kardaberaz es el gran difusor con sus manuales de piedad de que inunda a toda Guipúzcoa; lástima que en él la corrección no esté a la altura de la fecundidad. Pero el verdadero artista, el literato de esta benemérita triada de jesuitas guipuzcoanos es el Padre Sebastián de Mendiburu, llamado el Cicerón vasco por su elocuencia y que en sus tratados, p.ej. "Jesus'en amore nekei dagoz-ten zenbait otoitz-gai" (Pamplona, 1759), por la fluidez y la pureza de su léxico, juntamente con la riqueza de sus formas verbales, se coloca muy cerca de Axular en el puesto de honor de las letras vascas. Otros escritores se dan en esta época entre los cuales no dejaremos de citar a Juan Bautista de Aguirre, el de Astasu, cuyo Emkusaidiak puede citarse como una de las hermosas obras escritas en lengua vasca.

El siglo XIX lo consideramos en tres tercios. En el primero se da el florecimiento de la prosa vizcaína. La visita de Guillermo de Humboldt a nuestra tierra y los contactos que principalmente en Durango y Marquina establece con los Astarloas y Moguel, respectivamente, dan impulso a un movimiento euskarista que en el aspecto literario se manifiesta, sobre todo, en don Juan Antonio de Moguel y Urkiza que, entre otras cosas, nos ha legado su Perú Abarca en el que se manifiesta como maestro y señor del dialecto vizcaíno, a través de los rústicos interlocutores de sus diálogos. Su sobrina Vicenta

publicó sus Ipuin onak, colección de cincuenta fábulas. No podemos dejar de citar aquí a Pedro de Astarloa (Urteco dome-ca...), Fr. Bartolomé de Santa Teresa, autor de Icasiquizunac y Olgueta, y cumple recordar a Fray Pedro Antonio de Añibarro, que con su Esku-üburua nos dio una joya clásica de la modalidad vizcaína.

Por el segundo tercio del siglo, a la terminación de la primera guerra carlista, se crea un ambiente sentimental que da origen a un florecimiento poético en el que descuellan Echegaray, Egaña, Artola, Otaegui, Serafín Baroja, Iparraguirre y Vilinch. Por esta misma época en el norte del Bida-soa se instituyen Juegos Florales y surgen poetas como Mendibil, Diba-rrart, Larralde y otros entre los que descuella Elizanburu. Y al tiempo que esto sucede en Laburdi, en las montañas de Zuberoa el formidable Etchaun, que ha sido llamado el Villon vasco, va convirtiendo en ardiente flor de poesía su vida desgarrada.

En el último tercio del siglo XIX, a la terminación de la segunda guerra carlista, otro movimiento vasquista se manifiesta con más ímpetu y consecuencias que el anterior. Ya no es sólo cosa sentimental que, desde luego, vuelve a manifestarse en la obra de José Manterola, impulsor de Juegos Florales y editor del Cancionero de su nombre; hay que citar la labor de gran interés realizada por la revista "Euskal Erna" que agrupa a poetas y prosistas; hay que destacar que del dominio casi exclusivo hasta entonces de la poesía épica y lírica, se pasa al cultivo de la dramática, de la que en nuestra lengua apenas se había hecho nada fuera de las "Pastorales" que desde el siglo XVI venían representándose, casi con exclusividad, en la región de Zuberoa, y en la que a los saínetes de Marcelino Soroa sigue la fecunda producción de Toribio Alzaga, formándose así una escuela de dramaturgos entre los que corresponde citar a Barrióla, Inzagaray, etc. Y, sobre todo, hay que saludar la aparición, en los últimos años del siglo XIX, de Sabino Arana, el hombre a quien más debe el renacimiento del euskera, notable filólogo y poeta, pero, sobre todo, el que al atacar con inmortal aliento la empresa del Renacimiento vasco, dio al estudio de nuestras letras un sentido trascendental del que hasta entonces había carecido. Coetáneo de él, aunque trabajando en otra dirección, aparece el gran obrero de la euskeralogía don Resurrección María de Azkue con sus numerosos y fundamentales trabajos científicos y literarios. Con ellos el gran Campión y otros ilustres cultores de nuestra lengua que en el año 1918 ve la fundación de su Academia o "Euskaltzaindi".

Esta época es altamente promisoría. Aparecen las novelas de Domingo de Aguirre Kresala, vivida pintura de nuestros pueblos del litoral, y Garoa, en que el sabor del monte vasco impregna el alma del lector. Tenemos a Evaristo d

e Bustinza, chispeante cuentista y periodista inigualado hasta la fecha. La prensa vasca acoge a nutridas secciones en lengua patria y salen a luz revistas como "Jaungoiko Zale", "Zeruko Argia", etc., etc. o semanarios como "Argia", íntegramente redactados en vascuence, mientras, por su parte, el periódico "Heuskalduna" seguía en su fecunda labor al norte del Bidasoa.

La floración de poetas es espléndida: Aizkibel, Manterola, Jáuregui, Arrese, Sagarzazu, P. Rentería, etc., etc. Se hacen importantes traducciones como la magistral que del Nuevo Testamento nos da el Padre Olabide, la bellísima que de "Mireia" de Mistral debemos a Nicolás Ormaetxea, el gran maestro contemporáneo de nuestras letras que traduce también El Lazarillo de Tormes, mientras que Zinkunegui pone en vasco El Criterio, de Balmes; José Arregui traduce el Intermezzo de Heine, etc.

Y así llegamos al período 1930-36, llamado "la generación de Aitzol", el pseudónimo del sacerdote don José de Ariztimuño, gran promotor de las letras vascas, y en que éstas llegan a su punto culminante en los llamados "Días de la poesía vasca" en los que sucesivamente fueron alcanzando el símbolo o ramo de plata poetas como Esteban de Urkiaga, Joaquín de Zai-tegui, Francisco de Echeberría, Xabier de Lizardi, Joaquín de Bedoña, Luis de Jáuregui... De esta época es también el tomito de poesías Barne-Muinetan con el cual Orixe se coloca en el plano de los grandes poetas místicos.

La rebelión militar del año 36 vino a ahogar ese florecimiento y hemos debido pasar negros lustros en los que parecía que la suerte del euskera y de sus letras estaba sellada para siempre. Pero ha venido la reacción, poco a poco al principio y de modo esporádico; cada vez más fuerte luego y en forma más organizada. Si algunos poetas de la generación del 36 como Bedoña, Lauaxeta y Lizardi —el más grande de todos— han desaparecido, ahí tenemos a Orixe que, con su hermosísimo poema "Euskaldunak", se ha alzado con el cetro de nuestra épica. Numerosas poesías sueltas ha publicado estos años marcando nuevos rumbos, especialmente en la métrica. Y junto a su magistral traducción del Misal, nos acaba de dar una versión de las Confesiones de San Agustín, que es una nueva contribución de oro que hace al idioma nacional vasco. No podemos dejar de citar en este rápido bosquejo a Telesforo Monzón-Olaso, el finísimo vate de "Urrun-dik", y Salvador Mitxelena, el autor de "Arantzazu", hermoso poema religioso de honda raíz popular. Y que no quede sin mención la hermosa antología Milla euskal olerki eder, en que el P. Onaindia nos ofrece las flores de cinco siglos de poesía vasca.

Los escritores euskéricos aparecen cada vez más perfectos y abundantes. Nunca se ha escrito tanto sobre tal variedad de temas y con tal corrección.

Se siente el idioma que cada día se va haciendo más dúctil en las plumas de sus cultores que se agrupan hoy, en su inmensa mayoría, en las columnas de las dos grandes revistas "Eusko Gogoia" y "Egan": la primera con más preocupación por los problemas de alta cultura; la segunda, sin desdeñar dichos temas, se propone empresas de orden más práctico. Es mucho el bien que ambas están haciendo y la trascendencia de su esfuerzo ha de verse antes de mucho. Que Dios bendiga a las dos y a otras que como "Ze-ruko Argia", "Arantzazu", etc., cumplen una labor muy encomiable.

Al calor de estas revistas y de otros focos de euskerismo como el monasterio de Arantzazu y el de los benedictinos de Belloc; de editoriales como Itxaropena y Ekin, etc., toman vuelo los poemas del fino Iratzeder, del inquieto Mirande, del fecundo Etxaniz, de Aresti, Erkiaga, Aurraitz, tantos y tantos otros de igual mérito que harían interminable esta relación. Brotan novelas de guerra como Ekaitzpean, de Eizaguirre; psicológicas como Joainixio, de Irazusta; biográficas como Joanak Joan, de Etxaide, o policíacas como Amabost egun Urgain'en, de Loidi; ensayos filosóficos como los de Zaitegi o Lafitte, o literarios como los de P. Villasante, Kortabitarre, Arrue, Lecuona, Lojendio; sesudas críticas como las de Luis Michelena, crónicas como las de Andima de Ibinagabeitia... Con la pena de omitir muchos nombres dignos de ser citados —spatius exclusus iniquis—, hemos de terminar este trabajo, gozosos en la esperanza de que los días gloriosos de las letras vascas han llegado a un punto que, como el germinar de las fuerzas naturales, nada podrá ya detener.

Así tendrá que ser para corregir esa desviación de siglos en los que abandonando el cultivo de los campos patrios, nuestros hombres más dotados acudieron a fecundar extrañas lenguas con la energía de sus potencias creadoras y la gracia de su estilo. No hablemos de Quintiliano y Prudencio, pero ¿quién de nosotros no ha lamentado el que la obra de un Gonzalo de Berceo no haya sido plasmada en el idioma que todavía se hablaba en el pueblo donde vio la luz el primer poeta de nombre conocido en lengua castellana? Algo parecido podíamos decir del canciller Ayala del que arranca aquella curiosa dinastía de sobrinos constituida por Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana, Gómez Manrique y Jorge Manrique, aunque, desde luego, ninguno de ellos fuese euskaldun. Vasco de estirpe fue también Fray Antonio de Guevara, el heraldo del barroquismo literario, e igualmente Alonso de Ercilla, el más excelente de los épicos en lengua castellana. Vascos y escritores contemporáneos de él, los eximios místicos Malón de Chaide, Diego de Estella y Alonso de Orozco. Igualmente el famoso Juan de Huarte, autor del Examen de Ingenios, y de estirpe vasca tenemos en el siglo XVII a Sor María de Agreda y Arana y a la "décima musa" Sor Juana Inés de la Cruz. Y en el XVII

l brillan los dos máximos fabulistas en lengua castellana Samaniego e Iria rte. De nuestra estirpe proceden Espronceda y Larra, Echegaray y Caldos. Y pasando por el poeta TVueba y el grupo de románticos vascos constituidos por Navarro Villoslada, Araquistain, Goizueta, Vicente Arana, llegamos a Campión, Iturralde, Olóriz, Iturribarria, Arzadun, Maeztu, Salaverría, Bueno, Bengoechea, Grandmontagne, etc., hasta terminar con las dos grandes figuras de Miguel de Unamuno y Pío Baroja.

Ellos y otros del norte del Bidasoa como Duvergier de Hauranne, Garat, Chaho, Lande, etc., hablan bien de la contribución que nuestros compatriotas han sabido prestar a la gloria de extrañas lenguas. Reconozcamos que mucho de ello era inevitable y pongamos todo nuestro esfuerzo para que no tenga por qué volver a suceder. Y el camino no es otro que el del patriotismo que, sin desestimar nada de lo foráneo, nos haga comprender que en nuestro propio verbo, tan apto como el que más para la expresión de todos los matices del pensamiento, tenemos los vascos el vehículo cultural que más nos cuadra y el único que nuestro pleno desarrollo nacional reclama.

Revista Aniversario del Centro Vasco de Caracas, 1957.

LOS VASCOS EN LA LITERATURA CASTELLANA* GONZALO DE BERCEO

Por el laudo arbitral de 1177, seguido del deslinde de 1179, se resolvió definitivamente, a favor de Castilla, la larga disputa sostenida con el reino de Navarra sobre la posesión de la Rioja. Quedó así el reino vasco injustamente despojado de un territorio al que títulos históricos y raciales indiscutibles proclamaban parte suya. "La Navarra extrema" la llama aún el médico alemán Gaspar Stein, que en 1610 recorrió la Península. Con anterioridad a él (en 1466) Rosmihal, el viajero checo, escribía: "Dos millas antes de Burgos acaba Vizcaya y empieza España". La lengua vasca, que "en la Rioja se habló por muchos siglos y aún se hablaba en tiempo de Sancho Garcés, llamado el Noble y el de Peñalén", y que aún pervive en la abundante y clara toponimia de esta región, está diciendo, con voces cuyos ecos repiten los muros que en Santa María la Real de Nájera se alzaron para custodiar el eterno sueño de los reyes de Navarra, cuál es el origen y cuál el idioma de los antiguos pobladores de esta comarca.

Dos partes hay que considerar en la Rioja: la Alta y la Baja, ambas de gran interés para la historia de nuestra cultura.

La Rioja Baja —Calahorra y territorios comarcanos que hacían parte del conv

ento cesaraugustano—, fue la parte de Vasconia más intensamente romanizada.

Vencida la heroica resistencia de los calagurritanos², éstos se romanizaron totalmente ofreciendo a las letras latinas los dos autores en esta lengua que, con justo título, podemos reclamar los vascos: en el siglo I, Quintiliano, el primero que en Roma abrió tienda de elocuencia; en el IV, Prudencio, el príncipe de los poetas cristianos. Esta zona fue poseída por los árabes hasta mediados del siglo XI.

Distinta fue la suerte de la Rioja Alta. Su suelo no fue ocupado por los árabes y el idioma vasco originario se conservaba en ella fresco y vivo en la época en que el referido laudo de 1177 la transfirió definitivamente a Castilla.

Más de medio siglo después de su ocupación definitiva por los castellanos, por los años 1234 al 39, el alcalde de Ojacastró ponía en prisión al Merino real por la pretensión de éste de que los naturales se expresaran en los juicios en castellano siendo así que su idioma era el vasco".

La Rioja fue, de antiguo, gran foco de cultura monástica. No venios que en el viaje hecho a Navarra por San Eulogio (siglo IX) y al regreso libros que habían caído ya en olvido entre los mozárabes y que produjeron una especie de renacimiento⁴, se citan monasterios riojanos; pero, de todos modos: "La biblioteca de la Abadía de Santa María la Real de Nájera (fundada en 1052) debía de ser rica en obras clásicas puesto que en 1270 podía prestar a Alfonso el Sabio "quince libros de letra antigua" entre los que figuraban ejemplares de Donato Stacio, Boecio, Prudencio, Ovidio, Virgilio, etc."⁵- Por el mismo tiempo, la abadía de Albelda prestaba al rey Sabio una "Farsalia", de Lucano, y unas etimologías, de San Isidoro.

Este cenobio de Albelda, que existía ya bajo el dominio de los sarracenos, fue dotado el año 924 por el rey Sancho de Navarra y, hacia 950, tenía 200 monjes y sostenía un importante escritorio; en este escritorio, el año 976, el monje Vigila produjo un famoso códice de Concilios con la adición al cronicón llamado Albelden se⁶.

Otro centro monástico floreció también desde 927 en la Rioja, del que particularmente tenemos que ocuparnos aquí: el de San Millán de Berceo o de la Cogolla. Estaba situado cerca de la frontera de Castilla y, aunque en 1002 fue incendiado por Almanzor, Sancho el Mayor puso todo su celo en restaurarlo rápidamente. Este monasterio, "El Escorial de la Rioja", aumentó en esplendor, revelado, entre otros aspectos, en el famoso escritorio en el que tantas obras valiosas se archivaron y copiaron y de las que aún se conservan tantos códices, principalmente de tipo mozárabe, así como el "Cartulario" que encierra tesoros de lengua e historia vasca que están aún por agotar.

En este monasterio se redactan a mediados del siglo X aquellas glosas que constituyen el primer texto conocido del romance español; el monje autor de este primer texto romance era vasco, seguramente navarro, y entre esas glosas romances estampa dos en euskera, que constituyen también el primer texto escrito vasco conocido: "guc ajutu ez dugu" y "izioqui dugu".

En este monasterio, cosa de dos siglos después, batía sus alas la dulce y grave musa de Gonzalo de Berceo, de quien vamos a ocuparnos a continuación

A fines del siglo XII, por los años en que Castilla, continuando su política imperialista y arruinadora de la unidad vasca, conseguía separar de la corona vascónica los estados de Guipúzcoa y Álava, como antes lo había hecho con la Rioja, nace en un pueblecillo de ésta, el mismo "ond San Millán fue nado", Gonzalo de Berceo (probablemente en 1198).

El mismo nos dice que: "en San Millán de Suso fue de niñez criado" y a nosotros nos place imaginarnos al mocito corriendo por los campos próximos al monasterio, saltando los varios arroyos que corren por la pequeña planicie rodeada entonces de espesos montes. El muchacho es sano y gusta de correr por aquellas arboledas donde aquí y allá ofrecen sus frutos los granados y perales, los manzanos y las higueras. En estos deportes —o quirolas, como él en vasco sabe decir—, se ejercitaba en su niñez, contenido en sus travesuras por la visión de "Don Bildur", fantasma que, tal vez, sus padres euskaldunes —¿es que él no lo fue?— imaginaron a este fin.

Los años van pasando y Gonzalo es ya un mozo grave que gusta del retiro y la meditación. Siente misteriosos "arduras" que le hacen buscar la soledad. Miradle ahí, sentado en ese prado "verde e bien sencido de flores bien poblado" que es lugar codiciable para un hombre cansado. ¿Cansado de qué? se pregunta Gonzalo, mientras proyecta su mirada a la lejanía, allá a las cumbres de la sierra de la Demanda que le hurtan de esa parte el horizonte, o al pétreo pico de la "Cuculla" o Cogolla, de que recibe su nombre el Monasterio. Muy pronto su vocación está decidida y la vida de Gonzalo queda vinculada a la del monasterio riojano.

Aquí su vivir tiene una doble proyección: de un lado, es el apartamiento, la meditación, las largas horas que en la iglesia o en la celda su alma pasa embebecida en lo divino; de otro lado, el bullicio y las novelorías de los romeros que pasan y pagan su hospedaje en el monasterio famoso refiriendo sus andanzas y recuerdos; tal vez es uno que hace pocos años estuvo en la d

e las Navas donde Sancho de Navarra, olvidando, generoso, viejos agravios, ayudó decisivamente a Alfonso VIII de Castilla y León contra la morisma, conquistando para Navarra las cadenas de su escudo; quizá se trate de otro que, con los ojos cargados de visiones que pasan pronto a nutrir la fantasía del joven Gonzalo, relata las místicas hazañas con que van asombrando y conquistando al mundo los jóvenes hijos del de Asís y el de Guzmán.

Pero Gonzalo ha aprendido a leer, y en el refugio cogollense de la cultura ha entrado en relación con el mundo de la literatura universal. Ama apasionadamente la estada en la biblioteca del monasterio, que le atrae irresistiblemente con la seducción de aquellos viejos códices que le abren un mundo nuevo lleno de cosas bellas y grandes que los iletrados no pueden ni siquiera sospechar. Y Gonzalo, envuelto en aquel ambiente de espiritual sosiego, frente a los anaqueles de la sala de lectura donde se atesoran aquellos textos de las Escrituras y de los Santos Padres, repletos de sustanciosa doctrina, legendarias narraciones y colecciones de tradiciones piadosas que exhalan su perfume de candor y crónicas contemporáneas que, quizás, descansan en el mismo estante donde yacen algunas raras reliquias de la cultura grecorromana, lee, lee siempre...

Nuestro mozo ha llegado a los 23 años; es ya diácono; el que no profesara en el monasterio, el que viviera más bien como un vínculo de los monjes de la Cogolla y sus paisanos, los legos de la comarca, hizo que comparara más de una vez interiormente la gran riqueza espiritual de los primeros con la penuria cultural de sus feligreses. De esta comparación surgió en él una idea que marcaría un rumbo decisivo en su futuro: hacer partícipes de aquellos tesoros encerrados en los preciosos códices a aquellos comarcanos suyos con quienes tanto gustaba de conversar. Ellos le contaban sus vidas humildes; tal vez le llamaban para que concurriese como juez en sus diferencias o como testigo en sus pleitos. El joven diácono se sentía muy cerca de ellos. Era, además, la época en que Santo Domingo (m. 1221) y San Francisco (m. 1226) habían revolucionado el antiguo concepto monástico: cada uno debe buscar su salvación procurando la de sus prójimos. Y, ¿quiénes podían invocar con más títulos ese nombre que sus compatriotas, aquellos hombres de Berceo, aquellos de la Rioja toda, a quienes tan frecuentemente tenía ocasión de tratar en las visitas de ellos al monasterio o en las de él a los pueblos comarcanos?

Gonzalo se propone, pues, que sus compatriotas participen de los tesoros espirituales de aquellos códices latinos; él los traducirá y los hará asequibles a todos. Y hará más: llevado de su patriotismo y de un certero instinto que le dice que ningún ejemplo influirá mejor sobre los riojanos que el dado p

or sus propios santos, se lanza a traducir y versificar la vida de éstos. Y así compone la del varón de Cañas, Santo Domingo de Silos o la del hijo de Berceo, su glorioso compatriota San Millán o la de la virgen de Villa Vellayo, la bendita Santa Oria...

En la "Vida de Santo Domingo de Silos", primera que compuso, comienza Gonzalo declarando su propósito vulgarizados

"Quiero fer una prosa en román paladino, En qual suele el pueblo hablar a su vecino".

Esto quiere decir que el romance dominaba ya en Berceo y sus alrededores; pero estamos seguros, sin embargo, de que el euskera, siempre perdiendo terreno, se hablaba en las cercanías, si es que en el mismo Berceo parte de la población no era aún bilingüe. Nos lo dicen los vasquismos que aparecen aquí y allá en la lengua de Berceo, esa lengua "que parecía haber formado él mismo con elementos diversos", al decir de Ernest Merimée, nos lo certifica el que casi por los mismos años (1230) en que el de Berceo publicaba su "Vida de Santo Domingo", el alcalde del lugar riojano de Ojacastro, a no muchos kilómetros de allí, ponía en prisión al Merino real, según ya dijimos, por la pretensión de éste de que los naturales se expresaran en los juicios en castellano, porque el euskera y no el "román paladino" era el lenguaje propio de aquellos riojanos.

Gonzalo de Berceo, para componer estas "Vidas", como hará con las que después escribió, se inspira en un texto latino que le sirve de guía: "Vita Beati Dominici" de Grimaldo (m. 1090), monje de Silos, compañero del Santo. La fidelidad y el respeto de Berceo hacia el texto original son tan grandes que cuando no tiene seguridad absoluta de lo que lee advierte con encantadora simplicidad sus dotes de mediano lector y latinista:

"609. Non departe la villa muy bien el pergamino ca era mala letra en cerrado latino, entender no lo pudi...".

Siguiendo, pues, fielmente, la narración de los hechos del original, como tantas veces nos lo advierte en el curso de esta "Vida", Gonzalo nos cuenta cómo el sacerdote riojano Santo Domingo, prior de San Millán, enemistado con su rey natural García de Navarra, emigra a Castilla donde por encargo del rey Fernando (hermano de García) restaura el caído monasterio de tierra de Silos "que salva la frontera... contra Extremadura". Gonzalo llama "bon rey don Fernando" al de Castilla, mientras que, después de varias alabanzas reparatorias, tacha de codicioso al navarro en su pretensión sobre los tesos

ros de la Abadía a la que se opuso Domingo:

"El rey don García de Nágera señor. Fijo del rey don Sancho el que dicen mayor, Un firme caballero, noble campeador. Mas para Sant Millán podrie ser mejor".

Así conviene a la narración de la vida de santo Domingo; así Grimaldo narra los sucesos; ¡lástima que Gonzalo, desviándose por un momento de su guía y recordando cómo el "bon rey don Fernando" mató a su hermano en Atapuerca (1054) y despojó a Navarra de parte de sus territorios, no hubiera señalado más justicieramente de qué lado anduvo la codicia, la secular codicia que hizo que él naciera castellano en lugar de vasco!

Pero si nuestro poeta sigue tan ceñidamente al manuscrito que le guía, hasta el punto de que cuando éste falla no se atreve a completar por su cuenta el texto, la expresión, la forma —y en ella está la esencia poética— es totalmente suya. Son imágenes felices, evocaciones que surgen de los hechos de la vida cotidiana, dichos de la gente del pueblo con quien tanto gusto da tratar, y que engarza oportunamente en sus versos; sabe, frecuentemente, ver con los ojos de la imaginación escenas y cosas que en el texto latino aparecen secamente delineadas y a las que él, al transportarlas al romance, consigue dar animación y vida; es decir, que cuando más se aparta de su guía es cuando, generalmente, más verdadero poeta se muestra.

Esto se ve, aún mejor si cabe, en la segunda de las "vidas" escritas por Berceo, la de San Millán, compuesta pocos años después de la primera (1234).

Si aquí también hubo de tomar una base escrita⁷ y ninguna mejor que la suministrada por los documentos del mismo monasterio, natural es que al narrar la vida de este santo, cuya juventud se había desarrollado en aquel monte poblado de áspera maleza, en el que, siendo un niño, sólo San Millán se aventuraba a entrar. Gonzalo recordará sus temores infantiles hacia aquellos parajes —guarida quizá de "Don Bildur"— y deplorando no estuvieran escritas tantas cosas relativas a su amado santo como él había visto. —"Esto vi por mis ojos e so ende certero"—, se decidiera a insertarlas en el cuerpo de sus versos:

"Otra cosa retraen mas non la escribieron,

hí muestran los forados que las sierpes ficieron.

las peñas foradaron cuan fincar no pudieron".

"La Vida de Santa Oria", es la última de las tres de santos riojanos y la postrera que Berceo compuso⁸. Era el otoño del año y de su vida:

"Los días son non grandes, anochezrá privado, escribir en tiniebra es un mes ter pesado".

Y Berceo escribe en el portalejo de la celda en que la virgen riojana hija de García y Atnuña había muerto emparedada. Poseído, más que nunca, de místicas visiones, Gonzalo, que espera dulcemente su tránsito, nos da en esta obra una descripción del cielo gozando del cual contempla Santa Oria a los buenos vecinos de su pueblo.

Ya presbítero, había compuesto "El Sacrificio de la Misa", en cuyo poema se le ve, sencillo como siempre, sintiéndose halagado por la augusta potestad de que se ve revestido.

Compone también, siempre según la misma técnica y manera, el "Martirio de San Laurencio", otro santo de tan antigua veneración entre los vas-cones. Este poema, desgraciadamente, nos ha llegado incompleto.

Es en la segunda época de su vida cuando Berceo compone sus obras mariales: Milagros de Nuestra Señora y Duelo de la Virgen.

Son los años en que, con Santo Tomás de Aquino, el escolasticismo triunfa plenamente, haciendo, entre otras cosas, resaltar la figura de la Virgen María, superior a todos los ángeles y los santos; así, pues, la supremacía escolástica coincide con el florecimiento de la literatura mariana. Berceo, cuyo espíritu, por otra parte, parece tan naturalmente "mañano" no podía sustraerse a esta poderosa corriente que se haría sentir bien fuerte en su monasterio tan atento a las pulsaciones de la vida de la cristiandad, y escribe, entre los años 1252 y 1260, sus obras mariales.

En estas obras nos place considerar a Berceo en un simpático aspecto, en el que ya ha sido examinado; el de juglar

Es menester, para empezar, no perder de vista el ambiente de la época. El relato no va dirigido a un lector o a un público meramente contemplativo; se lo compone pensando en la "moralidad", es decir, en la enseñanza que se supone será mejor lograda si la palabra va directamente a los que escuchan, allá, por ejemplo, en la iglesia o en el atrio de San Millán, en que los feligreses o los romeros se hallan reunidos.

Berceo comienza su narración rimada con el mismo estilo que el del juglar en la plaza pública:

"Amigos e vasallos de Dios Omnipotente, si vos me escuchádes, con vuestro cosiment, querría vos contar un buen aveniment".

El espíritu de juglaría de Berceo es, como dice Menéndez Pidal, tan sincero como el de San Francisco de Asís. Hay que tener presente que, como decíamos al principio, el principal objeto de los poemas de Berceo es el de llevar al pueblo los tesoros espirituales encerrados en los códices latinos del monasterio; el público, pues, para el que él escribe, es el mismo para quien cantan los juglares; si en los otros poemas lo quería así, ¡cuánto más en éstos en que se trata de hacer conocer a sus coterráneos los maravillosos poderes de la Gloriosa!

Por eso Gonzalo, su humilde juglar, tiene, más que nunca, ante sus ojos, al público iletrado para quien hizo su trabajo y se dirige a él con fórmulas juglarescas para pedir atención o para anunciar un descanso en la sesión de recitado público: "Señores, si quisiéredes atender un poquiello".

"Señores e amigos, por Dios e caridat, oíd otro mirado fermoso de ver-dat", y, con afortunada frase, define su arte al hacer la sencilla petición de aquel "vaso de bon vino" que seguramente nunca le supieron negar las vides generosas de la Rioja. Tampoco la Gloriosa habrá dejado de saciar para siempre su otra sed: aquella de amor dulce, universal y fraterno de que siempre sufrió en la tierra su candoroso juglar.

Berceo es una prueba de que la poesía romance de los clérigos no nace, como por algunos se ha creído, en lucha contra la de los juglares, sino, al contrario, como una consecuencia y modificación de ésta¹⁰.

Así vemos que Berceo sólo se distingue de los juglares antiguos por el uso de una versificación regular. Es la llamada "cuaderna vía", sistema de versificación de origen francés adoptado por los rimadores del "mester de clerecía".

La cuaderna vía emplea cuartetos de alejandrinos monorrímos, o sea, versos de catorce sílabas divididos en dos hemistiquios iguales, acentuado cada uno en la sexta sílaba.

Se puede decir que Berceo, primer poeta conocido en lengua castellana, es

también el primero con quien en esa literatura aparece el nuevo modo de construir versos sujetos a la medida y consonancia características de la cuaterna vía, y otro caso más en que vemos a los vascos sirviendo de introductores en Castilla de las novedades de la cultura francesa. Porque difícilmente se habrá escrito en España ningún poema de esa clase antes de que Berceo comenzara su producción. Y en todo caso, si el *libro de ayllon* y el *Alexandre* han sido compuestos, más o menos, por los mismos años, no hay duda de que, a pesar de que el que compuso el primero se envanece con la novedad de su obra, anunciándola como "un romance de nueva maestría" y de que el autor del segundo, Juan Lorenzo Segura, clérigo de Astorga, se jacta diciendo:

"Mester trago fermoso, non es de joglaria, a silabas cuntadas, ca es grant maestría".

Berceo, que de nada de esto presume, es el más perfecto de todos ellos.

Acabamos de releer la obra de Berceo. Y abandonamos con pena la compañía de este poeta primitivo y candoroso al que imaginamos, otra vez, niño entregado a sus "quirolas" en los prados del monasterio navarro, cohibido en sus travesuras por la sombra de "Don Bildur". Le vemos ya hecho diácono platicando con los romeros que buscan su "zatico", mezclado, quizá por curiosidad trovera, con un grupo de "arlóles" prestos, si es preciso, a blandir la "azcona". Nos lo representamos en el escritorio de la Cogolla devorando los preciosos códices o, ya en su celda, ardiendo en celo de que aquellos tesoros sean repartidos entre sus pobres compatriotas los iletrados; lo vemos recitando sus versos candorosos al público sencillito agrupado en el atrio del monasterio... Y, junto con un sentimiento de dulce ternura por el juglar bueno y candoroso, ingenuo y humilde, un dejo de honda amargura se posa gravemente en nuestro pecho al pensar en los compatriotas euskaldunes de Gonzalo que no recibieron su parte en la generosa distribución del tesoro; al pensar que, quizás por muy poco, perdimos con Berceo un poeta cuya obra, de haber sido escrita en vasco, tendría para nosotros un valor cuyo alcance, en todos los aspectos, podemos hoy muy bien apreciar.

LENGUA V NACIONALIDAD

Nos vimos ingratamente sorprendidos con la aparición en un diario caraqueño de un artículo en que gratuitamente se arremete contra la lengua vasca. Aumenta nuestra sorpresa al ver que el articulista, en quien no tenemos reparo en reconocer una ágil y culta pluma, adolece de una absoluta falta de información sobre el tema de que trata.

Claro que se ha provisto de un autorizado mentor que es vasco y se llama nada menos que Miguel de Unamuno. Pero el articulista debe saber que don Miguel, por tantos títulos ilustre, en ningún modo lo es por su obra lingüística o filológica. Y lo que hace más concretamente al caso, que en cuanto a conocedor del idioma vasco, nunca pasó de mediocre, No habiendo aprendido de niño, es cierto que de mozo dedicó un tiempo a su estudio. Pero ni llegó nunca a hablarlo bien, ni en la escritura pasaron sus obras de tal cual poesía de buena voluntad. Con este bagaje se lanzó a opositar la cátedra de idioma vasco creada por la Diputación de Vizcaya, y en esa competición fue netamente superado. Al poco se extrañó a tierras de Castilla y apenas si se dedicó ya más al cultivo de la lengua de sus treinta y dos apellidos, como él decía. Ocurría esto pocos años antes de que escribiera ese trabajo en que se ampara el articulista para sostener su tesis que concreta en varias afirmaciones que pasamos a examinar.

La primera es la "ineptitud del euskera para convertirse en lengua de cultura". Pero da la casualidad que desde la época en que Unamuno escribió eso, se han vertido al idioma vasco cantidad de obras de valor universal. Y Virgilio, Cicerón, Ovidio, Punió el Joven, Hornero, Sófocles, Esquilo, Shakespeare y Juan Ramón Jiménez, por no citar más que algunos nombres señeros, nada han perdido en la expresión de sus altos conceptos al ser éstos revestidos de nuestra vieja lengua que, por el contrario, está demostrando una maravillosa capacidad para ser empleada en todos los campos de la cultura. Si por la incuria de los gobernantes, comenzando por los reyes de Navarra —pese a aquel "lingua navarrorum" estampado por Sancho el Sabio—, el euskera fue desplazado de los documentos y actos oficiales —como lo era, sin ir muy lejos, el propio inglés por aquel tiempo—, la feliz reacción operada de tiempos de Unamuno acá hace que, entre otras cosas, y pese a las actuales adversas circunstancias, contemos con dos revistas de alta cultura, "Eusko Gogoa" y "Egan", en las que poetas, que nada tienen que ceder a los de otras lenguas, dan voz alada a sus estremecidos sentires; en que muy estimables dramaturgos originales hacen vibrar a sus personajes junto a los que cobran vida en versiones de Sófocles y Shakespeare; en que el divino Platón nos deleita con la miel de sus diálogos; en que se escuchan las lecciones de la clásica filosofía de Santo Tomás o las discusiones sobre el movimiento existencialista, etc., etc. Pase que Unamuno no acertara en su tiempo a prever todo esto, pero nos parece imperdonable que quien hoy en día se lance a escribir sobre el euskera lo ignore.

Dejando, por un momento, las muletas, se lanza el articulista por su cuenta a formular esta pregunta: "¿Quién habla hoy vascuence en el país vasco?" P

ues mire, señor, lo habla más gente que en tiempo de Unamuno. Y no porque sus fronteras no hayan retrocedido ante la inhumana persecución de las dictaduras de Primo de Rivera y Franco que llegó incluso a arrancar las inscripciones vascas de las lápidas funerarias, —dictaduras de las cuales, por cierto, el articulista se muestra, en este punto al menos, como un entusiasta colaborador—, sino porque el aumento de la población así lo establece. Y en cuanto a eso de que "esa lengua todavía se conserva a duras penas en algunas apartadas aldeas del país", hemos de enterarle de que aún son cientos los pueblos en que el euskera vive como idioma único o casi. Y sí desea ejemplos concretos, ahí tenemos a Eibar, progresiva población de donde salen toda clase de productos industriales, desde armas, hasta bicicletas y máquinas de coser, y cuyos treinta mil habitantes no tienen otro vehículo de expresión que el vasco. Y la más cosmopolita de nuestras ciudades, San Sebastián, donde a pesar de los millares de extraños caídos allá en estos lustros, se puede oír hablar el vasco por todas partes.

La última afirmación —ésta la vuelve a tomar de Unamuno— es más estupenda aún. Resulta que "el pueblo vasco no tiene cultura indígena propia ya que su religión, su arte, su ciencia, sus industrias, todo es recibido de los pueblos que lo rodean". He aquí por donde, de un olímpico plumazo, se nos despoja, no ya sólo de nuestro incomparable arte popular, sino que nos enteramos de que Zuloaga, Arteta, los Zubiaurres, Anchieta y docenas y aun cientos de artistas así no son nuestros, y de que, por lo visto, la religión, la ciencia y las industrias de los pueblos que nos rodean son exclusiva propiedad suya. Como si esa religión, por ser la católica no fuese ecuménica, universal y como si en ella no contásemos los vascos con exponentes como Loyola y Javier que, por cierto, si por algo, aparte de su santidad, se distinguen es por su impulso de universalidad que les venía de la misma entraña de su raza; como si la ciencia no fuese también universal y no estuviera representada en nuestro país por altas figuras, a pesar de que el Estado español sistemáticamente niega a los vascos —una de las regiones de menor analfabetismo y más alto porcentaje estudiantil universitario— y cifras cantan —una triste universidad como si en el aspecto industrial no diera la casualidad de que han sido los vascos quienes salieron de su pequeño rincón para construir el Metro madrileño, los altos hornos de Sagunto, los astilleros de Cádiz y las grandes obras mediante las cuales las antes estériles aguas del Ebro y el Duero se han convertido en fecunda energía eléctrica.

Por lo que hace a ruralismo e internacionalismo, vemos que al articulista le vuelve a fallar lamentablemente la información. Pueblo el vasco asentado a las orillas del mar, éste nos enseñó los caminos de la convivencia humana en lección que no hemos olvidado jamás. Por algo salió de nosotros, junto con

Elcano, el primero que puso en cinturón a la tierra, el P. Vitoria, fundador del derecho internacional.

Pero el torrente de cosas que vienen a la pluma ha de encontrar barrera en la consideración que debemos al paciente lector. Terminaremos, pues, con esto. Además del glorioso nombre de Bolívar, hay otro ilustre que hermana a los vascos con Venezuela: el de Humboldt. Por los mismos años, más o menos, en que Alejandro alternaba sobre este suelo sus sabias investigaciones con sus paseos de viajero enamorado, su hermano Guillermo, no menos ilustre, recorría pueblo a pueblo el país vasco de cuya lengua llegó a ser uno de los primeros panegiristas. Fue él uno de los grandes lingüistas prendidos en el hechizo de nuestro idioma y cuyos nombres forman una impresionante lista que se extiende desde el príncipe Bonaparte hasta el holandés Van Eys; desde el inglés Webster hasta el italiano Trombettí; desde el austriaco Schuchardt hasta el ruso Nicolás Marr, por no citar sino algunos.

Guillermo Humboldt en quien, por cierto, como lingüista, se encuentra la definición exacta de que el lenguaje no es el invento de algunos individuos sino la obra de una nación entera, conoció el país vasco hasta la entraña, en su idioma, en sus hombres, en sus ciudades y en sus pueblos y por ninguna parte vio esa "estrecha ruralidad" que el articulista —que tal vez nunca lo haya visitado— quiere descubrir ante los ojos de los lectores venezolanos. Y conociéndolo muy bien, pudo escribir: "... todos los dichos efectos que producen el sentimiento de una libertad bien ordenada y de una perfecta igualdad de derechos se encuentran evidentemente expresados en el carácter de la nación vasca. Ella es el único país que he visto jamás en que la cultura intelectual y moral sea verdaderamente popular; en que las primeras y las últimas clases de la sociedad no estén separadas por una distancia inmensa; en el que la instrucción y las luces de las altas han penetrado, al menos hasta cierto punto, hasta las bajas y en que la honradez, la franqueza, el inocente candor de éstas no ha llegado a ser extraño a las altas".

El Nacional, Caracas, Mayo de 1958 Tierra Vasca, Buenos Aires, 1958

GERNIKA.

1. En el recuerdo de Gernika. 9.º Aniversario
2. El Roble de Colonia. Pasquín
3. Un árbol y un hombre son nuevo testimonio de Gernika
4. En el décimo aniversario de la destrucción de Gernika
5. El otro nieto del Árbol de Gernika

6. Gernika. En el 13 aniversario
7. El martirio de Gernika
8. Gernika. En el 15 aniversario
9. Gernika. En el 17 aniversario

GUERNICA EN EL 13." ANIVERSARIO

En junio de 1808, Napoleón I hacía reunir en Bayona a la asamblea constituyente que, a su imperial dictado, habría de dar a la monarquía española su primer texto constitucional. La gran novedad que, con respecto a los vascos, esa asamblea ofrecía era la de estar incluidos en su convocatoria, cuando nunca hasta entonces habían asistido a las Cortes del Reino, y el peligro que la misma entrañaba para su libertad no pudo menos de alarmar seriamente a la Junta General vizcaína reunida en Guernica que instaba a su representante en Bayona Juan José María de Yandiola a hacer todo cuanto a su alcance estuviera por la conservación de defensa de nuestros mal llamados "fueros".

No defraudó Yandiola al pueblo en cuya representación actuaba y en su firme y elocuente defensa de la patria amenazada por la omnipotente voluntad del Capitán del siglo, dijo, entre otras cosas memorables, éstas que a continuación transcribimos:

"Desde la más remota antigüedad, o más bien desde su primitivo origen ha existido Vizcaya separada del gobierno general de España, con constitución y leyes propias..."

"Había necesidad en España de una constitución, y V. M. I. y R. ha tenido a bien dársela; pero Bizcaya tiene una que ha hecho felices a sus naturales por espacio de varios siglos y sin la cual no podrán existir... Si por una fatalidad desgraciada, que no es de esperar, quedase ésta suprimida, y comprendida Vizcaya en la Constitución general del Reino, ¿cómo podría, olvidándose de sí misma, de su independencia y soberanía, reducirse a un Estado casi nulo?..."

En esta memorable ocasión, como en tantas otras que pudieran citarse, la pequeña república vizcaína se alzaba ante los poderes del mundo para proclamar su soberanía milenaria y para recordar que el disfrute de la misma durante muchos siglos había hecho la felicidad de sus naturales. ¿Con qué derecho o en virtud de qué sombra de justicia se podía atentar contra esa libertad que a los vascos hacía felices y a nadie podía dañar? "Pro libértate Patria gens libera sit", esto es, la patria libre para el hombre libre era la gloriosa

divisa que los vascos, ya en el siglo XII, podían fieramente tremolar en aquellas edades de feudalismo e intolerancia. Y el nombre que simboliza todas esas gloriosas libertades que son nuestro mejor patrimonio es aquél que todos llevamos, en las entrañas de nuestro corazón: Guernica.

Por eso cuando en octubre de 1936 la comprensión de la República española dio un grande y justiciero paso en la restauración de nuestro orden jurídico conculcado, hacía ya casi un siglo, por las desafortunadas ansias niveladoras de la Monarquía, el gobierno vasco que se constituyó acudió de inmediato a Guernica para prestar juramento renovando una tradición secular. Allí, a pocos kilómetros del frente de batalla, nuestro Presidente José Antonio de Aguirre, "humillado ante Dios, en pie sobre la tierra vasca, con el recuerdo de los antepasados", juró bajo el árbol de Guernica cumplir fielmente su mandato, en cuyo ejercicio de derecho sigue y seguirá en el corazón de los vascos hasta que su pueblo, devuelto al uso de su soberanía, decida libre y democráticamente otra cosa.

Sin duda que todos esos títulos, que hacen el nombre de Guernica sagrado para todos los hombres libres, son los que cabalmente concitaron el odio de los totalitarios. Porque no puede darse otro motivo para que una población, que no ofrecía el menor pretexto estratégico para ello, fuera bárbaramente bombardeada y criminalmente destruida como lo fue Guernica.

Se cumple ahora un nuevo aniversario de su destrucción y nuestro recuerdo va a una vez más hacia la cuna de nuestras libertades convertida, como ellas, en ruinas humeantes. No hay en esta recordación deseos de avivar ansias de venganza que maldecimos en nuestro corazón antes de que puedan siquiera nacer. Nuestro recuerdo de Guernica es de meditación de nuestra felicidad pasada y nuestra miseria presente. Nuestro recuerdo es de renovación del juramento que nos hemos hecho todos los vascos honrados de dedicar cuanto somos y cuanto podemos, sin descanso y sin desmayo, sin odio y sin miedo, sobre el suelo de la patria o fuera de ella, para que olvidados estos años de pesadilla, en días que no pueden dejar de venir, renovemos, a la sombra del Roble, nuestra tradición de libertades que es nuestra más gloriosa herencia. En nuestro recuerdo de Guernica, nuestro pensamiento vuela agradecido a pueblos como el uruguayo que sintió y sigue sintiendo fraternalmente nuestra tragedia, y se dirige también a los poderosos de la tierra para preguntarles si creen que puede ser posible seguir hablando de Justicia, Libertad y Democracia, cuando se permite que uno de los pueblos más antiguos y auténticamente libres y demócratas del mundo; uno de los pueblos más tradicionalmente amantes de la justicia y la paz, siga clavado en la cruz por el único delito de no haber querido sacrificar en el altar de Tartufo.

El Plata, Montevideo, Abril 29 de 1950.

GUERNICA EN EL 15." ANIVERSARIO

El conocido escritor inglés Vernon Bartlett acaba de recorrer España. Y en uno de los artículos que con esta ocasión ha publicado en el "New Chronicle", Bartlett, que ha visitado Guernica, escribe, entre otras cosas:

"Y allí, en el mismo corazón de la más vasca de las villas, hay una calle que lleva el nombre del general Mola, bajo cuyas órdenes, hace quince años, los alemanes llevaron a cabo el más importante experimento de bombardeo de conjunto, atacando a Guernica, la villa santa de los vascos y dejándola arrasada casi por completo. En la actualidad es un pueblo pequeño pero animado, con hermosos edificios en su calle principal, reconstruidos con granito algunos de ellos. Solamente cuando se penetra en la parte vieja se da uno cuenta de que los borriquillos —por ser hoy día de mercado— se hallan ramoneando entre las ruinas de los que fueran hogares vascos. Pero si con sigues uno hacer hablar a los naturales del país comprende que sentimiento tan amargo les inspira el general Franco y su exigencia de que deben considerar a Mola como un héroe nacional".

Continúa luego escribiendo sobre la corriente de simpatía hacia los ingleses, que pudo comprobar en todos los vascos con que habló y que lo explica, además de por motivos de antiguo intercambio comercial y otros, por hondas afinidades políticas, y dice:

"...aquí más que en ningún otro punto de España existe una tradición democrática arraigada en siglos de historia. Durante muchas centurias, los representantes de los pueblos vizcaínos se reunían bajo el árbol de Guernica —al igual que los delegados de los cantones suizos— para decidir cuanto se refiriese a la administración de su pueblo. Y durante siglos también, los reyes de España juraban respetar los Fueros de Vizcaya que eran, por decirlo así, la Declaración de los Derechos de los vascos. Además, vizcaínos e ingleses durante siglos han dado una misma interpretación a las palabras "libertad" y "derechos del hombre"... Pero el edificio del Parlamento Vasco está vacío. Los Fueros fueron abolidos el año 1876 porque los vascos se hallaban en el bando que resultó derrotado en las guerras carlistas. La República Española reconoció a los vascos el derecho a regirse autónomicamente. Pero de ello queda tan sólo el recuerdo, pues la autonomía fue anulada por el general Franco y sus aliados nazis y fascistas. La guitarra con que el vasco Iparraguirre, durante su errante exilio, solía cantar al Árbol de Guernica se e

xpone muda a la admiración de los "visitantes".

Y al alejarse de Guernica, el destacado publicista inglés escribe: "La carretera que desde un poco más allá de Guernica conduce hasta San Sebastián es, a mi modo de ver, no menos maravillosa que la de las cercanías de Cape town. Pero atravesando pueblitos pesqueros a la orilla de un hosco mar, la recorrí entristecido y meditabundo. Pensaba con tristeza hasta qué punto nos habituamos y nos mostramos insensibles ante crímenes tan horribles como el bombardeo y la destrucción de una pequeña villa. Y meditaba en torno a la dificultad de hallar una respuesta adecuada al arrogante, al tirano y al demagogo. En aquellos instantes recordaba lo que me dijo un vasco en Bilbao: "De cada diez de nosotros, hay nueve que odiamos a Franco".

Al cumplirse hoy un nuevo aniversario del bárbaro bombardeo de Guernica, nos ha parecido bien ceder la palabra al publicista inglés que recientemente pasara por nuestra tierra y a cuyas ajustadas expresiones poco es lo que nosotros podríamos agregar.

Sí, es cierto que hoy hace quince años los alemanes hitlerianos, principales forjadores de la victoria de Franco, bombardearon "experimental-mente" a Guernica, dejándola arrasada casi por completo. Sí, es cierto que aquél era el santuario de nuestra democracia, más antigua que la inglesa y la suiza; aquél el símbolo de nuestras milenarias libertades arrasadas por Franco y sus aliados nazis y fascistas. Es cierto que de cada diez vascos nueve odian a Franco, asesino en Guernica y sobre toda nuestra tierra, de su sangre y sus "derechos del hombre" magníficamente consagrados en nuestros Fueros. Ciertamente el mundo se habitúa y se muestra insensible ante crímenes tan horribles como el bombardeo y la destrucción de una villa... Pero aún es más tristemente cierto que "el arrogante, el tirano", sigue sin hallar la respuesta adecuada de la parte del mundo que se dice campeón de la Democracia y la Libertad y que contempla impasible el prolongado martirio de uno de los pueblos que más cabalmente hayan encarnado esos ideales sobre la tierra.

El Plata, Montevideo, Abril 26 de 1952.

GUERNICA EN EL 17." ANIVERSARIO

Se cumple un nuevo aniversario de la destrucción de Guernica y su recuerdo vuelve una vez más a nosotros; recuerdo que nunca perecerá en esta generosa tierra oriental donde plazas y parques de sus principales ciudades llevan el nombre de la martirizada ciudad santa de los vascos.

A la bárbara acción de las alas germanas al servicio de Franco, innecesaria e inexplicable desde cualquier punto de vista estratégico o político, sólo se le puede encontrar una motivación lógica en cierto sentido; porque era natural que hitlerianos y falangistas, a los que el solo nombre de libertad repugna, escogieran como blanco de sus furores aquella villa indefensa sin valor estratégico alguno, pero sagrada para todos los hombres dignos por ser el relicario de las más antiguas libertades de Europa.

Por eso la destrucción de Guernica fue un síntoma y además un precedente, y en este último aspecto queremos detenernos en nuestra nota de hoy. Porque el arrasamiento de lo que Guernica simboliza continúa implacablemente. No es ahora la metralla la que actúa; pero el bárbaro instinto que hace diecisiete años hizo llover las bombas, ese inferior instinto que se goza en destruir por destruir y en mancillar por mancillar, continúa su obra bestial sobre toda la tierra de los vascos secularmente libre mientras que, hasta hace pocos años, el árbol de Guernica pudo ser su cabal emblema.

Es preciso que el mundo sepa —aunque nada esperamos de los poderosos del mundo— que al pueblo vasco se le está asesinando en su carne y en su espíritu. Es necesario que las Naciones Unidas se enteren —aunque nada esperemos de ellas— que su pomposa condenación del delito de genocidio de un pueblo, de nada sirve, por lo visto, cuando el pueblo con el que se está pretendiendo acabar ha sido siempre, en los largos siglos de su historia, ejemplo en el disfrute de las libertades propias y modelo en el respeto a las ajenas.

Siguiendo, un plan diabólico —que ya tiene su precedente en aquel proyecto del cardenal Cisneros de desterrar de Navarra a su pueblo en masa y repoblarlo con andaluces— se estimula hoy la inmigración a tierra vasca de pueblos enteros de la estepa castellana o los yermos extremeños, para ahogar a la primogénita de las nacionalidades de Europa en su misma fuente. Se asfixia la precaria vida de la primera de nuestras características, el santo idioma de nuestros apellidos, en el cual —¡aunque parezca mentira!— está prohibido escribir una línea en la prensa que se edita en tierra vasca. Se persigue hasta el más elemental ejercicio de los derechos humanos, como lo atestigua ese proceso de Vitoria celebrado hace unos días por lo que se condena a años de cárcel a honrados y ejemplares ciudadanos —en ninguno de los cuales cabe siquiera el socorrido pretexto del comunismo— por el terrible delito —tampoco probado— de haber organizado una huelga justa y pacífica en la cual no se rompió ni un cristal. Pero no hemos de seguir con la exhibición de los tristes frutos de la africana mentalidad del franquismo.

Nosotros sabemos que la destrucción de Guernica continúa. Sabemos que mucho mal se nos está haciendo, parte del cual quizá sea irreparable. Pero conocemos también el temple de nuestro pueblo, sus increíbles reservas de resistencia y recuperación y sabemos también —¡cuánto dolor se ahorrará el mundo si ellos lo conocieran!— que los desmanes de toda tiranía son vanos a la larga. Sabemos que la misma enormidad de los ultrajes ha despertado conciencias vascas que creíamos ya para siempre dormidas y ha sacudido y puesto en pie para la causa de la libertad a aquellas zonas de nuestra tierra que hasta ahora le habían permanecido indiferentes u hostiles. Sabemos muy bien lo que decimos. Y por eso, en la larga noche de nuestro infortunio, no se extinguirá nunca esta débil lucecita que una mañana cualquiera se agigantará hasta convertirse en sol radiante. Será el día en que el árbol de Guernica dará, otra vez y para siempre, sus frutos de libertad al pueblo más viejo de Europa, glorioso en sus cicatrices y sublimado en sus torturas.

El Plata, Montevideo, Abril 24 de 1954.

EN EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE LA DESTRUCCIÓN DE GUERNICA

Difícilmente nación alguna puede presentar un record semejante al de nuestra patria en la historia de la libertad. Libertad nacional que sirvió a maravilla para que dentro de ella florecieran, fuertes y lozanas, todas aquellas libertades que hacen la dignidad del hombre.

Si nos colocamos en los tiempos en que Roma señorea casi todo el orbe conocido imponiendo a varias de las que luego habrían de ser grandes naciones su lengua y sus instituciones jurídicas, mirad y ved a nuestro pequeño pueblo libre en sus montañas y valles, y salvando en ellos, juntamente con su independencia, el tesoro de su idioma y leyes propias. Es como una isla roqueña que resiste victoriosa los embates del mar de la romanización en que todo aparece sumergido.

Pasan unos siglos y he aquí que se presentan los bárbaros a recoger la herencia de Roma moribunda. Sus carros de guerra recorren triunfantes las Galias y se adueñan de la Península. Pero entre las Galias y España, en su rincón del Pirineo, no más inaccesible que el Guadarrama o los Vosgos, los vascos resisten siempre. Y el "Domuit vascones" que se repite como un "leit motiv" en las crónicas de los reyes visigodos proclama, con su reiteración misma, la inquebrantable independencia de la nación vasca.

Una nueva raza conquistadora aparece en la escena de la historia. Son los m

usulmanes que en una rapidísima campaña hacen botín de toda la monarquía visigoda. Pero sus caballos piafadores, que desde Gibraltar van recorriendo victoriosos todos los campos de España, han de morder el freno y retroceder al llegar a las fronteras vascas. Allí los veremos durante siglos sin que apenas logren poner pie en territorio de nuestra patria.

La marea musulmana va cediendo. En una lucha de siglos, los reyes cristianos van empujando a su tierra de origen a las huestes africanas dominadoras de España. Al ir creciendo en poder, estos reyes intentan repetidas veces conquistar nuestra libre tierra; pero sus intentos se estrellan siempre. Es Ordoño cuyas tropas invasoras son destrozadas en Arrigorriaga, o Pedro el Cruel que sufre dos tremendos descalabros en Gordexola y Otxandiano o Enrique IV que ve perecer la flor de su ejército en los campos de Munguia...

Y así, a través de los siglos, en una impresionante historia de no interrumpida libertad hasta hace poco más de cien años en que los vascos "jamás vencidos" dejan las armas en los campos de Bergara engañados por promesas solemnes que se habían de cumplir; promesas de respeto a esa libertad gloriosa, madre de libertades ejemplarizantes simbolizadas en el Árbol de Gernika.

Si después de esta rapidísima recapitulación histórica concentramos nuestra atención en la guerra que ensangrienta a nuestra patria a partir del 18 de Julio de 1936, podríamos decir que asistimos a una lucha en que nuestro suelo se ve amenazado, al mismo tiempo, por todos nuestros enemigos tradicionales; latinos, germanos y moros los tres enemigos históricos de nuestra raza concurren esta vez en la lucha que sucesivamente y durante siglos movieron en vano contra nuestro pueblo. Y esta vez conseguirán lo que jamás habían logrado: abatir la libertad vasca. Y para que su venganza sea perfecta, para que esa libertad que fue un perenne desafío a su innata soberbia de conquistadores no renazca más, darán a la vieja Euskal Erria el golpe de gracia hiriéndola en el centro mismo de su alma; aniquilando a la ciudad que es santa para los vascos por ser el relicario del símbolo de su libertad. ¿Qué otra explicación puede hallarse a la salvaje destrucción de una pequeña población carente en absoluto de todo valor militar?

Pero entre lo muy poco que se salva de la destrucción y el incendio que todo lo devora, está el Árbol venerado. Y él sigue alzándose como un símbolo sobre las ruinas y los escombros, proclamando, contra la victoria pasajera de las armas, el triunfo eterno de la libertad.

No importa que para vergüenza del mundo, de ese mundo atormentado que no encuentra su camino, sigan teniendo actualidad dolorosa aquellas palabras

que Lloyd George escribiera a nuestro Presidente Aguirre: 'Del mismo modo que a Ud. me extraña la manera como las naciones demócratas del mundo permiten que los dictadores europeos aplasten las libertades de un antiguo y venerado pueblo sin un gesto o una palabra de protesta'.

A pesar de todo esto, nuestra esperanza es cada día más fuerte. "Gernika ganará la guerra" decía nuestro Presidente. Gernika, —añadimos nosotros— ganará nuestra libertad. Porque su sacrificio removi6 hasta el fondo las conciencias de los vascos que aún dormían y porque ese sacrificio ha hecho conocer entre los hombres dignos del mundo entero la inmaculada justicia de nuestra causa. Y porque, a pesar de todo, seguimos fervorosamente creyendo en aquello que se ha escrito; "En este mundo de miserias, de egoísmos y traiciones sólo una cosa hay fuerte: la que es justa".

Montevideo, 1947.

EL MARTIRIO DE GUERNICA

"Arrasaré Vizcaya. Tengo motivos sobrados para ello", nos anunciaba Mola, el organizador de la gran ofensiva sobre Bilbao en aquellas octavillas que, intimándonos la rendición, llovían de sus aviones, mucho más pródigos en la lluvia de bombas.

La ofensiva había sido preparada con todos los medios y en coordinación de todos los elementos. Un centenar de aviones alemanes e italianos esperaban en sus bases de Vitoria, Burgos, Logroño y Soria; más de la mitad de ellos fueron pronto dispuestos a distancia de sólo 15 kilómetros del frente. En las fábricas de Vitoria y Burgos fue distribuido un enorme stock de bombas de fabricación alemana; desde las de 500 kilos hasta la pequeña incendiaria de aluminio que los alemanes iban a ensayar y perfeccionar sobre nuestro suelo. Y a esta aviación, predominante alemana, se sumaban las columnas italianas, las banderas africanas, las legiones del Tercio Extranjero y, finalmente, tropas españolas, requetés navarros para mayor dolor de la Patria. Y esas fuerzas, que al comienzo fueron de 85.000 hombres porque se calculó optimistamente por los franquistas que, con los poderosos medios materiales de que disponían, eran suficientes para entrar en Bilbao en tres semanas, llegaron a sumar 120.000 hombres —cerca del doble del ejército vasco— cuando al cabo de 80 días de épica resistencia consiguieron entrar en Bilbao en un avance en profundidad de 600 metros de promedio diario, ya que del frente a la capital vasca la distancia media era de 49 kilómetros.

Había que destruir el más formidable testimonio contra la mentira de la "cr

uzada" franquista que estaban dando los vascos, pueblo religioso y de orden si los hay; había que pagar a Alemania su ayuda decisiva al precio del mineral de hierro de Bilbao, y así, el 31 de marzo con el feroz bombardeo de la villa natal del fundador de Montevideo, la vieja Durango, que quedó semi-aniquilada ese día, comenzó la terrible ofensiva en el curso de la cual la aviación lanzó 162.000 bombas con un peso total de 2.842 toneladas sobre los campos vascos que carecían en absoluto de armas aéreas o antiaéreas para contrarrestar este ataque.

La vieja patria fue desgarrada hasta sus entrañas; ardieron sus bosques, cayeron destrozados sus blancos caseríos y, el 26 de abril de 1937, hace hoy justamente catorce años, la aviación alemana reducía Guernica a una inmensa hoguera en que se consumían los cuerpos de muchos de sus hijos. Muchos otros yacían en los bordes de las carreteras ametrallados por los cazas en una persecución implacable. La civilización se cubría de luto y Guernica, símbolo hasta entonces de las libertades vascas, adquiría, con su martirio, significación universal.

Hemos meditado una vez más en este nuevo aniversario en el bárbaro hecho y nuestra meditación nos ha llevado a la consideración de uno de los aspectos menos estudiados del franquismo: el de su aterradora vacuidad espiritual. El crimen de Guernica, todo el diluvio de sangre, dolor y lágrimas que el levantamiento militar ha hecho correr a todo lo largo y lo ancho del suelo español, ¿por qué y para qué? Y no nos referimos aquí a sus resultados definitivos que bien a la vista están: miseria espantosa, tuberculosis generalizada, incapacidad e inmoralidad en todos los organismos de gobierno, prostitución como nunca fue conocida, esterilidad en las ciencias, en las letras, en las artes... Todo eso, si no justificación, alguna excusa podría tener al menos en el ensayo práctico de alguna nueva ideología hecho por sus místicos y fervorosos adeptos. Pero, ¿puede decirnos alguno cuál es la instaurada por el movimiento "salvador" triunfante? Difícilmente, a lo largo de la historia del mundo, se habrá dado jamás vacuidad ideológica como la de ese movimiento que, al precio de la matanza de más de un millón de ciudadanos y de la miseria y desesperación de la inmensa mayoría del resto, no ha servido para otra cosa que para destruir la República, imposibilitar la Monarquía y perpetuar en los regios salones de El Pardo al responsable de toda la catástrofe.

Los trescientos mil vascos que en estos días desafían su poder, en una huelga que es toda una lección de virilidad, civismo y disciplina, recuerdan una vez más estas cosas a todo el mundo civilizado que hace catorce años se estremeció ante el crimen de Guernica.

El Plata, Montevideo, Abril 27 de 1951.

EL OTRO NIETO DEL ÁRBOL DE GUERNICA

En nuestro número anterior dimos cuenta de la plantación de un retoño del árbol de Gernica en la plaza del mismo nombre de Montevideo. Completamos hoy dicha información reproduciendo los discursos que se pronunciaron en el acto. El doctor Vicente de Amezaga se expresó en los siguientes términos:

"Si plantar un árbol es siempre un acto de cultura, figuraos cuanto más lo será al tratarse de uno como el que hoy depositamos en la entraña de esta plaza de Gernika".

Tiene este sencillo acto un doble significado: ha creído, de una parte, el Departamento de Estudios Vascos de la Universidad de Montevideo que me honro en presidir, que le correspondía auspiciar este acto, inaugurando sus tareas de este año con el homenaje al árbol que durante siglos dio al mundo lecciones de libertad; hemos querido significar con ello que no concebimos a la cultura en su total y verdadero sentido, sino fundada y cimentada en la libertad; que no comprendemos a la cultura vasca sino recibiendo su savia y su vida de la libertad vasca que mejor que nada este árbol simboliza.

Y tiene para nosotros esta sencilla ceremonia de hoy otro aspecto, otro significado entrañable: el de un testimonio más, patente y viviente, de la fraternidad vasco-uruguaya que nos inunda a todos en sus gratos efluvios al contemplar a la tierra oriental, fecunda y generosa, recibiendo en su seno ese símbolo de nuestra raza.

¡Orientales! Hace años que los vascos venimos soñando con un día que más pronto o más tarde ha de llegar: el de la liberación de nuestra patria. Y soñamos también que cuando el sol de la libertad ponga sus brillantes reflejos en las hojas de nuestro roble sagrado, ese día será de gozo supremo en nuestra vieja tierra. Jamás nuestros valles se habrán mostrado vestidos de un verdor tan nuevo; jamás ese riquísimo manto de nuestro policromado paisaje se habrá desplegado en un derroche tal de matices y tonalidades, caricia y regalo de los ojos. Pienso que el murmurar de nuestros arroyos nunca habrá sido tan sonoro, argentino y jocundo como entonces y hasta el ronco rugido de nuestro mar bravio se ha de suavizar aquel día en matices de canción cunera, como arrullando y meciendo a la libertad que vuelve a nacer... Pero yo os aseguro, amigos uruguayos, que esa universal exultación de nuestra tierra no podrá ahogar en nosotros ese sentimiento elemental, ese deber primario

en todo pecho bien nacido: la gratitud. Sí, aquel día de nuestra alegría será también el del buen recuerdo para los amigos fieles cuya ayuda nos llevó a alcanzarla, los amigos que se ganaron ese nombre abriéndonos sus brazos cuando nosotras, despojados de todo, recorriamos la vía de la Amargura. Y entre ellos, entre los que primer lugar ocupen, vosotros los del Uruguay, los de todas las horas y todas las oportunidades.

Permitidme, pues, que cierre estas pobres palabras con estos dos gritos que tantas veces ya han salido hermanados de mi garganta: ¡Viva el Uruguay!, ¡Gora EuzkadÜ"

El doctor Adolfo Berro pronunció las siguientes palabras:

"El Departamento de Estudios vascos de la Universidad de Montevideo decidió aceptar el ofrecimiento que su digno y entusiasta colaborador Dr. Miguel Bñales hizo de un roblecillo que desciende del histórico, tradicional y glorioso árbol de Guernika, para plantarlo aquí, en esta plaza montevideana que lleva el nombre ilustre y magnífico del pequeño gran pueblo, sacrificado cínicamente por la violencia inaudita y vandálica del totalitarismo".

¡Arbolito de recordación insigne, une en fraternal corriente tu savia euskar a con los fecundos jugos de esta tierra uruguaya, amante como tu patria lejána por la distancia, y tan cerca, sin embargo, de nuestro corazón, de los principios democráticos y de las libertades humanas!

¡Crece lozano, roblecito de Guernika, en esta fértil tierra nuestra, en esta sonriente plaza de Montevideo, bajo el dorado y fúlgido sol oriental que acariciará tus ramas, hoy leves como tiernasavecillas, mañana nudosas y recias como manos gigantescas de labriego; crece lozano, roblecito de Guernika, y lleva en tus ramas lejos, muy lejos, bien cubierto de tus hojas verdeoscuros, para que a la sombra paternal de tu fronda rumorosa, jueguen los niños montevideanos en fraterna ronda, y aniden los pajarillos en tu ramaje trémulo, y todos, pájaros y niños, canten a la vida sana, ahitos de alegría y ebrios de sol!

¡En tu savia se fundirán los jugos substanciosos de la vieja, homérica tierra a éuscara, con los de esta nación joven y libre del Plata inmenso, y levantarás, roblecito de Guernika, tu copa desafiante y altiva frente al empuje del recio pampero y de la salobre sudestada, símbolo de la fraternidad de dos pueblos cuyo trabajo se ha fundido en este suelo uruguayo como tu savia misma, en odio a las servidumbres y a las tiranías y en ansias formidables de libertad!

¡Roblecito de Guernika en tierra charrúa, serás símbolo y ejemplo de la reciedumbre de la raza indómita, de la honradez proverbial de sus hombres, de su indeclinable amor al trabajo, de su constancia y su ardimiento a través de milenios de historia, de su habla concisa y suave como la dulce serenidad de los valles pirenaicos, de su respeto profundo e incommovible a los derechos sagrados del hombre!

Roblecillo de Guernika, en tierra uruguaya, hemos de pedirte, con las estrofas de tu himno altivo y glorioso, que "permanezcas siempre en eterna primavera, cual vieja flor inmaculada, que te apiades de nuestros corazones y que nos brindes tu divino fruto por la eternidad".

Euzko Deya, Buenos Aires, Mayo 20 de 1948.

EL ROBLE DE COLONIA

"Al verme a mí, árbol pequeño y humilde, alzarme solitario en el centro de esta plaza, aquí en el corazón de la antigua y noble ciudad de Colonia, han de ser, sin duda, muchos los que entre sorprendidos y curiosos me pregunten: ¿quién eres tú?"

"Y yo, árbol pequeño y humilde, les debo contar mi historia: historia que no sabe de guerras y conquistas; historia que desconoce esclavitud y tiranía; historia que aborrece deslealtad y traición; historia en la que no caben falsas grandezas y caducos oropeles; historia de un pueblo que fue siempre pueblo; historia forjada en siglos de amplia, generosa y ruda libertad"

"Al otro lado de los mares, allá entre las verdes montañas de la vieja Euzkadi hay, en Bizkaya, un roble viejo, fuerte y noble, como ella y como su ley".

"Es un roble a cuya sombra los varones de la libérrima Bizkaya se reunían desde inmemoriales tiempos: antes que la villa de Gernika que, más tarde, le dio nombre se fundara, él existía ya".

"El existía mucho antes de que tantas orgullosas ciudades de la vieja Europa se fundaran. Antes de que se edificaran sus Cortes y Parlamentos. Y, siglos antes de que la Revolución francesa lanzara su grito de generosa rebeldía; anticipándose en centurias a la libre Inglaterra que iba a admirar al mundo con sus constituciones democráticas y a la férrea independencia de los cantones suizos, este roble daba sombra a los rudos vascos que bajo él se reunían generación tras generación en aquellas Cortes soberanas que eran un

himno perenne entonado a la independencia de la patria y a la dignidad del hombre".

"El fue signo de libertades, palacio de la Justicia y templo de la más antigua democracia europea. Cuando en el viejo Continente los pueblos yacían en degradante vasallaje, el pueblo vasco —todo el pueblo— se reunía al pie de este árbol para darse sus leyes soberanas, por eso fue saludado con respeto, lo mismo desde la serenidad del Capitolio de Washington, que desde el seno de aquella Convención francesa que se agitaba borrascosa".

"Y cuando, pocos años después, los ejércitos de esa Convención al mando de Moncey entraban en Gernika, la tropa formada rendía al árbol sus armas vencedoras".

"La tiranía, naturalmente, lo aborreció. Y cuando las fuerzas del mal comenzaron su criminal desborde en Europa, un diluvio de bombas y metralla redujo a cenizas la ciudad santa de los vascos".

"Pero una mano divina salvó de la destrucción a aquel roble. Y, entre las ruinas de su ciudad amada, él sigue viviendo, signo de libertad y testigo de la más tremenda de las injusticias".

"Yo soy un hijo de ese roble. Hace ya muchos años que un cantor errabundo de las libertades vascas que moró muchos años en estas tierras había entonado aquella estrofa generosa:

"Ernán da zabalzazumunduan frutua". (Da y propaga por el mundo tu fruto de libertad).

"Yo soy uno de esos frutos. Por eso me han escogido para que habite en esta tierra; en esta tierra donde tanta savia vasca ha fructificado; en esta tierra que es, ante todo, tierra de libertad".

"Por eso mis raíces se hunden en ella con una especial delectación; ¡encuentran siempre tan ricos jugos!; por eso mis ramas se lanzan cada día con más ímpetu a los cielos; las auras que las acarician y los vientos que las sacuden son siempre auras y vientos de libertad".

"Renuevo vasco en tierra uruguaya, yo quisiera que vierais en mí esa identificación, que siempre supo ser perfecta, del tronco vasco con la tierra oriental. Aquí donde los hijos de vascos no podrían ser contados con todas las hojas de todas mis ramas, yo he sido colocado como un símbolo de aquello que,

después de la sangre, une más a los uruguayos y a los vascos: el culto a la libertad".

"Esta es mi historia. Historia modesta, pero limpia, vieja, recia y noble de este árbol pequeño y humilde que veis alzarse solitario en el centro de esta plaza, aquí en el corazón de la noble y antigua ciudad de Colonia del Sacramento".

Colonia, Uruguay, Setiembre 10 de 1944.

EL RECUERDO DE GERNIKA

Hoy, día 26 de abril, se cumple el noveno aniversario de la destrucción, por la aviación alemana, de la ciudad santa de los vascos.

No nos detendremos en detallar el hecho vandálico ya tan bien conocido. No vamos a especular sobre su especial significación. Ni siquiera nos pararemos en la condenación del diabólico complot mediante el cual, por cierto tiempo, los criminales consiguieron que buena parte de la opinión mundial honrada mirase como culpables a las propias víctimas. Todo esto ha sido más que suficientemente aclarado. Sí alguno hay que, a esta fecha, sigue sin rendirse a la evidencia, ese tal es de la clase de hombres a los que ni los milagros despiertan a la luz de la verdad. Dejémoslo pues.

Este aniversario nos encuentra en un momento de particular ansiedad para el mundo. La paz ha nacido enferma. Junto a su cuna, los sempiternos egoísmos, el imperialismo incurable, la incomprensión y el odio, acechan. El organismo creado para tutelarla corre peligro inminente de ser convertido en instrumento de semivelados apetitos. Para que la paz subsista, es preciso que la justicia reine soberana en ese organismo y que lo haga desde el principio y hasta sus últimas proyecciones. Es la única forma de que se afianze y se a eficaz: sólo así los hombres honrados del mundo llegaremos a esa fe constructiva que en todos se siente desmayar.

Ante el tribunal de la O.N.U., se ha presentado por estos días una acusación contra el régimen de Franco. Para nosotros los vascos se trata de que las naciones que aman la paz condenen, definitivamente, al régimen que llevó a nuestro pueblo, pacífico si alguno, todos los horrores y crímenes de guerra; se trata de que las naciones que lucharon por la democracia, castiguen al régimen culpable del crimen cometido en Guernika, símbolo del pueblo democráticamente más viejo del mundo; se trata de que los pueblos que combatieron contra Hitler y Mussolini no permitan subsistir a ese régimen que sólo p

or Hitler y Mussolini pudo nacer y que es su legítimo heredero y continuador de sus huellas; se trata de que el régimen simbolizado en Franco sea borrado de la faz de la tierra; no sólo por lo que suponga de peligro; no, únicamente, por el mal que puede y está presto a hacerse, sino principal y fundamentalmente por el que hizo; por sus crímenes en cuya lista interminable destaca con sangrientas letras el nombre de Guernica.

Sabemos que no hacemos sino enunciar argumentos bien repetidos en favor de nuestra causa; creemos conocer también algunos de los que están impidiendo su rápida y justa resolución. Lo que no comprendemos es como puede llegarse a la suma candidez o de hipocresía necesarias para invocar el principio de la no intervención en favor de un régimen que todos saben que a la intervención alemana e italiana debe su existencia; lo que no podemos entender es que, por miedo al comunismo —es minoría en nuestra patria y el último partido numéricamente en el Estado español—, se siga manteniendo a un régimen, principalmente determinante del crecimiento del comunismo español, y el único que, a pocos años que las cosas sigan por este cauce, puede llevar como natural consecuencia al sangriento triunfo en la península de las doctrinas de Lenin. Tanto más dura el franquismo, tanto más las posibilidades de triunfo del comunismo se acrecen-tan. Esta es la pura y limpia verdad que ningún político responsable puede desconocer.

Está ahora de moda decir que la democracia y la paz son paralelas e indivisibles. Así es, en efecto. Pero hace mucho tiempo; desde todos los tiempos, han sabido los hombres honrados que la justicia es esencialmente indivisible también. Que es tal su naturaleza que cuando a ella en el más mínimo de sus miembros se la hiere, todo su cuerpo queda vulnerado. Nosotros los vascos hemos sabido y practicado siempre esta verdad. Representantes de una nación pequeña, pero tan grande como la que más en democracia, honestidad y sentido humano, alzamos hoy el recuerdo del martirio de Guernica nuestra voz que clama justicia y libertad. Las pedimos para nuestra patria. Y para todas las patrias del mundo que jamás podrán descansar en la paz mientras que la justicia por la que claman crímenes como el de Guernica sea satisfecha.

Euzko Deya, Buenos Aires, Marzo 30 de 1944. El Plata, Montevideo, Abril 26 de 1944.

UN ÁRBOL Y UN NOMBRE SON NUEVO TESTIMONIO DE GUERNICA

"Pocas cosas más tristes, señores, entre los espectáculos de la naturaleza

que el de la contemplación de un árbol que muere. Más, mucho más triste, más encogedor del ánimo que esos paisajes desérticos, que esos panoramas polares en los que pareciera que la vida nunca existió o que por ventura se hubiera, hace siglos, para siempre extinguido, son para mí esos otros jalonados por árboles cuyas raíces secas, cuyos troncos retorcidos, cuyas ramas desnudas, están señalando el tremendo momento en que el supremo poder de fecundación de la naturaleza ha dejado de ser.

Pero si es triste y desolador el espectáculo del árbol que muere, nada por contra, tan alegre, tan tonificante, tan promisor como la contemplación de los árboles que nacen; de los árboles que con ocasión de esta hermosa fiesta vamos hoy surgir a la vida.

Parece que se alzarán como una promesa de vida larga y fecunda; parece que se levantarán ofreciendo tantas esperanzas risueñas como sus hojas de un verde simbólico; parece como que sus ramas jóvenes fuesen capaces de cobijar todos los mejores auspicios para la tierra en que nacen y para el hombre que les ayudó en su desarrollo; parece como si asistiéramos al nacimiento de seres humanos; parece que, como en el nacimiento de éstos, nos brotarán también a nosotros en el pecho las raíces de una honda alegría que no de otra cosa procede sino de una como comunicación de vida, de una como participación en una perpetua renovación de nuestro existir.

Por todo esto, es hermosa esta Fiesta del Árbol que hoy estamos celebrando. Lo es hermosa para todos los corazones; pero, lo es, sobre todo, para los de los vascos y descendientes de vascos de este Departamento de Colonia para quienes tiene esta fiesta una honda y especialísima significación.

Habéis plantado hoy aquí un retoño del árbol de Guernika. De aquel árbol que daba cobijo a la libertad y a la democracia y al sentido de dignidad humana de los vascos, ya en aquellos siglos en que la esclavitud, el vasallaje y el menosprecio de la persona humana en sus masas populares, eran la triste herencia de Europa y del mundo.

He ahí al nieto de aquel roble cantado en recias estrofas por Tirso de Molina; he ahí, el vastago de aquel roble a quien el poeta inglés Wordsworth consagrara un célebre soneto; he ahí al árbol saludado desde la tribuna de la Convención francesa por Tallien; el mismo a quien, poco después, las armas triunfadoras de esa misma Convención, a su paso por Guernika, habían de presentarse reverentes; el mismo cuya efigie, emblema de la más antigua libertad, adorna el Capitolio de Washington.

Colocado aquí en tierra uruguaya, él es el símbolo más perfecto de la feliz comunión de la savia vasca con la tierra oriental. Colocado aquí, él ha de ser, vascos y descendientes de vascos, él ha de ser para vosotros un perpetuo recordatorio de vuestro origen y de los deberes que ese origen os impone.

Como el árbol debéis lo mejor de vuestros frutos a la tierra que os sustenta: no se los regateéis; sed siempre —no hace falta que yo os lo encarezca— sed siempre los mejores entre los mejores de los uruguayos. Pero como el árbol también, no olvidéis nunca la modalidad de vuestro suelo de origen: que el sello vasco simbolizado en ese roble os distinga siempre.

Vascos y descendientes de vascos del Departamento de Colonia: por primera vez desde que hay memoria de los hombres ese roble ha dejado de dar en su tierra frutos de libertad. Y las fuerzas del mal desencadenadas un día sobre Europa redujeron a cenizas la ciudad santa de los vascos intentando arrancar para siempre las raíces de la libertad allá en su tierra más propicia. Pero su intento fue vano. Los vascos no renuncian ni renunciarán jamás a su derecho; derecho santificado por los siglos. Y en tierra vasca y fuera de aquella tierra, en Europa y en América, desde la gran república del Norte hasta la más pequeña de las del Sur, resuena en los pechos de los vascos el grito de restauración. Es empresa santa a la que —sean cuales fueren sus opiniones— no puede oponerse ningún pecho digno y porque es empresa a la que todos los vascos dignos están llamados, yo estoy seguro, plenamente seguro, de que formaréis en ella, en lugar de preferencia, vosotros los vascos y descendientes de vascos el Departamento de Colonia.

Euzko Deya, Buenos Aires, Setiembre 20 de 1944. Discurso en Colonia, Uruguay.

URUGUAY.

1. El pueblo vasco ventila
2. En los Campos Elíseos
3. Intermedio jovial
4. La invasión de Europa
5. Comunidad vasco-uruguaya
6. Palabras de agradecimiento
7. Hermandad vasca
8. "Albokas" y "albokaris"
9. ¡Agur!
10. Rezaron fervorosamente el rosario

11. El pueblo de las ermitas
12. Canciones de Navidad
13. Los vascos cantan y danzan
14. Estudios vascos
15. Las casas solares del País Vasco
16. La realidad española bajo Franco
17. Defensa de la Libertad
18. "Sabremos cumplir"
19. Los Juegos Florales Catalanes
20. "Con Libertad, ni ofendo ni temo"
21. Miseria y honor de la gramática
22. Los paisajes entrañables
23. Esta es la justicia que mandan hacer
24. Algo sobre el carácter vasco
25. Franco y la cultura vasca
26. Ensayo sobre el retorno
27. "La comarca y el mundo"
28. Uruguay y la UNESCO
29. Voluntad de sobrevivir
30. Arte Vasco
31. Adiós al Uruguay

ADIÓS AL URUGUAY

Después de unos meses de ausencia que pensábamos breve, he aquí que la vida nos fija —¡qué sabe uno para cuanto!— lejos de tierra oriental.

Esto es como un desgarrón en el alma; una tristeza muy honda en la que pareciera fuéramos a hundirnos sin encontrar el fin jamás. Si el buey brama cuando se le separa de aquél con quien araba, cómo no gemirá nuestro espíritu al despedirse de compañía tan deleitosa como esa tierra a la que el tiempo, sellando la consustanciación de efectos, convirtió en nuestra segunda patria.

Entramos en ella predispuestos a quererla y la fuimos queriendo cada vez con más arraigada pasión. Para nosotros que llegábamos huérfanos de patria, ella se ofrecía tierra generosa; para nosotros hambrientos y sedientos de Justicia, ella se nos aparecía maravillosamente grande en su culto a esa Justicia que hoy, por todas partes, los poderosos del mundo se empeñan en ignorar; para nosotros soldados en derrota del ejército de la Libertad, ella resplandecía como un milagroso oasis donde el hombre, si no es libre, deja de ser estimado como hombre; donde los tiranos temblarán siempre, aún viéndola

pequeña, como se encoge siempre, ante la integridad de la virtud, la más o
sada de las villanías.

En ella fermentó cien veces nuestro espíritu con la visión de la protesta e
spontánea de todo un pueblo, ante toda injusticia y toda sinrazón cometida
no importa donde ni contra quien. En ella nos nacieron hijos de nuestra san
gre que, en cualquier parte que vivan, pregonarán siempre orgullosos su con
dición de orientales, como proclamarán siempre su ciudadanía uruguaya sus p
adres en cualquier rincón del mundo a que los azares de la vida los arrastren.

Llegamos como lo que somos, sin tapujos ni disfraces: hombres de Cristo, v
ascos y demócratas. Y para nosotros se abrieron siempre todos los brazos y
hubo efusión en todos los labios y reflejos de simpatía en los ojos que n
o saben mentir. Y lo mismo en los de nuestra estirpe que en los que en ell
a no están enraizados, e igual que en los creyentes en los que no comulgan
con nuestra Fe, se nos abrieron los corazones, en un generoso impulso de
solidaridad humana, en un natural movimiento que impone ese culto a la dig
nidad del hombre que tan profundamente siente el uruguayo y que es base de
roca de su ejemplar democracia y de su triunfante libertad; ¡Libertad! el
mayor invento de Dios, como hermosamente dijo Peguy.

Se nos abrieron todas las puertas y nos movimos y trabajamos en la Universi
dad, en el Instituto de Estudios Superiores y en el Ministerio de Instrucci
ón. Y pulsamos la vida oriental en el Parlamento, en la Academia de Letras,
en el Ateneo, en la calle, en las tribunas populares, en las redacciones d
e los diarios; en todas a las que acudimos. Que si en éste en que escribimo
s anclaron más que en otro alguno nuestros afectos y afanes, en otros fue p
arecido, y ninguno nos rehusó su atención. Sin olvidar nunca, como bien nac
idos, nuestra condición de vascos, fuimos en todas partes, simplemente, un
uruguayo más.

La suerte nos deparó vinculaciones que revalorizaron nuestra vida, dieron n
uevos impulsos a nuestros afanes y alumbraron vías nuevas a nuestras ideas
y sentimientos. Hombres de gobierno y de la oposición, sabios profesores, i
nspirados poetas señores del verbo y jefes de la pluma, hombres del camp
o y de la ciudad. No recordamos de enemigos; si alguno se siente tal, sepa
por nuestra parte, su deuda estaba ya perdonada desde antes y desde el fond
o del corazón.

El alejamiento de tantas preciosas amistades cava en nuestra vida un vacío
que nos será difícil, muy difícil de colmar. Asoman a los puntos de la plum
a nombres muy queridos de preclaros orientales que con su amistad ennobleci

eron nuestro vivir, y tras ellos, en luminosa teoría, comienzan a desfilar por nuestra memoria tantos y tantos otros. Pero cuando queremos aprehenderlas, he aquí que las brillantes figuras se difuminan. Ya no son éste y el otro sino una sola cosa, la única que yo puedo ver en estos instantes: el Uruguay.

Pero el corazón se anuda, la voz se quiebra, se nublan los ojos y las lágrimas caen... no nos avergonzamos de ellas. Adiós, Uruguay. Todas las bendiciones que el corazón de un hombre pueda desear para aquello que más ama, las invoca hoy para ti éste que aprendió a amarte mucho y que ya, sea lo que sea que la vida le depare, no podrá dejar de amarte jamás.

El Plata, Montevideo, Abril 3 de 1955.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

En este acto en que Galeuzca inicia su vida pública; en este acto de conmemoración de Guernica, me corresponde dirigir breves palabras, muy gratas por ser de reconocimiento, pero, por eso mismo, no tan fáciles de pronunciar. Palabras que debo dirigiros como vasco y como de Galeuzca en Montevideo.

Como vasco, vayan mis primeras palabras a los amigos gallegos y catalanes que tuvieron la exquisita delicadeza de querer que la iniciación de la vida pública de Galeuzca en Montevideo coincidiera con esta conmemoración de Guernica, que tiene para nosotros un significado tan hondo.

Esta lluvia que ahora está cayendo me recordaba, contemplando estas flores, que gallegos y catalanes depositaron frente al monumento a Guernica aquella otra que cubre constantemente como un velo los campos verdes y los valles húmedos de Galicia, y que nos trae continuamente el recuerdo de aquellos versos de la divina Rosalía de Castro (1837-1885):

"Como chove miudinho, como, miudinho, chove. Como chove miudinho pol-a banda de Lainho, pol-a banda de Lestrove".

Y quería figurarme yo que esta lluvia era una ráfaga que venía de la tierra de Galicia para que sus botas cayeran sobre esas flores a fin de que, en esta conmemoración de Guernica, fueran, en su ofrenda, más frescas, más jugosas, más lozanas...

Es la misma lluvia que ennegrece, a través de los siglos, las piedras sagradas de Compostela; es la misma lluvia que satura de saudades el espíritu ga

llego, y que, al mismo tiempo, va manteniendo ese verde manto de verdura que cubre el cuerpo santo de Galicia.

Está ausente el sol que nos habían de traer los amigos de Cataluña; aquel sol mediterráneo con resplandores helénicos; aquel sol que hizo hervir la sangre de Auzias March, el más grande de sus poetas, en la expresión de los afectos del amor humano; aquel sol que abrasó y purificó la entraña de Mosén Cinto, que también en vuestro lenguaje catalán supo cantar con versos áureos las inefables exquisiteces del amor de Dios; aquel sol que se refleja en las costas catalanas, y que colma de frutas sus espléndidas planas; aquel sol que fue quemando como a un gran cirio que iluminó a su tierra a aquel gran varón de Cataluña que se llamó el Presidente Maciá; aquel sol que templó el espíritu de aquel otro Presidente, que quiso morir con los pies descalzos para afianzarse, por última vez, en mejor y más íntimo contacto con aquella tierra que fue toda la razón de su existir.

Yo quisiera que un reflejo de ese sol diera también sobre esas flores, para que ellas tuvieran más riqueza en sus matices, más generosidad en su aroma. ¡De todas maneras, amigos catalanes, amigos gallegos; muchas gracias!

¡Y muchas gracias también —y no por no haberlas expresado primeramente, menos sentidas— a vosotros, uruguayos, a vosotros, autoridades y pueblo del Uruguay; autoridades que habéis dado todas las facilidades posibles; pueblo del Uruguay, que habéis venido a prestar vuestra generosidad y apoyo a este acto magnífico. Autoridades y pueblo del Uruguay, para quienes parece que fueran connaturales todas las empresas justas y todas las causas nobles!

Y si en alguna persona, si en alguien tuviera que concretarse este agradecimiento al Uruguay, que esa persona sea esa gran figura, esa mente clara, ese corazón de fuego, este gran vate Carlos Sábat Ercasty... que de modo tan maravilloso, con su altísimo acento supo hablarnos de la libertad, y de la significación de Guernica en la Historia de la Humanidad.

Muchas gracias, pues, a todos; y nada más.

Euzko Deya, Buenos Aires, Mayo 5 de 1945.

¡AGUR!

Los vascos del Uruguay, que sienten cada vez más hondo el anhelo de convivencia a que la voz de la sangre les llama, comienzan hoy a publicar esta modes

ta hoja que aspira a ser vocero de nuestra colectividad, reflejo de nuestra vida social, vehículo de nuestras inquietudes culturales y lazo de unión, en fin, de la gran familia vasca que enraizada en la tierra fértil y amada del Uruguay no olvida ni puede olvidar aquellos verdes valles, aquellos agrestes picos y el mar hondo y bravio que encantaron la infancia de tantos vascos de aquí, de sus padres y abuelos.

Nace esta hoja con calor de hermandad vasca. Al servicio de todos los compatriotas sin excepción. Con eso esperamos que la reciba como suya todo vasco, sea cual fuere su ideología, en cuyo pecho la voz de nuestra vieja raza, recia y noble, canta aquella canción de siglos que los corazones bien nacidos no saben nunca desoír. ¿Qué importan y representan ciertos matices y diferencias disociadoras ante la unidad fundamental que imponen los valores básicos de la raza, patrimonio común de todos los vascos? Y si es evidente que es muchísimo más lo que nos une que aquello que pudiera separarnos, la gravedad de la hora, el momento de crisis suprema por que nuestro pueblo atraviesa —como que se juega en estos momentos el ser o no ser—, seguros estamos de que ha de servir de aglutinante de todos los hijos de nuestra estirpe que si ha visto inconmovible, a través de los siglos, como se mecían las cunas de los grandes imperios europeos y como se cavaban después sus sepulturas, no pueden ahora, seguramente en el periodo de mayor iluminación de su conciencia, resignarse a morir. Por eso, firmes en nuestra determinación, llenos de esperanza y encendidos en fervor fraternal, nos dirigimos a los vascos todos con nuestro clásico saludo: Agur, yaunak ta erdi.

Y nos dirigimos ¿cómo no? a los uruguayos. A los hijos de este admirable país cuyos destinos rige actualmente un ilustre retoño de nuestra vieja raza, el doctor don Juan José de Amezaga al que los vascos tantas atenciones debemos. Como somos deudores de tantas a las autoridades uruguayas de todo orden. Para todos ellos nuestro saludo de afecto y gratitud. Para todos ellos y, sobre todo, para el buen pueblo del Uruguay. Para este pueblo que en todo tiempo y ocasiones tuvo de nosotros un concepto superior. Para este pueblo que nos ha distinguido siempre sólo con amor de predilección que sólo creemos los vascos retribuir.

A uruguayos y vascos todos va nuestro saludo en este momento de nuestra aparición: Agur, yaunak, —un saludo y medio. Porque como en verdad

se ha dicho, si dos saludos podrían parecer adulación, ruindad parecería el no brindar más que justamente uno a aquéllos a quienes ocupan lugar de preferencia en nuestro corazón.

El Plata, Montevideo, Marzo 20 de 1946.

"ALBORAS" Y "ALBOKARIS"

Mucho más restringido y menos característico que el "txistu", que es, podríamos decir, el instrumento musical vasco por excelencia, es la "alboka": un a especie de dulzaina o, propiamente, el albogue, que se compone de dos cuernos de novillo unidos por su extremidad mediante dos cañitas provistas de tres agujeros la una y cinco la otra.

Lo esencial de este instrumento es otra cañita diminuta provista de una pequeña lengüeta que vibra al paso del aire y produce un sonido semejante al del corno inglés.

El maestro Azkue de quien tomamos la anterior descripción hace notar que los artistas de la alboka no desinflan los mofletes desde la primera a la última nota de la pieza; durante todo este tiempo, la respiración es nasal. Y, a propósito de la resistencia pulmonar de los "albokaris", recoge un viejo cuento cantado que viene a ser como sigue:

Había en el valle vizcaíno de Arratia un albokari muy orgulloso de la potencia de sus pulmones el cual apostó con un convecino a que recorría, montado, la calle más larga de París, sin por un solo momento dejar de tañer su alboka. El premio de la apuesta consistía en un hermoso mulo cuyo color variaba según las distintas fuentes de tradición; según unos era blanco: "mando zuria", para otros era rojo: "mando gorria"; finalmente en opinión de otros, el codiciado mulo era gris: "mando urdiña"

He aquí, pues, que el albokari y su convecino, picado el primero en su punto de honra y ambos empujados irresistiblemente de la vasca manía de la apuesta, salen de su valle nativo y atraviesan ríos, trasponen montañas, recorren llanuras de extensión nunca hasta entonces por ellos contemplada y, por fin tras la larga peregrinación que se adivina, llegan a la capital de Francia.

Una vez allí, y enterados de cual era la calle más larga de la ciudad, montan en sendos mulos y el artista que abría la marcha, bien rellenos los pulmones del aire parisiense, comienza su sonata que repetía y volvía a repetir y tantas veces que, habiendo empezado a sonar sus primeras notas por la mañana, seguían las últimas sin interrupción, haciendo vibrar el aire de París y a entrada la noche, según nos lo dice el cuento:

"Goizean Parisián, gabean Parisen ¡au da Parisko kaleen luzea! auxe kale a

u pasata baneuko, atzeko mando gorri au neurea".

Esto es: "A la mañana en París, a la noche en París, ¡Oh qué largura la de estas calles parisienses! Si tuviera pasada esta calle, este mancho rojo de detrás sería mío".

Pero de nada le sirvió al albokari su extraordinaria potencia. Su antagonista —que debía de ser hombre de alma atravesada—, desesperado al ver que perdía la apuesta se le adelantó y le cubrió el cuerno por donde salía el aire y el sonido, y el albokari, sofocado, desinflados sus mofletes que de rojos se tornaron pálidos, cayó de la cabalgadura sin vida.

Y, por obra de una odiosa traición, éste fue el triste fin de aquel famoso y poderoso artista arratiano digno, ciertamente, de mejor término.

Pero su raza no ha terminado en nuestra tierra. Aquí están los poderosos albokarís de la Burunda, cuyos sonidos, según verídico testimonio de Errea, pusieron en serio peligro los techos, tabiques y paredes maestras del edificio del "Laurak Bat".

En las romerías que para los días 6 y 7 del próximo abril ha organizado el Comité de Ayuda a los Vascos de Francia tendrán los montevideanos ocasión de ver cómo los árboles del hermoso campo del "Euskaro Español" vibran agitados como cañas por el ciclópeo aliento de estos rústicos artistas vascos.

Euzko Deya, Buenos Aires, Marzo 20 de 1946.

ARTE VASCO

No deja de ser notable lo sucedido en el país vasco en relación con el arte de la pintura en el que sin contar hasta el pasado siglo con una verdadera tradición, carente de figuras geniales se levanta en nuestros días en un germinar maravilloso en el cual tanto o más que las cimas señeras, siempre necesariamente escasas, es de admirar la plétora de notables artistas que se está dando en una espléndida floración.

El pasado es indudablemente magro. Fuera de la estirpe vasca de Zur-barán y Goya, los pintores destacados anteriores al siglo XIX quedan reducidos al tafallés Juan Navarro, el vizcaíno Francisco de Mendieta, el zumayano Baltasar de Echave que tanto pintó para las iglesias mejicanas y el azcoitiano Ignacio de Iriarte, uno de los más famosos paisajistas de su tiempo y gran a

migo de Murillo al que tanto recuerda muchas veces en su manera de tratar el color. Lo dicho no excluye, claro está, la existencia de muchos otros dignos de no ser olvidados.

Pero la poderosa corriente pictórica vasca no comienza hasta aquellos artistas nacidos en el primer tercio del siglo XIX como Pancho Bringas y Eduardo Zamacois que unidos a Plácido Zuloaga, Barroeta y Lecuona forman el grupo de precursores. 'Ellos son los primeros —dice el consagrado crítico Juan de la Encina— que dirigen la atención hacia la vida vasca como activo elemento de sugestión artística". Mas era preciso que sobre el academicismo indígena de estos precursores actuaran otras fuerzas para que se verificara la gran revolución, el salto gigantesco que la pintura vasca ha dado, salto que, según Dunix, va de la nada al ser pleno. Era preciso que las ráfagas revolucionarias del impresionismo llegaran a Bilbao dentro de la caja de colores, verdadera caja de sorpresas, del inquieto Guiard. Eran las mismas ráfagas de aire puro y renovador que traía al mismo tiempo a Guipúzcoa desde Bruselas aquel otro impresionista inefable, asturiano vasquizado, que se llamó Darío de Regoyos. "Es el momento —dice Kaperotxipi— en que la mayoría de los pintores vascos se empeñaron en pintar sus cuadros con dibujo clásico y paleta moderna. Es el momento en que nació a la vida fecunda el arte vasco cuyas características principales son el sentimiento de las armonías grises que parece ser uno de sus tónicos y el que envuelven, en sus mejores momentos, lo mismo las violencias de Zuloaga y Regoyos que los alquítaramientos de Juan de Echevarría; el realismo costumbrista, que aparece con Bringas, es cultivado por Lecuona bajo las formas flamenco-neerlandesas y a cuyo servicio puso Guiard La-rrauri un dibujo formado en los modelos de Ingres y Delgas". "Es un arte cuya gran musa inspiradora, nos sigue diciendo Juan de la Encina, es la tierra vasca, esa tierra cuyos campos, mar y poblados poseen un carácter tan incisivo, tan peculiar, propio e inconfundible, esa tierra que, en una palabra, es tan "expresiva" que los artistas, aún los más reacios a la observación concreta, se sienten al vivir en ella penetrados por su espíritu". "En el color, les ha dado los grises, los azules, violetas, o los pálidos, las auras melancólicas o tenebrosas. En la forma el estilo escueto, anguloso, rígido a grandes rasgos sintéticos, pero animados por íntimas cadencias rítmicas. La ondulación clásica es ajena a los vascos. Su ritmo predilecto es quebrado".

"Tal es la trama del arte vasco, las tendencias y formas generales en que se sustenta. Dentro de ella se mueven temperamentos bien diversos; pero todos, sean cuales fueren sus constituciones espirituales, participan de un modo o de otro del espíritu y manera de las dos tendencias capitales, la clásica española y el moderno arte francés". Si a esto se añaden otros aspectos compl

ementarios con el de la casi total ausencia de extravagancias, la falta de escuelas que no impide, por cierto, una superior unidad, y hasta si se quiere —algo de verdad suele haber en las especies malignas— eso que se ha dicho de los buenos dibujantes y malos coloristas, tendremos una visión de conjunto bastante aceptable del arte vasco.

En cuanto a las individualidades, son de sobra conocidas las más importantes. Zuloaga la figura más universal, aunque no desgraciadamente la más vasca entre nuestros artistas, de los cuales, por cierto, casi ninguno ha seguido su tendencia. Con él, Pablo Uranga de cuya gran amistad y trato con Zuloaga junto con su imaginación sorprendente y rapidísima ejecución surgió la divulgada fábula de que era quien en realidad pintaba los cuadros firmados por el eibarrés; Aurelio Arteta al que Kaperotxipi llega a calificar como "el más grande pintor de todos los pintores vascos"; los hermanos Ramón y Valentín Zubiaurre en cuyos pinceles puso Dios el maravilloso don de expresión que negó a sus lenguas, los Arme, caso excepcional de cuatro hermanos, los cuatro grandes artistas; Manuel Losada de quien Julián de Tella dice que "empleó el pastel con un dominio de la técnica que acaso le hubiera envidiado el propio Degas"; Elias Salaverría "ese vasco de Lezo —escribía Marañón— que recorre el mundo con su país auestas"; Gustavo de Maeztu el cordial e impetuoso; el elegante Joxe Mari de Uzelay, Jenaro de Urrutia, dueño absoluto del dibujo; el gran Juan de Aranoa, una de las cumbres de nuestra plástica, y tantos y tantos otros de parecidos méritos cuyos nombres, con los de escultores, grabadores y dibujantes, harían interminable esta nota

La cual no es otra cosa que un débil reflejo de la deleitosa lectura del libro Arce Vasco de Flores Kaperotxipi que la benemérita editorial vasca "Ekin" acaba de lanzar al público. Lo menos que puede decirse de este libro es que era un libro necesario que llena cumplidamente un hueco y que constituye una caudalosa fuente de información de inapreciable interés para el gran público. Pero puede decirse mucho más. Porque Kaperotxipi, pintor profesional y escritor temperamental, como lo definió Felipe Urcola, rehuyendo deliberadamente el tono doctoral y las sistematizaciones académicas, escribiendo "en mangas de camisa" como él dice, sabe llevar a los puntos de su pluma fresca y saltarina un conocimiento del tema en el que muy pocos lo podrán igualar. Y algo más aún; algo sin lo cual la luz intelectual de poco vale: el calor del corazón. Ese corazón en el que Kaperotxipi hundió siempre, hasta lo más hondo, sus pinceles para dejarnos luego en sus cuadros "el pueblo dichoso que yo conocía, ese pueblo vasco que me gusta pintar: gente feliz, sencilla y fuerte, honrada y limpia, de la montaña y del mar".

Euskal Erria, Montevideo, Mayo de 1955. El Plata, Montevideo, Mayo 5 de 1955.

EN LOS CAMPOS ELÍSEOS, EUSKALDUN V VASCO. DIALOGO DE MUERTOS

Euskeldun.- Aquí, en este bosquecillo de laureles siempre verdes, sentados sobre el blando césped, podemos conversar. Os confieso que tengo verdadera sed de oiros a vos que acabáis de llegar de nuestra vieja tierra. Y no sólo porque los varios siglos que hace que la abandoné parece que no han hecho sino acrecentar en mí el gusto de oír hablar de ella, sino porque, con toda franqueza, ni el tiempo transcurrido ni la serenidad que perpetuamente bañ a nuestra existencia en estos campos de beatitud han podido jamás aquietar en mi espíritu el anhelo de conocer la opinión —buena o mala— que de nosotros se tiene en la que fue nuestra patria terrena. Tal es la condición humana.

Vasco.- Con la misma franqueza de nuestra raza os contesto que hubiera preferido que no me preguntaseis tal cosa. Porque pertenecéis a generaciones de las que tiene bien pobre concepto la actual de nuestra tierra. Y con razón yo creo.

Euskeldun.- Nuevo sois, como nuevo habláis. El sereno ambiente de estos lugares os curará muy pronto de esos ímpetus. Pero, decidme, ¿de qué se nos acusa?

Vasco.- Pudierais preguntarme mejor de qué no sois acusados. La ruina de la patria, la tragedia de nuestra nación a punto de extinguirse, ¿a quién se debe? Vuestras culpas, o si lo preferís nuestra inexplicable inconsciencia, hicieron posible que, contra el clamor de la sangre que la exigía, la unidad de la patria nunca fuera realizada. Desunidos, debilitados, arrojados en brazos del extraño que parecía respetar en nosotros unas libertades que en el fondo de su alma odiaba ya que sólo esperaba el momento oportuno para dar el golpe mortal, habíamos de llegar por fatal proceso a esta situación desesperada. Poseísteis del Carona al Ebro un dilatado solar, más que suficiente para dar asiento a un gran estado, y fuisteis dejándolo achicar hasta que quedara reducido a algo así como siete cantones y todavía en ésta su pequenez pudiera haber conservado un rango decoroso, si la gallarda marina que fue desde inmemoriales tiempos lo mejor de nuestro patrimonio hubiera, al servicio de ese estado chico pero unido, dilatado sus fronteras más allá de los mares, al modo de Holanda o Portugal. Que no es menor nuestra tradición marinera que la de estos países. Y no es menor aunque, a primera vista pueda parecerlo, pues por vuestras culpas las más gloriosas de nuestras haza

ñas aparecen disfrazadas con extrañas banderas. Nuestros fundadores no fundan para nosotros ni descubren para la patria ni para la patria conquistan a nuestros conquistadores.

Euskeldun.- ¿Quisierais que hubiéramos sido un país engendrador de aves de rapiña, al estilo de Roma?

Vasco.- No, que eso repugna a lo más íntimo del vasco. Pero si no teníais el derecho de conquistar a nadie, estabais, en cambio, en la obligación de proveniros contra toda conquista. Y fácil era de entender que vuestra falta de unión y perpetuas discusiones os habían de conducir o habían de conducirnos a nosotros, vuestros descendientes, a este trance que ahora lamentamos.

Euskeldun.- ¡Qué difícil es siempre para los pueblos como para los hombres alcanzar el justo medio! Nuestro amor excesivo a la libertad dañó, tal vez mortalmente, a nuestra libertad misma. Nuestra incapacidad para extender nuestras fronteras a expensas de la justicia hizo que la injusticia hiciera retroceder las nuestras. Pero, esto aparte, yo quisiera que antes de juzgarlos tuvierais presentes las palabras de otro vasco que vivió antes que nosotros. Fue Quintiliano, gloria de la vascona Calahorra, quien en su claro latín escribió algo como esto; que es difícil siempre hacer entender a generaciones que vendrán después de la nuestra las razones que justificaron nuestra conducta. Nuestras culpas han sido grandes; terribles ciertamente nuestros yerros, pero, no sé por qué me parece que hay mucho de precipitación en vuestro fallo. Yo creo que no habéis todavía investigado lo bastante como para condenarnos sin apelación en la forma que lo hacéis. Yo no sé si habéis pensado que tal vez nosotros no hayamos dicho nunca ni obrado jamás en la forma que plumas extrañas pretenden. Tal vez ha habido casos en que al actuar como actuábamos no hacíamos sino obedecer a una terrible necesidad no de vosotros suficientemente conocida.

Vasco.- ¿Por qué no escribisteis nuestra historia?

Euskeldun.- Falta fue nuestra y no lo niego. Pero yo os digo, a mi vez, ¿y por qué vosotros no la rehacéis? ¿Qué os parecería que yo me alzase ahora en acusador y dijera que no veo en vosotros demasiada afición a ésta y otras parecidas labores? Os quejáis de nosotros y tenéis razón en mucho, pero no olvidéis nunca que os dejamos una herencia que como todas comporta derechos y obligaciones. Es fácil el recuento de las deudas y muy cómodo echarnos en rostro los deberes que nuestras culpas o negligencias os impusieron, pero es justo también y os agradeceríamos mucho que supieseis reconocer que en medio de nuestras culpas y desdichas, con una patria disminuida en

sus límites y maltrecha en sus libertades hemos sabido transmitir un legado que es todo nuestro orgullo; la sustancia misma de la nación en nuestra sangre no contaminada y el verbo original de nuestra estirpe que en medio de nuestras culpas y desgracias nunca dejó de florecer en nuestros labios. Yo quisiera que, con la franqueza de que al principio de nuestra conversación blasonábamos ambos, me dijeseis si vosotros estáis poniendo en la conservación de estos tesoros "sine quibus non" de nuestra nacionalidad, el celo práctico que nosotros calladamente desplegamos.

Vasco.- De eso quisiera yo que hablásemos.

Euskeldun.- Ya lo haremos; pero no hoy. Atardece y hemos de retirarnos de aquí. Mañana, y en este mismo sitio, si os parece, reanudaremos nuestra pláticas.

Euzko Deya, Buenos Aires, Mayo 10 de 1943.

CANCIONES DE NAVIDAD

Nueve veces ya, desde que dejamos nuestra tierra, ¡la Estrella refulgente ha detenido su carrera para alumbrar la gruta de Belén. Nueve años ya en que al retornar estos días del nacimiento de Cristo, nos llega de la patria lejana el eco dulce y torturador de nuestra vieja canción navideña: "¡Ator, ator, muti l etxera!..."

¡Navidades lejanas de mi infancia! Florecen en mi vieja casa los cristianos afanes de estos días. Las figuras del Nacimiento son sacadas de su retiro, desempolvadas y cuidadas con amor... Y, ¿cómo olvidar el viaje ritual con mi padre a la estrada de Piñaga que cría en sus taludes el musgo más suave y lustroso que en ningún sitio se pueda encontrar? Y en la noche sagrada, junto al Nacimiento, cantábamos los más chicos golpeando panderetas que sólo esa noche se nos ocurría tocar. Todo el resto de la familia nos aplaudía y obsequiaba y todos nos sentíamos felices, en la mesa abundante, dulcemente poseídos del espíritu de la alegre Navidad.

¡Navidad de la guerra! Han pasado muchos años y hace ya medio que los germanos y moros, los tres seculares enemigos de nuestra raza, esta vez juntos, han traído a nuestra tierra la guerra siempre maldita y que aborrece sobre todas las cosas al espíritu de la Navidad. No hay esta noche estrellas en el cielo, ni canciones en los hogares, ni resuenan jubilosas las sirenas de los barcos anclados en la ría cercana. Sólo oscuridad, silencio, escasez y tristezza, ¡en una noche de Navidad!

¡Navidades del destierro! Nevadas las de Europa en Donibane Garazi, entre los muros de la vieja ciudadela, y en París y en Marsella donde aulla el misral. Después la extrañeza de aquella noche tropical en La Habana; más tarde la de Buenos Aires y luego éstas del Uruguay. Navidades agridulces, fiestas de los que se amaban y han sido separados y han puesto toda su vida en un terco y continuo añorar. Navidades agridulces forjadas de recuerdos, tristezas y esperanzas en las que, como un "leit-motiv" que punza allá dentro del pecho, escuchamos mil veces las palabras de la canción dulce y torturada: "¡Ator, ator, mutil etxera!..."

¡Navidad de la paz! Tras los nueve años de prueba, ella se acerca, por fin. Y, ¡qué hermosa, qué hermosa nos figuramos a esta nueva Navidad! Se esfumó la negra tiranía y en el cielo de la patria brillan con renovada fuerza las luces de la libertad. He aquí a los vascos dueños de sus destinos como en los siglos incontables y he aquí que vuelven a reunirse los hermanos separados por largos años de dolores, para gozar en común de la paz anunciada por los ángeles y los hombres de buena voluntad. Y en el dolorido cuerpo de nuestra Euzkadi resplandecen como enormes rubíes las recientes cicatrices y de la tierra sagrada que cubre a nuestros mártires y héroes innumerables se alza un himno grandioso de libertad y victoria, de perdón y de paz.

Y en todos los hogares de la vieja Euskal Erria nace un júbilo nuevo. Y en el nuestro nos reunimos ¡por fin! con todos nuestros hijos a los que habré mostrado antes donde crece en la estrada de Piñaga el musgo suave y lustroso que mi padre me enseñó a recoger. Y los chicos tocan la pandereta y cantan en nuestro sagrado euskera junto al Nacimiento. Y yo canto y bailo con ellos después de haber rezado con ellos por los que, aquí en la tierra, no nos acompañarán ya más. Y nuestra alegría ya no es jamás turbada por los ecos de la vieja canción que durante nueve años nos ha venido hiriendo en lo vivo de la entraña: "¡Ator, ator, mutil etxera!..."

Montevideo, Diciembre 25 de 1946.

LOS VASCOS CANTAN Y DANZAN..*

El "Comité Pro Ayuda a los Vascos en Francia", que viene desarrollando en el Uruguay tan entusiasta y eficiente labor, ha organizado últimamente, a beneficio de los fines perseguidos por dicha institución, un concierto y dos romerías vascas. Instintivamente, el Comité ha buscado sus más eficaces colaboraciones en aquellos aspectos más típicos del espíritu vasco: el canto y la danza.

Porque el vasco canta siempre; en la alegría y en el dolor, en los banquetes y en la iglesia, junto a la cuna en que se mece el niño reacio al sueño o en la triste "gau-illa" en que se velaba el cuerpo muerto del familiar o amigo que se fue, el canto brota del pecho vasco como algo que está en lo más profundo de su naturaleza. Los alegres murmullos de los arroyos que pasan brincando sobre sus lechos de piedra; los rugidos de su mar bravío, el ronco acento de los torrentes que bajan de las cumbres pirenaicas y los silbidos del viento que sopla a través de los bosques centenarios, parece le prestan esas notas disparejas que el vasco sabe concordar en su pecho creando una música popular particularmente rica y original, admiración de propios y extraños: ella es tan propiamente nuestra y nos distingue de todas las naciones del mundo, como nuestro idioma alófilo nos cataloga aparte de todas ellas.

Uno de los aspectos más característicos de la música vasca es el ritmo llamado de "zortziko" o de cinco por ocho. Se trata de un compás de los llamados de amalgama, porque entran en una parte del valor de tres corcheas y dos en la otra. De aquí la gran dificultad de su medida para los extraños. El zortziko "Miramar" del gran violinista navarro Sarasate no lo miden bien jamás los extraños, aunque se trate de los mejores artistas".

Claro que el 5/8 "no es exclusivamente nuestro, pues lo compartimos con griegos, lapones, lituanos, fineses, etc.", pero "ello no resta originalidad a nuestros zortzikos cantados o danzados, ya que no es la medida del 5/8, sino la forma peculiar de emplearla lo que determina la singularidad de nuestros aires típicos" ^.

La primera recopilación de melodías populares vascas es la hecha por Pedro de Albéniz en 1824 para el libro de danzas vascas de Iztueta, libro éste que, según Charles Bordes, constituye un documento "peut-être unique dans la bibliographie du Folk-Lore". Después, las colecciones se han sucedido a través de Michel, Mme. Villehelio, Salaberri, Santesteban, Az-kue, P. Donostia, Guridi, Usandizaga, Almandoz, P. Madina, Uruñuela, Mokoroa, P. Olazarán, Sorozabal, Busca Sagastizabal, etc.

Los que asistieron al reciente concierto del Club Uruguay pudieron escuchar algunas de estas melodías a través de las magníficas voces de la soprano Erauskin y el bajo Algorta. Sus motivos son de lo más variado: ya se trata, en "Urrundik", de la nostalgia del pastor que solitario en la cumbre contempla el monte lejano que le hurta la vista de su pueblo natal, de cuyas campanas cree ya oír el eco; ya en "Lo..." es la dulce invitación al sueño que la madre hace al hijito que mece en la cuna; lo mismo es la romántica puesta del s

ol que se hunde en el mar convertido en un globo de oro, que la sátira contra aquellas tres señoritas de San Sebastián que sabían coser bien pero beber mejor...; ya narra un sucedido como en el "Ne-re amak ba'leki!" de Iparraguirre, o su tema es el sentimiento amoroso que bate dulcemente sus alas en el "Goizeko izarra"... Sobre todos los sentimientos, sobre todas las circunstancias; en la contemplación de la naturaleza o en el recuerdo de cosas, más o menos dignas de memoria, el vasco concibe una canción.

Pero si el vasco canta siempre, hay otra modalidad que por igual le distingue: su natural entusiasmo por la danza. Ya el P. Larramendi nos hacía ver a los chiquilines danzando en brazos de sus madres o nodrizas al escuchar el sonido del tamboril. Antes que él, Voltaire nos había clasificado como "un pequeño pueblo que brinca y baila en lo alto del Pirineo". La letra de una de nuestras más lindas y típicas melodías, aquella que nos hace conocer al "pajarito que canta en la misma punta de la rama del manzano del caserío Aldape", termina con esta interrogación: "¿nork dantzatuko ote du soñutxo orí?", esto es, "¿quién bailará al son de esa música?", porque al vasco le parece natural que no se desaproveche la ocasión de trenzar unos ágiles pasos que brinda con su tocata el simpático pajarito.

Hay danzas de todas clases: unas para bailarines sueltos, otras para coros; alegres las unas, tristes las otras; las hay solemnes, hieráticas; satíricas y grotescas también. Pero, en general, puede decirse que una feliz combinación de dignidad y alegría preside a la mayor parte. Cuando Víctor Hugo, por el año de 1843, se detiene en la plaza guipuzcoana de Pasajes, contempla con admiración al pueblo que baila. Son ellas, entre otras, las humildes bateleiras Pepa y Pepita, "dos bellas hermanas que tienen algo de puro y noble. La mayor posee un aire casto, la pequeña virginal. Se creería ver bailar a una madona, frente a frente de una diana". Los muchachos que con ellas danzan son pescadores y labradores; sin embargo, Hugo al pintarlos "fuertes, hermosos, curtidos del sol", no deja de advertir que son respetuosos y tiernos en sus gestos con estas muchachas púdicas. Es la natural dignidad de la raza que rechaza desde lo más íntimo de su ser las contorsiones simiescas y los pasos lúbricos de ciertos bailes modernos. Porque el vasco siente bien que la danza no es solamente agilidad y belleza sino que, como escribía Platón, "imita las palabras de la Musa". De ahí que el respeto y la dignidad se impongan; pero, ¿es que ellos espantarán a la alegría? Nunca han pensado tal cosa los vascos. Cuando Jovellanos visitó nuestro país a fines del siglo XVIII pudo escribir: "allí es de ver un pueblo entero, sin distinción de sexos y edades, correr y saltar alegremente en pos del tamboril".

Este es nuestro pueblo, nuestro verdadero pueblo; aquél en que sus autorid

ades, vestidas de su indumento más solemne, dan el ejemplo en las fiestas danzando las primeras los ágiles pasos del "auresku". Este es nuestro pueblo, tal como lo habéis podido ver, hermanos uruguayos, en las romerías de los pasados días 6 y 7 en el campo del Euskaro Español, danzando incansablemente a los sonos de tamboriles, dulzainas y acordeones, con esa alegría que en el vasco nunca se agota, porque él sabía, mucho antes de que el pensador lo expresara, que sólo hay dos cosas por las que el hombre deba estar triste: el remordimiento y la enfermedad. Y nuestro pueblo, pese a sus desgracias presentes, sigue, en general, siendo sano y dueño de una conducta que no sabe engendrar remordimientos.

El Día, Montevideo, 1947.

ALGO SOBRE EL CARÁCTER VASCO

Con motivo de una amable nota aparecida el pasado día en las columnas de este diario y en la que se recogían algunas de las sagaces observaciones hechas por el prestigioso médico y escritor doctor Isidro Más de Ayala a su reciente paso por nuestra tierra, se nos ha pedido por queridos amigos algunas puntualizaciones que con el mayor gusto pasamos a exponer.

En primer lugar, con respecto a aquello de: "Bondadosos en extremo o enojados con acción que carece de escala explosiva. Parece que en la caja de cambios de los vascos no hubiera segunda velocidad", la observación parece muy exacta. Por lo menos, es el concepto que se viene repitiendo de nuestra gente desde los escritores españoles del Siglo de Oro, de cuyo más ilustrado representante Miguel de Cervantes Saavedra son aquellas palabras: "Son unos benditos como no estén enojados y en esto parecen vizcaínos como ellos dicen lo son" ("La señora Cornelia"). Es casi lo mismo que ha venido a decir en nuestros días Julián Vinson que vivió cincuenta años entre nosotros: "Son amables y simpáticos, más irascibles y peligrosos en el calor de su excitación".

Pero no estamos conformes con aquello de que "la caja de cambios de los vascos no está provista de marcha atrás". Porque esto es repetir en lenguaje del día aquel viejo tópico de la terquedad vasca que nunca hemos podido admitir. Puede hablarse, con toda verdad, de entereza y ahí tenemos, entre tantos, ese magnífico espécimen de Ignacio de Loyola o recurrirse, quizás con más acierto, al "rectilíneo" de Ortega y Gasset ("Rectilíneo de alma como de rostro, el vasco es una de las más nobles variantes que en Occidente ha dado la voluble planta de Adán"). Pero ese concepto de terco —que en una superficial visión tan fácil es de confundir con el de rectilíneo— difícilment

e puede rezar con el vasco que es uno de los pueblos que, en todos los actos de su vida, más uso hace de la cabeza; de la poca o mucha que le haya cabido en suerte. El que nuestro pueblo no sea rencoroso ni vengativo, como, para honra nuestra, lo reconocen todos los que nos han estudiado bien, creemos prueba bastante lo que decimos. Creemos también que del contraste de nuestro carácter con el ciertamente más voluble de los dos grandes pueblos latinos que nos rodean ha podido nacer ese tópico de nuestra terquedad. Aunque lo cierto es que entre las notas constitutivas del tipo vasco, tal y como se deducen de la literatura española del siglo XVII y podemos considerarlas en estudios tan amplios y logrados como el de Miguel Herrero García ("Revista de Estudios Vascos, Oct. Diciembre, 1927), para nada aparece eso de la terquedad.

En cuanto a la comparación del carácter vasco con el riojano y el aragonés creemos, con todos los respetos, que no está acertado el amable comentarista. Se trata de regiones fundamentalmente distintas de nuestra raza. Y, concretamente, lo que se ha dado en llamar "terquedad aragonesa" poco o nada tiene que ver con nuestro carácter, como no sea en el extremo sur aragonizado de Navarra.

Y por lo que se refiere a que el carácter vasco sea "semejante al navarro" creemos simplemente es un "lapsus calami". Porque tanto valdría decir que la idiosincrasia montevideana es semejante a la uruguaya. Navarra, en efecto, no sólo es una de las seis regiones que constituyen la vieja Eus-kal Erria, sino que, tal vez, la primera y principal: el cogollo de esa antiquísima e insular nacionalidad pirenaica cuyo corazón, como dice Rodney Gallop, "está puesto en una sola cosa, a saber persistir".

Montevideo, Noviembre 17 de 1952.

"LA COMARCA Y EL MUNDO"

Refiere Chesterton que estando un día en su entrañable rincón de Battersea haciendo el equipaje para un viaje de vacaciones, entró en su habitación un amigo que le preguntó adonde iba. Entonces Chesterton hubo de explicarle, en su más personal estilo paradójico, que su destino era Battersea, precisamente. Cierto que él salía, vía París, Belfort, Heidelberg, Francfort..., pero este peregrinar por diversas partes de Europa no tenía, en definitiva, otro objeto que el de hallar una isla denominada Inglaterra y, dentro de ella, un placentero lugar que responde al nombre de Battersea, en cuyas maravillas, renovadas por ese peregrinar, habían de recrearse como nunca sus ojos.

Esta anécdota chestertoniana ha visitado más de una vez nuestra memoria mientras leíamos el último y delicioso libro del doctor Couture, cuyo título es el que encabeza estas líneas. Porque el libro, en suma, es eso: el viaje de un uruguayo que sale de su país con destino al país mismo; la experiencia de un oriental que después de haber elaborado en esta tierra un original y agudo análisis de sus valores característicos, sale a recorrer el mundo para comprobar, mediante el conocimiento y contraste con tierras extrañas y la contemplación de la suya propia en perspectiva de distancia, la verdad de aquel previo análisis.

Libro es éste que vale por su exposición preliminar en la que nos muestra a la comarca con su paisaje que "por su falta de espectacularidad no atrae a las grandes masas humanas, pero en cambio retiene a quienes se aproximan"; habitada por "hombres de espíritu polémico que no creen en hombres providenciales", pero "que están de acuerdo en el valor de la democracia como forma suprema de convivencia humana"; de acuerdo "en cuanto al bien supremo de la libertad" y de acuerdo también en que "ésta frente a la mesa sin pan y al hogar sin fuego es un sarcasmo" y que, finalmente, "la educación tiene un significado superior al derecho". Libro es éste que se nos ofrece, esencialmente, como el acendrado producto de una doble vigilancia: sobre la contemplación y sobre la expresión.

En cuanto a la primera, bien sabemos de su dificultad. Pocas cosas, en efecto, muestran mejor el perfil petulante de nuestra época como ese torrente de libros, escritos a plazo prefijado y hasta con predeterminado número de miles de palabras, en que se pretende servirnos la sustancia y el espíritu mismo de no importa qué región. ¡Cómo sí el apoderarse del cuerpo y el alma de un país, el describir con verdad su paisaje y, sobre todo, el desentrañar y explicar su idiosincrasia, no fuere uno de los objetivos más difíciles que puede proponerse un escritor!

No cayó en él Couture, que de antemano conocía las limitaciones que su propia experiencia habría de ofrecerle, y de ese conocer brotó la indeclinable vigilancia que impuso a su contemplación. Había que ir a la entraña misma de esas cosas siempre que esto fuera posible, que ya lo dijo Thoreau: "It is not worth while to go round the world to count the cats in Zanzibar", pero buscándola, más bien, en el pequeño detalle iluminador, persiguiendo a la verdad en el impacto de lo típico sobre nuestro espíritu previamente desnudo, había que hacer a un lado guías turísticas y clichés manidos; había que soslayar mil cosas de consagrada importancia y asirse a aquella emoción que repentinamente nos sacude, a aquella reflexión que, sin que sepamos por qué se pone a martillear en nuestro espíritu, para construir con materiales ta

En frágiles en apariencia el edificio de nuestra particular visión, tanto más valiosa cuanto más particular. Nada de materiales extraños, nada de poner los pies en extrañas huellas. Y así, con esta inflexible vigilancia sobre su propio contemplar, nos da Couture, como bellas piezas de orfebrería primorosamente labradas, sus visiones de Camagüey, la bella durmiente o de Taxco, un pueblo en las nubes, de Washington, la ciudad en el bosque, o de Quebec y su ángel, de la aldea en el camino, del himno de piedra de Chartres, del problema del bien y del mal en Siena, del miedo en San Geminiano, o aquella bellísima "confidencia en el Pincio..."

Y tras la recapitulación de lo contemplado en el mundo, viene el volver los renovados ojos al Uruguay, la comarca entrañablemente amada que recobra ahora todo su profundo sentido y plenitud. País donde "casi todos los servicios públicos pertenecen a la comunidad y no a intereses privados", donde "el Estado paga sin litigar las indemnizaciones por accidentes de trabajo"; donde "el presupuesto de enseñanza es el doble del de los armamentos, el ejército, la marina y la aviación reunidos"; "país de tradicional respeto a las libertades esenciales humanas", "que no sueña con expansiones territoriales, pero que puede crecer en altura y profundidad..." cuando el desarrollo de su voluntad corra parejo con el de su inteligencia.

En cuanto a la vigilancia sobre la expresión, ella se transparenta en cada párrafo de este libro, legítimo de un hondo meditador que nos brinda sus ideas como una deslumbrante colección de piedras preciosas talladas con magistral artesanía. La frase, en efecto, aparece siempre moldeada a la medida exacta del concepto. Nada de efusiones verbosas propias sólo para ocultar el vacío o el lugar común; nada de "impudores líricos". Ni esperemos tampoco que la deformación oratoria, tentación que podría operar sobre este gran señor de la tribuna, dañe a la expresión cabal y justa. El lenguaje es siempre modelo de sencillez y claridad, es decir, espejo de sobria elegancia. Lo cual, naturalmente, no quiere decir que del altísimo regalo espiritual que con este libro nos hace Couture se hallen ausentes los tremantes dardos de la más pura emoción que el autor deja clavados en nuestros pechos, allá en la Piazza della Signoria, de Florencia o en el mirador del Pincio, o el del icadísimo aroma poético de que están unguadas algunas descripciones de paisajes por los que, en algún momento, se nos antoja haber visto pasar la nazar ena figura de Juan Ramón, caballero en su "platero"...

El Plata, Montevideo, Julio 17 de 1953.

COMUNIDAD VASCO-URUGUAYA

Los actos celebrados el pasado día con motivo de la inauguración en Montevideo de la Plaza Guernica han sido para nosotros ocasión de una satisfacción profunda. No sólo porque todo lo programado se cumpliera con la exactitud prevista y con la deseada brillantez. No, únicamente, por el esplendor y autoridad que prestaban al acto las autoridades nacionales y municipales allí congregadas; los hombres representativos de las ciencias y las artes; las más altas representaciones de distintos Estados y las varias delegaciones de distintos grupos nacionales o políticos. Eso, con ser mucho; eso, con merecer de nuestra parte una gratitud que nace de las raíces mismas del corazón, no puede hacernos olvidar el hecho para nosotros más entrañable de todos, con serlo muchísimo los señalados: la presencia del pueblo uruguayo que en representación numerosa y selectísima dio al acto un calor, una vibración, un sentimiento de solidaridad fraternal que fueron los que hicieron de él, en intensidad pocas veces conseguida, una verdadera fiesta del espíritu y un regalado goce para el corazón.

Leíamos ayer, precisamente, aquellas palabras que el Dr. J. P. de Castro, ministro plenipotenciario del Uruguay, ante el gobierno francés pronunciara en cierta ocasión: "Los vascos en general son considerados como el *ne plus ultra* de la inmigración y se ven allá (en el Uruguay) disputados y solicitados por todas partes". Palabras que nos han hecho pensar, una vez más, en la excepcional acogida que nuestra raza ha tenido siempre en este generoso país; palabras que nos ayudan a explicar esa intensa vibración, esa fraternal acogida que todo lo nuestro encuentra aquí.

El elemento vasco ha contribuido mucho, sin duda, a la formación del Uruguay y lo ha hecho siempre con una honradez y un sentido constructivo que las claras inteligencias de los criollos no podían dejar de ver y sus corazones de apreciar. Pero, aún hay más: que el vasco no sólo aportó sus iniciativas y trabajo a la tarea de la estructuración del país; se dio a sí mismo, fundando al árbol de la nacionalidad uruguaya con torrentes de savia que corre abundante y sana por todas sus ramas, en proporción tal que nosotros, nuevos aquí, no hubiéramos sospechado. Es muy posible que no haya oír a nación en que el elemento vasco se dé en tan alta proporción como en ésta.

Y esto explica ya muy bien ese sentido de solidaridad, esa corriente de simpatía que todo lo vasco despierta aquí. Y cuando lo vasco es algo tan entrañable y tan genuino, tan reciamente evocador de los sentimientos ancestrales como lo es el roble de Guernica, ¿qué de extraño tiene que del fondo de los corazones, allá donde se repliegan pudorosos los sentimientos más delicados y profundos, brotan, cuando el llamado imperioso de la sangre lo exige, esos efluvios de cordialidad y simpatía en que-el ambiente de la Plaza de

Guernica aparecía bañado?

Y más cuando a la comunidad de sangre acompaña la identidad en el ideal. Por que late en ambos pueblos, hondo y sincero, el culto a la libertad. Y la noble pasión por la justicia en la que saben ver los pueblos pequeños la raíz y la razón de su fortaleza.

El Plata, Montevideo, Mayo 30 de 1944.

DEFENSA DE LA LIBERTAD

Una vez más. esta admirable República del Uruguay sale a la palestra, armada de todas las armas del espíritu, en defensa de la dignidad humana y los derechos democráticos en peligro en todo el Continente. Porque, a través de éste y en sospechoso sincronismo o sucesión, los golpes de fuerza militares florecen y las dictaduras se instalan sobre los pueblos indefensos, amenazando convertir a estas tierras de todas las esperanzas en odioso reducto de las potestades liberticidas.

Gran bien del hombre es la libertad y difícilmente puede hallarse tesoro que le sea equiparable porque, como dice la Escritura: "Creó Dios desde el principio al hombre, y lo dejó en manos de su consejo". La Suprema Sabiduría, que marcó órbitas inmutables a los astros y fijó límites intras-pasables a l mar, no supo cómo hacer resplandecer mejor la nobleza de nuestra condición que reconociendo en nosotros, como supremo distintivo, una inteligencia y una voluntad capaces de escoger y seguir sus propios caminos.

Pero los dictadores no lo entienden así. Ellos que, para sangriento sarcasmo, se alzan, a veces, al poder y en él quizá se mantienen, invocando supuestas asistencias divinas, comienzan por enmendar lisa y llanamente su alma al Dios que nos quiso libres, encargándose, impulsados por no sabemos qué misteriosos imperativos categóricos, de pensar y querer ellos solos por el pueblo entero. Con una ciencia a ellos infundida, tal vez en los matorrales del Chaco, tal vez en las chumberas del Riff, ellos saben y sólo ellos todo lo que a todos y cada uno de sus conciudadanos conviene y todo lo que, por lo tanto, éstos deben querer y hacer. El Partido único, el Sindicato único, la Prensa única no son sino diversas manifestaciones de la sabiduría y providencia de estos nuevos númenes que han venido a corregir y completar la obra del Creador, estableciendo paralelamente a las leyes inmutables que éste fijó a la materia, las que ellos para el espíritu han ideado.

Esta parodia que fuera grotesca, si no se alzara de todas partes bajo el sig

no de odio y la sangre y dejara también en todas, como herencia ineluctable, la miseria y la ruina, se yergue en nuestros días de punta a punta de América amenazando de muerte a la raíz misma de la razón de ser de estos pueblos. Para combatirla, se ha levantado gallardamente en estas tierras orientales la llamada 'Junta Americana de Defensa de la Democracia'.

El primer acto con que el pasado día ésta dio fe de vida pública no pudo ser más brillante y promisorio. Varias de las personalidades más desrallantes del país, sin distinción de partidos, y, junto a ellas, otras de los países vecinos, alzaron sus voces prestigiosas y elocuentes en la tribuna del Ateneo, denunciando valientemente el tremendo peligro que acecha a la civilización americana. Con ellas el señor Presidente de la República, en gesto de democrática ejemplaridad, quiso rubricar que el Uruguay entero, de su base a su cúspide, sostiene y propulsa el naciente movimiento porque ello está en la esencia misma de la orientalidad. Y esta voz no podrá ser desoída.

Miramos nosotros a este movimiento con toda la simpatía de que somos capaces y quisiéramos poder estimularlo hasta el límite de sus posibilidades, sin teniendo solamente que las nuestras sean tan chicas para arrastrar, ya más de dos lustros, el peso de una inhumana tiranía. Pensamos, naturalmente, una vez más, en nuestro pueblo y recordamos, una vez más también, aquella frase del doctor Francisco Bauza citada por uno de los ilustres oradores del acto del Ateneo: "Entendamos, señores, que la libertad es como el sol: o sale para todos o no sale para ninguno".

Esta solidaridad en la libertad la entendió muy bien, para gloria nuestra, en siglos pretéritos aquella institución del árbol Malato por la que los ejércitos vascos victoriosos supieron —en aún más grande victoria— detener sus pasos al llegar a la frontera de su tierra; la entendió magníficamente aquel genuino representante de nuestro espíritu racial, el P. Francisco de Vitoria, al enfrentarse al Emperador y Papa en su defensa de las libertades del mundo americano. Y lo que el cultísimo ingenio de éste predicó, lo interpretó, ciertamente guiado no más que del instinto que latía en sus venas, el astro popular del bardo Iparraguirre que al entonar su himno famoso al Árbol de nuestras libertades plasmó, en su más bella estrofa, el anhelo secular de los vascos de que los frutos del Roble bendito fueran no sólo para ellos, sino para todos los pueblos del mundo.

Por todo ello, al acercarse este Domingo de Resurrección, fecha en que los vascos de todo el mundo, con fe que no hay tiranía capaz de quebrantar, celebramos el Día de la Patria, el día de nuestras mejores esperanzas y nuestros más caros anhelos, saludamos con el corazón abierto al pueblo del Uruguay

y que por instituciones como ésta de la "Junta de Defensa de la Democracia" afirma una vez más, rotundamente, su solidaridad esencial con lo que constituye la más noble vocación y más alta herencia de los hombres y los pueblos: la Libertad.

El Plata, Montevideo, Abril 10 de 1949.

ENSAYO SOBRE EL RETORNO

¿Qué le parecería, amigo mío, si filosofásemos un poco sobre nuestra vuelta a Euzkadi? Creo que es oportuno hacerlo: nuestro viaje ha durado mucho, estimo que lo suficiente como para que se hayan cumplido los fines que determinaron a la Providencia a lanzarnos a peregrinar. Estos no eran otros, tengo para mí, que el enseñarnos a conocer fundamentalmente a nuestra tierra. Sí, amigo mío, no me haga Ud. ese gesto: la verdad es que allí la conocíamos aún bastante imperfectamente. Pero ahora, ya es otra cosa; ahora quiero decir que, cuando cumplamos la última etapa de nuestro viaje en nuestro propio país, estaremos en condiciones de hacer de éste, con todas las garantías de solidez y duración, la nación libre y digna con que hemos soñado siempre.

Pensamos, pues, en la vuelta. Porque nosotros somos de los vascos que vuelven. No venimos a América, o a otras partes del mundo, a hacer dinero o a cumplir cualquier otra hazaña, y a afincar aquí. No; venimos por la razón de que poderes extraños nos echaron de nuestra tierra, razón que de vil se convierte para un vasco en capital en el sentido de hacerle volver a ella, por encima de todo. V hemos de volver, además, porque cuando nos hicieron dejarla estábamos precisamente entregados con alma y vida a una tarea sobre todas noble; la de hacer de nuestra Patria, en todos los órdenes, una tierra que ninguno de sus hijos digno, del nombre de tal, pensase en abandonar con carácter definitivo. Y como de ese empeño no hemos desertado un minuto, a pesar de nuestra ausencia, y, menos que nosotros, la inmensa masa del pueblo sufriente que allí quedó, y como algo me está diciendo acá dentro —el fundamento lo ignoro— que ya los días de la opresión están contados, vayamos meditando un poco en la vuelta porque el hacerlo, por vía de preparación, creemos que vale la pena.

Y primeramente, digo, ¿qué encontraremos allá? Llevemos el ánimo bien preparado a los cambios profundos, así en lo espiritual como en lo físico. En este mismo aspecto que parece el menos susceptible de mudanza, hagámonos desde ahora a la idea de que el pueblo a que volveremos, no es exactamente el que dejamos. El paisaje que nos era familiar no será ya quizá el mismo, porq

ue, sin darnos cuenta, habremos cambiado de ángulo de visión y de sentido de perspectiva. Y ni el río de nuestro pueblo natal será el mismo río, dando en esto la razón al viejo Heráclito, ni los montes serán ya los mismos montes, talados, tal vez, o transformados de otra suerte. Habrá muchos, y éstos serán bien desgraciados, que al buscar su casa natal, ni rastro encuentren de ella. Este correrá a donde estaba la placita que fue el escenario de las maravillas de su infancia y ya no la podrá ver más; aquél que durante todos estos años había hecho eje de sus sueños aquella fuente, aquella esquina, aquel rincón, girará desesperado al ver que le han sido arrebatados para siempre.

Claro es que serán muchos —¡ojalá lo fueran todos!— los que tornarán a gozar de sus tesoros, como serán muchos también, y entrarnos en otro terreno, los que hallen intactos sus círculos familiares y de amistad, pero aquellos otros tantos que al volver ya no encuentren esperándolos unos brazos de madre que bastan ellos solos para guardar toda la esencia entrañable de la casa, la familia, el pueblo, la tierra y la vida entera, y aquellos que perdieron no sólo su familia, sino además esos amigos de siempre que son una prolongación familiar. Todos los que volvemos nos encontramos con una generación entera crecida en nuestra ausencia que nos desconoce y a la que en absoluto conocemos. Pero no sigamos más por ahí, y vayamos hacia la segunda y más enjundiosa de estas cuestiones, ¿cómo nos encontrarán?

Aquí tenemos que considerar dos hechos: uno del arribo que nos queremos figurar en masa a Euzkadi de esíos cientos y cientos de familias vascas muchísimas de ellas nuevas o casi que esperan impacientes la señal del retorno, y en segundo lugar el choque espiritual inevitable, al menos en los primeros momentos, entre la Euzkadi Peregrina y la Sufriente. Porque ésta verá llegar a gente distinta de la que aguardaba y, por nuestra parte la tragedia será que, pese a nuestras previsiones, nunca nos podremos dar bien cuenta de lo diferentes a nosotros mismos que estos años de destierro nos han tornado.

No estará, pues, de más que nos vayamos haciendo a éstas o parecidas meditaciones para que, cuando el momento llegue, podamos siquiera decir algo como esto:

"Compatriotas: cuenta Chesterton en uno de sus maravillosos ensayos que estando un día en su amado rincón de Battersea, haciendo el equipaje para unas vacaciones, entró en su habitación un amigo que le preguntó a dónde iba. Chesterton le explicó, tan elocuente y paradójicamente como él sabía hacerlo, que su destino era Battersea mismo. Era cierto que partía vía París, Berlín, Heilderber, Francfort... pero este vagar por el mundo no tenía, en def

initiva, otro objeto que el de encontrar una isla que se llama Inglaterra y en ella un lugar placentero llamado Battersea de cuyos encantos habría de gustar como nunca con sus ojos renovados por ese vagar.

"Pues bien, compatriotas, también un día nosotros salimos de Euz-kadi. Y si nos preguntáis cuál era nuestro destino os habremos de decir que, ciertamente, Euzkadi mismo. No importa que en nuestras maletas podáis ver a docenas la estampa de las aduanas de Europa, África y América. Nosotros, viajeros forzosos, no salimos a ver las hermosas ciudades europeas cargadas de civilización, ni las africanas saturadas de misterio, ni las de América, febriles de progreso: no, lo que nosotros en nuestro viaje hemos buscado es Euzkadi y he aquí que la hemos hallado para siempre. Es cierto que la miramos ahora con ojos nuevos, pero si vierais con qué ojos tan vivos, tan despiertos, tan henchidos de entusiasmo y de pasión. Os aseguramos que os podemos decir de ella muchas cosas que vosotros no habéis visto jamás. Es verdad que en muchas también la encontramos diferente, pero estamos seguros de que esas diferencias como otros aspectos que sólo la vida conjunta enseña, vosotros hermanos, nos lo habéis de explicar muy bien para que entendamos y amemos todo lo que digno de comprensión y amor sea.

"Y de este modo la trágica experiencia, diversa en los modos, pero en el fondo común a todos, nos servirá a unos y a otros para identificarnos más y más en el amor de nuestro pueblo y para entre todos construir sólidamente una Patria bella y próspera, libre y digna. Una patria de la que no tenga que salir jamás ningún vasco por imperio de la tiranía extraña y de la que no tenga que emigrar nunca uno de nuestros hermanos por la compulsión, aún más odiosa, de la injusticia, el hambre o la incomprensión culpable de sus propios compatriotas".

Euzko Deya, México, Mayo 1 de 1953.

EL PUEBLO DE LAS ERMITAS

No hace muchos meses .que de labios de una destacada personalidad española oíamos algo como esto: "Ustedes los vascos son los únicos que han conseguido salvar incólume el tesoro de la religión del cataclismo de la guerra que ha cubierto nuestro país de ruinas, tanto espirituales como materiales. Esto ha podido ser porque son ustedes el pueblo de las ermitas. Sigán siéndolo y abandonen a otros la gloria de las catedrales".

Y es verdad que Euskal Erria es el pueblo de las ermitas. No hay allí monte de alguna importancia cerca de cuya cumbre no haya sido edificada una ermi

ta que con sus blancas paredes nos presta la ilusión de una paloma; de aquella paloma cuyas alas anhelaba el rey profeta para elevarse al Creador. La fe robusta de nuestro pueblo, libre de convencionalismos e hipocresías, ha prodigado estos humildes santuarios que tan bien se avienen con el sentido religioso íntimo, profundo y práctico del vasco. Una arboleda de robles o encinas da protección y sombra a la humilde construcción dentro de la que se alza un pobre altar ante el que recogerse y rezar. ¿Para qué más?

Los vascos, como todas las naciones de características robustas, han comunicado un especial aspecto a la religión que profesan. Pueblo sencillo y austero, poco amigo del aparato externo, individualista y amante de la libertad, de un sentido democrático difícilmente igualado, refleja todos esos aspectos en su fe profunda e incommovible pero sin alharacas; fe corta en palabras, pero ubérrima en obras; fe que, en su reciedumbre, no teme la libre expresión del adversario y, en su caridad, sabe acoger cualquier avance social que la justicia, por otra parte, demanda; fe que no concibe, en su integridad, ese absurdo desdoblamiento del hombre, pretendidamente moral en lo público aunque inmoral en lo privado.

En las ermitas e iglesias "juraderas" prestaba el jefe del Estado vasco, como requisito previo a la toma de posesión de su cargo, juramento de respetar las libertades de la tierra. De esa tierra cuyos representantes se reunían, democráticamente, desde tiempo inmemorial para resolver, entre todos, lo que de la responsabilidad e interés de todos era. De esas asambleas soberanas, que comenzaban invariablemente con un acto religioso, estaban absolutamente excluidos como representantes los miembros del clero secular y regular. El Fuero de Guipuzkoa llega hasta a invalidar la representación de aquel que antes de la Junta hubiera sido visto hablando con un clérigo. Ved qué maravillosa conjunción de religiosidad y civismo. Qué saber, dar al César lo que es del César, rindiendo a Dios lo que sólo es de El. Con este maravilloso equilibrio se movió y se mueve el pueblo vasco: con él su clero ejemplar. Ese clero que, sintiendo las ansias y dolores del pueblo en sus propias entrañas, se lanzó al campo de batalla a compartir sus peligros, a consolarle y a morir con él. A morir y nunca a matar, que esta aberración no entró en su espíritu. Con esta conducta, se adentró más, si cabe, en el corazón del pueblo creyente. Con ella, con su moralidad intachable, con la "adhesión" de su pueblo, con la aureola de su martirio, se ganó para siempre el respeto sincero y profundo de todos los pechos nobles; creyentes o no creyentes, vascos o no.

Euzko Deya, Buenos Aires, Octubre 20 de 1946.

ESTUDIOS VASCOS

Secularmente las montañas fueron baluarte y asiento de nuestra libertad. Venidos a ellas en épocas que, por antigua, la Historia se esfuerza vanamente en fijar, aparecen los vascos como producto espontáneo de esas montañas desde cuyas cumbres tuvieron el privilegio de contemplar, siempre libres, el nacer y el morir de los imperios poderosos y el flujo y reflujo de las grandes civilizaciones. Y dentro de esa independencia, en el seno de esa libertad nacional, fueron germinando y florecieron para gloria de nuestra estirpe aquellos "Fueros" admirables de los que los conceptos de libertad, democracia y dignidad del hombre fueron ejercitados, cumpliéndose así la noble divisa de los Infanzones de Obanos: 'Pro libértate Patria gens libera sit', es decir, "Por la libertad de la Patria sea el pueblo libre".

Fueron las montañas el baluarte de nuestras libertades contra el enemigo siempre en acecho. Ya lo vio el Dante en aquellos sus versos que eran para nosotros como un grito de alerta:

(Paradiso, XIX)

"... beata Navarra

Se s'armasse del monte che la fascia!"

Pero lo que los vascos no vieron claro es que la libertad, supremo bien espiritual, no puede defenderse sólo por medios materiales. En el seguro de su fortaleza, no advirtieron que sus cimientos mismos iban siendo minados por el espíritu extranjero. Y tres siglos más tarde, otro poeta soberano, con la intuición genial de los vates —Deus es in nobis— pareció decirnos que habían llegado tiempos que harían vanas nuestras tradicionales defensas; que ninguna de éstas podría ser de tan formidable poder como las que el cultivo y desarrollo de las potencias incoercibles del espíritu nos brindan. Este es el mensaje de Shakespeare que, al comienzo de su "Love's Labour's Lost", cuando atribuye al rey navarro el propósito de entregarse con un grupo de sus más íntimos amigos y condiscípulos al estudio, hasta convertir su corte en una academia —"our court shall be a little academe"— enuncia triunfalmente el fin de esos esfuerzos:

"Navarre shall be the wonder of the world".

Pero los vascos no lo comprendieron así. Y vino una desviación de siglos durante los cuales el espíritu de la raza perdióse lastimosamente en un vagar en campos extraños. Y abandonando nuestro natural instrumento de cultura que

no era ni podía ser otro que la lengua original y propia, depósito y archivo fidelísimo de nuestra vida milenaria y, por lo tanto, apta como ninguna para reflejarla en toda su riqueza y variedad, en toda su intensidad y amplitud, para crear, en una palabra, la única verdadera cultura vasca posible, los más brillantes de nuestros ingenios se dieron a la tarea de enriquecer más y más extrañas lenguas y ajenas culturas. Mientras tanto, en el huerto abandonado de la casa solariega, apenas sí, acá y allá, lograban crecer algunas plantas lozanas, en lucha constante contra la maleza.

El poderoso movimiento renacentista vasco, que tuvo su iniciación en las postrimerías del pasado siglo, supo ver claro. Comprendió muy bien que si la salvación había de venir, era preciso desembarazar las rutas del espíritu. No teníamos ni tenemos arma más formidable que la de la propia cultura que no es otra cosa que cultivo constante, ahincado y fervoroso de aquellas peculiaridades por las que, como pueblo, somos lo que somos. A pesar de la fundamental desorientación señalada, no obstante los inmensos vacíos que "la trahison des clerics" dejó en nosotros —a salvo siempre el meritorio esfuerzo de "Los Amigos del País"— la fidelidad del pueblo había salvado valiosísimos materiales con los que se podía intentar exitosamente la reconstrucción total: una raza pura, en cuanto así puede hablarse, y dotada como tal de un genio inconfundible; un idioma sin parentesco con otro alguno, objeto de la curiosidad científica mundial y lo que más vale y es menos conocido, con una capacidad intrínseca como instrumento cultural que en nada cede a la de cualquiera de las lenguas "sabias"; instituciones jurídicas que son, quizá, junto con la lengua los principales exponentes de nuestro pueblo; un exquisito y abundante repertorio de música igualmente privativa, arte popular, danzas, etc. Y junto al acervo tradicional, lo que la necesidad de marchar con la hora y el progreso común del mundo impone: enseñanza y orientación profesional, pesca y navegación, industria, agricultura... Eran, a la verdad, muchos, importantes y complejos los temas que habían de ocupar a los Congresos de Estudios Vascos.

El primero de éstos se celebró en Oñate el año 1918. Los claustros de la vieja Universidad de plateresca fachada y las pulcras calles de la señorial villa vieron turbado su reposo por una muchedumbre de estudiosos que coincidió allí en memorable manifestación científica y patriótica. Allí nació la "Sociedad de Estudios Vascos", que había de ser poderoso motor de nuestra cultura; allí "Euskaltzaindi", la Academia de la Lengua Vasca, institución tutelar suprema de nuestro idioma; aquél fue el punto de arranque de nuestros Congresos culturales que habían de secundar en Iruña (Pamplona) el año 1920 y cuyo objetivo, ya especializado, era el de Enseñanza y Cuestiones Económico-Sociales. En 1922 veía la villa de Gernika la reunión del te

rcer Congreso dedicado al estudio de la Lengua Vasca con una extraordinaria concurrencia de lingüistas extranjeros. En 1926 Gasteiz (Vitoria) contemplaba el celebrado para estudiar temas de Orientación Profesional en lo que colaboraron destacadísimos especialistas europeos; en 1930 se celebró en Vergara el dedicado a Iríe Popw/ory en 1934, en Bilbao, tuvo lugar el consagrado a Ciencias Naturales.

El anunciado para 1936, dedicado a Historia Vasca, no pudo celebrarse por el estallido de la rebelión militar española que trajo a la noche sobre nuestra Patria. Desde entonces, no un Congreso de Estudios Vascos, la más débil e inocua manifestación de nuestro espíritu fue y continúa siendo de tal forma combatida a sangre y fuego en nuestra antigua tierra libre que, al correr de los años, parecía como que, por primera vez en la Historia, el poder bárbaro, la fuerza alimentada de un odio insaciable, había de prevalecer sobre las aladas potencias del espíritu hechas para respirar climas de comprensión, de amor y de paz.

Pero eso no podía ser. Y he aquí que en el territorio continental de la vieja Euskal Erria, patrocinado por altas autoridades de la República Francesa; con el entusiasmo motriz de nuestros hermanos del norte del Bt-dasoa y de tantos altos valores del sur que con ellos conviven estos años; con la colaboración invaluable de numerosos sabios de toda Europa, y con la cooperación, finalmente, de los vascos y descendientes de vascos de estas libres repúblicas de América, la villa de Biarritz va a contemplar la reanudación de nuestras magnas asambleas de cultura nacional.

Será éste de Biarritz un congreso memorable que servirá de nexo entre la etapa inicial pasada y una futura plena de promesas, y también de balance y recopilación de todos los trabajos que los vascólogos nacionales y extranjeros hayan realizado estos catorce años de forzado silencio.

Con los ojos del espíritu, impregnados de dulces añoranzas y esperanzas risueñas contemplamos ya esa semana de mediados de setiembre en que el dorado otoño vasco se anticipa en nuestra tierra empapándola de inigualable belleza y serenidad. Ya nos parece escuchar a nuestros típicos instrumentos musicales que preludian el acto llamando a los patriotas estudiosos en cuyos pechos se ha encendido una nueva y radiante luz de esperanza y dando la bienvenida a los científicos de todas las nacionalidades que vienen a ayudarnos en nuestra tarea —¿hubo jamás otra más noble?— de reconstrucción de nuestros valores que no podíamos, sin indignidad, dejar que se perdieran en el desprecio y olvido: "Agur, Jaunak, agur ta erdi..."

Y las jornadas culturales comienzan y se prosiguen a un ritmo de colmena laboriosa a la que nada puede detener en su vital afán, porque los vascos tienen plena conciencia de lo que estas labores significan. "Antes conquistaré a Esparta la guerrera que a Atenas la sabia", pudo decir Filipo de Macedonia, y nosotros hemos conocido bien cuan profunda y aleccionadora verdad hay en esas palabras. No serán ya las montañas sino nuestro propio espíritu cultivado en todas sus facetas y dimensiones quien hará invencible a nuestra patria. "Asmoz ta Yakitez" es el tema de la Sociedad de Estudios Vascos, esto es, "Por el pensamiento y por el saber". Porque como reza el mote heráldico de la vieja casa vasca, de donde ese lema se tomó, el chico puede vencer al grande, el bajo alcanzar al alto y el débil igualar al fuerte, "Asmoz ta yakitez"; por el pensamiento y por el saber.

El Día, Montevideo, Agosto 8 de 1948.

FRANCO V LA CULTURA VASCA

Un buen amigo nos entrega un ejemplar del último número de la revista "El Pilar", órgano de los españoles franquistas del Uruguay. En dicha revista aparece un suelto anónimo en que comienza, pleno de espíritu evangélico, hablando de "la tontería de algunos", para terminar, a la vuelta de unos renglones, nombrándonos un par de veces. La tesis sustentada a través del artículo en cuestión es la de que todo lo que se ha dicho en estas columnas de El Plata, respecto a la persecución por Franco de la lengua y cultura vascas es falso, según se prueba por estos tres hechos capitales: en España se publican libros escritos en vasco; se publica igualmente el "Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País" y, finalmente, acaba de crearse una cátedra de vascuence en Salamanca. Veamos el valor de estos hechos.

Recordemos la primera etapa de la actuación "cultural" franquista en nuestra tierra. Era la época en que la lengua vasca fue radicalmente proscrita de la prensa, las escuelas y los templos: aun de los templos, píos señores de "El Pilar", donde todos los fieles no conocían otro idioma. Era la época en que las casas editoriales vascas eran saqueadas y sus stocks, como la de López Mendizábal en Tolosa, quemados en un auto de fe; esos stocks que, como en el caso de la Editorial Diocesana de Vitoria, estaban casi exclusivamente integrados por millares de catecismos y libros religiosos. Era la época en que se fusilaba al dignísimo sacerdote don José de Aristimuño, una de las mentes más claras y una de las voluntades más tensas y eficaces al servicio de la cultura vasca que hayamos conocido en nuestra tierra. Era la época en que caía igualmente fusilado aquel joven de corazón seráfico, Esteban de Urkiaga, nuestro poeta laureado y uno de los más finos que haya producido

o nuestra lengua; su último poema allá en su trágica noche en la capilla de la prisión de Vitoria fue un soneto a la Virgen. Era la época en que caía también bajo los fusiles de Franco, entre tantos otros, el P. José de Markiegi que si "nunca hizo campaña contra España, de palabra ni de obra", como dolorido exclamaba el Obispo Monseñor Múgica, tenía en su contra el ser un primoroso cultor de la lengua de sus apellidos en la que había escrito cosas tan peligrosas para la religión y la hispanidad como aquella su deliciosa vida de San Luis Gonzaga. Era la época en que en la España de Franco, que, según ustedes, "fomenta todo lo que su tierra tiene de variedad", un diputado de Murcia venía a nuestra tierra para fundar en San Sebastián un semanario, "Domingo", en el que se decía, ultrajando en su propia casa a los vascos que no podían defenderse, que el euskera es una jerga. Era la época en que en la España de Franco que, según "El Pilar", "siente a gala y orgullo el desenvolvimiento de sus peculiaridades regionales", la prensa, que no podía insertar una línea en lengua vasca, informaba de las multas infligidas a hijos del país que tenían tenido la osadía de hablar en vasco en un tranvía. Era la época en que a su vuelta de Francia, los emigrados vascos eran encarcelados en una barraca allá en Fuen-terrabía en cuyas paredes había rótulos de este tenor: "Si eres español, habla en español". Era la época... pero aunque ella esté aún bien cercana, vengamos a años posteriores.

Tres hechos son los determinantes de esta segunda etapa. El primero, la noble reacción de un grupo de intelectuales vascos que heridos, como bien nacidos, en sus más sensibles fibras por aquella suma de iniquidades, dan vida a ese "Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País" que aplaudimos de todo corazón. No, porque, como maliciosamente sugiere "El Pilar", "tanto debe servir al señor Amézaga", pues honradamente no recordamos que hasta la fecha hayamos tenido oportunidad de servirnos de él, sino porque se trata de un esfuerzo meritorio en pro de nuestra cultura que aplaudiremos siempre, venga de donde venga; porque se trata de una revista que puede figurar en primera línea entre las varias que los vascos desperdigamos por el mundo y publicamos a costa de Dios sabe cuánto esfuerzo y sacrificio.

El segundo hecho es que Hitler perdió la guerra. La fobia antivasca de los falangistas hubo de revestir nuevas formas y pareció darse un ablandamiento en la persecución. Pero ésta continuaba y así por ejemplo, en 1947, según fotocopia que tenemos ante los ojos, se recuerda a la dirección del "Boletín de la Acción Católica de la Mujer", en Guipúzcoa, que, "por orden de la Superioridad (Ministerio de Educación Nacional), queda terminantemente prohibido el vascuence en esa publicación", lo que, por cierto, no es un caso ai

slado. Siguen también por esa época sin derogarse las disposiciones del general Martínez Anido limitando la predicación en lengua vasca. Y más tarde y a casi a la entrada del 1950 se produce la afrenta más salvaje que se haya hecho a nuestra lengua y raza. Un sujeto llamado Genaro Riestra, titulado Gobernador Civil de Vizcaya, dicta un úkase en virtud del cual, y según foto copia que tenemos a disposición de quien quiera verla, "se requiere a los familiares y propietarios de las tumbas donde figuren inscripciones en vascuence, para que sean retiradas las losas y sustituidas las citadas inscripciones por oírás en castellano".

La reacción es callada pero profunda en nuestro país. Fuera, en Norte América, ello coincide con el tercer y último hecho que queríamos señalar:

la demanda angustiosa de dólares por Franco. Cartas como aquélla que el profesor G. W. Elderkin de la Universidad de Princetown dice al senador de New Jersey, M. Alexander Smith, comentando la bárbara hazaña del Riestra, que ello constituye "una de las más grandes violaciones de los derechos humanos que se pueda imaginar" y que "ante tal sacrilegio y ultraje si el gobierno americano decide conceder algún dinero al régimen franquista o reforzar de cualquier otra manera a ese monstruo medieval, podré decir entonces que nuestro país ha perdido su propio respeto". Hacen tentarse la ropa al dictador. Y viene entonces, ya en nuestros días, esa serie de aparentes concesiones a nuestra lengua y cultura. Se abre la mano a la edición de libros euskéricos; el embajador Lojendio pronuncia en La Habana un discurso en vasco, en San Sebastián se celebra una Semana Vasca, en Salamanca se crea una cátedra de vascuence que tanto entusiasmo al órgano de Franco en estas tierras... En el decreto ministerial que crea esa cátedra se dice: "La lengua vasca es una de las antigüedades hispánicas venerables que nos permite reconstituir lo que fue el antiguo Occidente pre-latino y pre-indo-europeo". A la vista de esas palabras y otras igualmente reveladoras, el conde de Peñafiorida debió de sentir que algo se revolvía en su pecho de digno descendiente del que fue primera figura de la Sociedad Vascongada, cuando en esa semana vasca celebrada recientemente en San Sebastian ha dado indirecta pero clara respuesta con este párrafo: "El vascuence, única sobreviviente de la época pre-romana, es la lengua más antigua de Occidente, pero es también una lengua viva y de acción; debemos evitar que ella muera en lugar de limitarnos a hacer arqueología". Porque ha visto claro, tan claro como otros, que en el ánimo del gobierno franquista no hay contradicción entre la persecución al euskera y la creación de una cátedra en Salamanca, ya que ésta no tiene que ver con su porvenir sino con el pasado; porque ha sentido hondo, tan hondo como nosotros, que encima de todos esos respetables motivos

para los vascos voz de la sangre, tesoro entrañable y amado que recibimos vivo de labios de nuestros padres y que hemos de legar vivo a nuestros hijos, mientras quede en nosotros sangre bastante para que la vergüenza coloree nuestras caras.

Porque los vascos sabemos —y es bueno que nuestros buenos amigos uruguayos lo sepan también— que a pesar de esas concesiones "para la exportación" con que ahora pretende engañar Franco, la persecución continúa.

Porque si el texto vasco del discurso de Lojendio ha podido ser reproducido en los diarios de La Habana, del pronunciado por el señor Arrue en la Semana Vasca de San Sebastián conocemos una línea del original **PORQUE SIGUE RIGUROSAMENTE PROHIBIDO EL EUSKERA EN LA PRENSA** a patria. Porque mientras el pío "El Pilar" se nos presenta aquí convertido en campeón de nuestro idioma, allá **SIGUE EN VIGOR LA PROHIBICIÓN ESPECIAL** de emplear el vasco, dictada contra media docena de revistas en Guipúzcoa. Porque mientras se instituye una cátedra de euskera para los estudiosos de Castilla, en nuestro país **NO SE PUEDE ABRIR UNA ESCUELA EN LENGUA VASCA** para los hijos de aquella tierra donde nunca tuvieron nada que ver los Riestras y los Francos.

"El Pilar" parece creer que hemos degenerado tanto que se nos puede engañar con eso de la cátedra ¡en Salamanca!, como a pobres indígenas que entregan gozosos su oro a cambio de unas cuentas de vidrio.

El Plata, Montevideo, Noviembre 17 de 1952.

HERMANDAD VASCA

Una nueva vida comenzó para nosotros en aquel lindo pueblo del Pirineo be nabarro.

Habíamos llegado, flacos los cuerpos y los nervios rotos, cargados los ojos de espantosas visiones de guerra, y fue aquel verdeante y pintoresco pueblo con sus antiguas murallas decoradas de verdura, su altiva cindadela y su río limpio y sonoro en el que las ágiles truchas nadaban innumerables, reposo y olvido, paz y pan gustados intensamente con una fruición nueva. Pero había más, mucho más.

Cuando nuestra expedición llegó —unos cientos de niños y unas docenas de adultos, encargados de ellos—, todo el pueblo se hallaba en la estación. Los grupos de niños, un poco adormilados por la fatiga del viaje y la proximidad de la noche, fueron ordenándose perezosamente; uno de los mayores cuidaba

de cada grupo. Y, después de recibir el saludo y las primeras instrucciones de las autoridades locales, la caravana, entre las miradas de simpatía y curiosidad de la mayor parte del pueblo y las de desconfianza y aún animosidad de algunos, se dirigió lenta y ordenadamente hacia nuestra residencia. Era la "citadelle", la antigua ciudadela asentada sobre una pequeña colina que domina al pueblo y cuyos muros reedificados por Vauban se alzan sólidos aún rodeados de secos fosos. Por el puente levadizo, penetramos en la fortaleza. Era ya de noche y las lechuzas cobijadas en los grandes árboles del patio central graznaban nerviosas al sentir súbitamente turbada su tranquilidad de años.

Y como mejor pudimos, corrigiendo, poco a poco, las muchas deficiencias de nuestro improvisado alojamiento, fuimos organizando nuestras vidas en aquella primera etapa de nuestro destierro.

Dentro de nuestra residencia la labor era ardua: había que luchar contra muchas dificultades materiales; había que procurar que los niños recibiesen instrucción y educación adecuadas; había que atender a la vida espiritual de niños y mayores; a la salud física de todos. Cuidaban de la primera veinticinco maestros; tres capellanes atendían a la segunda y un médico y varias enfermeras se preocupaban por la última. Y así, entre problemas de enfermería o cocina, de instrucción o de higiene y de tantos otros que surgen de la súbita convivencia de seiscientas personas a quienes el azar ha reunido en un plan de vida que nunca habían podido imaginar, se iba desarrollando nuestro vivir.

Este tenía otra importante faceta: la de nuestras relaciones con el pueblo. Entendimos, desde el primer momento, que nuestra especial situación nos vedaba toda propaganda y discusión. Entendimos que era falta de conocimiento, errada información, lo que movía a los pocos que no nos miraban bien, y decidimos que no teníamos que hacer sino una cosa muy simple para deshacer aquella actitud: mostrarnos tales cuales éramos, claros, transparentes, esmerándonos en nuestra conducta más que nunca. Porque comprendimos que no iban a ser nuestras palabras sino nuestro vivir recto, honesto y claro lo que convencería a aquellos hermanos que no nos conocían, la sangre común haría el resto.

¡Y qué bien y qué rápido lo hizo! ¿Dónde estaban ahora aquellos rostros esquivos, aquellas miradas desconfiadas y hasta agresivas del principio? Nuestros paseos al pueblo eran visitas de hermanos; las autoridades iban prodigando sus atenciones y deferencias; eran cada vez más frecuentes y amables sus visitas; el párroco solicitaba, cada vez más a menudo, la ayuda de nuestro

os sacerdotes que eran llamados también por los de los pueblos comarcanos. Todos estaban ya bien convencidos de que no éramos los "gorri izigarriak" que al principio algunos habían soñado y cuando, a los pocos meses, grupos de nuestros niños bajaron por Navidad al pueblo portando el clásico "Yayotza" y entonando las viejas canciones de nuestra raza, la colecta amplia y generosa con que el vecindario respondió, vino a decirnos que era ya nuestro, total y definitivamente, el corazón de aquel pueblo.

De aquel pueblo, que se había también ganado lo mejor de nuestro corazón y al que gustamos contemplar desde lo alto de nuestra residencia, sumergido en la paz y el silencio semi-velado, a veces por las nieblas que descienden de los picos del cercano Pirineo, y arrullado por los murmullos del Errobi que marcha saltando sobre su lecho de rocas.

Hoy aquel pueblo, como tantos otros de la Euskal Erria del Norte, padece en su carne hermana los zarpazos del hambre, el frío y el dolor, herencia de una guerra atroz.

Es preciso hacer todo lo posible para aliviar esto. A ello estamos obligados muchos vascos por simple gratitud; todos, por el mandato, nunca más indeclinable que en esta hora de la hermandad vasca.

Euzko Deya, Buenos Aires, Febrero 26 de 1946.

INTERMEDIO JOVIAL

¡Aufa, aufa! Yo soy el Genio alegre que preside las innumerables romerías de la verde Euzkadi.

Desde junio a octubre, yo reino en las plazas de los pueblos, junto a las viejas iglesias y en las campas arboladas donde se cobijan las humildes ermitas que amo tanto.

Filósofos sabihondos, hombres suficientes, os dirán de mí cosas extrañas: Que mi espíritu es pagano, que tengo patas de chivo; que por mis venas corren mezclados sidra, vino y "txakoli"... No les creáis. En realidad, yo no soy sino un honrado genio; un genio sencillo y benévolo rebosante de humanidad. Por eso mi mayor alegría es ver alegres a los hijos de los hombres.

Yo me cuelo por los agujeros del "txistu" e infundo en el "txistulari" un brío que no hay cansancio que pueda apagar. Cosquilleo en los pies a los jóvenes y, al momento, se sienten acometidos de incontenibles deseos de bailar. Y

mi espíritu travieso sabe cómo desarrugar el ceño a los graves, y pone agilidad en las piernas de los viejos que, gracias a mí, olvidan por un día que lo son.

¡Aufa, aufa! Yo soy el Genio alegre que preside las innumerables romerías de la verde Euzkadi.

Yo enseñé a las autoridades a danzar las primeras en nuestras fiestas. Porque la autoridad, para serlo bien, es preciso que sepa dar ejemplo de regocijo cuando llega para todo el pueblo la hora de la expansión.

Sé corresponder a su fineza. Por eso nunca olvido, entre las cabriolas y las ruedas del "aurresku", la "reverencia" obsequio que hago de mi único momento de solemnidad a aquellos hombres comprensivos que, sentados entre los cuzos clavados en tierra, miran las evoluciones de los bailarines con una secreta envidia, que es preciso que enmascaren con sus rostros graves.

A mí se debe la sagrada institución del "Gurdiondo". El pellejo de vino llega inflado y orondo sobre el carro. A su lado se coloca la litúrgica taza de porcelana. Y es de ver con qué fervor mis fieles escancian en cumplimiento del tradicional rito. Nunca se dio el bochornoso caso de que, al final de la fiesta, quedara en el generoso "zagi" gota aprovechable.

¡Aufa, aufa! Yo soy el Genio alegre que preside las innumerables romerías de la verde Euzkadi.

Mi aliento tiene sabor a pollo, merluza y pimientos fritos. Mi voz, notas de "txistu", algazara y pandereta, y ronroneo de acordeón. Mi saludo es el "santzo" en que se dispara la alegría; mi despedida el "irrintzi" de innumerables ecos.

Una vez me arrastró la tentación de visitar romerías lejanas. Vi ojos lascivos y caras cansadas; disputas que comienzan en soeces blasfemias y terminan en navajas homicidas. Y salí huyendo de allí con la nostalgia de mis mozos sanos y de mis amables bertsolaris que se encargan de desvanecer ingeniosamente con sus finas estrofas todos los posibles motivos de contienda entre los romeros.

Mi alegría es generosa y mi goce nunca es padre de dolor. Por eso los que bailan animados de mi espíritu pueden, al día siguiente, con el mismo ímpetu, volver a bailar. Los irrintzis lejanos de mi despedida son, al mismo tiempo, anuncios de mi próxima visita.

¡Aufa, aufa! Yo soy el Genio alegre que preside las innumerables romerías de la verde Euzkadi.

Euzko Deya, Buenos Aires, Julio 10 de 1943.

LA INVASIÓN DE EUROPA

Llegó por fin el esperado día. Trocados los accidentes aunque no el fondo de la historia, he aquí que la Europa esclavizada pone sus esperanzas de liberación en una invasión que termine con la tiranía de los germanos, sus eternos invasores. Y la feliz iniciación de las operaciones, tan difíciles de suyo, hace que esa esperanza dilate los pechos de todos los hombres de buena voluntad que, sea cualquiera su credo, color o raza, aman la justicia y aborrecen la tiranía.

"Toca a gloria, compañero, que ha nacido una ilusión", podemos ahora decir con el vate máximo de la Inglaterra eterna. Que ha nacido la ilusión de que la tremenda pesadilla que hace años atenaza nuestros corazones se disipe; la ilusión de que hemos entrado, de un modo definitivo, en la última etapa de la tragedia horrorosa que padecemos; la ilusión de que estamos en el principio o del fin de las matanzas, las hambres, las persecuciones y los martirios; la ilusión de que está muy próximo a su fin todo eso que hace de los hombres bestias y se halla muy cercano aquello único que al ser humano eleva sobre su propia esfera: la justicia y la caridad, la libertad y el trabajo fecundo, virtudes que sólo pueden brotar, con la fuerza de las cosas naturales, en la tierra abonada por la paz.

Leíamos hoy en un periódico de Montevideo que cuando al Presidente de la República le dieron la noticia de la invasión y le pidieron que concretase en una frase la impresión que acababa de recibir, el doctor Amezaga contestó lo que sigue:

"Si se confirman esas noticias, yo espero que el éxito de la invasión restablecerá rápidamente la paz que tanto necesita el mundo para realizar la obra de justicia que reclaman todos los hombres libres".

Así esperamos nosotros, los vascos. Y por eso, hacemos los votos más sentidos por que los aliados tengan el éxito, más rápido y rotundo, en la formidable operación a que hoy han dado comienzo. Que las naciones unidas obtengan a la brevedad posible el triunfo que las operaciones de desembarco hoy felizmente iniciadas presagian. Triunfo que esperamos sea el de la justicia pa

ra todos los hombres libres y para todos los pueblos que, como el nuestro, lucharon siempre con dignidad y fiereza por desarrollar su vida bajo el signo de la Libertad.

El Plata, Montevideo, Abril 10 de 1944.

LOS JUEGOS FLORALES CATALANES: TRIUNFO DEL ESPÍRITU

Es trágica siempre la lucha que las potencias del Espíritu han de sostener contra la fuerza bruta, celosa, consciente o inconscientemente de la supremacía de aquéllas; trágica y trascendental porque, así en los hombres como en los pueblos, la Vida misma, en la plenitud de su significado, no es otra cosa, en última instancia, que el resultado de esa contienda.

En esa lucha, la vida de los pueblos se articula y organiza y plasma en su idioma peculiar que es como el archivo viviente y el depósito y tesoro de su Historia. El genio del pueblo va obrando a través de los siglos sobre el idioma propio, infundiéndole sus características y vinculando en él modalidades inconfundibles, y el idioma, a su vez, lograda su plenitud, actúa sobre el espíritu popular imponiéndose a él como el cauce adecuado y el molde y el órgano genuino y necesario de sus manifestaciones. Es por lo que con toda verdad pudo decir Bluntschli: "La lengua es el bien más esencialmente propio del pueblo, la manifestación más neta de su carácter, el lazo más fuerte de la cultura común".

Los pueblos conocen esta verdad; saben que el idioma propio es la natural base de su cultura y el mejor estribo y defensa de su personalidad; saben que cambiar la lengua es cambiar de alma, trocar el tesoro inapreciable que recibieron de generaciones incontables de antepasados juntamente con su carne y su sangre, por algo que valga —y jamás se demostrará que un idioma vale en sí más que otro cualquiera—, es cosa ajena, elaborada en mentes y corazones en los que, naturalmente, nunca tuvieron asiento los calientes sentimientos del hogar y de la patria.

El pueblo catalán conoce bien todo esto. Con una tradición secular gloriosa enraizada en las rocas mismas del Pirineo y que desde allí se dilató por tierras y mares al galopar de sus almogávares y al navegar de sus galeras, los catalanes saben que el habla de Lull y Sabunde, de Ausias y Metge, de Verdaguer y Maragall, con su acento "de oro y de hierro", como felizmente lo calificó el mantenedor de los Juegos e ilustre vate oriental Sabat Ercasty, suena con tantos títulos al respecto y a la estima de todo hombre culto como cualquier otro pueda sonar. Y saben aún más, saben, porque tienen sólida conciencia

cia de ser un pueblo y una patria, que con filósofos o sin filósofos, con poetas o sin ellos, la lengua que aprendieron en la cuna y recibieron con el aullido de sus padres; la que moldeó la vida de sus payeses y dio cauce y expresión a los dolores y a las alegrías del más humilde de sus "rabassaires" es para ellos sagrada porque en ella está, como en ninguna otra cosa, el alma misma de Cataluña: "En vos es tot", podrían decirle con las palabras de fuego de Ausias March.

Esta ejemplar adhesión de los catalanes a su idioma patrio, pese a todas las vicisitudes y persecuciones, se ha venido manifestando en años pasados, entre otras cosas, en la celebración de los Juegos Florales de la Lengua catalana que recogen una tradición de la poesía y belleza bien conocida. Pero desde el año 1939, es decir, desde que con la implantación de la tiranía franquista, Cataluña pasó a ser tierra ocupada, fueron proscritos de su lugar de origen; la fuerza bruta, una vez más, se enfrentaba con las delicadas realizaciones del Espíritu.

Pero éste no se rindió. Expulsado de la tierra catalana, sus alas impalpables lo fueron trasladando a otros lugares del Viejo y el Nuevo Mundo donde la poética y patriótica tradición siguió su curso incoercible como el de la Vida. Y estos días en el Uruguay —patria de adopción de todos los hombres nacidos para ser libres— hemos podido asistir al magnífico espectáculo de estas justas espirituales, organizadas por el "Casal CATALA" de esta ciudad.

El éxito ha sido definitivo. De América y Europa; de Cataluña y de fuera de ella, llegaban en cantidad y calidad impresionante los trabajos literarios con que los catalanes, mudos en su propia tierra o peregrinos por todas las partes del Mundo, rendían su tributo de adhesión inquebrantable al verbo de su raza. Era un homenaje más caliente que nunca, más emocionado y a la par más firme a la Cataluña sufriente, la novia eterna de los más dulces ensueños, la amorosa madre de flancos siempre fecundos, que llegaba de todos los pechos catalanes como el eco de la canción de todas las lanzaderas de sus telares, de todos los martillos de sus talleres, de todas las hoces de sus segadores, de todos los torrentes del Pirineo, de todas las olas de su mar azul.

.. Y cuando nosotros que asistíamos emocionados a aquel espléndido triunfo del Espíritu oímos que el primer premio, la Flor Natural, había sido concedido a una poetisa —señorita Mercedes Rodo-reda— refugiada en Francia y que el accésit lo había ganado un poeta cuyo nombre no podía darse "porque residía en Barcelona" ... sentimos algo, no sabemos si asco o desprecio, vergüenza o piedad por ese régimen bárbaro y absurdo, inculto y feroz que sueña en sofocar indefinidamente, con moros y guardias civiles, y ansia irrefrenable de vida propia y libertad que late, como el don más excelso de Dios, en e

El fondo del alma de todos los hombres y todos los pueblos.

El Plata, Montevideo, Setiembre 14 de 1949.

ESTA ES LA JUSTICIA QUE MANDAN HACER

Parecería que en quince años de recorrer incesantemente la vía dolorosa, el pueblo vasco hubiera agotado ya todas las formas y grados posibles de sufrimiento. Arrastrado y envuelto en una guerra para la que no dio sombra de pretexto y que no pudo prever ni eludir; caminando en un tiempo por las rutas del destierro cerca de la cuarta parte de sus hijos; sufriendo el resto, en la que hasta entonces fuera la tierra más libre del mundo, los desmanes de una tiranía que ha impuesto allí la hipocresía en la religión; la enfermedad y la ruina en los hogares; la inmoralidad en la administración; el terror en todas partes; una tiranía que se ha posado sobre nuestra patria como el gusano más repugnante sobre la rosa más pura...

Pero nuestro pueblo no ha cedido jamás. Con una tradición de libertad que no se improvisa; con una fe inquebrantable en el futuro que hunde sus raíces en la voluntad actual unánime de sus hijos que en vano se pretende amordazar; con un caudal vivo de ideas madres, ideas como las quería Víctor Hugo con boca para gritar, con dientes para morder, con uñas para aferrarse y arañar; ideas de libertad que son como la esencia misma y la razón de ser de su personalidad milenaria, el pueblo vasco sigue en la brecha sin ceder un punto y en ella seguirá hasta ver el derrumbe del franquismo al que desprecia y aborrece desde el fondo mismo de su corazón.

El triunfo obtenido por nuestro pueblo, en las últimas huelgas y movimientos de protesta que alcanzaron su culminación en la de Pamplona, aún no tan bien valorada como se merece en sus orígenes y alcances, ha sacado de sus quicios al tirano que, a la persecución fría y despiadada en el interior contra los presuntos responsables, ha unido su firme decisión de concluir con lo que él estima el foco y dirección de todos esos movimientos: el núcleo central del legítimo Gobierno vasco situado en París.

Hace ya más de un mes, Franco dirigió un ultimátum al Gobierno francés diciéndole que si no se entregaba el edificio 11, Avenue Marceau, dispersando los servicios vascos allí centralizados, cerraría todas las escuelas francesas que hay en España y que tienen un cuadro de 80 profesores y de 5 a 6.000 alumnos; pondría dificultades a los comerciantes e industriales franceses radicados en Madrid y en otras partes y no cedería en llegar incluso a la ruptura diplomática. El fruto de esas amenazas es ya conocido de nues

tros lectores, la prensa de estos días da cuenta de cómo el Presidente Aguirre ha sido desposeído de su sede en el número 11 de la Avenida Marceau. Y lo ha sido en virtud de un mandamiento de ejecución dictado por el Tribunal Civil del Sena que se fundamenta en la sentencia dictada por ese mismo Tribunal el año 1943 en plena ocupación alemana; la misma ocupación que hizo posible la extradición y fusilamiento del Presidente Companys, de nuestro compatriota Zugazagoitia y de otras víctimas del ensañamiento franquista.

Recordamos bien esa casa 11, Avenue Marceau. En ella trabajábamos con nuestro Gobierno cuando el peligro nazi amenazaba devorar a Francia y Europa entera. Y en aquellas horas de supremo peligro, ¡los vascos que en aquella casa estábamos nos inscribimos como voluntarios en las filas del Ejército francés. No se trataba de pagar ni de pedir favores: entendíamos que era un simple, pero imperioso deber. La causa de Francia era la nuestra; era la de todos los hombres libres que queríamos seguir viviendo en una línea de dignidad. La irresistible invasión alemana nos dispersó a todos y, al amparo de ella, los franquistas recibieron nuestra sede de manos de los nazis; era natural. Como lo fue que después que la liberación de París fuese encabezada por aquel tanque que llevaba el nombre simbólico de "Guernica"; que después que el propio General De Gaulle prendiera las más altas condecoraciones militares en nuestra bandera bicrucífera y en el pecho del comandante Ordoki y otros muchos de la Brigada vasca "bravos entre los bravos", la sede de Marceau volviera inmediatamente a nosotros, sus legítimos poseedores.

Pero ahora, ¿qué ha pasado aquí? Pedimos a nuestros amigos uruguayos que reflexionen bien sobre ello, porque es un agravio inmenso el que, dirigido contra nosotros, se ha inferido de hecho a todos los hombres honrados y libres con la consumación de esta iniquidad. Con Marceau o sin Marceau, seguirá lo mismo nuestra lucha de la que ciertamente no hemos de desistir por esta ni ninguna otra contrariedad. Pero si esto puede pasar en el mundo democrático, si en él los mejores pueden ser así atropellados sólo por ser los más débiles, cuando lanzamos esas hermosas palabras de "justicia", "democracia", "libertad", "frente antitotalitario", etc., etc., ¿a quién pretendemos engañar?

Y entiéndase bien que no acusamos a Francia. Ella representa algo muy grande y muy alto en nuestro espíritu. Nunca la confundimos con sus gobernantes que entregaron a Companys; nunca la confundiremos con su actual Ministro de Justicia Rene Mayer, acreditado amigo de los franquistas.

El Plata, Montevideo, Julio 3 de 1951.

'CON LIBERTAD, NI OFENDO NI TEMO'

Si por alguna característica hubiera que definir al pueblo uruguayo, nadie dudaría en señalar ésta: su pasión por la libertad. Es ella tan general que ninguna persona, grupo o partido puede pretender su exclusiva, para mayor honra de todos; tan intensa y vigorosa que reina aquí indiscutida sobre todas las demás tendencias del espíritu; tan espontánea que ella marca por doquier el verdadero clima y natural ambiente del país. Cualquiera que llegue a éste, puede de inmediato certificar la verdad de lo que decimos. Los que llegamos de una patria, cuna y refugio secular de libertades ahora mancilladas por una bestial tiranía, estamos en especiales condiciones de apreciar y valorar este tesoro que Dios quiera conservar para siempre en esta tierra privilegiada.

Pero es natural que el observador quiera explicarse la causa y la razón de este fenómeno, desgraciadamente, poco menos que un hecho aislado en esta América Latina, feudo de espadones sin pudor y sin conciencia.

Muchas veces hemos pensado que una de las razones fundamentales de este noble culto de la libertad brota naturalmente de la pequenez de la República. Desde Aristóteles, sabemos que la pequenez es una de las condiciones que acercan el Estado a su ideal. Y no sólo porque facilita la perfección de la tarea de gobierno, sino porque los estados pequeños, imposibilitados naturalmente de buscar su gloria a expensas de la libertad de los vecinos, se acostumbran a sentir, en lo más hondo del espíritu, que el único camino de su grandeza —y el de la grandeza de todos— es el culto de la propia y de la ajena libertad. Es el bien máximo que hay que defender en todo momento y todo lugar, contra todo y contra todos, con cuerpo y alma, con uñas y dientes, si se quiere merecer la subsistencia.

Hemos pensado también que una afortunada selección del elemento humano poblador de estas tierras podría ser una de las concausas de este hecho feliz. Y es indudable que ello también ha contribuido poderosamente en su concreción.

Pero estas y otras razones, que pudieran ser valederas, ceden hoy en nuestro espíritu, ante la consideración de la personalidad del Padre de la Patria, el forjador de la nacionalidad.

Cuanto más leemos y releemos de su vida y de sus hechos, más y mejor descubrimos la auténtica grandeza de este espécimen humano del que el Uruguay puede con profunda razón enorgullecerse y al que, indudablemente, debe, en el aspecto que estamos estudiando, mucho más de lo que un examen super

ficial pudiera hacer creer.

Porque en Artigas, por encima, muy por encima del Jefe, el Protector, el Caudillo, está el Hombre cuya vida entera de punta a punta está dictando una soberana lección de que la libertad es para el espíritu del hombre tanto como el aire para sus pulmones, la luz para sus ojos y la sangre para su corazón.

En sus hechos y en sus palabras que abundantemente pudiéramos citar, aprendemos que la libertad, como hace veinte siglos lo escribió Pablo de Tarso, es el mismo espíritu de Dios; que por ella es el hombre lo que es, ya que ella lo diferencia de ese bruto en que los tiranos quieren convertirlo; que ni la vida es tan preciosa ni la paz tan dulce como para ser compradas al precio de las cadenas de la esclavitud. Así pudo escribir Artigas que "queriendo ser libres, la multiplicidad de enemigos sólo servirá para redoblar nuestras glorias", porque "nada habrá capaz de hacernos variar; las peores circunstancias, el mundo entero empeñado en combinarse para que los orientales abandonen el trono de su libertad, no será capaz de separarlos de su primer sentimiento. Su augusta voz tronará siempre en torno de nosotros, avisándonos que ella sólo puede presentar al hombre la grandeza que le es propia. El honor, la justicia, todo nos está gritando que nacimos libres". Por ello "... es preciso que no permitamos que tantas pérdidas y desvelos se prodigasen sólo para sostener una tiranía nueva. Yo voy a continuar mis sacrificios, pero por la libertad", porque "mi decisión por la libertad de los pueblos será siempre superior a todos los contrastes" y "para mí, nada es tan obvio como dejar a los pueblos en su libre elección", ya que "amar su libertad es de seres racionales, perderla es de cobardes" y "los orientales no han olvidado sus sagrados deberes".

No necesitamos multiplicar las citas. Más que de sus dichos, surge de los hechos la personalidad de Artigas como la de un Iluminado de la Libertad. Una de las máximas figuras que el cielo ha enviado a los hombres por tierras de América con ese divino mensaje. Libertad de los hombres, libertad de los pueblos. Respeto sagrado al hombre blanco, indio o negro. Religioso respeto a las patrias grandes, chicas, débiles o poderosas. Conciencia de la profunda dignidad del hombre; conciencia del valor moral de los pueblos, entidades naturales anteriores y en muchos aspectos superiores al Estado.

Esta es la lección de Artigas. El gran ejemplo que con su vida pura y heroica forjada en el sacrificio y el culto a los más nobles ideales humanos, viene ofreciendo a sus compatriotas y al mundo este gran Hombre-pueblo.

Que esta lección y este ejemplo sigan siempre iluminando la ruta del Uruguay para que nunca deje de ocupar el puesto de vanguardia que hoy, de pleno

derecho, le corresponde en el concierto de los pueblos libres. Todos los cuales podrían adoptar con honor ese lema, uno de los más hermosos que hombre alguno haya podido ofrecer a su patria: "Con libertad, ni ofendo ni temo".

El Plata, Montevideo, Setiembre 20 de 1950.

MISERIA Y HONOR

La Asamblea de las Naciones Unidas, al acordar el levantamiento de la cuarentena diplomática que en 1946 impusiera a la dictadura de Franco, acaba de realizar una rectificación que entraña, sin duda, sensacional descubrimiento: la UN fue entonces incalificablemente engañada por la profusa documentación llegada a su seno y de la que, sin género de duda, se deducían dos hechos fundamentales: que el gobierno de Franco debía su existencia a los de Hitler y Mussolini y que en él los derechos individuales eran sólo sombra de una sombra.

Es verdad que muchos millones de españoles y no españoles pueden libremente seguir creyendo que los fundamentos de la decisión de la UN en 1946 siguen firmes e inmovibles. Es cierto que, sin necesidad de recurrir a superiores luces, sabemos por experiencia personal lo que significó el bombardeo diario e incesante de la aviación alemana en el frente vasco durante tres meses de ofensiva; es cierto que escapamos más de una vez muy justamente de las matanzas, poco menos que a mansalva, que la aviación italiana desencadenó sobre Barcelona; es cierto que los miles de prisioneros italianos, material bélico y documentación tomados en Guadalajara tienen algún valor probatorio; es verdad que el mismo Franco declaró que el Eje se ha convertido en un triángulo que comprende a Alemania, Italia y España; es verdad que Franco aparece responsable de una sublevación que costó a España más de un millón de muertos; es verdad que después de su victoria, la persecución, por todos los medios, al adversario se ha convertido en una de las características fundamentales del régimen que viene inviniendo en guerra y aparato policial más de la mitad de sus presupuestos de todos estos últimos años; es cierto que no hay en España la mínima libertad de prensa, ni de reunión, ni de sindicación, ni medio alguno, en fin, por el que la oposición pueda razonablemente exponer su disconformidad con la obra del Gobierno; es igualmente cierto que en los once años que han transcurrido desde su victoria, el régimen no ha convocado a elecciones generales y que todos los que hoy en España se titulan Diputados o Concejales lo son, no por la legítima voluntad del pueblo sino por la omnímoda voluntad del "Caudillo"; es terriblemente cierto que allá, en mi patria vasca, el noventa por ciento

de la gente que nada tiene de extremista, roja, etc. etc., es y seguirá siendo irreductiblemente antifranquista y que por ello fue y es ferozmente perseguida, comenzando por nuestros dignísimos sacerdotes que pagaron con sus vidas su adhesión a la causa de la libertad del pueblo; es cierto que a la lengua de bien nacidos, por sobre todas las riquezas posibles de nuestro espíritu, se la ha arrancado hasta de las lápidas mortuorias; es cierto que a lo largo y a lo ancho de todo el Estado español reina una corrupción y un desbarajuste administrativo como jamás fue conocido hasta ahora bajo régimen alguno; es cierto que el nivel de la moral pública ha descendido de una manera espantosa; es cierto que el hambre y la tuberculosis reinan en la masa del pueblo en odioso contraste con la super-opulencia de las castas privilegiadas del régimen; es cierto...

Pero ante la asamblea de la UN se han presentado recientemente, en ejemplarizadora lista, media docena de Gobiernos ibero-americanos. Odria, Trujillo, Somoza, etc. etc., supremos campeones, sin duda, de la Libertad y de la Democracia, pilares básicos de la UN, se han presentado ante este organismo para decir que Franco no sólo no debe seguir bajo la cuarentena diplomática que le aflige, sino que además debe ser admitido —para empezar— en los organismos técnicos de la UN.

La mayoría de la Asamblea les acaba de dar la razón. Sin duda, porque si las verdades que acabamos de estampar son de las que rompen los ojos, no es menos verdad que, como diría el Marco Antonio de Shakespeare, los padrinos y garantes del Caudillo, los Trujillos, Odrias y Somozas, son unos hombres honrados, son unos honorables hombres de Estado en cuya palabra es preciso creer por encima de todo. Y en ella ha creído, por lo visto, la mayoría de los Gobiernos tan ciegamente que aun aquellos que hacen de la lucha contra el comunismo el eje de su política no han vacilado en dar a éste el mayor de sus triunfos colocando al martirizado pueblo español en la vía de las soluciones desesperadas...

Ante este derrumbe de valores, ante esta "bancarrotta moral" como en este diario se ha calificado a la decisión de la UN, sólo queremos recordar dos cosas: la primera, que hace muchos años que se escribió en lengua anglo-sajona una sentencia inmortal: "En este bajo mundo sólo hay una cosa fuerte; la que es justa".

La segunda, la actitud limpia y valiente del Uruguay. El "Civis romanus sum" pudo ser, en siglos que pasaron, la legítima expresión de un gran orgullo. Pues bien, es mucho mayor el nuestro al sentirnos hoy ciudadanos de esta

República que, cuando los fuertes han claudicado cayendo en los lazos de sus falsos cálculos, ha sabido encontrar una vez más, entre tanta miseria y podredumbre, el camino limpio y recto del Honor y la Vergüenza.

El Plata, Montevideo, Noviembre 4 de 1950.

LOS PAISAJES ENTRAÑABLES

No hay para nosotros poder mágico como el que fluye del trozo de tierra en que vivimos nuestros primeros años. Aquel riachuelo perezoso cuyas aguas cubiertas acá y allá por los nenúfares seguíamos maravillados en excursiones que entonces se nos antojaban a lejanas regiones inexploradas; aquel monte desde cuya cumbre lograda con ilusión despreciadora de todas las fatigas, contemplábamos la tierra extendida a nuestros pies, con los múltiples cuadros de sus parcelas labradas, las manchas oscuras de las arboledas, las blancas de los caseríos y las plateadas cintas de los arroyos; aquel mar verde oscuro siempre en lucha con los acantilados de nuestra costa en la que cada oquedad ofrece resonancias de gruta de Fingal; todo esto y mucho más que esto, diluido en mil rincones humildes, constituye para nosotros un mundo feérico que nada ni nadie podrá borrar de nuestro recuerdo. Somos hijos de nuestros paisajes nativos casi tanto como productos del clima espiritual de nuestros primeros años; ambos nos modelan para siempre. El hombre hijo del niño, según la feliz expresión de Wordsworth, no podrá olvidar jamás, por nómada que su vida sea, aquel pedazo de tierra en que primeramente se movió y contempló con ojos nuevos, con ojos vírgenes que pudieron darle sobre este mundo la milagrosa ilusión de un Paraíso. Por algo Dante al cantar al suyo lo puebla de reminiscencias infantiles.

Recordamos haber leído en algún libro de André Gide que a medida que le pasaban los años decaía su interés por los paisajes y se le acrecentaba el que sentía por los hombres. Bien está esto último, pero, en cuanto a lo primero, habrá que observar que Gide no habla de sus paisajes nativos y que, en todo caso, no era un desterrado. Porque hay que serlo para que la ausencia, suprema piedra de toque de las categorías afectivas, nos haga sentir en todo su alcance el valor de lo que perdimos.

Y además, nuestros paisajes son realmente privilegiados: lo podemos decir objetivamente, con entera verdad. Una Suiza con la añadidura de un mar incomparable, eso es Euskal Erria; una feliz conjunción de montaña y de mar. Este, furioso de ordinario, acomete a la costa deshaciendo sobre ella sus olas enormes en cendales de espuma; otras se introducen mansamente en la tierra, como en aquella ría de Plencia que embelesó los ojos de Louis Lhand

e: "¿Estaba aún en Vizcaya, al norte de la Península Ibérica, o algún encanto mágico me había transportado de nuevo a pleno país de Italia, a los bordes del Golfo de Nápoles?", o en la de Mundaka, o en la bahía de Pasajes de la que nadie como su enamorado Víctor Hugo nos podría referir el encanto:

"De repente, como por magia y sin que hubiese oído el silbato del maquinista, la decoración cambió y un maravilloso espectáculo se me apareció".

"Una cortina de altas montañas verdes recortando sus cimas en un cielo brillante: al pie de esas montañas, una hilera de casas estrechamente yuxtapuestas; todas esas casas pintadas de blanco, de azafrán, de verde, con dos o tres pisos de grandes balcones protegidos por la prolongación de sus amplios tejados rojos de tejas cóncavas; en todos esos balcones mil cosas flotantes, ropas a secar, redes, trapos rojos, amarillos, azules, al pie de esas casas el mar; a mi derecha, a mitad de la cuesta, una iglesia blanca; a mi izquierda, en primer plano, al pie de otra montaña, otro grupo de casas con balcones confinando con una vieja torre desmantelada; navios de toda forma y embarcaciones de todo tamaño alineados ante las casas, amarrados bajo la torre, corriendo en la bahía..."

"Este lugar magnífico y encantador, como todo lo que tiene el doble carácter de la alegría y de la grandeza, este lugar inédito que es uno de los más hermosos que yo haya visto... este pequeño edén radiante adonde llegaba por azar y sin saber dónde iba y sin saber dónde estaba, se llama en español Pasajes y en francés le Passage".

"El mar, sólo el mar —iba a continuar escribiendo en nuestra costa Víctor Hugo—, ¡magnífico y eterno espectáculo!, blanquea allá abajo sobre rocas negras. El horizonte está brumoso aunque el sol me quema. Siempre gran viento. Una gaviota pasa majestuosamente en el abismo a cien toesas bajo mi mirada. El ruido es continuo y grave. De tiempo en tiempo, se oyen estrépitos repentinos, especie de caídas bruscas y lejanas como si algo se desplomara; después rumores que semejan a una multitud de voces humanas; se creería a escuchar hablar a una multitud".

La tierra, por su parte, no cede en esta lucha milenaria. Parecería, por el contrario, abalanzarse sobre el mar, recia y desafiante, en aquellos blancos acantilados de mi Guecho, en el Sollube, en el Ogoño, en el Jaizkibel, en tantos otros hermosos lugares donde se yergue cientos de metros en un encabrimiento precursor, al parecer, de un formidable salto sobre el Océano.

Y tierra adentro, un laberinto de montañas todas parecidas, distintas todas,

entre las cuales se aprietan los valles regados por abundantes aguas. El verde dominante es rico en matices, y sobre ese fondo en el fondo del cuadro; un verde increíble de esmeralda, toda una policromía triunfal.

Pero tonos y colores sabiamente administrados por una luz difusa, delicada, suave que excluye toda petulancia, todo desborde cromático. Parecen escritos para nuestros paisajes estos párrafos de Taine sobre los Paisajes Bajos:

"Sería necesario que pasaseis algunos días en aquella tierra para sentir plenamente la subordinación de la línea a la mancha de color. De los canales, de los ríos, del mar, del terreno empapado se levanta de continuo un vapor azulado o ceniciento, un vaho que todo lo envuelve y que forma en torno de los objetos una húmeda gasa aun en los días más hermosos... El suelo es verde y gran cantidad de manchas de color vivo diversifican la iluminada pradera: y a es la mancha negruzca o parda del mojado terruño, ya el encarnado intenso de tejas y ladrillos, ya la pintura blanca de las fachadas, ya la nota rojiza de los animales que reposan, ya las ondas resplandecientes de los canales y ríos. Y tales manchas no quedan amortiguadas por la claridad excesiva del cielo. Por oposición a las tierras secas, aquí no es el cielo, sino la tierra, el valor preponderante".

¡La tierra, la tierra siempre! Desde aquí la recorreremos todos los días con los ojos entornados en una peregrinación interior. Desde las doradas playas de nuestra Algorta nativa, hasta el rincón pirenaico de nuestra entrañable Donibane Garazi por donde las nieves del Pirineo corren haciendo resonar, sobre un lecho de roca, la más pura canción del agua.

La recorreremos en sus montañas graníticas, Anboto, Udala, Aizgorri, Gorbea, Aralar... que gustan, —viejos monarcas— revestirse en invierno del Cándido armiño de la nieve, mientras que en verano, en fáustico remozamiento, se engalanan de airosos cendales de niebla, y la visitamos también en sus montes humildes; aquel Itze desde cuya modesta cumbre empenachada de pinos armoniosos nuestros ojos acarician el curso del Gobelua que pasa silencioso fecundando las vegas de Sopelana y Berango y sigue por la húmeda Fadura y las ricas huertas de Lexarreta en su camino hacia el mar... En aquel Goikomendi que tiene por corona un bosque de abedules de plateados troncos y desde donde el ondulante curso de la ría de Butrón —azul profundo o marginado siempre de verde— brinda a los ojos un espectáculo de maravilla...

La recorreremos en nuestros pueblos costeros, Bermeo, Motrico... plenos de bullicio, algazara y color; con su lenguaje agudo y sintético, con sus chiquillos que brincan entre lanchas y redes, con sus mujeres incansables, limpias y

sonoras, con sus hombres que miran y miran impasibles el mar... Y lo recorremos también en nuestras villas de tierra adentro, Elo-rrio, Oflate... serias, reposadas, por cuyas calles silenciosas de señoriales casas de piedra, fofrijados balcones y escudo, pasan graves los grupos que acuden al llamamiento de la campana parroquial.

La soñamos en los días oscuros del invierno, cuando frente a nuestra casa, allá en el rompeolas de Santurce, las olas hinchadas hacen danzar como muñecos a los bloques de cemento, el Noroeste sopla huracanado y del cielo plomizo caen sin cesar los golpes de recia lluvia; en los comienzos de primavera, cuando todo el campo se inunda de fragancias nuevas y el manzano en flor renueva el blanco de la nieve sobre nuestro paisaje; en los amaneceres del verano anunciados por las calandrias en los campos de argoma en flor de la Galea; y en los atardeceres del otoño, deliciosamente suaves, bañados de melancolía por la delicada luz gris de nuestro cielo...

Paisajes que claman con voz torturadora en el corazón del desterrado; paisajes a que llamamos a gritos muchas veces por sus nombres sonoros en una lengua ya vieja en ellos cuando ninguno de los idiomas que hoy viven en Europa había soñado en nacer; paisajes de un pueblo dueño milenariamente de su tierra y que nunca pisó la ajena con sucios afanes de conquista; paisajes de una raza que de un roble de esa tierra hizo universal símbolo de Libertad; paisajes de mi tierra, manchados hoy por la sombra de la más corrupta y aborrecible tiranía de la que, sin duda, pocos pueden sufrir más, porque, difícilmente, nadie pudo merecerla menos.

El Día, Montevideo, Mayo 27 de 1951.

LA REALIDAD ESPAÑOLA BAJO FRANCO

He aquí, amigo lector, una historia verdadera. Más rica en episodios que una bien fabricada novela; más sustanciosa en su moraleja que la más ejemplarizadora de las fábulas, lleva sobre aquéllas y éstas la inmensa ventaja de su verdad integral. Verdad exacta y minuciosa en todos los detalles que se siguen y en otros muchos que hemos debido omitir. Razones obvias nos vedan el dar los nombres así de personas como de lugares que nos son bien conocidos y que en su momento, si es preciso, saldrán a luz. Y basta de preámbulo.

Se trata de un buen vasco al que la rebelión militar española sorprendió lejos de su pueblo en una ciudad dominada desde el primer momento por los facciosos. Llegó un buen día en que la policía franquista le detuvo y, hechas

las averiguaciones del caso, vino a saber que se trataba de un afiliado al Partido Nacionalista Vasco representando al cual era edil en su pueblo. Esto bastó para que de inmediato recayera sobre él pena de muerte. Pero como la ejecución de ésta se fuera dilatando y nuestro compatriota hiciera mientras tanto méritos en la cárcel así por su buena conducta como por el trabajo de sus manos de hábil mecánico, un favorable informe del director de la penitenciaría le salvó la vida haciendo que su pena fuera conmutada por la inmediatamente inferior, o sea la de treinta años de reclusión. Cuando llegó a cumplir siete y medio de éstos, se halló con que, por la aplicación de la Ley de Redención de Penas por el Trabajo, tenía legalmente cumplidos quince años de su condena o sea la mitad y entonces por aplicación de la Ley de libertad condicional, se halló libre. Bueno, libre en esa libertad en la que viven hoy en el Estado español varios centenares de ciudadanos que, al sentir en todo momento suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles cuyo hilo puede ser cortado por la menor imprudencia, descuido o malquerencia, han de vivir en tal enmascaramiento espiritual que ello es uno de los tantos y no menores baldones del régimen. Esa libertad condicional llevaba aparejada además, en el caso de nuestro compatriota, la obligación de vivir a más de doscientos kilómetros de su residencia habitual.

Con todo apremio hubo de elegir otra fuera de ese radio y allá se fue a vivir solo y sin amigos, ganándose la vida justamente de peón, cuando, a un par de meses de estar allí, recibió una comunicación en la que —por el mismo delito siempre y sin que más novedad hubiera ocurrido—, se le ordenaba pagar perentoriamente, en el término de 48 horas, una multa de 2.000 pesetas.

Nuestro hombre se sintió desesperar. El pagar en ese plazo le era imposible y el no hacerlo significaba volver a la cárcel con todas sus consecuencias. No sabiendo qué hacer, resolvió al fin huir de aquel pueblo y tomó a pie la carretera en la esperanza de llegar a un lugar donde poder burlar a la implacable justicia desapareciendo entre el mar de la masa anónima.

Apenas se había alejado un kilómetro del pueblo cuando vio venir en dirección contraria, pero por su misma vereda, a un religioso. Nuestro hombre, creyente a macha martillo, pero deseoso de evitarse encuentros y explicaciones, cambió de vereda, mas el religioso que, sin duda, había observado la maniobra le saludó al llegar a su altura tan afectuosamente que el vasco se sintió ganado y acudió a él. Y, al cabo de breve conversación, "confesóse" con el religioso descubriéndole su desesperada resolución.

."Véngase Vd. conmigo", le dijo el religioso y como el tono de su mandato más tuviera de afectuoso que de imperativo, el vasco le siguió sin replica

r. Llegaron a la morada del religioso y entraron en ella. Acercóse aquél a un armario y tomando del mismo 2.000 pesetas se las alcanzó al vasco: "Tome y pague ahora mismo su multa". Nuestro compatriota, desbordando emoción y agradecimiento, quiso inmediatamente firmar un recibo, pero el religioso le atajó: "No, eso no. Ustedes los vascos tienen el orgullo de su palabra, yo castellano no soy menos orgulloso de la mía. Entre Vd. y yo no hay necesidad de documentos. Sé de sobra que si Vd. puede devolverme ese dinero no dejará de hacerlo". "¿Y si no lo hago?" "Entonces quédese también tranquilo porque siempre pensaré que es porque lo necesita más que yo".

Y, evangélicamente, añadió a la dádiva el consejo. Le dijo que sería más conveniente para él trasladarse a un pueblo vecino donde acababa de abrirse un taller mecánico en el cual podría trabajar y ganar bien: "No les diga Vd. que va de mi parte porque allí a nosotros no nos quieren; pero yo sé que son buena gente, y le atenderán".

Y, efectivamente, le atendieron y el hombre, experto mecánico como dijimos, pudo conocer en su nueva residencia unos meses de relativa prosperidad. El pueblo era pequeño, de forma que al poco, más o menos, conocía a toda la gente y entre ella a uno de los guardias civiles de puesto allí, al que un día encontró en el paseo con una cara tan angustiada que a la legua denunciaba alguna muy grave preocupación. "¿Qué le pasa a Vd. hombre?", le interpeló el vasco. "Que me va a pasar: que necesito llevar a operar urgentemente a mi mujer y no tengo las mil pesetas que ello cuesta ni quien me las preste. Quien va a prestar aquí a un guardia civil. Saben, además, que nunca las podré devolver..."

"Tómelas", replicó el vasco, poniendo un billete de mil en manos del asombrado guardia "y dése prisa". "Pero Vd.", exclamó el guardia; "mire que ya me ha oído que seguramente nunca podré devolver ese dinero". "Pues no le importe por eso", dijo el vasco, casi repitiendo las palabras que él oyera del religioso, "si no me lo devuelve, será porque lo necesita más que yo".

Marchóse el guardia agradecido y rápido. Su esposa salió felizmente de la operación y apenas unas semanas de todo aquello habían transcurrido, cuando presentándose a nuestro compatriota le espetó:

"No sé cuál es el delito que le trajo desterrado a este pueblo, ni me importa. Algo he oído de sus ideas separatistas o cosa así. Pero, por encima de todo eso, yo sé que es Vd. una buena persona y un hombre de corazón. Pues bien, vengo a decir que acaba de llegar al cuartel la orden de conducirlo a la cárcel y en cuanto se haga el relevo de parejas, esa orden se cumplirá. No di

ga Vd. a nadie que yo le he dicho esto, porque al hacerlo estoy faltando a mi deber; pero también con Vd. tengo un deber y vengo a avisarle... quizá tenga Vd. tiempo de tomar alguna determinación..."

El vasco enloquecido tomó el primer tren que sin contratiempo alguno le llevó a la ciudad de X.X. De allí, partía a las pocas horas en uno de los ómnibus de línea cuya estación de término quedaba muy cerca de la frontera francesa.

Gran trecho llevaban ya recorrido cuando a lo lejos apareció en la carretera una patrulla de la guardia civil de las tantas que hacen el control de viajeros. A su vista, el buen vasco se sintió perdido y, en la angustia de su alma, sólo acertó a inclinarse sobre el conductor del vehículo tras el que iba inmediatamente sentado y susurrarle al oído: "No tengo documentación". La respuesta que recibió del conductor que ni siquiera volvió la cara para mirarlo fue inmediata y en el mismo tono de voz: "Voy a frenar: bájese conmigo y haga lo que le diga".

Cuando los guardias que ya estaban muy cerca llegaron al ómnibus parado, encontraron a nuestro mecánico enfrascado en el examen del motor, mientras que el chófer que simulaba estar muy furioso dirigía al sargento de quien ya era conocido de vista desatándole maldiciones contra aquel coche que tanto quehacer venía dando al compañero y a él... Hicieron los guardias la revisión de los viajeros sin que a los dos mecánicos —piezas del coche, como quien dice se les ocurriera molestarles y se despidieron. Mientras se ocupaban de la fingida reparación, el conductor amaestró al vasco: "No puede bajar hasta la estación de término. Hay allí un riguroso contralor con bínete antropométrico, por más señas, del que no lo salva ni la Providencia. Pero Vd. hará lo siguiente: un par de kilómetros antes de llegar al poblado hay una venta frente a la cual yo pararé simulando dar un recado. Bájese Vd. en ese punto y tome un sendero que allá mismo arranca y conduce a un grupo de caseríos. Dígalos que ha venido para la feria de mañana y que como no ha hallado posada en la población, ha pensado que podría pasar allí la noche. Es buena gente y espero que le ayudarán. Y que Dios le acompañe, que no puedo hacer más por Vd."

Paró el coche ante la venta citada: descendió el vasco, tomó el sendero, dio con las granjas, pidió albergue en una de ellas y diéronle cena y cama. Y a las cinco de la mañana, he aquí que se siente despertar de su ligero sueño por su huésped que a la cabecera de cama y mirándole significativamente le dice: "Para ir a la feria es aún temprano, pero para lo que Vd. ha venido ésta es la hora". Y haciéndolo levantarse y dándole un sustancioso desayuno, le

mostró cuál era el camino que debía seguir para llegar, como a las pocas horas lo hacía, sano y salvo, a la libre tierra francesa.

Esta es la historia verdadera de un vasco a quien yo conozco que hace aún pocos meses consiguió la libertad. En su lucha contra el Estado opresor, fue ayudado noble y espontáneamente por cuatro hombres de distintos estados y condiciones que ni su nombre conocían, como él ignora los de ellos. El religioso, el guardia, el chófer y el granjero le dieron su dinero o pusieron en peligro su empleo, su bienestar y su libertad misma a impulsos de un sentimiento de solidaridad humana que, por un fenómeno que honra a nuestra especie, crece siempre en la medida que las tiranías pretenden asfixiarlo. Y ésta es, mis amigos uruguayos, la historia exacta, desprovista de todo adorno que os gustaría contar porque tengo para mí que difícilmente elocuencia alguna de palabras o de cifras podría llevar a vuestros espíritus, tan sutiles captadores de esta clase de hechos, un reflejo tan fiel, tan vivo y tan aleccionador de la realidad española.

El Plata, Montevideo, Noviembre 4 de 1948.

REZARON FERVOROSAMENTE EL ROSARIO*

Mes de Octubre, mes del Rosario; devoción, sin embargo, de todos los meses, de todos los días del año en nuestra tierra. Con su práctica fuimos creciendo entre las gruesas paredes de nuestra casa. Nuestro buen padre iba desgranando, seria y piadosamente, las cuentas; a su alrededor, madre, hermanos y criadas, respondíamos a sus preces. Era el acto solemne con que, después de la cena, la familia entera daba fin al día, unida e identificada en la devoción a la dulce Madre... Hemos ido creciendo y, con raros abandonos, esa costumbre no nos ha dejado nunca. Y esperamos firmemente que perdure en nuestros hijos.

A propósito de ella, nos acordamos hoy de dos épocas: la primera, cuando lanzados por la rebelión totalitaria arribamos a tierras de la Baja Navarra. Era en la vieja ciudadela de Donibane Garazi entre cuyas murallas nuestros cuerpos enflaquecidos, destrozados nervios y espíritu en angustia, empezaron a gustar las delicias de un nuevo nacer. La ciudadela albergaba a un promedio de 500 niños que con unas docenas de maestras, sacerdotes, médicos, enfermeras y demás componentes del personal auxiliar, imprimían una nueva vida a los pabellones por tantos años desiertos. La actividad religiosa fue inmediatamente organizada y una de sus notas más simpáticas la daba el rosario que, siempre que el tiempo lo permitía, se rezaba al aire libre. Allí en la campaña que se extiende en la cima de la colina, junto a los vetustos tr

oncos de los olmos, se reunían dos grandes grupos, más o menos iguales en número; el grueso de uno de ellos lo constituían los cientos de niños de lengua vasca; los de habla castellana integraban el otro. Y, en la suavidad de los atardeceres, este rosario, que brotaba de cientos de bocas infantiles y cuyos ecos iban en blandos murmullos recorriendo los valles y montes del Pirineo vecino, era para nuestras almas dolientes la más suave, la más confortadora, la más eficaz de las medicinas.

Nuestra paz no había de ser duradera. De nuevo las hordas totalitarias, esta vez dueñas de Francia, nos hacen abandonar su dulce suelo. En el puerto de Marsella, tras largos y duros meses de espera, conseguimos embarcar en el vapor que partía con destino a estas tierras de libertad. Cerca de un centenar éramos los vascos que veníamos a su bordo. Otros varios cientos de distintas nacionalidades venían también, casi todos fugitivos del

* En este artículo como en el "Hermandad vasca" de este volumen (pág. 193), Amezaga se retrae para comentar vivencias personales de su exilio. Se adivina en su estilo la garra de un novelista, único género literario que no usó. Y con nosotros, con destino a las costas del Brasil, tres Padres Dominicanos franceses. Durante los primeros días era visible la desazón de éstos al tener que soportar nuestra convivencia. No nos conocían, claro está, pero se sabían de memoria lo que la propaganda había repetido hasta la saciedad: sí, allí mismo compartiendo su existencia diurna y nocturna, como una atroz pesadilla, nos tenían a nosotros los "rojos", los asesinos, profanadores, incendiarios, etc., etc.

Pasaron unos días y tímidamente comenzaron sus contactos con algunos de los nuestros. Y cuando llegó el primer domingo y a la misa celebrada en un improvisado altar vieron asistir a nuestro grupo, casi en su integridad, fue evidente su sorpresa. Pronto los contactos se estrecharon, vinieron las conversaciones y se correspondió con largueza a las explicaciones ingenuamente pedidas. El siguiente domingo y ya todos los demás los vascos cantamos la misa a la que nuestro grupo, casi exclusivamente, asistía; se percataron los padres que los pocos señores a los que diariamente daban la Comunión eran vascos todos, y cuando el barco quedó anclado, como una esperanza moribunda, en la rada de Dakar, todos los atardeceres, después que el sol africano se ocultaba entre una orgía de colores, podía verse allá bajo el toldillo de proa a un nutrido grupo de vascos que respondían en su lengua o en castellano al rosario que en francés rezaba aquel fraile dominico joven, alto y de rostro inteligente.

El fue quien más estrechamente intimó con nosotros; por que uno de sus com

pañeros hubo de hospitalizarse apenas llegados a Dakar, y el tercero, el Provincial, era un hombre ya anciano, de facciones angulosas y carácter reservado del que estaban naturalmente excluidas las efusiones de su joven compañero. No, evidentemente no habíamos llegado a entrar en el corazón de aquel fraile viejo que, si con más o menos frecuencia conversaba con algunos de los nuestros en su lenguaje, extraña amalgama de francés y portugués, de pronto, se marchaba bruscamente, muchas veces para escribir en un librito de notas que siempre llevaba consigo Dios sabe qué ocurrencias. ¡Aquel viejo fraile!... "Torquemada" le llamaban algunos de los nuestros.

Al desembarcar en Casa Blanca nos separamos de los Padres Dominicos. Después de tantas otras peripecias, al cabo de unos meses conseguimos llegar a estas riberas. Y al poco de nuestra llegada, supimos fidelísimamente esto que vamos a relatar. El anciano Provincial había llegado muchos meses antes que nosotros a su destino a bordo de un buque español. Un día, durante la travesía, varios de los pasajeros comenzaron a hablar con él sobre su "glorioso movimiento" y, a lo largo de su perorata, el que llevaba la voz cantante empezó con la conocida sarta de calumnias contra los vascos. Las rígidas facciones del anciano Provincial se animaron de pronto y sus labios silenciosos hasta entonces dejaron paso a su voz seca y autoritaria: "No permito a Vds, ni a nadie que hable así de los vascos. He tenido ocasión de conocerlos bien: los he podido estudiar y observar en una vida de íntimo contacto de la mañana a la noche durante largos meses; meses de sufrimientos, de angustias y de pruebas en medio de las cuales no hay hombre que sea capaz de disimular. Y... vean esto". Y nuestro "Torquemada", sacando su misterioso librito de notas, comenzó a leer cosas como éstas que eran otros tantos mazazos descargados sobre el grupo de los pseudo-cruzados: "Día... La conducta pública y privada de los vascos sigue siendo ejemplar; ni un escándalo, ni una incorrección". "Día... Hoy como en domingos anteriores, los vascos, que siguen siendo los que asisten a misa, la han cantado intercalando varios motetes en su lengua". "Día... Hoy Jueves Santo se han tomado en el barco sesenta y tantas comuniones; más de sesenta de los comulgados eran vascos". "Día... Como todos los atardeceres, bajo el toldo de proa un nutrido grupo de vascos reza fervorosamente el Santo Rosario...".

El Plata, Montevideo, Octubre 10 de 1946.

SABREMOS CUMPLIR'

Pocas tareas más nobles que la de elevar al hombre hasta su propia talla Noble en el que para sí mismo la realiza mediante la liberación de las potencias superiores de su espíritu, y mucho más aún, en el que ordena sus esfuer

zos a la liberación ajena. En rigor, este segundo aspecto no es más que el complemento necesario y obligado del primero, porque, ¿cómo nadie puede pensar que ha llenado su medida humana, cuando su alma es incapaz de vibrar ante el espectáculo de otros hombres a quienes la injusticia social, la esclavitud política, la ignorancia, el error o el miedo tienen sumidos en inferior condición? Es la solidaridad principio elemental del recto humanismo hasta el punto de que nadie puede llamarse integralmente humano mientras no le duelan en carne propia las injusticias a cualquier hombre infligidas, ni considerarse libre, si no siente sobre su alma el peso de las cadenas de los millones de semejantes que gimen en la esclavitud.

Por todas las partes del mundo se extienden hoy los frentes en que se lucha o se puede luchar por la dignidad del hombre y en la Carta de las Naciones Unidas, como en su verdadero centro, y como muy bien lo hace destacar un prestigioso diario montevideano en conceptuosos editoriales estos días publicados, esa defensa del valor humano cobra singular jerarquía, según puede verse por lo preceptuado, entre otras disposiciones, en el artículo 55 de dicha Organización en el que se establece que: "Con el propósito de crear las condiciones de estabilidad y bienestar necesarias para las relaciones pacíficas y amistosas entre las naciones, basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos, la Organización promoverá....- El respeto universal a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos sin hacer distinción por motivo de raza, sexo, idioma o religión y la efectividad de tales derechos y libertades". En los aludidos editoriales, el articulista estima que "¡a violación sistemática de los derechos esenciales del hombre no es considerada por la Carta como asunto de exclusiva jurisdicción interna, sino también de específica jurisdicción internacional". Todo ello aplicado a los conocidos casos de Perú y Venezuela.

Y bien, si esto es así, como lo es, si por atentar radicalmente contra el espíritu mismo que informó a la Organización mundial, ésta tiene específica jurisdicción que le permite, cuando menos, sancionar recomendaciones que presionen moralmente a los gobiernos que menosprecian sus principios constitutivos, ¿qué diremos del caso de España?

Porque, prescindiendo, por el momento, de otros aspectos y enfoques del problema español, ¿qué hombre honrado podrá negar el hecho de que el Gobierno franquista es un permanente atentado y un ultraje viviente a la conciencia humana que plasmó sus más altas aspiraciones en la Carta de la UN? Un gobierno alzado al poder sobre los cadáveres de un millón de españoles por la intervención decisiva de Hitler y Mussolini, que, al cabo de diez años de su entronización, sigue fusilando, encarcelando y maltratando a cuanto

enemigo le place; un gobierno que sólo puede subsistir mediante el desprecio total y absoluto de las libertades elementales del hombre; un gobierno que, por la absurda ambición de su desdichado "Caudillo", condena al hambre, la miseria, la enfermedad y la desesperación a veintisiete millones de españoles...

Pero, ¿a qué seguir? No son, afortunadamente, los uruguayos los que se hallan en necesidad de penetrarse de la verdad de estas cosas. Escribimos estas líneas, precisamente, al conjuro de la ejemplarizadora actitud del Uruguay en el reciente debate de la UN en el que, aunque cueste creerlo, ha habido veinticinco gobiernos que han puesto todo su conato en la rehabilitación del franquismo. No sabemos si en la Asamblea se conseguirán los dos tercios de votos necesarios; sabemos, sí, y mejor que nosotros lo saben los franquistas, que no es precisamente ahora de la UN de donde le puede llegar el remedio a su desesperada situación.

Pero no se trata de eso. Para nosotros, en este debate de la UN se juega algo más que el caso de España: es la dignidad de todos los hombres libres del mundo lo que se halla en juego. Por eso esperamos con serena confianza el fallo definitivo.

Mientras tanto, y sea cualquiera el resultado, nuestra voz ha de alzarse hoy y llena de emocionada gratitud para este Uruguay que ha dicho, por boca de su docto representante, las palabras quizá más claras, precisas y contundentes de cuántas estos días se hayan pronunciado en defensa de la causa del hombre español que, lo repetimos, es la causa de los hombres todos. Y que en la hora de la acción ha confirmado una vez más, sin embozos ni titubeos, que no en vano los orientales desde que tienen raciocinio han sido enseñados a pronunciar un voto: porque siempre que el trance llega, lo saben cumplir.

El Plata, Montevideo, Mayo 11 de 1949.

LAS CASAS SOLARES DEL PAÍS VASCO

Las hay por todos los ángulos de nuestros valles y recovecos de nuestras montañas, esmaltando con el blanco de sus fachadas y el rojo de sus tejados el verdor de nuestro paisaje. De piedra, siempre de piedra, material prístino y noble, como un brote natural de la tierra de la que no se sabe cuándo nacieron porque en ellas se ha detenido el tiempo.

Allá arriba, entre las puntas de unos picados y un raleado bosquecillo de robles o encinas, está la casa "Etxegarai" o "Goikoetxea". La bruma se desgarr

a, quizás, en los riscos de esta cumbre y a través de sus cendales las viejas paredes cobran un encanto que nadie podría explicar. Reina una gran paz aquí y se diría que todo es puro en esta altura como el aire que la acaricia. El amplio saliente de los aleros nos habla de protección y la ancha portada nos brinda hospitalidad. Hay un balcón corrido, de recia madera; bajo él, la piedra del escudo solariego que pregona la universal nobleza de los vascos. Se oye amortiguado el tintineo de las esquilas del ganado que paca la húmeda hierba en el prado contiguo; algo más lejanos, suenan los golpes acompasados de la guadaña con que el "etxekoyaun" siega en la ladera el verde helécho o la argoma florida que servirá de cama a los rumiantes.

Tal vez, ahora unce dos de éstos a la carreta de macizas ruedas — gurdi—, que colma con una carga de argoma que hará armoniosa su marcha por el angosto camino de la montaña. Tan angosto y tan hundido, muchos trechos, en la tierra, que más que vía parece trinchera. Por ella desciende el gurdi a través de mil zigzaguees, con su terco rechinar. La bruma se va disipando a medida del descenso y el sol brilla ya franco cuando la carreta se detiene en su punto de destino que puede ser el caserío "Etxe-berri" o "Etxebeste", rodeado de rubios maizales o emergiendo entre la maravilla de un verdadero bosque de manzanos en flor. A la puerta de Etxe-berri está sentado el abuelo — aliona— fumando con delicia su pipa de barro y recomfortándose con la tibia caricia del sol. Su mirada ya cansada adquiere por momentos brillo nuevo al posarse en la bulliciosa bandada de nietos que juegan allí cerca bajo su vigilancia, porque ¿quién concebiría un auténtico caserío vasco sin abundancia de niños y sin la presencia de tres generaciones cuando menos?

Podemos seguir al gurdi en su viaje imaginario o podemos, sin él, hacer nosotros una peregrinación sentimental por nuestras casas pobladoras. Aquí tenemos a este caserío al que llaman "Larrañaga" porque es característico en él la amplia era —larraña— donde las mieses son trilladas; más allá se ve aquel otro que lleva el nombre de "Zabala" porque está asentado en una amplia explanada. ¿No veis algo más abajo de él, ya en la estrecha vega en la que crecen los alisos, aquella vieja casa? Se llama por eso "Al-záibar". Y si queréis cruzar el curso de agua que baña esa vega, es muy posible que junto al viejo puente de piedra del que cuelgan guirnaldas de hiedra encontréis otro caserío que, por vecino al puente, se llama "Zubi-ría" o "Zufriategui", tal vez. Y hallaréis dominando un pedregoso barranco a la casa "Achucarro" y un jaro o pequeña espesura de árboles jóvenes, a cuya sombra el ganado sesteaba, os indicará el asiento de la casa "Berro". Un pastizal os explicará porqué se llaman así los de la familia "Larre", "Larrea" o "Larreta" que en aquellas tierras hicieron afincamiento; una ferre-ría os declarará el nombre de los "Pagóla" o "Sarasola"; un molino el de los "Bolívar" o "Eyarabide"; una iglesia

a el de los "Eleizalde"; un encinar os denuncia a "Artega"; un robledal a "A retxaga"; donde aquellos alisos crecen se asienta "Alzaga", en un bosque de abedules "Urkiza"; sobre aquel terreno cimero se edificó "Garai", en el otro piezarroso "Alberdi", en el extremo de la peña "Azkuenaga", etcétera; nuestra excursión se tornaría inacabable.

¡Casas vascas, seculares casas vascas cuyos flancos fecundos no hay vejez c
apaz de agostar! De vosotras, en generaciones incontables, han ido surgiend
o los hombres esforzados que, a través de las montañas y los mares, llegaro
n a las tierras vírgenes para unirse material y místicamente a ellas en esa
pléyade de navegantes y misioneros, fundadores y colonizadores que, fuera
de la patria, han constituido la prolongación más gloriosa de nuestra estirpe.

En los más de los casos, su arquitectura es humilde; sus líneas-hablan de sen
cillez y sus piedras de fortaleza y todo ello de originalidad. Un extranjero
hablando de ella ha podido con justeza decir que "No es española ni francesa,
ni de un estilo de Renacimiento español, ni de un estilo gótico francés sien
do un poco a la vez de todo ello; ella es vasca en su conjunto y en su detall
e".

De estas casas, de las más feas de ellas, podrá siempre en último término dec
irse que son las ostras que ocultan y protegen las mejores de nuestras perlas
. A ellas, a las agrietadas y destartadas de ellas, corresponde con toda ju
sticia aquello de que "el viento y la lluvia pueden penetrar, pero no el re
y", porque la casa vasca, en siglos de universal feudalismo, era ya refugio i
nviolable en el que, según las recias palabras de nuestro Fuero, "ni Prestame
ro, ni Merino, ni ejecutor sea osado entrar a hacer ejecución alguna".

En rigor, la casa vasca trasciende lo material; es, como ya se ha observado,
mucho más que una cosa, es casi una persona, sujeto de derechos y obligacione
s' con un estado civil inscripto sobre la puerta y que en lugar de recibir e
l nombre del propietario, le da el suyo" (O'Shea).

Las casas vascas se construyeron para la perpetuidad; para asiento de una es
tirpe que, a través de la institución del heredero, ha de perdurar siempre a
llí como nexo sagrado entre muertos y vivos. Sobre este sencillo y fundament
al concepto se alzan las instituciones más notables del Derecho vasco.

El fuego del hogar arde en estas moradas rústicas sin que, a veces, se le h
aya dejado nunca extinguir. Verdadero santuario de la raza es su sacerdotis
a la mujer, la "etxekoandre" o señora de la casa, como el vasco respetuosam
ente llama a su esposa, consagrando así, rotundamente, su hegemonía dentro

de las paredes de la mansión familiar. Y tenemos que confesar que nunca hubo señorío mejor ejercido. Esta delegación de su poder en el interior de la casa que el esposo hace espontáneamente a la mujer, ese severo respeto hacia ella en que el padre educa a sus hijos, ha sido siempre y es aún la mejor escuela de virtudes de la raza; podríamos decir que si hay un género de virtudes —esa fiera pasión por la libertad y la dignidad humana, por ejemplo— en que aparecemos como deudores a nuestros padres, quizá las que más valen porque ellas son en suma la verdadera roca sobre la que únicamente puede con solidez edificarse —la rectitud, la honradez, la limpieza, la tenacidad—, las hemos recibido los vascos, con la primera papilla, de las manos santas de una mujer.

¡Casas vascas! Allí estáis vosotras las más viejas de mi pueblo nativo cuyos nombres son mis propios apellidos a través de tantas generaciones. Suelo repetir esos nombres como una armoniosa letanía que tiene sobre mí un mágico poder de evocación: Arrigunaga y Artega; Sarri, Piñaga, Ar-nabar; Iba-tao, Zuazo, Elorri.

Sí, allí estáis vosotras, recias como siempre, sumando un siglo más a los que pasaron por vuestras piedras venerables...

Y esta evocación siento que hace brotar dentro de mí algo que es como una profunda llamada de la tierra; la tierra de la que surgieron estas casas pobladoras que fueron generosas en dar sus hijos a un mundo que nacía... Pero esta llamada de hoy tiene un nuevo sentido, un matiz de angustia que me grita, como sin duda ha de gritar a todo vasco, que aquella tierra siempre libre y hoy ultrajada por la tiranía y la invasión extraña necesita con urgencia de sus hijos, de todos los hijos por el mundo dispersados, para que no se derrumbe para siempre la magna obra que al precio de tenaz trabajo de siglos construyó y conservó la nación vasca: ¡la casa solar.

El Día, Montevideo, Noviembre 19 de 1948.

URUGUAY Y LA UNESCO*

Bajo un cielo de sol radiante y purísimo azul que parecía brindarnos desde las alturas una inmensa bandera oriental, era hermoso contemplar en la explanada del Palacio de las Leyes el enorme gentío que desbordaba por las inmediaciones y se iba ubicando ordenadamente en el lugar adecuado para presentar los actos inaugurales de la VIII Conferencia de la Unesco. Y era hermoso el fervor y maravilloso el concierto de aquellas miles de voces que de pronto se elevaron, entonando el himno patrio. Pocas veces si alguna, Montevi

deo había podido gozar de tal regalo para ojos y oídos al mismo tiempo. La emoción nos hacía vibrar enteros. Y cada vez que la cuerda de voces varonil es hacía resonar, recia y unánime, el "¡Tiranos, temblad!", un nuevo estremecimiento nos sacudía y nos hacía sentir que allí estaba presente el alma uruguaya, el verdadero espíritu de esta tierra escogida de la libertad, sentida por cada uno de los ciudadanos como herencia sagrada e inalienable.

Y así es, en verdad, que cuando el Libro de los libros dice: "Creó Dios al hombre y lo dejó en manos de su consejo", expresa con estas palabras, tan sencillas como definitivas, el divino origen de ese atributo, sin el cual el hombre hace dejación —o es obligado a hacerla— de lo mejor de sí mismo. Pensábamos nosotros entonces en tantas y tantas tierras de éste y todos los continentes en que el pensar y el formular libremente el pensamiento se ha convertido en lujo sólo a los tiranos reservado. En tantas patrias en que el pueblo muere sin gloria tras vivir sin libertad; en tantos países en que no son los tiranos los que tiemblan sino el pueblo al que sus botas militares pisotea y degrada. Y nos parecía entonces, por momentos, que el azul del cielo no era ya tan puro y que sólo los negros nubarrones podían prestar adecuadas tintas a las banderas de tantos países desdichados, a las enseñas de tantos millones de hombres que no pueden hallar el camino para organizarse dentro de una comunidad pacífica en que la libre voluntad de cada uno sea sentida y respetada. Pensábamos entonces que si esto no es pronto una realidad, sólo palabras sonoras y acuerdos estériles podían ser los resultados de ésta y todas las conferencias de la Unesco.

Pero fue entonces cuando, como una bandada de blancas palomas, comenzaron a desparramarse por los cielos las notas del Himno de la Esperanza, como palabras arrancadas como purísimas chispas de fuego al duro pedernal de la realidad. Si, la realidad es dura y áspera la senda; los enemigos de la libertad son numerosos y fuertes; ellos están en todas partes, acechan a cada hombre y maquinan dentro de cada pueblo para aherrojarlo, amordazarlo y envilecerlo. Por eso mismo es preciso que el hombre sienta y sepa que la libertad es un trofeo que debemos formar con las mismas armas con que los tiranos nos hieren, al precio de un batallar sin tregua. Es que a lo mejor del hombre, eso a que la Unesco aspira, y que a fuerza de ser humano es esencia de lo divino, no se llega por una blanda senda alfombrada de flores y coronada de luces. Ello sólo se alcanza elevándose con alas que el sacrificio hace brotar de las llagas mismas de nuestros hombros, lastimados por el peso de la brega. Seremos libres si decididamente queremos serlo y de nosotros y sólo de nosotros depende que la Unesco sea o no sea instrumento útil para alcanzar esta meta de la dignidad humana; lejano sueño hoy de tantos pueblos hambrientos y sedientos de justicia, realidad bendita en esta tierra feliz de

l Uruguay.

El Plata, Montevideo, Octubre 20 de 1954.

EL PUEBLO VASCO VENTILA UNA CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Largos siglos de desorbilación nacional habían llevado al pueblo vasco al borde de su disolución. Inconsciente de sí mismo, políticamente multifraccionado, sin una orientación superior que más o menos constantemente le fuera marcando los caminos de salud y alumbrando los manantiales de agua viva en que los pueblos fuertes sacian su sed de perfeccionamiento y perduración; desviado fundamentalmente en sus sendas culturales al abandonar, con dejación total para estos fines, a su idioma propio, único que por ser expresión auténtica de su ser podía reflejarlo y hacerlo conocido y amado en todas sus facetas; este pueblo que por su originalidad e intrínseca fortaleza y su magnífica ubicación en Europa, entre el Ebro y el Garona, a caballo sobre el Pirineo y ampliamente asomado al mar parecía destinado a jugar un papel de primer orden entre las naciones del viejo mundo, vio como iban estrechándose sus fronteras y, terco en su división, fue con mortal indiferencia entregando poco a poco su albedrío, sin que los esporádicos chispazos de reacción que de vez en cuando se aprecian fueran bastante a sacudirle de una vez y definitivamente de su secular letargo.

El instinto vital se refugió en lo más íntimo de la subconciencia vasca. Allí donde los agentes externos apenas operan, allí donde la voz de la naturaleza se hace oír con acentos apenas perceptibles pero distintos, sonaba, tímida, pero con sonido de siglos, la voz de la raza. Voz que, con el hormigueo de la sangre, hablaba al pueblo humilde y sencillo del crimen del descastamiento, del bochorno del abandono del verbo propio, de la indignidad de la entrega en manos extrañas de facultades que Dios confiere a cada pueblo por el simple hecho de su diferenciación básica, que es obra de El. Y, cuando todas las defensas políticas fallaban, cuando la violencia, la "maña y furto" de los de afuera y la ceguera o la traición de los dirigentes y la misma indiferencia externa del pueblo parecía que condenaban a la nación vasca a una muerte irremediable, esa voz, ese mensaje que el pueblo escuchaba sin apenas comprenderlo, fue salvando a la raza.

Pero, para que de un modo total y definitivo la salvase, era preciso que ese mensaje íntimo y callado se articulase y adquiriese resonancias de plenitud; era preciso que, abandonando la morada interior de la subconciencia, vibrase al libre aire de los campos vascos, expandiendo sus ecos sonoros de mont

e en monte y de calle en calle a través de la tierra toda la patria.

Al Renacimiento vasco le cupo esa tarea y ese honor. El pueblo vasco fue oyendo voces claras y fuertes que le hablaban de sí mismo como nunca antes había oído hablar; entre asombrado y confuso, fue comprobando que aquellas voces, que muchas veces resonaban con agrios de estridencia, le decían lo mismo, exactamente lo mismo, que aquella otra que casi apagada, que medio ahogada, le venía murmurando secularmente dentro del pecho.

Entre esas voces resuena, con acento inconfundible, plena de sinceridad, engendrada con toda pureza y revestida de la más alta autoridad, la de nuestro presidente Aguirre Lekube. Y, por el momento histórico en que resuena, por su denso contenido y hasta por la sobria belleza de su forma es en su último mensaje de Navidad, verdadero documento histórico, donde ha encontrado, a nuestro juicio, una de sus más afortunadas articulaciones.

Muchos puntos abarca este documento que ha sido ya y está destinado aún a ser muy comentado y estudiado. Nosotros, en nuestra modestia, nos ceñiremos aquí a uno solo que creemos fundamental y digno de que se insista sobre él. Nos referimos al dilema de ser o no ser en que las circunstancias han colocado a nuestro pueblo.

Porque se da la trágica paradoja de que en los tiempos en que el pueblo vasco arrastraba una existencia inconsciente, su substancia nacional era rica de toda riqueza y su verbo, aunque descuidado y silvestre, florecía en los labios de todos sus hijos. Han tenido que llegar las luces y favores del Renacimiento vasco para que ellas iluminen a una raza que se iba y para que nuestro corazón se despedace ante el peligro de la extinción total del idioma de nuestros apellidos. Un conjunto de circunstancias desaparecidas se ha dado para que esto sea así. La guerra última, con su secuela de atropellos y persecuciones, de muertes y destierros de vascos a millares, y de saturación por elementos extraños de nuestra vieja tierra, ha sido la última catástrofe que nos está tocando presenciar.

Y ante este pavoroso espectáculo, nuestro Presidente urge más que nunca la unión de los vascos todos. Porque sólo la unión de todos puede salvarnos.

Porque se juega la vida misma de nuestro pueblo y ante esto no caben apartamientos, interferencias ni neutralidades. Podía cada vasco tener las opiniones políticas y sociales que le cuadren, pero ante el problema apremiante de la vida o muerte de nuestro pueblo no cabe opinar. Porque no se trata aquí de formas y modelaciones, éstas vendrán a su hora; se trata de la substan

cia misma, de la inapreciable substancia nacional que se nos va entre las manos. No es, repetimos, fundamentalmente un problema de política o sociología el que tenemos delante, sino una cuestión, pura y simplemente, de honor y dignidad. Porque si la raza se extingue y la casa solar se desmorona, el vasco que no ha contribuido a su resurgimiento, lo mismo que el que activamente laboró en su ruina, quedará marcado para siempre con el estigma de la infamia; por que si el cuskera se va, no se irá solo sino llevándose consigo o a la tumba el honor y la vergüenza de nuestra stirpe.

Reflexionemos, pues, todos sobre nuestra responsabilidad en este momento decisivo para los destinos de nuestra gran familia. V que cada uno, recordando al apóstol de las gentes, se apreste a hacer entrega a la justa causa de su pueblo, de palabra: quien ciencia, ciencia, quien virtud, virtud y riqueza, quien riqueza tenga. Y seamos a todos saludable recordar que si hoy estamos en el momento de la responsabilidad, mañana, en un mañana quizás más próximo del que pensamos, sonará para nosotros, inexorable y justiciera, la gravísima hora de la rendición de cuentas.

Euzko Deya, Buenos Aires, Marzo 10 de 1943

VOLUNTAD DE SOBREVIVIR

El genial estadista inglés, que estos días acaba de abandonar la arena política, decía allá por noviembre de 1940, en uno de los momentos más difíciles por que su patria haya atravesado, estas palabras: "Sigue en pie en el momento actual la resolución de que todo lo que debemos hacer es sobrevivir y multiplicar nuestra fuerza y la inflexible voluntad de vencer". Palabras que, al ponernos a reflexionar sobre nuestras cosas, en este nuevo Día de la Patria, nos parecen como especialmente escritas para nosotros en estos dramáticos momentos de nuestra Historia.

Porque nuestra lucha en los años que corren no es un combate a mano armada como aquél a que Churchill se refería; pero si los cañones no rugen ni las bombas estallan, el duelo no es menos trágico ni las consecuencias menos terribles para los vascos, que aquellas que los británicos podían esperar. Con nuestro suelo ocupado por las fuerzas del despotismo extraño, invadido por millares y millares de familias foráneas que vienen a sofocar en sus mismos mananciales el fluir de nuestra nacionalidad; amordazada la expresión de nuestras conciencias e impuesto por la fuerza incontrastable un orden de cosas que es la esencia misma del anti-vasquismo, el pequeño pueblo vasco, abandonado de todos los poderes de la tierra, callada pero obstinadamente viene sosteniendo una lucha por su supervivencia en la que no puede ceder ni

un minuto de tiempo, ni una pulgada de terreno, porque ceder en estas trágicas circunstancias —bien lo saben todos los vascos conscientes— es entregarse a lo irremediable. Dentro y fuera de Euzka-di, pues, nuestro actual esfuerzo debe ser orientado hasta este solo fin: sobrevivir, y al mismo tiempo multiplicar nuestra fuerza y la inflexible voluntad de vencer en la desigual contienda.

Todo nuestro plan de acción podría simplistamente concretarse en estos tres objetivos: defensa de la tierra, defensa de la raza, defensa del idioma.

De la tierra primero, de nuestra tierra por siglos de siglos sin interrupción poseída y sobre la que hoy penden aquellas trágicas palabras del profeta: "Nuestra heredad ha pasado a extranjeros, nuestras cosas a extraños". Hay aquí un doble problema: el de esas colonias de extraños transportados en masa y que profanan lo más sagrado de nuestra tierra, desde las estribaciones del Gorbea a las frondas de Irati, y el de la suicida emigración de los vascos que debilitan el muro de contención en el momento preciso en que éste más necesidad tiene de ser reforzado y que inconscientemente ofrecen huecos al ojo avizor de los que están anhelando rellenarlos de sustancia no vasca. Sabemos que la primera parte de este problema no depende de la voluntad nuestra y que para la segunda existen muchas veces imperiosas razones vitales y aún simples deseos muy respetables de mejora económica. Pero lo que también sabemos es que si este doble movimiento sigue al ritmo actual, nuestra tierra dejará muy pronto de ser nuestra y que hay que arbitrar, por tanto, todos los medios posibles de defensa. Sin duda, ello no escapa a la preocupación de quien corresponde, lo mismo que un tercer aspecto complementario, o sea, el del regreso, cuanto antes, a la tierra de muchos millares de vascos que hoy estamos alejados de ella.

La defensa de la raza está muy ligada a la anterior. No hace falta decir que no hacemos ni podemos hacer de la raza un mito al modo de Hitler. Pero si en algún caso la mayor pureza técnica merece ser preservada es en el nuestro. No por el prurito de seguir manteniendo un privilegio único en Europa, lo que, al fin y al cabo, tampoco dejaría de ser interesante, puesto que, bueno para nosotros, a nadie daña sino por la muy grave razón de nuestro pequeño volumen nacional y el muy grande de la ola invasora. Piénsese lo que sería la emigración a Francia de 25 millones de extranjeros o de algunos menos a España y reflexionése en consecuencia, ya que la proporción con nuestro caso es más o menos ésa. Si la defensa que en este orden de cosas ha establecido EE.UU. mediante sus leyes inmigratorias a nadie ofende ni extraña, menos podrían extrañar las que adoptáramos los vascos. No las podemos promover hoy en día, pero aquí la responsabilidad individual de cada vasco cons

ciente juega un papel decisivo. Es preciso, pues, un llamado profundo a esa responsabilidad.

En cuanto a la defensa del idioma, creemos no es preciso insistir. Lo que corresponde subrayar es que el negocio es tan urgente como grave y que el llamado a la conciencia vasca debe ser hecho sin cesar mediante un organismo eficientemente constituido que coordine y centralice todos los esfuerzos ahora dispersos y haga ver a los vascos inconscientes o abúlicos toda su tremenda responsabilidad; porque hay que decirlo y repetirlo; si en euskera muere, dos serán los autores de este crimen: desde luego, el poder extraño que hoy impera sobre nuestra tierra y hace todo lo posible para que la extinción de nuestro verbo sea un hecho consumado, pero, al lado de él, y con una mayor culpa, la indolencia de los vascos que no hacen por su salvación lo que están obligados y lo que, en la mayoría de los casos, no hay poder humano que les pueda impedir que hagan.

Aquí, como en el caso anterior, se trata de la responsabilidad individual, de esa responsabilidad que, cuando es reciamente asumida, crea pronto una conciencia colectiva que multiplica su fuerza y su inflexible voluntad de sobrevivir contra la que, en definitiva, no ha habido nunca ni habrá potestad de déspota alguno que pueda prevalecer.

Euzko Deya, Buenos Aires, Marzo 30 de 1955.

VENEZUELA.

1. Diálogos de ausencia y presencia
2. Begoña de Naguanagua
3. Problema de jóvenes
4. Yunque y martillo
5. Esto es Pizkunde
6. Artistas vascos en Venezuela
7. Diálogos de emigrados
8. Carta de Caracas
9. Hombres de la Compañía Guipuzcoana
10. Política y Patriotismo
11. El Himno nacional vasco
12. Ideas simples
13. Sinfonía de Guecho

14. Belford Hinton Wilson
15. El caso vasco
16. Resistir y persistir
17. Exportación de cacao
18. Información bibliográfica
19. Bolívar y los vascos
20. A un joven vasco
21. El humorismo vasco
22. Tres emigraciones
23. El Bilbao de Bolívar
24. Un reflejo del País Vasco
25. Hacia la Libertad
26. Los libros de la Caracas Colonial
27. Publicaciones del Cuatricentenario de Caracas
28. La "gens" caraqueña de los Landaeta

ARTISTAS VASCOS EN VENEZUELA

En ningún momento han pretendido los organizadores de esta muestra de arte vasco que ella pudiera ser cabal expresión y síntesis perfecta de esa altísima manifestación del alma de nuestro pueblo. Porque esta muestra nace con limitaciones que nadie puede desconocer y menos que nadie los hombres que han puesto su esfuerzo para que ella se realice en momentos en que otras expresiones espirituales de nuestra colonia en Venezuela dan fe de nuestro existir.

Esta exposición de arte vasco está integrada exclusivamente por artistas compatriotas actualmente residentes en Venezuela. A la vista salta, pues, su limitación. Pero creemos que esta misma limitación evidencia méritos que resulta difícil desconocer. Porque el hecho de que un pueblo tan pequeño numéricamente como nuestra patria haya enviado a estas acogedoras tierras de Venezuela, junto a millares de hombres que levantan edificios, trabajan el hierro, hacen moverse en maravilloso modo a los tipos de la imprentas, y se ejercitan, en fin, en todas las ramas de la industria y el comercio, a estos otros que, apartados del tránsito de los negocios, recogidos en su soledad fecunda en la que, como hermosamente dice Wladimir Weidlé, mediante el arte sirven al principio divino del universo, es uno de los más altos testimonios que los vascos pueden ofrecer de la complejidad de las actividades de su genio nacional, no sólo allí en su vieja tierra que, al fin, "todo hombre es eterno en su lugar", como afirmó Goethe, sino en cualquier otra parte donde arraiguen, trayendo como herencia la fe en sus propias potencias creadoras.

Y certificando estas cosas, aquí tenemos entre nosotros a Enrique Al-bizu, el irunés que ostenta un impresionante record de premios desde el inicio de su carrera, en la que ha cultivado con preferencia la figura, con mano vigorosa en la que se puede apreciar especial predilección por los fondos oscuros y la luz de mucho claro oscuro, según observa el maestro Kape-rotxipi.

Tenemos al beratarra Larramendi que nos recrea con unas maravillosas interpretaciones del paisaje venezolano y, junto a él, a Cuezala, a quien su signo de hijo y nieto de grandes pintores lleva a un constante trabajo de superación manifestado, aquí en Venezuela, por un tratar casi exclusivo de los temas indigenistas.

Tenemos a Eloy de Erentxun, a quien, asimismo, la sombra de su tío, el egregio bohemio Teodoro, pareciera empujar en su pasión por la pintura, al servicio de la cual ha puesto su fina paleta con su distinguida forma de interpretar el paisaje.

Tenemos a Celedonio Otaño, tan excelente pintor como virtuoso de la caricatura, y a Ricardo Arrúe, tan notable pintor como excelente ceramista, ya de sobra conocido en Venezuela, y a José Galparsoro, Andoni Arozena, Bingen Arnoriaga, Isaac Díaz de Ibarrodo y Juan Vizcarret, finos pinceles que han de ser muy apreciados, y a Saturnino Canales y José Luis Echebarría que con sus vitrales procurarán hacer bueno aquello del maestro Alain de que ese género es el de la pintura más brillante y que conquista casi ese colorido puro de la piedra preciosa...

Y —"the last but not the least"— con nosotros está José UHbarrena, el joven escultor navarro, sólida realidad de quien está demás hablar en este país donde, día a día, crece y ha de crecer su fama. Ulibarrena sigue con paso firme la senda de su glorioso paisano Miguel de Ancheta, y, con Mogrobejo, Higinio Basterra Iñurria, Leunda, Fernández de Viana y otros igualmente notables, está dispuesto a demostrar que, si como se ha dicho, la gente vasca se presta como pocas a ser interpretada en esa especialidad plástica, nuestros escultores en un porvenir próximo han de compensar con la gloria de sus magistrales producciones la penuria de un pasado que no supo en este campo del arte oír la voz de las potencias creadoras de la estirpe.

Revista Aniversario del Centro Vasco, Caracas, 1957.

BEGOÑA DE NAGUANAGUA

"A la Virgen de Begoña diera mis trenzas de pelo, sino porque me hacen falt

a para atar a un marinero".

En esta sencilla copla condensó nuestro Antón el de los Cantares la popular devoción hacia la Virgen bonita que desde el siglo XIII, teniendo por tronco la colina de Artagan, reina sobre los corazones de los bizkainos y muy especialmente de su gema de mar.

Tal vez pensando en Ella nuestro paisano Juan de Lacosa, compañero de Colón y primer cartógrafo del Nuevo Mundo, dio el nombre de "Mari Galanta", es decir, 'María la Hermosa', a su nave que más tarde, capitana del inmortal genovés, había de quedar bautizada para la Historia como la "Santa María". Y con ese mismo nombre, bandera de una secular devoción, han cruzado los mares cantidad de naves vascas desde las que enderezaban su rumbo a los bancos de Terranova a la pesca del bacalao, hasta aquella "Ama Begonia'koa", gallardo buque-escuela que nuestros ojos de niño admiraron más de una vez en el puerto de Bilbao.

Cierto que esta advocación no aparece en la nómina de "los navios de la Ilustración". Pero el hecho de que nuestra Patraña sea venerada como tal en el pintoresco pueblecito de Naguanagua, a pocos kilómetros de Puerto Cabello, ciudad de la que con razón ha podido decirse que fue toda ella obra de la Compañía Guipuzcoana, a la que entre otros monumentos debe su iglesia, nos hace pensar con fundamento que algún compatriota perteneciente a esa Compañía trajo a Naguanagua la imagen que desde 1783, es decir, en las postrimerías de la empresa vasca, se venera en la iglesia parroquial. El hecho real es que los archivos de ésta no dan luz alguna sobre su origen.

Y a visitar a la "Andra Mari" de Naguanagua nos fuimos los vascos de Caracas en la caravana de automóviles que parte con el fresco de la mañana del Centro Vasco. Y la alegría de la gente joven que viaja en nuestro autobús, con la canción siempre en los labios y el cosquilleo de la danza en los pies, devuelve a nuestro pecho gratísimos sentires que nos llegan como jubilosos mensajeros de lejanas regiones ya casi olvidadas. Y sentimos en nosotros algo así como un glorioso renacer. Y todo se torna hermoso alrededor nuestro en el milagro de esta mañana a través de la cual nos sentimos llevados sobre el verde tapiz del campo al que el cielo presta su cúpula de purísimo azul. Ya estamos en el alto de Los Teques; pasamos La Victoria; cruzamos Maracay, que nos saluda con su lujuriente vegetación; y, tras el regalo de serena belleza del lago de Valencia, enfilamos a Naguanagua, donde el tronar de los cohetes y el metal de una banda de música nos da la amable bienvenida.

Entramos en la iglesia, cuyo coro se reviste de policromía de las pox-poli

ñas y cuyas naves se vuelven resonantes al mágico conjuro de nuestro Pizkunde. Pero pronto lo olvidamos todo. Ya no tenemos ojos más que para Ella, la Virgen bonita con el tesoro de su Niño en brazos. Aquí está Ella, la Madre del Amor hermoso; hermosa y llena de dulzura; bella como la luna, brillante como el sol. Elevada como el cedro sobre el Libano y cual ciprés sobre el monte de Sión... Y en nuestro embeleso sentimos que como campanitas de plata, una y otra vez resuenan en nuestros oídos los diamantinos versos del inmortal florentino:

"In te misericordia, in te pietate, in te magnificenza, in te s'aduna quantunque in creatura é di bontate".

¡Tenemos tanto que pedirle!... No importa que no se parezca demasiado a la que desde hace siete siglos reina en la colina de Artagan. Nos vuelve a pasar hoy como cuando hace años, ¡tantos años!, subíamos las calzadas de Be goña con el corazón alegre y el alma henchida de fe. Y la miramos, y la miramos sin apartar los ojos, y he aquí que, como fragancia de cinamomo y mirra escogida que viniera de Ella, nos sentimos envueltos en una nube de paz y santa esperanza.

Pero por un momento se rompe el encanto. Es la banda de música que al atacar las notas del "¡Abajo cadenas!" nos hace recordar las que a nuestra Patria asfixian. Y nos acosa la visión de nuestra tierra invadida, sojuzgada, en trance de total adulteración. Todas las amarguras, todas las angustias de la hora, quizá la más negra por nuestro milenario pueblo contemplada, vuelven a nosotros dando aún más tremenda actualidad a los acerbos y viriles acentos de Arana Goiri. "Erri gaixua, yaío nintzan ni zure il orduan eltzeko? Ama ilgo zara motzen azpian ilgo zara zu betiko?..."

Y tenemos que volver a clavar nuestros ojos en los de la Virgen bonita para decirle, poniendo en nuestras palabras toda el alma, con la absoluta rotundidad que cabe prestar nuestro verbo a la alegría del gran Bernardo:

"Gomuta zadiz, Ama on-ona, iñoiz bere esan ez dala Zu'ri deituta, laguntza b arik iñortxu laga dozula".

Euzko Gastedi, Caracas, Setiembre - Octubre de 1956.

BELFORD HINTON WILSON, UN CABALLERO BOLIVARIANO

El padre.- La estrella del Gran Corso había dejado de brillar. Una vez más, de la terca lucha en que se jugaba su existencia misma, salía triunfante.

"This precious stone set in the silver sea, which serves it in the office of a wall, or as moat defensive to a house, against the envy of less happier lands, this blessed plot, this earth, this realm, this England..." (King Richard the Second. Act.2.Sc.1).

En esos años, un militar, curtido en las campañas de Helder y Egipto, había organizado, en la Península Ibérica invadida por Napoleón, una Legión que integrada por ingleses, portugueses y españoles, se batió siempre con eficacia. Más tarde, podría verse a este brillante oficial en las campañas de Rusia y Alemania, y entrar luego en París, con los aliados, después de la definitiva derrota de Napoleón. Pero ese hombre, el general inglés Robert Wilson, fue aprendiendo en esas campañas algo mucho más alto que el arte de la guerra; algo que, sin duda, desde sus primeros años le hablaba ya con persuasivo acento, desde el fondo de su corazón. A medida que peleaba junto a los enemigos del Déspota, el amor a la libertad de los pueblos se convirtió en su pasión dominante; su voz se alzó en la Cámara de los Comunes para defender, con intrépida elocuencia, la causa de los patriotas hispano-americanos. El Congreso general de la República de Colombia dispuso por ley, promulgada en el Rosario de Cúcuta, que el Poder Ejecutivo presentase a aquel caballero inglés la expresión de su reconocimiento, y el Libertador le otorgó una amistad que, fomentada con continua correspondencia epistolar, no hizo sino confirmarse con el pasar de los sucesos y los años, y desbordando de los temas políticos y diplomáticos, fue a hallar su expresión en asuntos personales de esos que un hombre sólo confía a "su grande amigo", como Bolívar se complacía en llamar a Sir Robert Wilson.

"Like father, like son". —Allá por el año 1821, un accidente desgraciado rayó al general Wilson de los cuadros del ejército inglés. Esta situación —que había de durar nueve años— no le impidió continuar en sus campañas parlamentarias, y fue, sin duda, uno de los principales motivos de la resolución que vemos en esta carta suya al Libertador (Londres, 2-VII-1822): "Querido General: Mi tercer hijo, un hijo dotado de todas las cualidades que aumentan los afectos naturales de un padre... se presentará a V.E. como portador de esta carta y en la confianza de que V.E. se dignará acordarle la protección que necesite para cumplir el objeto de su empresa. Confiando yo en la benevolencia de V.E. le he hecho creer que no será rechazada su petición de que se le admita al servicio de la República de Colombia, bajo los auspicios de V.E...".

Con esta carta sale para América el joven Belford quien, después de larga peregrinación por mar y tierra, y de haber desdeñado la oferta que en Bogot

tá le hace Santander de colocarlo en su Estado Mayor, establece, al fin, c
ontacto con Bolívar, a quien previamente escribe así: (Lima, 22-XI-1823):
"Señor: en cumplimiento de los deseos de mi padre, y en obediencia a mi ar
diente deseo de alistarme en las banderas de V.E. he venido hasta aquí, co
nfiando en que V.E. recibirá bondadosamente a un hijo del que Colombia con
sideró digno de su agradecimiento y del cual, según me dicen, tiene V.E. u
na opinión tan alta".

Se presenta como un hijo, y como hijo por excelencia hemos de mirar desde a
hora a Belford Hinton Wilson, quien, educado en Westminster y Sandhurst, y
dotado, al mismo tiempo, de maneras sumamente populares, es, ante todo, el
heredero de los talentos y virtudes de su padre por quien siente verdadera
veneración. Si en sus sentimientos entra, quizá, "la vanidad del mérito, la
reputación y los títulos de su padre; del papel considerable que ha repres
entado el autor de sus días, no sólo en su país, sino en varias Cortes" (Pe
rú de Lacroix), la verdad es que la nobleza y sinceridad de sus sentimient
s filiales se manifestaron muy temprana y espontáneamente. Así, cuando sólo
tenía nueve años, en ocasión de haber sido arrestado en París su padre, po
r imputársele haber favorecido la fuga del conde Lafayette, Belford, sin co
nsultar a nadie, se sale de la pensión en que se aloja, y, solo, se pone en
marcha para París... Así lo veremos, años más tarde cuando al recibir en L
ima una paga extra de cinco mil pesos, se los remite de inmediato a su padr
e; así puede verse en sus cartas siempre que ha de hablar de él. El injusto
castigo que sobre Sir Robert había recaído no hace sino acrecentar el amor
filial de aquel gallardo joven que habiendo rechazado, por ello mismo, la
Subtenencia que al salir de la Academia se le ofrece en Inglaterra, emprend
e su aventura americana, lo mismo que de niño emprendió su viaje a París; e
n rescate del buen nombre de los Wilson que él, en su noble orgullo, está s
eguro que ha de triunfar del todo. Y, asomándose a sus veinte años, compare
ce ante el Libertador quien, sagaz escrutador de almas, al primer golpe de
vista comprende al joven Belford y escribe a su padre: "He visto con verdad
ero gozo al tierno retoño de la familia de Wilson; lo he adoptado en la mía
; y quisiera servirle de padre" (Padvílca, 27-1-1824). Y el tiempo va confi
rmando los primeros sentimientos de Bolívar hacia el joven, según lo atesti
gua Perú de Lacroix al decir que Wilson era de todos los edecanes de su tie
mpo aquél al que trataba con más familiaridad, y como lo revelan las cartas del Libert
eral inglés: "El joven Wilson se conduce cada día más a mi satisfacción: su
respeto y su amor al padre lo liga de tal modo en los sentimientos que me
profesa que algunas veces me parece tener en él un hijo" (Potosí, 24-X-825)
; "Mi querido edecán se porta con un celo y un juicio admirable; es dicha p
ara usted tal hijo, pero él es la obra de Vd., y no debe ser menos" (Caraca

s, 26-V-827), hasta llegar a estas expresiones: "El hijo de Vd. se ha hecho digno de toda mi estimación. Su celo y su fidelidad no tienen paralelo... quiera Vd., mi querido general, amar a su hijo, como yo he amado a mi edecán" (Bogotá, 21-VIII-828); "Cuando quiera Vd. volverme al coronel Wilson, será para mí un día de alegría. Yo lo quiero con la ternura de un amigo y con el amor de un pariente que no tiene hijos" (Quito, 27-IV-829); "¡Ah, qué nobles sentimientos tiene! Los he envidiado con toda sinceridad, y los desearía para mi hijo si la Providencia me lo hubiera dado" (Guayaquil, 27-VII-29). Bolívar ha encontrado un hijo, y el joven Belford, a su vez, siente que su desbordante carga de piedad filial puede volcarse a su anchura en el generoso pecho de un Padre de hombres y de pueblos.

Junto a Bolívar. —Desde principios del 1824, lo tenemos al lado del Libertador con quien hace la campaña decisiva de ese año. Vive el glorioso sol de Junín, y sigue con Bolívar al entrar éste en Lima. Tras una breve separación que quebrantos de salud le imponen, se reúne en Chancay con el Héroe, quien en mayo de 1826 lo envía a Bolivia con la honrosa comisión de entregar la Constitución que para aquel país había elaborado. "Deseaba hacer este servicio —escribe Bolívar a Sir Robert— sin duda para decir un día que él ha sido el portador de las tablas de la ley de una nueva nación. He tenido mucha satisfacción en complacerle". El joven Teniente Coronel viaja a Chuquisaca donde Sucre lo asciende a Coronel, con sanción del Congreso, asenso que, por delicadeza, rehusa aceptar. El año siguiente de 1827 cumple otra comisión, enviado esta vez a Bogotá, con despachos para el Congreso; y, tras una permanencia de 48 horas en el cumplimiento de sus instrucciones confidenciales, vuelve a unirse al Libertador en Socorro. En las cartas que, por septiembre de ese año, dirige a su amigo Sir Robert Ker Porter, describe entusiasmado el triunfal regreso de Bolívar a Colombia: "Nada podía exceder al arrebatado entusiasmo con que el Libertador fue recibido en todas las ciudades del Magdalena y en las provincias de Ocaña, Pamplona, Socorro y Bogotá. Su entrada en la capital fue saludada como la aurora de la prosperidad que retornaba a Colombia... El Congreso aprobará todo lo por él hecho en Venezuela...". Pero en los brillantes días que saluda alborozado Wilson amenaza siempre una nube negra. Es la de Santander a quien —todos los enemigos de Bolívar serán enemigos para Wilson— acusa constantemente de maniobrar en la sombra "manejando todas las artes que su talento, fértil en intrigas, le sugiere", etc. etc. Y llega a enfrentarse con él en un incidente que retrata de cuerpo entero al joven bolivariano: "El Coronel Stopford escribió al Vice-Presidente que yo mantenía correspondencia con el Coronel Campbell y le envió todos los papeles ofensivos para él. Dije al Vice-Presidente que si eso, cuando el Coronel Campbell, a su vez me envió todo el violento

denuesto publicado en los periódicos que Santander editaba contra el Libertador; que yo era libre de expresar mi opinión sobre su conducta y que la manifestaría, siempre según mi conciencia, en la medida que las acciones de Su Excelencia lo merecieran" (Bogotá, 23-X-827).

Ahora, el gentil caballero se halla preocupado ante la próxima Convención de Ocaña, por la actitud de no interferir que su delicadeza y "el temor de perder su gloria" imponen al Libertador, actitud que en el fondo aprueba "como celoso admirador de la gloria del General Bolívar" (Bogotá, 30-XI-827). Asiste a las deliberaciones de la Convención y en sus cartas de esos días se reflejan las esperanzas y temores entre los que se debaten, hasta el momento en que puede anunciar a su amigo Porter, no menos impaciente que él en Caracas, la disolución de la Convención y el arrollador movimiento que en junio conduce a Bolívar a la suprema investidura. "Está ahora colocado —dice— en una situación muy gloriosa, pero crítica para conservar inmaculada su reputación" (Bogotá, 7-VII-828). Pero el optimismo va ganando a nuestro gentil caballero; el afianzamiento de Bolívar en el pleno ejercicio del poder trae a su espíritu, junto con sentimientos de definitiva paz y prosperidad, otros que durante cinco años dormitaban en el hondón de su alma, y ahora despiertan para conminarle con imperiosas voces: es hora de volver a la vieja Inglaterra. En la carta que al respecto dirige a Bolívar, invoca sus motivos: "...un deber, el más sagrado me llama a mi país: el de atender a los intereses de mi familia y el de tributar mis débiles pero celosos servicios al suelo que me vio nacer...". Y en la que envía a su amigo Porter (10-VIII-828) explica que el momento es el más a propósito para realizar su idea, porque nadie podrá decir que abandona al Libertador en un momento de adversidad o peligro: "nunca podré ser tampoco sospechoso de motivos interesados, mi pérdida es positiva...". Bolívar que escribe: "...he sentido infinito que mi edecán no me acompañara todo el tiempo que durara mi carrera pública", comprende como nadie la nobleza de los móviles que empujan a Wilson y lo recomienda a su agente en Londres J.F. Madrid porque "...este paso puede contribuir a la carrera de un joven que nos profesa una pasión de lo más desinteresada". Y regala al viajero una miniatura suya que será para éste el más precioso de los tesoros. Ya la fecha de la partida está fijada: "Mañana a las seis, parto de esta ciudad hacia Cartagena para seguir, vía Jamaica, México y Estados Unidos a Inglaterra" (28-VIII-828). Se siente palpar en las líneas que siguen la llamada de la tierra; de la tierra natal que tiene para todos los pechos bien nacidos acentos inefables a los que no hay resistir... Y el viajero va soñando en la gloriosa etapa vivida en el suelo de América junto al Héroe; en el dulce sabor de la patria que de nuevo ha de gustar; en la nueva vida que en ella ha de comenzar a vivir. Pero... Nuestro Viajero se halla en

las primeras etapas de su ruta, cuando el golpe del 25 de septiembre sacude al alma de América. Belford por esos días sigue escribiendo al Libertador desde distintos lugares de su itinerario, ignorante de lo sucedido hasta el 2.º de noviembre en que, desde México, escribe a su padre: "Me detuvo esta mañana... la llegada de las noticias sobre el horrible atentado contra la vida del Libertador...". Y en la misma carta vemos su hermosa reacción ante el hecho abominable: "...si no fuera por la vergüenza que me causa el haberme hallado ausente en tal momento, volvería, aun ahora mismo, a Colombia.. . No estoy satisfecho de mí mismo; mi conciencia me acusa diciéndome que el día del ataque debía yo haber terminado mi carrera..." Y en la que por el siguiente mes de diciembre, escribe a Bolívar, desde Nueva Orleans, revela como su corazón sigue abundando en los mismos sentimientos: "Ninguna de las varias emociones que me causó el horrible atentado del General Santander, me ha hecho tanta impresión como el sentimiento del remordimiento y de la eterna vergüenza al no haber participado de la gloriosa suerte de mis compañeros Fergusson y Bolívar cuya pérdida como amigos me ha sido tan sensible.. ." ...y termina ofreciéndose para volver a servir como edecán o como soldado en la guerra que, dice, ha oído ha comenzado con el Perú. En la que le envía el 10 de febrero insiste sobre el tema: "Todavía no conozco ninguno de los pormenores del atentado... esta incertidumbre de cosas me tiene atormentado en extremo ; puedo decir, con verdad, que no he tenido un momento de contento desde que supe las primeras noticias del delito del 25 de septiembre". Desde Baltimore, Nueva York, Boston... sigue escribiendo al Libertador hasta el 2 de junio en que le dice: "Al fin, mi General, tengo el placer de dirigirme a V.E. desde el seno de mi patria y mi familia...". Pero en las soñadas dulzuras de la patria y la familia se ha derramado el agror del sentimiento que viene poseyendo irresistiblemente a Belford. Ni siquiera hará falta que Bolívar escriba a su padre: "...siempre estaré dispuesto a recibir con gusto a mi digno edecán" (Quito 27-IV-29); el gentil caballero ha de arrancarse a las delicias del suelo nativo y, para el 1.º de septiembre, ya está escribiendo a Bolívar: "Lord Aberdeen me ha ofrecido un pasaje en el mismo buque en que va el señor Turnen.. Saldremos de Inglaterra al principiar el mes entrante". Bien siente él que Bolívar está en uno de esos momentos en que aun el más heroico de los hombres grita ayuda a los amigos de verdad. Son los días en que en carta al General Wilson (Guayaquil, 27-VII-829), después de lamentarse de que le motejen de tirano, dice: "Me queda un consuelo... el Coronel Wilson está bien instruido de los hechos históricos de los que ruego a Ud. se sirva para comunicarlos a la imprenta... y este servicio es de la mayor importancia para quien no tiene otra vida que la que recibe de la estimación de los demás hombres". Poco después (17-VIII-829) escribirá a O'Leary: "Sólo me consuela la esperanza de que Ud. y Wilson hagan frente y me defiendan"

Y Belford se reúne con Bolívar para no abandonarlo ya más. En los días cada vez más tristes del 1830, rubricados por el signo de la ingratitud y [a desafección, estará siempre junto a él, ganando aún más en su estimación " Que él merece —escribe Bolívar— cada día más por su consagración, entusiasmo y lealtad" (Cartagena, 5-VII-1830). Mientras tanto, la enfermedad va minando implacablemente el cuerpo del Libertador. "S.E. El Libertador está muy enfermo, muy destruido..." leemos en una carta (13-X-30) que dirige a O'Leary, a quien unos días después escribe desde Santa Marta a donde ha ido "...para suplicar al capitán del "Shannon" dé hospedaje en su buque al Libertador, pues se cree que un corto paseo por mar le sea provechoso..." Pero, "Al volver de Santa Marta he tenido la más profunda pena y sentido el más acerbo dolor al ver el cambio que ha habido en S.E. Está débil que apenas puede atravesar el cuarto... mucho me alarma su estado" (Soledad, 31-X-30). "Su salud decae más y más" (23-XI-30). "S.E., que cada día está más malo, saldrá mañana para Santa Marta, aunque lo que él desea es irse a los Montes Azules de Jamaica o volverse a Cartagena" (Barranquilla 28-XI-30). Y continúa siempre, en el cortejo de los fieles, caminando con el Héroe por la vía dolorosa que conduce a San Pedro Alejandrino donde, aquel triste 17 de diciembre, el destino concederá a su ejemplar devoción la recompensa de poder decir más tarde con noble orgullo: "Murió en mis brazos".

Cuatro meses más tarde, regresa de nuevo a su país natal. Lleva el joven Belford crespones de luto sobre su corazón. Pero, esta vez, mucho ha de consolar al intachable caballero bolivariano aquella cláusula 12 del testamento del Libertador desde donde la Historia proclamará siempre: "Mando que mis albaceas den las gracias al señor General Roberto Wilson por el buen comportamiento de su hijo el Coronel Eelford Wilson que tan fielmente me ha acompañado hasta los últimos instantes de mi vida".

Años de Lima.- Pero su estada en Inglaterra será breve. Wilson se ha hecho ya un alma viajera a la que una y otra orilla del Atlántico atraen poderosamente sin acabar ninguna de ellas de colmar, por sí sola, sus indefinibles anhelos. En 1832 viene al Perú como Encargado de Negocios y, aunque trabaja con ardor para llenar, como él dice, el vacío en que se debate, sólo a medias consigue sus propósitos. Son años de soledad éstos de Lima en que los recuerdos le visitan de continuo y la nostalgia se hace sentir.

Aquí tenemos a nuestro caballero confortablemente instalado en su propia casa, una de las mejores de Lima que sabemos le ha costado 700 libras. Su cocinero es un verdadero artista; tiene un excelente mayordomo y un magnífico lacayo; dispone de un faetón, una muía y un caballo de silla; y, por tener c

ocinero, está obligado a verse acompañado en las comidas. Ciertamente que la sociedad femenina, incluso la inglesa, no le parece de lo mejor, pero puede sentarse a su mesa a "una sociedad masculina de comensales apacibles y de buenas lecturas". Pero nada de esto puede bastarle. Si, como escribía por esos años a Sir Robert Ker Porter, hubiera ido a Inglaterra en busca de una esposa... Y ha de refugiarse en el recuerdo obsesionante de Bolívar, cuya miniatura contempla ensimismado... Y no sólo la que el Libertador le obsequió al despedirse, sino esa otra que ahora vuelve entre sus manos y adquirió, por esos años (1837) en la capital peruana, de un italiano llamado Meucci, porque ella, nos dice, "...es la mejor interpretación que jamás haya visto del General Simón Bolívar y así ha sido reconocido por el General [Diego Ibarra] y por el Coronel [Andrés] Ibarra sus edecanos...", (Alfredo Boulton, Los retratos de Bolívar, pág. 87).

¿Cómo podrá soportar la diatriba anti-bolivariana de estos días el que escribe que la gloria del Libertador es el más puro y mejor tesoro de América? Que sus enemigos destruyan su obra lo comprende, pero nunca los ataques a la reputación inmaculada de quien lo dio todo por la libertad de los pueblos y los hombres. "La situación confidencial que ocupé cerca del Libertador me hizo, naturalmente, celoso de su gloria, y, por tanto, incapaz de sufrir las atroces calumnias fulminadas contra él...". Antes, todavía en Inglaterra, confesaba la angustia que le oprimía al ver lejos de su tierra natal los restos del amado Padre. "Que la República de Venezuela decrete honores a los restos del Libertador y sufra que sea sepultado con él todo, excepto lo que es la gloria de Colombia: la Reputación del Libertador... Si alguna vez place a Dios concederme los medios, no faltará... un amigo fiel que rinda el último homenaje a la finada grandeza. Nada sino mi falta de medios me ha impedido conseguir una tumba digna de un objeto tan sagrado". Y pensamos nosotros que en esa tumba grabaría, sin duda, nuestro caballero la inscripción que pocos años antes había recomendado para la medalla acuñada, según el retrato del Héroe hecho por Porten "Colombia a su Padre y mejor Hijo", porque siempre en los mejores momentos de su corazón se ha de oír resonar la voz de su piedad filial.

Los recuerdos vuelan también a los más fieles amigos del Libertador: "Salom es uno de los pocos, Montúla es otro, como también Clemente, que en su conducta hacia el General Bolívar fueron sin miedo y sin tacha. El cuarto puede ser Carreño... aunque sería difícil completar la media docena. Todos éstos, así como Diego y Andrés Ibarra, son honorables en todos los aspectos. Todos excepto éstos tienen sus puntos débiles. Salom, Clemente, Montúla y Briceño Méndez tienen los menos. Urdaneta es un excelente ministro de la guerra. Mis afectuosos recuerdos a Miguel Aris-mendi; admiro su noble y

admirable conducta hacia el Libertador".

Su mente está ahora en la tierra venezolana: "Todo el corazón y esperanza del Libertador en sus últimos momentos, como durante su vida, fue Venezuela". Y añade, por su cuenta: "Venezuela, en particular, reclamará siempre mi más amistoso y celoso interés por su prosperidad. Venero en ella a la cuna de Bolívar y de la libertad de Sud América, y admiro en sus hijos ese ferviente valor y sacrificio que, combinados con muchas otras nobles características, le confieren una indudable preeminencia sobre toda Hispano-América... Por ello me siento satisfecho al saber que las leyes han reemplazado a la lanza del Llanero". "Tomo gran interés en todo lo que se refiere a Venezuela, mi región favorita de Sud América, e, indudablemente, la más humanizada..." (Lima, 25-VIII-837).

Todo gira en los afectos de Wilson bajo el signo bolivariano; si en esos años salva la vida a Santa Cruz, tras la rota de Yungay, puede estar seguro el caudillo vencido de que el haber sido fiel amigo de Bolívar es lo que determinó, en mayor grado, los humanitarios esfuerzos de nuestro gentil caballero quien siente que poco le queda ya por hacer en el Perú. En 1841 regresa a Inglaterra.

Retorno y tránsito.- Pero tampoco esta vez afincará en el suelo natal. Al año siguiente, su entrañable amigo Robert Ker Porter, Encargado de Negocios británico en Caracas, y a la sazón viajando con licencia por Europa, muere en Rusia (mayo, 1842). La nostalgia venezolana acucia ahora más fuerte que nunca a Wilson y hace revivir en él antiguas aspiraciones a ese cargo que, interinamente, está desempeñando O'Leary. El 1 de febrero de 1843 Lord Aberdeen firma el nombramiento de Wilson quien, el 11 de abril, toma posesión de su empleo en Caracas, en un ambiente de general simpatía que será ampliamente retribuida. La labor de Wilson estos años luce la de un cultivo constante de la amistad hacia Venezuela y sus hijos, notándose, eso sí, inculcable "preferencia hacia toda persona alta o baja que hubiera sido amiga de Bolívar". (Azpúrua).

Esa generosa amistad se hará patente en las más difíciles circunstancias. Así en enero de 1848 da asilo y salva la vida a los miembros del Congreso víctimas de los sucesos. Recoge en su casa a Michelena herido de muerte; asila a Ustáriz en la Legación; socorre en su propia casa a Rojas y otros diputados... Nadie acudirá en vano a nuestro caballero sin miedo y sin tacha quien, un año después, en el conflicto sobre la ley de quita y espera, hace gala de un exquisito tacto diplomático que le permite, sin dejar de servir a su Gobierno, contemplar con ojos de verdadero amigo los intereses de Venezuela y ha

llar la difícil armonía entre unos y otros.

Pero ese mismo año de 1849 el general Wilson cierra para siempre sus ojos en Londres. El buen hijo siente que su corazón le empuja, otra vez, a la vieja patria donde debe continuar el hogar de sus antepasados. Y deja a Venezuela, esta vez para siempre.

De cómo le seguía siempre recordando y hasta qué punto la veneración a Bolívar era el eje de su vida sentimental, da magnífico testimonio esto que escribe al dorso del marco de la miniatura de Meucci: "Es mi deseo que este retrato sea considerado por mi familia como un legado a perpetuidad y que uno de mis descendientes lleve siempre el nombre de Bolívar o Bolivia si es hembra, en grato recuerdo a la asociación que tuve con esa ilustre persona. Mayo, 18 de 1853. 130 Park Street. Grosvenor Squarc. Londres. Belford Hinton Wilson".

Pocos años después (1859), entre las brumas que rodean la señorial morada de Grosvenor Square que el retrato de Bolívar preside, se desvanece la noble figura de Belford Hinton Wilson, el gentil caballero inglés que tan fielmente acompañó al Libertador hasta los últimos instantes de su vida; que tuvo el supremo dolor y honor de sentir cómo ésta se desvanecía entre sus brazos, y cuyo vivir, desde que conoció a Bolívar, no fue sino una guardia montada, sin descanso ni desmayo, a la gloria de su nombre.

Revista Sociedad Bolivariana de Venezuela, Caracas, Julio de 1961.

EL BILBAO DE BOLÍVAR

Muchas veces hemos pensado en aquella etapa de la vida del Libertador determinada por su estancia en Bilbao, en los primeros años del siglo XIX, sobre la cual tan pocas noticias leñemos y que por naturales razones tan entrañablemente nos interesa. Conocer la casa o casas en que habitó, los amigos que frecuentó, las relaciones con que vinculó su vivir, las ocurrencias más notables de éste durante su residencia en la villa vizcaína, su opinión, en fin, favorable o adversa a sus vecinos y moradores, es algo que mucho nos gustaría saber, pero que escapa, por ahora, a nuestro alcance. Sin desesperar de que llegue el día en que parte, al menos, del silencio que sobre todas esas cosas pesa quede roto por afortunadas investigaciones hechas sobre archivos de Vizcaya, intentamos aquí una pequeña contribución a ese estudio con el presente trabajo en que consideraremos: 1." El Bilbao de los alrededores de 1800, según varios viajeros e historiadores de la época; 2.a Bilbao durante la ofensiva liberticida de Godoy, y 3.º Bolívar en Bilbao.

1.º.- El Bilbao de los alrededores de 1800.- Aunque haya que retroceder algunas décadas, pues la visita del naturalista Bowles (para estudio sobre plantas del Señorío y otros trabajos científicos) tuvo lugar en 1762, no dudamos en acudir a él, puesto que es uno de los viajeros del siglo XVIII que con más conocimiento de causa y cariño a la vez habló de Bilbao y Vizcaya y del que, por otra parte, copiaremos cosas referentes a aquellas que los años nada o poco habrían de afectar. Veamos esto sobre situación, clima y construcciones:

"La villa de Bilbao, situada tierra adentro orilla de una ría, se compone de setecientas u ochocientas casas, en cada una de las cuales hay muchos vecinos, con una hermosa plaza sobre la misma ría, y en ella un magnífico dique para contener las aguas, el cual sigue a muy larga distancia por el paseo del Arenal abajo. Los edificios de la villa son altos, buenos y sólidos; bajando a la derecha del Arenal todo son casas, almacenes y huertos, y como las casas están pintadas, y el paseo plantado de tilos y robles, los que suben embarcados por la ría notan una perspectiva tan hermosa y tan varia, que a cada instante les parece ver nuevas y magníficas decoraciones de teatro. Las aguas del río llevadas por diversos conductos a lo más alto de las calles (que todas son muy llanas) se sueltan cuando se quiere, para lavarlas y refrescarlas; y entrando después por sumideros en los conductos subterráneos, se llevan todas las inmundicias; de ahí proviene que Bilbao sea uno de los lugares más limpios que se conocen. No se permite que anden coches ni otro carruaje alguno dentro de la villa, con lo cual se mantiene igual y unido el empedrado de las calles, que es de losas delgadas. Los aleros de los tejados sobresalen lo suficiente para poder caminar debajo sin mojarse cuando llueve, ni necesitar quitasol; y así en todo tiempo se va por la calle enjuto con seguridad y comodidad. Las fuentes reciben el agua del mismo río por un conducto magnífico que se ha hecho desde muy arriba en forma de terrado, siguiendo la dirección del mismo río y formando un paseo tan cómodo, fresco y alegre como cualquier otro de España".

Haciendo gracia al lector la digresión sobre el clima y la favorable ventilación de Bilbao a la que se debe, según Bowles, el buen color, la alegría y la fuerza de sus habitantes, y de otros muchos interesantes detalles, concluimos con este su resumido juicio, con puntas y ribetes de panegírico: "En fin, Bilbao es un pueblo donde se puede vivir con mucha comodidad y gusto, por el extendido comercio que en él se hace, por su clima, por sus frutos, por el agrado de sus habitantes, y por la cordura con que están hechas sus leyes civiles y de comercio. Entre ellas hay una contra la ingratitud, a cuyo delito señala castigo"1. Como oportunamente acota Fausto Arocena: "No sería cie

rtamente Bowles quien se hiciera reo de ese delito"2.

Catorce años más tarde (1776) tenemos noticias concretas que se refieren a las famosas Siete Calles y otras más, que con sus nombres y por lo menos algunas de ellas con sus peculiaridades y todas con su fama de cogollo del viejo Bilbao, han llegado a nuestros días. Así la de Somera ya con sus tabernas y maestros de obra prima; la de Ascao con sus albañües, tejedores, latoneros, carpinteros, escultores, pintores, doradores, cerrajeros y caldereros; la de Artecalle con sus tenderos, plateros y entalladores; la de Tendería en la que hay "tenderos de ropa con algunas sederías y tal cual mercader"; en la de Belosticalle vemos tiendas de oficios y algunos mercaderes; en la de Carnicería Vieja, esquiladores, posaderos, vendedores de quincalla y grano, silleros y barberos; en la de Barrencalle, vendedores de bacalao, aceite, grasa y aguardiente; la de la Ribera con sus mercaderes, corredores de navios y otros; en la de la Estufa tiendas de alquitranes, resinas, cáñamos y jarcias... Menciona las hosterías en Achuri, la Ronda, Barrencalle-Barrena y otras, y concretamente la del "Sol Dorado" en el Arenal, frontera a Bidebarriea y la posada de Tatus en la calle Sombrerería.

De la misma fuente tomamos:

"Las casas aún no estaban numeradas y se cerraban al toque de oraciones, pues al faltar a este capítulo de ordenanza serían multados sus vecinos. Las puertas que eran en lo general de buen tamaño, tenían un aldabón o maza fuerte para llamar a los habitantes de los pisos, que en la mayoría de las casas eran de tres cuartos.

"El retiro de las gentes era de ordinario, de nueve a nueve y media de la noche. Los hombres, después de acudir a la oración mental en la iglesia de Santiago, se reunían en lugares repartidos (y por número dado), que sustentaban con una módica mensualidad, en donde charlaban o se divertían en juegos; y el bello sexo, por cuarteles o reuniones de señoritas amigas, que se visitaban y tertuliaban en número de catorce a veinte, un día en una casa y otro en otra, y la que recibía obsequiaba a las asistentes con un refresco; y si alguna era huérfana de madre, obsequiaba con un día de campo el día que le correspondía recibir la visita de las de su cuartel. Fuera de esto apenas se visitaba a las personas, aunque sí a los forasteros"5.

Muy pocos años después (1778) tenemos otro viajero quien nos dará también noticias muy interesantes de Bilbao "villa muy bonita y alegre", así en cuanto a sus casas délas que dice "...comprende al pie de setecientas y entre ellas algunas muy buenas, y las más muy altas y de cómoda arquitectura; no suele

n vivir en ellas en los principales, porque éstos los tienen empleados para almacenes, y por eso la más gente de distinción, que sin dificultad ni desdoro está empleada al comercio, vive en los segundos altos. Hay una casa en la calle del Correo que desde la ñor de tierra o del piso de la calle hasta el cuarto principal, la fachada toda está cubierta de bellos mármoles acanelados, muy lustrosos, que hacen muy buena vista".

Nos cuenta cómo 'Encierra cuatro parroquias, de las cuales la principal es la de Santiago, fábrica antigua, no muy clara la iglesia, pero de buena arquitectura y seria. San Antón, obra también antigua y seria". Las otras

3.- Vid. Labayru, en su Historia de Siscaya, tomo VI, cap. XIV, donde extracta ton el tilulo de "Reseda de Bilbao y de su vida social en 1775" lo escrito acerca de la villa, en 1776, por un asturiano, de pseudónimo "Peter the Fshle". viaje por el País Vasco del que escribirá: "¡Qué diferencia entre el aspecto de este país y el que con él limita! No es mi intención ridiculizar a los castellanos, cuyas virtudes estimo; pero son silenciosos y tristes, llevan sobre sus rostros austeros y curtidos la imagen del hastío y la pobreza. En Vizcaya se da otro color, otra fisonomía, otro carácter: libres, alegres y hospitalarios, parecen ser conscientes de su felicidad y querer hacer partícipes de ella a sus testigos". De Bilbao dice que es una ciudad "en que el comercio brilla en toda su actividad" e insiste en que "Los vizcaínos no son espectadores inactivos de este comercio: aprovisionan en gran parte de mercaderías extranjeras a las provincias mediterráneas, y sus embarcaciones mantienen una continuada correspondencia con los restantes puertos de la península y los de Francia, Inglaterra y Holanda"5.

No serían tan laudatorios los juicios respecto a Euzkadi en general del siguiente viajero que nos toca citar y no es otro que el conocido político y escritor español Gaspar Melchor de Jovellanos quien recorrió el país en 1791. Sin embargo, al ocuparse de la capital vizcaína nos dice que "La villa de Bilbao es población moderna... Hay en Bilbao un huen alumbrado y excelente empedrado; no se permiten coches. Se le regulan tres mil vecinos, pero —y nótese la expresión con que hace resaltar la actividad comercial de sus habitantes— debe pasar de quince mil almas, según hierven". Confiesa e extrañado la ausencia de mendigos: "No he visto un solo pobre en Bilhao". Señala, en cambio, la presencia de muchos refugiados franceses —eran los días de la revolución— que hacen rehosar las posadas6.

Finalmente, ya en las postrimerías del siglo, el año 1797, tenemos otra fuente de información que esta vez será la objetiva y escueta que nos proporciona la estadística hecha ese año en la villa.

Por ella sabemos que el número total de bilbaínos, distribuidos por edad, sexo y estado civil, es de 10.943. Por este censo podemos también conocer el número y calidad de los edificios públicos —aparte de las casas de habitación que son 781— entre los cuales señalaremos los de "juegos" que son ocho, y en los cuales está comprendido, sin duda, aquel frontón de pelota que sabemos que en 1790 se edificó a la parte de las casas de la Estufa. Junto a las Casas consistoriales, se anotan dos cárceles, veintiocho tabernas, veinte posadas, un hospital, un hospicio, la casa de estudios para Ciencias y Artes de la Sociedad Vascongada, la de Dibujo, la de Náutica y la de Latinidad. Se registra, finalmente, en este censo la población agrupada por clases entre las que destacan los comerciantes que son 244; los mercaderes, 145; los corredores de comercio, 22; los escribanos, 24; abogados, 23; procuradores, 9; los médicos, 4; cirujanos, 18; boticarios, 8; al-beitares, 44 y barberos, 23.

En la general de menestrales y artesanos, citaremos a los plateros cuyo número es de 33; los herreros que son 13; cerrajeros, 38; albañiles, 34; canteros, 22; carpinteros, 186; sastres, 297; zapateros, 302. Y para no cansar más al lector, terminaremos citando algunos más o menos curiosos de los restantes como lapidarios, 2; tintoreros, 3; pintores, 3; músicos, 14; naipes, 3; organeros, 2; impresores, 3 y encuadernadores, 3. Entre los demás, tendremos un especial recuerdo para los 21 chocolateros cuya materia prima suponemos sería, en su mejor parte, llegada desde tierra de Venezuela⁷.

Resumiendo todo lo hasta ahora expuesto, podemos decir que el Bilbao al que arribó Bolívar era una pequeña población de unas ochocientas casas y dos docenas de calles con unos 12.000 vecinos, pero que en su pequenez constituía un "hervidero" mercantil y marítimo que le daba una importancia, una riqueza y un bienestar mucho mayores que los que podrían esperarse de su tamaño y población en la que "se puede vivir con mucha comodidad y gusto" y donde las gentes, tanto ricas como pobres "son extraordinariamente alegres e inclinadas a comer bien y no menos a trabajar", "de costumbres sanísimas y fe probada".

Sabemos que en la calle de Bidebarrieta vivía en el último tercio de ese siglo un don "Juan Ángel de Bolívar" de cuya casa, por un momento, creemos ver salir la figura de un joven criollo de ojos iluminados que, quizá, se dirige ahora a la hostería del "Sol Dorado", frontera a la dicha calle, y en tal cual, como en todas, pululan los refugiados franceses que empiezan a inspirar a nuestro mozo una indefinible curiosidad...

Así era el Bilbao de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, sobre el cu

al, como sobre todo el País Vasco, comenzaba por aquella época a cernirse una amenaza sobre cuyos orígenes, naturaleza y resultados hemos de tratar en el siguiente apartado.

2.º - Bilbao durante la ofensiva liberticida de Godoy.- El año 1801, el mismo en que Bolívar llegó por primera vez a Bilbao, entró en la vieja Eus-kal Eria un viajero quien, con una breve estancia en el país, consiguió dejar un perdurable recuerdo, hecho de veneración y gratitud, en los corazones de los vascos.

Como su hermano Alejandro que muy poco antes (1799) había arribado a tierras de Venezuela para volcar en el estudio del riquísimo tesoro de su naturaleza sus mejores afanes de excepcional hombre de ciencia, Guillermo de Humboldt llegó al País Vasco dotado de un extraordinario bagaje científico y aguijado por una insaciable sed de saber. Le atraía, principalmente, el misterio del euskera, su antiquísima lengua, para aclarar el cual puso todo lo que en aquel tiempo un filólogo podía poner. Y del idioma y del país en general! llegó a conocer tanto, por lo menos, como lo que el más ilustrado de los vascos supiera. Porque Humboldt, además de poseer un método científico de que en Euzkadi entonces se carecía, unía a él la universalidad de sus conocimientos y un amor sincero y apasionado hacia el objeto de su estudio, ese amor que, en definitiva, es el único capaz de ver y hacer ver todas las gracias y perfecciones de lo amado. Con toda justicia pudo Fausto Arocena llamarle "E! amigo número 1" de los vascos⁸.

Desde que entra, el paisaje le roba los ojos: "Valles y montañas, — nos dirá— se combinan aquí más agradablemente y se entrecruzan como en ninguna otra tierra. A cada momento cambia la escena; casi por todas partes está la vista cerrada; nuestros ojos sólo divisan pequeñas partidas, pero siempre pintorescamente limitadas"⁹.

De sus habitantes escribe: "Vasconia, a pesar de estar situada entre España y Francia... tiene un aspecto completamente peculiar y, sobre todo, sus habitantes no presentan en sí el carácter de Francia ni el de España. Costumbres y fisonomías son distintas, el lenguaje es peculiar en sus palabras, su formación y entonación es incomprensible aun en sus palabras más insignificantes para los extraños a quienes suenan desacostumbradamente hasta los nombres topográficos que casi todos derivan del euskera y en parte de sus más antiguas raíces"¹⁰.

Dice también: "Los vascos, sobre todo los del lado de España, no son meramente pobres pastores de montaña o absolutamente siervos oprimidos. Constit

uyen un pueblo dedicado a la labranza, navegación y comercio, y no carecen de bienestar corporal, sin el cual es imposible la prosperidad moral. Tienen una organización libre, deliberaciones públicas ordinariamente en la lengua del país".

De Bilbao escribe que es la ciudad más importante y floreciente del país y, en muchos aspectos, también la más encantadora. Pero observa que el continuo tráfico de forasteros ha desalojado, en parte, las costumbres patrias y hasta el idioma resulta en alto grado impuro y mezclado con el castellano. Observa en Bilbao la práctica rigurosa del "toma y daca", es decir, que no se permitía a nadie extraer mercaderías sin que introdujese en cambio otras equivalentes.

Confirmando lo que ya hemos visto en anteriores viajeros, dice: "En medio de esta laboriosidad son los vascos la nación más bonachona y alegre que puede verse, y al día de labor más fatigoso, sigue a menudo música y baile... donde aquí se hallen mendigos, rara vez son naturales, sino casi siempre forasteros"12-

Y continuando con Bilbao afirma que en ninguna población se experimenta como en ella "las bienhechoras consecuencias del espíritu nacional vasco, pues sólo en poquísimas ciudades de España se encontrarán tantos establecimientos costosos regulados al bien común, y en pocas hallará el viajero tantos hombres animados del espíritu de mejoras patrióticas ilustrado"13.

Finalmente, después de dejar el país, en carta que escribió desde París a su amigo José María Murga, estampó este juicio que moverá siempre a la emocionada gratitud de todo vasco: "Es el único país que he visto jamás en el que la cultura intelectual y moral sea verdaderamente popular, en el que las primeras y las últimas clases de la sociedad no estén separadas por una distancia inmensa por así decirlo; en el que la instrucción y las luces de las altas han penetrado, al menos hasta un cierto punto, hasta las bajas y en que la honradez, la franqueza, el inocente candor de éstas no ha llegado a ser extraño a las altas"14.

Sin embargo, ese país pintado con tan optimistas colores atravesaba durante esos años grave crisis. Ya Humboldt había escrito al principio de su viaje que el País Vasco "desgarrado en dos pedazos muy desiguales y subordinado a naciones poderosas, no ha renunciado de ningún modo a su propia manera de ser". Vamos a ver lo que ese desgarramiento y esa voluntad de persistir le van a deparar en los años que siguen.

Desde 1792 a 1798 y luego desde 1801 a 1808, Manuel Godoy fue el árbitro de los destinos de España. Elevado al poder supremo, en vertiginoso ascenso, no ciertamente por su ciencia política ni por su experiencia en los asuntos de Estado, sino simplemente por el decisivo influjo que su gallardía corporal ejerció sobre la reina María Luisa, los primeros frutos de la gestión de aquel infatuado joven de 27 años que pasó a sustituir al maduro estadista conde de Aranda, se revelaron en la guerra que, a los cuatro meses de su primera presidencia ministerial, estalló en marzo de 1793, declarada por la Convención francesa ante las provocaciones del favorito.

El belicoso entusiasmo de éste sufrió un rudo golpe. Ni el general Ricardos en el Rosellón, ni el general conde de Colomera en el Bidasoa contaron con fuerzas bastantes para rechazar a los generales franceses, por causa de la ineptitud del favorito, Capitán General de los ejércitos españoles desde mayo de 1793, que no supo atender a los requerimientos de aquellos. San Sebastián, la capital de Guipúzcoa, abrió sus puertas al general Mon-cey el 4 de agosto de 1794 y diez días después, la Junta General de Guipúzcoa, reunida en Guetaria, resolvió la ruptura de la unión que dicho estado vasco tenía concertada con la Corona de Castilla. Bilbao se las abrió asimismo el 22 de julio del año siguiente, comprometiéndose a guardar absoluta neutralidad en la contienda.

Forzado Godoy a buscar la paz, que se firmó en Basilea en julio de 1795, su despecho encontró cauce para su desahogo en la conducta de los vascos en la guerra que acababa de terminar. Esta fobia antivascuista del favorito fue creciendo al calor del estado de opinión que prevalecía hacía tiempo entre la camarilla de la Corte y de las comunicaciones que recibía de su agente en Guipúzcoa, Francisco de Zamora, quien escribía a Godoy que los vascos pretendían quedar a consecuencia de la guerra como "República independiente bajo los auspicios de Francia"¹⁵, y le azuzaba para que destruyese las libertades vascas presentándole esta empresa como "una de aquellas grandes obras que no hemos visto desde el Cardenal Cisneros al grande Felipe V". El peligro que amenazaba a la independencia política de los vascos llegó a ser tan manifiesto que a las estipulaciones del tratado de Basilea se agregó una nota final que dice: "Firmado ya el convenio, la Junta de Salvación Pública echó de menos un artículo que tranquilizara a los habitantes de las Provincias Vascongadas que se habían manifestado adictos a la República...". Terminaba la nota diciendo que a las "largas conferencias y debates" celebrados para ver de llenar ese vacío, puso fin un despacho del Príncipe de la Paz quien daba seguridades, en nombre de su gobierno, de "no perseguir ni molestar a nadie por hechos políticos ni por opiniones manifestadas en años anteriores"¹⁶. Y, efectivamente, cumplió de tal modo con sus supuestas buenas in

tenciones que, no sólo persiguió individualmente a varios vascos, especialmente a los presuntos responsables de la entrega de San Sebastián, como el alcalde Michelena y varios de los concejales de esa ciudad, sino que se reafirmó en lo que ya en adelante sería su constante designio: la destrucción de las libertades vascas.

La ofensiva, dirigida desde Madrid, se concretó, al principio, en una campaña de revisiones históricas para la que se asalarió a varios eruditos como el canónigo Llórente, prototipo del escritor desaprensivo, González Arnao, Miguel de Manuel Rodríguez y otros que encabezando un movimiento doctrinal dirigido a demostrar, a fuerza de falsedades y amaños, la carencia de bases históricas de las libertades vascas, inician el ataque para su destrucción que, a través de diversas etapas, llega a la definitiva con la ley del 25 de octubre de 1839.

No es este el lugar para extendernos sobre ese tema. Citaremos sólo un episodio de esa campaña liberticida. El constituido por la llamada "Zamacolada" que se inició el año de 1800 y se desarrolla a través de los próximos siglos. Es decir, durante la residencia de Bolívar en Bilbao donde, a consecuencia del intento promovido por el escribano Simón Bernardo de Zamacola de habilitar en Abando —frente a Bilbao— un puerto que despojase a éste de sus seculares derechos, proyecto arteralmente apoyado por Godoy a quien se le presentaba pintiparada la ocasión de sembrar la discordia entre los vizcaínos, se vivió en la villa y pueblos cercanos un clima de inquietud y zozobra que culminó en diversos sucesos y alborotos que, si no llegaron a "incendios ni robos de casas ni mayores atentados criminales", sirvieron muy bien a Godoy para tomar, so capa de medidas de seguridad, ciertas disposiciones que abiertamente violaban las libertades vascas. Así, la ocupación militar de la villa a la que además se impuso la carga abrumadora de mantener y alinear a las fuerzas allí llevadas y otras pretensiones aun mayores contra la soberanía vasca, como era la de imponer a Vizcaya el servicio militar que, por fortuna, no llegó a realizarse.

En medio del triste cuadro que ofrecen esos días, sobre todo por la discordia fraterna, no nos resistimos a ofrecer al lector noticia del incidente suscitado por la resolución del ayuntamiento bilbaíno quien concedor del flaco de Godoy pensó desarmarlo nombrándolo su alcalde electo para 1803 y decretando la colocación de un retrato suyo en el salón de sesiones, cuya ejecución se encomendó nada menos que al insigne Goya. Dejemos la palabra al cronista de la villa, Guiard Larrauri... y al propio Goya:

"La Villa decretó colocar en el consistorio el retrato de Godoy, pintura qu

e fue encomendada a Goya, concertándose en pagar doce mil reales por la obra. Presentada la imagen a Godoy puso éste reparos al retrato, y a su causa se difirió la entrega, negándose Goya a pintar un segundo cuadro, como se solicitó. En 1815 pedía el Concejo a su agente en corte, noticia del paradero del cuadro de Goya, no recibido en Bilbao todavía (carta de 21 de febrero de 1815, Arch. mun.). Había intento de venderlo en Inglaterra, a lo que parece de otra comunicación fechada en 4 de marzo de dicho año.

"Se determinaron los comisionados de Bilbao a encargarse del retrato a Goya con el fin de contribuir a disipar el ánimo de S.S." por este medio. Los reparos que por dos veces puso Godoy al retrato (respecto, al uno, de las piernas) envolvían para los comisionados, el marqués de Vargas y Castaños, un proceder misterioso, del que decían: "nosotros tenemos el desconsuelo de conocer que lo hay y bien grande, y de no poderlo explicar". A la tentativa de Bilbao para que pintase otro cuadro repuso Goya:

"Sr. D. José Joaquín de Castaños. Muy Sr. mío y de toda mi estimación: Vmd. me dice le diga lo que se me ofrece acerca de volver a hacer otro retrato del Sr. Príncipe. Bien sabe Vmd. lo he tenido que pintar dos veces; no por haber convenido con Vmd. el que había de estar a gusto del Sr. Príncipe, sino por darle ese gusto. Puede Vmd. responder que yo deseo dar gusto a los señores de Bilbao en cuanto me manden; ¿pero el hacer otro? por cuanto tiene el mundo entero no puedo, ni mejor que el que he hecho. Queda de Vmd. su más al. servidor Q.S.M.B. Francisco de Goya" (Arch. mun.)"7.

3.º.- Bolívar en Bilbao.- La visión de Bilbao del primer lustro del siglo XIX, es decir, el de los años en que lo conoció Bolívar, difiere poco, en las descripciones comunes, de la que nos han dado los diversos viajeros que anteriormente hemos ido conociendo. Recurriremos para completarla al historiador Juan Antonio de Zamacola (no confundirlo con Simón Bernardo, el fautor de la "Zamacolada") quien, si bien repite cosas y conceptos que nos son ya familiares, nos proporciona también noticias y hasta opiniones de interés sobre diversos aspectos de la villa y de sus habitantes.

Así nos dice que "Nada tiene de agradable la situación de Bilbao, porque el sol se ve muy tarde en invierno y desaparece muy pronto por las montañas que le rodean..." Pero se apresura a añadir que "A pesar de esto, es, tal vez, Bilbao, la villa más bonita de toda Europa en razón de sus calles, edificios y policía admirable que encanta y deleita a cualquier forastero".

"Tiene Bilbao un hermoso teatro de comedias, aunque pequeño, con todas las proporciones y comodidades de las mejores obras de esta especie. Se const

ruyó en 1795, bajo la dirección del arquitecto don Alejo de Miranda".

Habla de otras construcciones entre las que cita "dos fuentes de piedra mármol, de especial gusto: la una de la plazuela de Santiago, y la otra, en la calle de Ascao, que surten de agua a la villa. Son inventadas y dibujadas por don Luis Paret, célebre grecista, profesor español de pintura y arquitectura, que murió pocos años ha en Madrid".

Después de interesantes detalles sobre el paso del Arenal y otros, pasa a ocuparse de algunos de los organismos rectores de la política del Señorío y así dice que "La Diputación general del gobierno de Bizcaya reside hoy en Bilbao, no porque ésta sea la capital del país, pues que ningún pueblo de Bizcaya tiene esta regalía, sino porque siendo Bilbao el pueblo de mayor número de habitantes, se ha creído que se puede desde allí distribuir mejor la justicia y las órdenes, por razón de la concurrencia de gentes a su comercio. No obstante, hace pocos años que estuvo esta Diputación, con el resto del Gobierno de Bizcaya, en la villa de Guernica, ía cual, en caso de disputa, parece que debiera tener más derecho a la pretensión de capital de Bizcaya, porque dentro de su jurisdicción se hacen las Juntas generales en despoblado, se establecen las leyes y se nombran magistrados para gobernar el país por dos años".

No deja en olvido al Consulado de Comercio "cuyas ordenanzas han merecido ser consultadas casi de todos los tribunales de Europa, por los principios sólidos que establece, a pesar de los defectos sustanciales que se advierten en la forma de proceder".

Habla también de la bolsa de comercio y de las dos pirámides cercanas a ella donde se fijan todos los días las noticias comerciales que ocurren.

Después de ponderar la clásica alegría de los bilbaínos que la conservan desde su juventud "hasta la edad más decrepita", dice que "son los bilbaínos muy instruidos en materias del comercio extranjero y de las colonias; y para que nada falte que desear a los conocimientos que transmiten a sus hijos en este ramo, tienen gran cuidado de enviarlos, durante la niñez, a Francia y a Inglaterra, para que tomen las primeras nociones de las ciencias, y a cierta edad más madura los hacen viajar por la mayor parte de las plazas de comercio de Europa para que se perfeccionen en este ramo". Costumbre, por cierto, que sigue siendo practicada en nuestros días.

Finalmente de las mujeres escribe: "Son laboriosas en extremo las bilbaínas y como que están ocupadas constantemente en sus tareas domésticas se hal

lan muy poco o nada expuestas a la corrupción. Casi todas han recibido una educación fina y así se ve que hay muchas que ayudan a sus maridos y dependientes a escribir la correspondencia de su comercio y otras que venden en las tiendas y llevan los asientos de los libros con tal esmero y puntualidad que en nada se echa menos la falta de los hombres"18-

Bolívar que, tras haber partido de La Guaira en el "San Ildefonso" el 19 de enero de 1799, residía en Madrid desde junio de ese año, escribe a su tío Pedro Palacios, el 20 de marzo de 1801: "Hoy mismo he recibido carta de Mallo en que me dice que ya tengo el permiso de S.M. y el suyo para marchar a Bilbao, lo que voy a hacer esta noche a las 10... Puede Vmd. escribirme a aquel pueblo cuanto guste y ocurra">v.

Llega, pues, a Bilbao en días de la última decena de marzo. No entra, naturalmente, en la gran villa marítima a través de la hermosa obra que se extiende entre Guecho y Portugalete, para desde ese punto, con el flujo del mar, remontar la ría en las dos leguas que corren hasta la villa y que en ambas orillas forman un verdadero paseo "todo muy delicioso", como nos dice el historiador Zamacola. Su ruta hubo de ser la que atraviesa las áridas tierras de Castilla. En Pancorbo tomaría la carretera que desde allí conduce al bilbainísimo barrio de Achuri; carretera que constituye una obra que "aun cuando no deslumbe los ojos con las magnificencias del espectáculo grandioso que se contempla en el Abra, significa en la vida bilbaína un triunfo definitivo, logrado al cabo de una lucha secular"20. Se trataba, entre otras cosas, de acercar al puerto el mercado de lanas de Castilla. En efecto, desde Orduña a Bilbao es corto y cómodo el trayecto, pero para franquear el paso entre Castilla y Vizcaya por esa parte, hay que vencer el imponente obstáculo de la sierra de Orduña que "semeja —como bien dice Echegaray— una ola petrificada y ofrece por la vertiente que el País Vasco da, el aspecto de una muralla inaccesible"21.

Un ilustre viajero que hacía veintiún años había entrado en Bilbao por esa vía escribe en sus Memorias: "La carretera ha debido costar mucho dinero; pero el descenso de las montañas de Orduña es muy digno de verse. Estas montañas son casi todas rocas de vasta altura. Pero la carretera ha sido perforada en las rocas mismas desde lo alto de los montes hasta el valle. Después de muchas vueltas y revueltas, en las que todavía se puede ver las marcas de los perforadores, la carretera llega a un alto en el que el último modo de hacer un camino para carruajes es rodearlo como una serpentina"22.

Ya está, pues, en Bilbao el joven Simón Bolívar. Pero, ante todo, ¿cuál es el motivo de su viaje? Conocido es el incidente de la puerta de Toledo en M

adrid por donde paseando a caballo Bolívar fue detenido y registrado por orden del ministerio de Hacienda. Según lo cuenta O'Leary, el motivo alegado era el de la infracción de la ordenanza que prohibía usar gran cantidad de diamantes sin permiso, pero el verdadero nacía de los celos de la Reina quien 'conociendo la intimidad del joven americano con Mallo, creyó poder hallar entre los papeles de Bolívar los indicios de alguna intriga amorosa de su favorito". Aunque el asunto se arregló, no desapareció tan pronto la indignación de Bolívar a quien, siempre según O'Leary, "nada pudo inducirlo a permanecer por más tiempo en Madrid".

Don Vicente Lecuna, después de rectificar lo relativo a la fecha del incidente que no pudo ocurrir en el otoño de 1801, como dice O'Leary, sino antes del 20 de marzo, puesto que una carta de Bolívar anuncia, como hemos visto, que en esa misma fecha partía para Bilbao, considera sin valor las causas atribuidas por O'Leary —e igualmente por el general Tomás Cipriano Mosquera en sus "Memorias"— a la detención de Bolívar, y prefiere suponer que éste "llevaba uniforme sin pertenecer a los cuerpos en servicio", y como en esos días se preparaba la guerra contra Portugal, el incidente se debió a exageradas precauciones militares. Esto parece aún más inverosímil a Augusto Mijares "porque tales precauciones no se confiarían a guardias irresponsables con derecho a registrar a un oficial uniformado; y porque deja sin explicar cómo al reconocerse el uniforme —cosa que forzosamente sucedería— en lugar de recibir Bolívar un desagravio, se le prohibió permanecer en Madrid"25.

Por nuestra parte, y ciñéndonos al viaje a Bilbao, creemos que la causa eficiente del mismo no fue otra sino simplemente la de residir por entonces en la villa vizcaína aquella "señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas como es mi señora doña Teresa Toro" de la que confiesa haberse "apasionado", en su carta de 30 de septiembre de 1800, dirigida a su tío Pedro Palacios, a quien ruega "tenga la bondad de proteger esta unión dando las órdenes necesarias para pedir la señorita a su padre, con toda la formalidad que exige el caso"26.

No quiere decir lo que antecede que el incidente de la puerta de Toledo de jara de tener vigencia, pues así parece indicarlo el que Bolívar continuó a residiendo en Bilbao por meses después de regresar Teresa con su padre a la villa y corte, adonde, el 23 de agosto de 1801, escribía a su tío Pedro, insistiendo en que pensaba contraer el matrimonio por poder —él en Bilbao y ella en Madrid— para regresar inmediatamente a Venezuela, como lo hace notar bien Mijares. Aunque la suposición de Lecuna de que "La prohibición —de residir en Madrid— duró desde el 20 de marzo de 1801 hasta el 29 de

abril de 1802", o sea justamente el tiempo de la residencia de Bolívar en Bilbao, no parece avenirse muy bien con la manifestación que él hace, en su carta de la primera de esas dos fechas, de lo cansado que estaba por lo mucho que tuvo que hacer para conseguir de S.M. el permiso, precisamente para salir de Madrid.

Ya en Bilbao Bolívar, lo primero que se le ocurre preguntar es dónde fija su habitación. Lo único que hasta hoy sobre este punto nosotros sabemos es lo que puede leerse en Rumazo González, quien después de decir que don Bernardo Rodríguez del Toro "explota una propiedad agrícola en Bilbao", escribe así del viaje de Bolívar a Bilbao: "Parte así decepcionado y triste, pero no vencido, rumbo a Bilbao, a la propiedad de su futuro suegro".^{1*} Mucho nos gustaría conocer las fuentes en que esta información se basa, para poder ubicar al Libertador en alguna casa de Bilbao o siquiera en alguna de las veinte posadas que en su tiempo había en la villa, al modo que se ha localizado, por ejemplo, a Guillermo de Humboldt, que anduvo por aquellos días en Durango, en casa de Bernaola, posadero de Artecalle, aunque tampoco esto parece absolutamente seguro³⁶.

En vano pretendemos encontrar en las pocas cartas de Bolívar fechadas en Bilbao, ni en ninguna otra posterior, la menor mención del bullente Bilbao que conoció, ni en cuanto a sus edificios, ni en cuanto a los barcos de todas las banderas que con su puerto hacían el comercio, ni en cuanto a los propios hombres bilbainos, como el ministro de estado Mariano Luis de Urquijo, el teniente general de la armada José Domingo de Mazarredo, el secretario del Despacho Universal de Hacienda, Diego de Gardoqui, y otros, que por ese tiempo adquirieron relieve peninsular y aun internacional.

Los inicios de su viaje hacían esperar una mayor vinculación con los hombres de la tierra de origen de los Bolívar. Así vemos que parte de La Guaira en el navio del capitán José de Uriarte. Desde Veracruz escribe a su tío Pedro que "Don Pedro Miguel de Hecheverria costeó el viaje que fueron cuatrocientos pesos más o menos de lo cual dictaminará usted si lo paga aquí o allá a don Juan Esteban de Hechesuria que es compañero de este señor a quien vine recomendado por Hechesuria...". Y en la posdata de esa misma carta: "Yo me desembarqué en la casa de don José Donato de Austrea, el marido de la Basterra.,...". En Madrid lo sabemos bajo el pupilaje intelectual del Marqués de Ustáriz, miembro de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, y vemos también que se relaciona allí, en la Compañía de Filipinas, sucesora en muchos aspectos de la Guipuzcoana, con el comerciante Triarte²⁹.

Pero una vez en Bilbao nada hay de sus amistades y relaciones en la villa.

Es preciso esperar al año siguiente de su partida para que, en petición que eleva al Rey desde Caracas, el 22 de octubre de 1803, pidiendo licencia para viajar a España y estar allí por dos años, nos enteremos que uno de los motivos que alega para el viaje es la necesidad en que se halla de "liquidar cuentas con la casa y compañía de Beruete y Mendizábal del comercio de Bilbao, sobre varias relaciones mercantiles de consideración"²⁹. Por un censo de vecinos de Bilbao, concluido en 1767, sabemos que en la calle Tendería habitaba un Martín de Beruete, posiblemente padre de Ignacio de Beruete quien, en el año 1792, era dueño del paquebot "San Cristóbal", de 190 toneladas, y muy probablemente el primero de los socios de la firma nombrada³.

Por noticias posteriores sabemos también algo de otras de sus relaciones en la villa. Se refieren las dos que conocemos a aquellos refugiados franceses —o por lo menos a uno— de aquellos que, según decía Jovellanos, hacían rebosar las posadas de Bilbao. Lo fue así aquella Teresa Laisney, emigrada que, a comienzos del XIX, casó en Bilbao con Mariano de Tristán Coronel, natural de Arequipa quien, muy joven aún, viajó a España. Esta Teresa se considera hoy la segunda destinataria de aquella carta que, en 1804, escribe Bolívar desde París y en que se lee: "Daría mucho, dice Vd., por saber quien ha podido hacer del "pobre chico Bolívar de Bilbao", tan modesto, tan estudioso, tan "económico" el Bolívar de la calle Vivienne, tan murmurador, perezoso y pródigo"¹¹.

La otra relación francesa de Bolívar en Bilbao fue la del comerciante Alejandro Dehollain Arnoux, de Cambraí, a quien puede verse como destinatario de varias cartas del Libertador en la correspondencia de éste y quien, a su vez, el 25 de junio de 1827, escribió desde París a Bolívar carta en que le dice: "J'osé espérer, General, qu'en recevant mes lettres elles rap-pelleront á votre souvenir votre anclen compaignon: notre résidence á Bilbao et á París me rend glorieux d'y avoir connu en Simón Bolívar le liberateur de l'Amérique"³².

Y esto es todo lo que sabemos sobre la estancia de Bolívar en Bilbao. Demasiado poco para un año de residencia —marzo de 1801 a abril de 1802— "aunque en él hizo varias salidas a Francia y a Santander"³³.

Ni una línea sobre la villa ni sobre sus habitantes, ni sobre la vida que allí hizo —como no sea aquello del "pobre chico Bolívar de Bilbao"— ni de la que en torno suyo pudo observar. Nada sobre la "Zamacolada", ni sobre la ofensiva de Godoy del cual Miranda —quien sabido es que lo coleccionaba todo— incluye en sus papeles una Real Orden leída en la Junta General de Guernica de 25 de agosto de 1804³⁴. Verdad es que al paso que el Precursor

estaba entonces en toda su madurez y actividad política, ei Bolívar de Bilbao era un mozo de dieciocho años y además en circunstancias en que "les a seguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena con los vapores del más violento amor, y no con ideas políticas, por que éstas no habían tocado todavía mi imaginación..."³⁵.

Sin embargo, devoto lector de Rousseau como fue, puede parecer un poco raro que ya "bajo la dirección del sabio marqués de Ustáriz" no hubiese reparado en aquel párrafo en que el ginebrino, refiriéndose a los vascos y al árbol de Guernica, escribe: "Cuando se ve, en el pueblo más feliz del mundo, a un grupo de campesinos decidiendo bajo un roble de los negocios del estado y conduciéndose siempre con sabiduría, ¿puede uno dejar de despreciar los refinamientos de otras naciones que se hacen ilustres y miserables a la vez con tanto arte y misterio?"³⁶.

Cuando en la guerra de la Convención (1793-1795) de que en la segunda parte de este trabajo hemos hablado, las tropas del general Moncey penetraron en Bilbao, a su paso por Guernica presentaron sus armas vencedoras, en noble gesto, al roble ilustre y muchas de las hojas de él pasaron a engalanar las escarapelas republicanas. Honraban así y se honraban con el símbolo de las más antiguas y limpias libertades de Europa; las del pueblo que tuvo el privilegio de no haber sido nunca esclavizado por un poder extraño y el mérito de no haber tolerado jamás la esclavitud en el ámbito de sus propias leyes.

Nosotros pensamos que Bolívar durante su estancia en Bilbao, siete años tan sólo después del homenaje del ejército de Moncey, no dejaría de visitar ese roble que se alza, por feliz coincidencia, muy cercano al solar originario de los Bolívar, lugar de obligada peregrinación para nuestro mozo. Y así vemos que lo apunta Ignacio Bolívar Usobiaga quien da por compañero del futuro Libertador en este viaje sentimental al joven Pedro Antonio Bolívar Arauco, su pariente de Munguía, y otros detalles de la jornada de ambos jóvenes, cuya fuente tan interesante sería conocer".

¡Qué hermoso hubiera sido que, "despreciando los refinamientos de otras naciones que se hacen ilustres y miserables a la vez", Bolívar hubiera vuelto a Vizcaya a formular su sagrado juramento de libertad para América, bajo el roble secular, cerca del solar de sus mayores!

Para que una vez más y en caso tan famoso, se cumpliera la clásica sentencia de la Ley vizcaína: "El tronco vuelve al tronco y la raíz a la raíz".

BOLÍVAR Y LOS VASCOS

Con Simón de Bolívar, llamado "El Viejo", nacido en la anteiglesia de Zenarruza (Bizkaya), en 1527, llegó a Venezuela el primero de ese apellido del que en línea directa, a través de cinco generaciones, procede Simón Bolívar (1783-1830), el glorioso Libertador.

Descendía pues, directamente, por línea paterna, de los Bolívar de Vizcaya, pero, en el curso de esas generaciones, tanto en dicho lado como en el materno, los sucesivos enlaces fueron trayendo aportes, que si en algunos casos fueron de sangre vasca —Sojo, Zarate, Arratia, Palacios, Alavés, etc.— en la mayoría eran extraños a la de los Bolívar. Esto y su nacimiento lo convierten en ese producto típico del crisol de razas que es América y ha dado en llamarse, el criollo.

Una cosa a observar en la vida de Simón Bolívar es su aparente desconocimiento del hecho nacional vasco. Más o menos, los años en que él encabezó la gesta de la independencia americana coinciden con aquellos en que se fragua la muerte de la vasca, a través de las "Noticias históricas" de Llórente (1806-1808), la llamada "Junta de reformas de abusos" (1815) y otras maniobras preliminares con que el gobierno español fue preparando la histórica puñalada a las libertades vascas aseptada el año 1839.

Si John Adams, el que había de llegar a ser presidente de los Estados Unidos de América, en su "Defence of the Constitution of the United States..." aparecida en 1787 hace el elogio del gobierno libre y democrático de Bizkaya en cuya tierra había estado pocos años antes, en Bolívar que también había vivido en Bilbao, hacia el principio de la Zamakolada, nada encontramos referente a las particularidades del pueblo y del régimen político vasco ni en esos años ni más tarde cuando sus ideas políticas toman forma como en la "Memoria a los ciudadanos de la Nueva Granada", la Carta de Jamaica, el discurso ante el Congreso de Angostura, su proyecto de Constitución Bolivariana, etc., etc.

Lector de Rousseau, quizás nunca reparó en aquel párrafo de éste en que refiriéndose a los vascos y al árbol de Guernica —que se alza no muy lejos del solar de los Bolívar—, escribe: "Cuando se ve, en el pueblo más feliz del mundo, a un grupo de campesinos decidiendo bajo un roble de los negocios del Estado y conduciéndose siempre con sabiduría, puede uno dejar de despreciar

ar los refinamientos de otras naciones que se hacen ilustres y miserables a la vez con tanto arte y misterio" (Contrato Social, Libro IV, cap. I).

Otra cosa a observar es su silencio respecto a la Compañía Guipuz-coana de Caracas. Su padre, D. Juan Vicente Bolívar, fue uno de los tres apoderados del Cabildo —los otros dos lo fueron D. Alejandro Blanco y Villegas y D. Silvestre de Liendo— que encabezan en 1750 el conocido expediente en que "representan ante el señor gobernador y capitán general sobre lo perjudicial que ha sido el establecimiento de la Compañía Guipuzcoana en la Provincia, al servicio de Dios, a la buena administración de justicia, rentas fiscales y eclesiásticas y al común de toda ella".

Pero en Simón Bolívar poca o ninguna huella parece que dejó esta actuación de su parte. A lo largo de su extensísimo epistolario y demás escritos conocidos, no es posible hallar una sola referencia a la discutida Compañía de la que podrá decirse mucho bien o mucho mal, pero a la que nadie puede negar, al hacer un sereno balance de sus realizaciones positivas y de las consecuencias que en Venezuela vinieron a producir las reacciones de las que no se estimaron por tales, que constituye el hecho más importante o uno de los más importantes de todo el siglo XVIII venezolano.

Y, sin embargo, cuando Bolívar embarca en La Guaira para Europa, el 19 de enero de 1789, es decir, cuando estaba aún para cumplir los 16 años, vemos aparecer a varios hombres de la recién extinguida Compañía de cuyos buenos oficios se vale para el viaje. Así tenemos que, llegado a Vera-cruz, escribe allí el 20 de marzo de 1799 a su tío Pedro Palacios y Sojo, con su vacilante ortografía de aquel tiempo: "Dn. Pedro Miguel de Heche-verría costé el biaje que fueron cuatrocientos pesos más o menos de lo cual dictaminará usted, si se lo paga aquí o allá a Dn. Juan Esteban de Hechesuría¹ que es compañero de este señor a quien vive recomendado por Hechesuría...".

En la posdata de esa carta escribe: "Yo me desembarqué en la casa de Dn. José Donato de Austrea, el marino de la Bastera quien me mandó recado en cuanto llegué aquí me fuese a su casa y con mucha instancia y me daba por razón que no había fondo en este puerto".

De Veracruz se fue Bolívar a la ciudad de México donde sabemos pasó más de un mes hospedado en casa de Oidor Aguirre.

La siguiente carta que de Bolívar tenemos es de fecha 30 de setiembre de 1800. Está escrita en Madrid y en ella nos encontramos con varias de sus vinculaciones familiares de estirpe vasca: los Aristeguieta, de uno de los cual

es, Juan Félix, heredó el mayorazgo que poseía y el marqués de Us-tariz, "el único tutor que tengo aquí". En esta carta, que está dirigida a su tío Pedro Palacios, le da cuenta de su proyectado matrimonio con Teresa Toro a la que ha conocido en Bilbao y que por su segundo apellido, Alai-za, es también de origen vasco y se refiere también a otro de la misma estirpe, "Dn. Manuel Mallo... nuestro amigo y favorecedor", quien, como se sabe, era el favorito de turno.

En la siguiente (Madrid, 20 de marzo de 1801), comienza diciendo: "El 17 fui a la Compañía de Filipinas y me dijo Visi que Iriarte nos obligaba a dar los réditos del dinero en caso que la letra fuese protestada, desde el día de la protesta hasta que se verificase dicha entrega...".

Y en la que le sigue de 23 de agosto de 1801, fechada en Bilbao y, como la anterior dirigida a su tío Pedro: "En orden a dinero ya he dicho a usted todo lo que hay; pues ello es menester conseguirlo de algún modo. Aunque será a muy bueno que usted consiguiera de Iriarte su firma. Usted le puede exponer que soy conocido por rico, y que lo más del dinero es para mí".

Por cuyas dos cartas se ve que estaba siempre en relación con la Compañía de Filipinas, sucesora en ciertos aspectos de la Guipuzcoana y una de cuyas firmas prominentes en Caracas era Iriarte, de los cuales conocemos a tres hermanos: Juan, Pedro y Martín, navarros, naturales del valle del Baztán que casaron en Caracas con tres de las "nueve musas", como eran llamadas las hermanas Aristeguieta, el nombre de una de las cuales, la esposa de Juan, era, por cierto, Begoña.

Con las dos cartas siguientes: la del 29 de diciembre de 1801 fechada en Bilbao y la del 13 de enero de 1802, termina la serie de las escritas desde el País Vasco, y que nos dan noticia directa suya.

Regresado a Caracas en agosto de 1802 con su esposa, apenas pasan unos meses cuando el 22 de enero de 1803 muere Teresa de fiebre amarilla. A los veinte años, Bolívar se encuentra viudo, con su vida rota. El gran vacío dejado por esta pérdida habrá de llenarlo con el cumplimiento de la gran empresa a que el destino le llamaba. En octubre de ese mismo año se embarca para Europa. Visita España, Francia, Italia... Son los años en que se fija su destino. Los de su amistad con Alejandro Humboldt y Bonpland; cuando contempla la coronación de Napoleón en Notre Dame (1804); cuando en el Mont Sacro hace su juramento de salvar a su patria del yugo de España (1805). A su regreso de Europa, desembarca en Charleston. Visita Washington, Philadelphia, New York y Boston, donde embarca para Venezuela llegando

o, en junio de 1807, a Caracas.

Es ya un hombre al que los viajes, el trato con gente notable y el estudio, han formado ya para su destino. El 3 de julio de 1811, pronuncia, en la Sociedad Patriótica, su célebre discurso en pro de la independencia de Venezuela que el Congreso proclama dos días después.

En su primer viaje a España, en el que tiene por compañero al guairé-ño Esteban Escobar Vildósola, un vasco, el capitán José Uriarte, comandante del navio "San Ildefonso" en que hacían la travesía, evita, con su prudencia y aplomo de viejo lobo de mar, un peligroso encuentro con los ingleses. Años después Bolívar confiaba al general Tomás Cipriano de Mosquera, recordando aquel episodio y exagerando la nota (según su temperamento, como lo advierte bien Ángel Grisanti), "en aquella oportunidad el capitán Uriarte me salvó la vida".

No iba a ser Uriarte el único salvador vasco de Bolívar. En efecto, cuando tras la caída de la primera República con la capitulación de Miranda en 1812, la vida de Simón Bolívar se halla en peligro, aparece en escena un hombre para el que no cesarán en adelante, a través del epistolario del Libertador, todas las demostraciones de gratitud y cariño. Que no se trataba de meras palabras lo demostró en la carta que, el 26 de agosto de 1821, dirigió al presidente del Congreso General de Colombia en la que se lee la relación del suceso:

"Permítame V.E. que ocupe, por primera vez, la bondad del gobierno de Colombia en una pretensión que me es personal.

"Cuando en el año de doce, la traición del comandante de La Guaira, coronel Manuel María Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar aquel traidor, o vender caramente nuestras vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan generoso como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó don Francisco Iturbe al vencedor: 'Aquí está el comandante de Puerto Cabello, el señor don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena, yo la sufro; mi vida está por la suya'. ¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidar? ¿Y sin ingratitud podrá Colombia castigarlo?

"Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la República, y aun cuando lo fuese, él ha contribuido a librarla de sus opr

esores sirviendo a la humanidad, y cumpliendo con sus propios sentimientos : no de otro modo. Colombia, en prohijar hombres como Iturbe, llena su seno de hombres singulares.

"Si los bienes de don Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso Soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben, soy yo el agraciado.

"Suplico a V.E. se sirva elevar esta representación al Congreso General de Colombia, para que se digne resolver lo que tenga por conveniente. Excmo. Señor: Simón Bolívar".

Estamos en 1815. Bolívar se halla en Jamaica donde el 6 de setiembre escribe su profética carta sobre el porvenir de la América española. El 10 de diciembre no dormía en su habitación. Ocupó su hamaca uno de sus oficiales, su ex habilitado y amigo leal en quien el negro Pío, brazo ejecutor de una conspiración criminal, tomándole por Bolívar, hundió su puñal. Eran las diez de esa noche. Se hizo un examen oficial el lunes 11 de diciembre "en el cuerpo del señor Félix Amestoy, difunto habilitado de la Guardia de Honor del General Bolívar". El informe redactado a raíz del examen terminaba con esta declaración: "El infortunado habilitado era un hombre de excelente educación y de los más caballerosos y finos modales y pensaba navegar la próxima mañana para Santo Domingo (Haití). Su viaje fue más largo. La fatalidad al colocarlo en la hamaca del Libertador le hizo que, aun sin proponérselo, salvara la vida de Bolívar".

Y aún otro salvador tuvo el Libertador, a quien cierta y positivamente debió la vida. La célebre Manolita o para decir su nombre entero, Manuela Sáenz de Vergara y Aizpuru, es decir, con sangre vasca por parte de ambos padres, la que de un modo heroico se constituyó aquel triste 25 de setiembre de 1828 en "La Libertadora del Libertador". Es muy fácil criticar ciertos aspectos de la vida de esta amante de Bolívar. Pero sin necesidad de llamar en nuestra ayuda a la galantería ni siquiera a la caridad, es de simple justicia proclamar las admirables dotes de valor, serenidad e inteligencia que desplegó en aquella noche trágica, así como su inquebrantable fidelidad al recuerdo del Libertador, quien supo también rendir desinteresado homenaje a otras mujeres de nuestro linaje, como la heroína Luisa Arrambide, "entre las más bellas de su sexo..." (carta de 18-VIII-1815), o a las Garaicoas, de las que "...todo me dice: aquí estuvieron, aquí jugaron, aquí cantaron..." (carta del 16-VI-1823), etc.

La obra independentista de Bolívar había tenido un precedente que él supo r

econocer. Hacia 1561 pasó por Venezuela un hombre vasco que dejó su nombre lleno de trágicas resonancias. Fue Lope de Aguirre, cuya sola mención lo dice todo aquí. Pues bien, cuando el 18 de setiembre de 1821, Bolívar embarcó en Maracaibo a bordo de una goleta que había de llevarlo a San Carlos camino de Cúcuta, donde se le esperaba para que prestase juramento como presidente de Colombia, tomó para lectura durante su travesía un ejemplar de la "Historia de Venezuela", de Oviedo y Baños. Su atención recayó, principalmente, sobre aquellos pasajes en que se narran las peripecias de Aguirre y sus marañones, aguas abajo del Amazonas, hasta la isla de Margarita y Costa Firme y más que nada le sorprendió y atrajo la célebre carta dirigida a por el ñatiarra al Rey Felipe II, algunos de cuyos párrafos el Libertador leyó en voz alta para sus compañeros de travesía y dictó luego a uno de ellos, el coronel Briceño, una nota dirigida al Gobernador de Maracaibo, pidiéndole que hiciera insertar en "El Correo Nacional", periódico que en aquella ciudad se editaba, la dicha carta que Bolívar calificó de "Acta primera de la Independencia de América el año de 1560".

De estirpe vasca fueron varios de los que en las campañas emancipadoras colaboraron con él en los más altos puestos: el General José Antonio Anzoátegui, quien, según la frase del Libertador, 'valía él solo por un ejército'; el general Urdaneta, fiel entre los fieles a Bolívar; el general Juan Bautista Arismendi, caudillo de Margarita y tantos otros que en este momento vienen a mi memoria como los generales Iribarren y Sagarzazu, los coroneles Aramendi y Azkue y tantos otros que pudieran citarse. Y ya que de sus campañas hablamos no olvidemos aquellas insistentes recomendaciones al general Salom (Tnijillo, 14 de marzo de 1824), al coronel Tomás de Heres (Santiago, 19 de abril de 1824) y al general José de La Mar (Huan-cachuco, 7 de mayo de 1824), para "que se solicite a precio de oro el tal hierro dulce de Vizcaya para que hagan infinidad de clavos y los manden,.."; para "que se compre.. . acero de Vizcaya para que se hagan herraduras y clavos en el país...", etc., etc.

En sus últimas horas de Santa Marta no faltaron tampoco entre sus fieles acompañantes algunos que dignamente pudieran ostentar la representación de la estirpe como el coronel Miguel Sagarzazu y los hermanos Juan y Manuel de Ujueta. A este último correspondió el alto honor de cerrar para siempre los ojos del Libertador allá en la quinta de San Pedro Alejandrino y ayudar al doctor Révérend en el embalsamamiento del cadáver la noche de aquel 17 de diciembre. Y con una devoción que fue más allá de la muerte, supo defender sus restos de la furia de los antibolivarianos que trataban de profanar su tumba en la misma catedral de Santa Marta y consiguió permiso "para construir la bóveda, llevando a su domicilio el ataúd que guardaba lo qu

e el tiempo había respetado del que fue su amigo para custodiarlo, mientras el arquitecto terminaba los trabajos".

Después de esto, cuando se ve que entre los hombres que más se han afanado en Venezuela en exaltar la figura del Libertador destacan en primer plano, entre otros, nombres como el del General Rafael Urdaneta, fundador de la Sociedad Bolivariana de Venezuela; el de Ramón Azpurua, Felipe Larrazabal y, coronando la obra de todos, el de Vicente Lecuna, uno no puede dejar de pensar que la sangre, a través de los misteriosos caminos que en su tenue pero tenaz fluir sabe recorrer, ha obrado como sólo ella sabe hacerlo en el esfuerzo de estos hombres cuyos sonoros apellidos brotaron del mismo vijejo pero perenne manantial del que surgió el de Bolívar.

Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Caracas, 1964.

EXPORTACIÓN DE CACAO DURANTE LA COMPAÑÍA GUIPUZCOANA

Cuando, en el Convenio de 25 de septiembre de 1728 entre Guipúzcoa y la Corona de España por el que nacía la Compañía Guipuzcoana de Caracas, leemos, en la Real Cédula que lo encabeza, aquello de que "Por cuanto que para remediar la escasez del cacao que se experimentaba en estos mis Reinos, ocasionada de la tibieza de mis vasallos en aplicarse al tráfico de este género con las provincias de América sin pender del arbitrio de extranjeros que indebidamente y fraudulentamente lo disfrutaban...", tenemos ya ante nuestros ojos los dos motivos determinantes de la creación de la Guipuzcoana: remediar la escasez que del precioso fruto se dejaba sentir en la metrópoli, y acudir, al mismo tiempo, a terminar con una de las principales causas de esa escasez, el tráfico ilícito que había llegado a adueñarse de los mercados venezolanos en casi increíbles proporciones.

De hasta dónde llegaban éstas podemos darnos cuenta por las cartas del gobernador don José Francisco de Cañas, quien toma posesión de su cargo en julio de 1711 y con un dolorido acento en el que resplandece la veracidad de sus informes, nos muestra palpablemente la amplitud e intensidad que para entonces había adquirido el contrabando de los holandeses, que no se limitaban a operar desde la isla de Curazao, sino que se habían establecido en tierra firme, en Tucacas, donde poseían heredades, casas y rebaños. Los españoles, por su parte, cómplices suyos, actuaban como espías y aun como aliados, si era preciso, en las acciones de armas. Clérigos, hidalgos y oficiales estaban implicados como los demás en el negocio y para darnos idea de lo arraigado del mal, basta que el mismo Cañas nos testifique el ofrecimiento de s

umas de dinero que le fue hecho y que, según le dijeron, debía aceptar "como regalías suyas".

El "Informe" de don Antonio Alvarez y Abreu (Caracas, marzo de 1715) es aún más completo y concienzudo. Como dice Hussey¹, su tono es moderado y la información tan imparcial y exacta como puede esperarse de un hombre que, como su compañero Pintado, hubo de obtenerla trabajando en un clima de universal disgusto y oposición a sus tareas de investigación. Según Alvarez y Abreu, el contrabando se ejercía por navios procedentes de todas las colonias extranjeras, y, por su parte, los barcos españoles, también implicados, zarpaban de Venezuela para contrabandear cuanto podían tocando en Santo Tomás o Curazao. Cada casa en cada puerto y ciudad de la provincia era un almacén que vendía, sin traba ni embarazo alguno, mercaderías extranjeras. En el trato ilícito estaban implicados no sólo los oficiales, sino aun los alcaldes, corregidores y el gobernador. Los oficiales conectados con la Real Hacienda llevaban una vida "que no podía ser más libre y licenciosa: viven tan ajenos a las costumbres de Europa que su conducta es la de hombres sin rey ni ley".

En esta situación, no es de admirar que, como dice De Pons (11, 11) al tiempo de la organización de la Guipuzcoana, de los 65.000 quintales de cacao que Venezuela producía anualmente, sólo 21.000 iban en las exportaciones legales a España, Veracruz, Santo Domingo y Canarias. Los otros dos tercios desaparecían como contrabando.

Y, sin embargo, la gran producción de Venezuela y la más codiciada por España era el cacao, del cual no se sabe exactamente cuándo se convirtió en objeto de comercio ultramarino, pero sí que se usaba en América desde el tiempo de la Conquista. Según una leyenda mexicana, Quazalcóatl, jardinero del edén donde vivieron los primeros hijos del sol, trajo a la tierra las semillas del quacahualt (árbol del cacao) para ofrecer a los hombres un manjar apreciado por los dioses. "Theobroma" (de theos. Dios, y broma, manjar), nombre científico con que bautizó Linneo al género de plantas a que pertenece el árbol del cacao, alude, sin duda, a esa leyenda. Sabemos que en 1580 enviaron los españoles chocolate a España, donde pronto se erigieron fábricas, y nos es conocido también que los españoles mantuvieron secreto largo tiempo después de la conquista de México su descubrimiento del cacao, estando severamente castigados los que lo transportaban sin especial autorización para ello. De todos modos, para 1728 ya se conocía en Francia, porque la Corte de Madrid había enviado, como valioso regalo, a la de París, cierta cantidad de cacao, y Ana de Austria y María Teresa, engolosinadas con el nuevo manjar, introdujeron la moda de tomar chocolate, que fue lle

vada también a Italia por Carletti (1606), a Inglaterra (1657) y a Alemania por Bontekoe (1679). Pero, todavía en 1686, un escritor español observaba que estaba poco en favor en otras tierras europeas; no obstante lo cual, ya se traficaba mucho por los holandeses desde que se apoderaron de Curazao, hasta el punto de que, hacia 1681, el gobernador de Cumaná consideraba el tráfico de contrabando de cacao como una de sus principales dificultades.

Concretamente, por lo que hace a Venezuela, una riña que siguió al descubrimiento de una arboleda de cacao en Maracaibo, en 1612, indica que la cosecha se estaba haciendo de valor, aunque posiblemente no se exportaba aún mucho de esa región. Que esa exportación no aumentó en la proporción que cabía esperar y que, desde luego, el contrabando holandés seguía desviando esa riqueza de sus debidos cauces, lo vemos en la interesantísima y aún inédita "Instrucción General y Particular del estado presente de Venezuela en los años de 1720 y 21", obra del vasco don Pedro José de Olavarriaga en la cual no falta, entre otros preciosos informes, la reseña minuciosa de todas las principales haciendas de cacao de la Provincia con el recuerdo de los árboles de cada una ni la referencia a lo aniquilado que estaba el comercio de Venezuela que vemos reducido a un navio registro de España "que a un no viene todos los años", y otro de Canarias cargado de caldo y cuatro o cinco embarcaciones que cargan todos los años una partida de cacao para la Nueva España.

Dos años después de que Olavarriaga escribiese esas palabras y otras aún más duras directamente relacionadas con las inexplotadas posibilidades del país, sentimos que un vaho de melancolía empaña la clara prosa de Oviedo y Baños cuando, al referirse a la tierra bien amada, ha de estampar aquello de que "si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica que tuviera la América".

Cinco años después de que apareciese esa contenida reconvención, y con la vista puesta, principalmente, en los dos grandes objetivos de que venimos hablando —explotación del cacao y represión del contrabando— surgía la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.

Aquí sólo hemos de ocuparnos de su labor referente al comercio del cacao, y, para mayor concreción, consideraremos la gestión de la Compañía dividiéndola en tres períodos:

- 1.- Desde el comienzo de sus actividades hasta el levantamiento de don Juan Francisco de León. (1730-1749).

2.- Desde la reforma de la Compañía hasta el decreto sobre la libertad de comercio (1750-1778).

3.- Últimos años de la Compañía (1779-1785).

Primer período (1730-1749)

Una de las providencias tomadas por el gobernador don Sebastián García de la Torre, llegado a bordo de la primera expedición de la Guipuzcoa-na que arribó al puerto de La Guaira el año de 1730, siguiendo instrucciones del Ministro de Marina e Indias don José Patino, que le llegaron en carta de 29 de mayo de 1731 (Archivo General de la Nación, Colección "Diversos". Tomo XIV, ff. 283-296) fue la de constituir una Junta de Comercio para que de terminase, de una parte, el monto del consumo de géneros de la provincia, y, de la otra, la exportación del cacao de la misma; y, para ambos casos, el número de navios y bajeles suficientes para los correspondientes servicios.

La Junta, reunida el 24 de octubre de dicho año de 1731, estableció que el consumo de géneros europeos se estimaba en 600.000 pesos anuales. En cuanto al número de fanegas de cacao que quedaban libres para exportar se calculó en 45 a 46.000, descontado el consumo interno estimado en 12.000 fanegas.

De esas 45 ó 46.000 fanegas, 15 ó 16.000 iban regularmente para Nueva España; de 5 a 6.000 para las Islas Canarias, 3.000 se llevaban los ingleses a cambio de negros; 1.000 se enviaban a las islas españolas de Barlovento, Santo Domingo y Puerto Rico; de manera que quedaban de 19 a 20.000 libras para remitir a España.

El mismo García de la Torre pidió certificación de las cantidades de cacao conducidas a España y México en el último bienio. He aquí el informe del contador:

Cacao llevado a España

1730, octubre:

"San Francisco Javier" 5.983 fan. 58 libras

1730. noviembre:

"Ntra. Sra. del Carmen" 7.569 fan. 74 libras

1731. junio:

"Santa Rosa" 4.162 fan. 21 libras

Total, 17.715 fan. 43 libras.

Lo que, al precio medio de 17 pesos por fanega, nos da un total de 311.155 p
esos plata.

Cacao llevado a Veracruz

En 1730 salen tres navios y en 1731 salen cinco con un total de 26.405 fan.
81 libras, o sea, 448.885 pesos (Diversos, T. XIV, ff. 283-296). Evidentem
ente, las cifras de la Compañía eran bajas, lo que se explica por las dific
ultades que encontró en los primeros tiempos de su instalación con la oposi
ción de los comerciantes criollos que se decía hacían, en su cólera, especi
ales esfuerzos para embarcar más contrabando que antes, la revuelca de Andr
esote y los demás acontecimientos que determinaron la destitución del gover
nador García de la Torre, quien fue sustituido por el Comandante General do
n Martín de Lardizábal.

Este, que se había hecho cargo del gobierno en diciembre de 1732, dictó, en
14 de enero de 1734, un auto en que se declaraba que en el último año de 1
733 habían salido de Venezuela, para diferentes partes, 54.148 fanegas de c
acao, de las cuales sólo 13.187 eran de la Compañía. Las restantes correspo
ndían a mercaderes y cosecheros a los que acusaba de no vender el fruto a l
os guipuzcoanos con lo que dejaban sin provisión de cacao a España, ya que
lo enviado no era suficiente. Para impedir que eso volviera a ocurrir, Lard
izábal fijó en 21.000 fanegas las que podrían exportarse a México; y no est
ando permitido enviar a Canarias sino hasta 4.000, resultaba un sobrante de
fanegas 30.000 para enviar a España sobre el cual la Compañía podría opera
r, pues los cosecheros habían de venderle, como fuese, esa cantidad (Divers
os, XIV, 314).

Con este nuevo régimen, las cifras de exportación aumentaron de modo que ya
, en el año siguiente de 1735, salieron para España 36.648 fanegas de cacao
, que al precio de 18 pesos cada una dan un valor total de 659.664 pesos. S
in embargo, en el decenio 1740-49 la exportación, en conjunto, hubo de baja
r a causa de la guerra contra Inglaterra durante la cual nueve navios de la
Compañía Guipuzcoana, seis de ellos, por lo menos, cargados de cacao y rum

bo a la metrópoli fueron capturados. Pero, a pesar de esas y otras pérdidas , y de que la Compañía hubo de dedicar sus mejores esfuerzos a la defensa de las costas venezolanas que por esos años sufrieron en La Guaira y Puerto Cabello muy fuertes ataques de los ingleses, los guipuzcoanos podían hacer constar, con razón, que si en los treinta años anteriores a la instalación de la Compañía salieron por registro de Venezuela 643.215 fanegas de cacao, solamente en esos duros primeros años de la Compañía la cifra ascendía a 869.247. Si añadiéramos los doce siguientes, tendríamos la cifra de exportación elevada a 1.508.179 fanegas. Lo que quiere decir que en los treinta años de actuación de la Compañía, las cifras casi triplicaron a las de igual período de tiempo anterior a su constitución (V. Diversos, T. XXXIX, f. 264).

Damos a continuación las cifras de exportación de cacao a España en el citado decenio de 1740-49 (Diversos, T. XVII, ff. 227-47).

Exportación de cacao para España PERIODO 1740-1749

Años	Navios	Fanegas	Libras	Precio	Total pesos
'40	5	40.341	80	11	443.751
'41	5	21.119	45	9,5	200.630
'42	2	4.168	84	12	50.016
'43	5	19.001	71	12	228.012
'44	4	11.347	23	10	1 13.470
'45	2	8.092	47	10,5	84.966
'46	4	28.070	56	10	280.700
'47	4	21.137	31	9	190.233
'48	1	11.192	11	8,5	95.132
'49	3	6.731	83		
	35	171.202	91		1.686.910

En el anterior período, y según la misma certificación (Diversos, T. XVII, ff. 255-82), el resto de la aportación asciende a la suma de 258.324 fanegas y 102 libras, se ha querido deducir de ello una diferencia de 87.122 fanegas a favor de la actividad de los mercaderes criollos. Pero la cosa no nos parece tan clara como se ha creído. Sí la Guipuzcoana fracasó oficialmente en sus intentos de hacerse cargo de la producción de cacao venezolano que se conducía a Veracruz, basta leer atentamente los folios que integran la certificación indicada (Diversos, XVII, 255-82) para entrar en sospechas, más que vehementes, de que los guipuzcoanos abandonaron, en la práctica, la deseada empresa. En efecto, más de 100.000 fanegas de las 258.324 comprendidas en esa relación vemos que son transportadas en navios cuyos nombres —"Aranzazu", "Iciar", "Begoña"— y los de sus capitanes —Luzuriaga, Azpiroz, Echeverri, Alberto— son inequívocamente "guipuzcoanos". Sumadas las cifras que ellos encabezan a las del anterior cuadro, la diferencia que da tan largamente a su favor que vienen, justamente, a duplicar a los demás.

Segundo período (1750-1778)

En 1749 se produce la revuelta de don Juan Francisco León que trae, como consecuencia, la expulsión de la compañía en abril de ese año. Al ser repuesta (R.D. 15 de diciembre del mismo año) sufre reformas como la del traslado de su sede a Madrid, duplicación de sus acciones, etc., etc., etc., y la de más interés para nosotros concretamente es un nuevo régimen de regulación de precios que en adelante debería estar a cargo de un comité formado por el gobernador, un regidor y el factor de la compañía, quienes habían de ponerse de acuerdo para fijar cada año el justo precio del cacao y otros productos de la tierra. Esto constituyó una medida acertada y que se reveló eficaz, no obstante las naturales discrepancias que a veces surgían en el seno de ese comité o junta. Además, fue fecundo en consecuencias políticas, pues esta intervención del Cabildo en negocio de tanta trascendencia para la vida de la Provincia fue robusteciendo su autoridad e influyendo cada vez más en la formación de la conciencia nacional venezolana cuya eclosión iba aproximándose.

En estas condiciones de pacificación interna y paz exterior, la exportación del cacao conoce, en los años siguientes, su período de auge. Los datos de los años 1750 a 1764, según el cuadro que hallamos en la interesante exposición del Factor principal Martín de Goicoechea (Diversos, T. XXXIX, ff. 250-77), nos muestran que ella asciende a la cantidad de 875.641 fanegas y 50 libras, distribuidas como sigue:

Veracruz	270.889 fanegas y 71 libras
----------------	-----------------------------

Canarias	76.141 fanegas y 38 libras
Barlovento	28.196 fanegas y 64 libras
España	500.313 fanegas y 97 libras

A 13 pesos, precio medio de la fanega en esos años, las citadas 875.641 fanegas nos darían un valor total de 11.352.057 pesos plata.

La exportación a España, detallada por años, es como sigue:

Libras 42 36

Fanegas 27.701 20.924

Ibtal pesos

Años

1750

1751

Precio Medio Desconocido

Años	Fanegas	Libras
1752	27.984	17
1753	33.420	108
1754	46.968	66
1755	29.430	89
1756	20.896	2
1757	28.615	26
1758	34.706	88

1759	43.534	
1760	31.724	47
1761	30.974	100
1762	20.593	43
1763	50.319	42
1764	52.889	27

Precio Medio 12

Bien podía decir el Factor Goicoechea, en su citado informe (año 1768) que "...el último estado en que hoy vive la Provincia es el más floreciente por todas sus circunstancias", ya que venían a exportarse de ella, un año con otro, las 60.000 fanegas disponibles de su producción anual.

Los años que siguen, hasta el 1788, marcan una proporción pareja, ya que, para las 500.313 fanegas exportadas a España en los quince años anteriores, las extracciones correspondientes a los catorce años comprendidos entre 1765 y 1778 arrojan una cifra de 490.196 fanegas, distribuidas por años como sigue, según datos que tomamos de Hussey:

Años	Fanegas
1765	26.906
1766	23.602
1767	30.559
1768	21.759
1769	37.605
1770	43.189
1771	35.019
1772	30.946

1773 43.955

1774 31.400

Como en la relación de que tomamos estos datos hay dos navios cuyo cargamento no consta, bien podemos dejar esa suma en 500.000 fanegas en cifras redondas. Es decir, que en el período 1750-78 corresponde a la Compañía la exportación de un millón de fanegas de cacao.

Sabemos, por otra parte (Informe del Factor principal don José de Amenabar, Diversos, T. XLV, f. 236), que en los años 1750 a 1769 salieron, en total, de Venezuela con registro, fanegas 1.140.595 y desde el 1770 al 73 inclusive, 245.664, es decir, 1.386.259 en total.

No tenemos a mano datos de algunos de los cinco años posteriores hasta el 1778. Pero calculando, con la seguridad de errar en muy poco, por los que tenemos y los anteriores, podemos estimar que continuó en ellos la exportación con un promedio anual de 60.000 fanegas. Esto nos daría 300.000 en esos cinco años que, agregadas a las 1.386.259 anteriores, elevarían la cifra a 1.686.259 como exportación total del país en esos años de 1750 al 78, que al precio medio de 14 pesos durante ese período, darían un valor total de exportación de cacao de 23.607.626 pesos. De ella correspondería a la Compañía casi los dos tercios.

Esto en cuanto a su actuación oficial. Pero, si como hicimos para el período anterior, echamos una mirada al tráfico con Veracruz, que es el que seguía en importancia al de la metrópoli, vemos inmediatamente que los guipuzcoanos constituían la gran mayoría de los dueños de las embarcaciones con derecho de turno en la carrera de ese comercio. Así se comprueba por documento autenticado por el teniente escribano de Registros y Real Hacienda, fechado en 14 de enero de 1778 y cuyo primer asiento es de 1764 por lo que cubre, justamente, el período que acabamos de considerar.

Tercer periodo (1779-1785)

Tras los años de florecimiento del período anterior, asistimos a una rápida declinación de la Guipuzcoana, cuya existencia venía peligrando por causas internas y externas. Estaban entre las primeras el fracaso de varias empresas, ajenas, por cierto, a su específica misión, en que la Compañía se había embarcado, como la Compañía Ballenera instaurada con la esperanza de renovar antiguas y gloriosas tradiciones; los intentos de volver a la explotación

ón de la pesca del bacalao en los bancos de Terranova, y las experiencias realizadas en 1770 para la instalación de pesquerías en las costas de Cumaná.

Los ensayos de comercio europeo con el envío de cacao a Italia, y los esfuerzos para establecer un monopolio sobre la región del Orinoco, etc., etc., de nada sirvieron ante los acontecimientos que sobrevienen.

El primero y principal de ellos es el Decreto de Comercio Libre de 1778 con el que se preparaba el golpe mortal al sistema en que la Compañía tenía su fundamento. TVas él, la guerra contra Inglaterra que estalló el año 1779 y que vino a afectar a la Guipuzcoana de tal suerte que sólo en el siguiente año de 1780 experimentó la pérdida de siete navios hundidos por el almirante Rodney. Ni una fanega de cacao llegó este año a España. Y, a pesar de los intentos que en el siguiente realizó la Compañía para intensificar el comercio con Veracruz y para proseguir el europeo, utilizando los servicios de navios de bandera neutral, el retorno a la paz la encuentra tan paralizada que ya nada puede impedir su fin, decretado el año 1785.

Sólo 40.633 fanegas de cacao pudo conducir a España en estos últimos siete años de su vida la Compañía Guipuzcoana que, en el conjunto de sus magníficas realizaciones y graves culpas, ostenta una grandeza de la que mejor que nada da la medida el apasionamiento que su recuerdo ha suscitado y suscita, lo mismo entre sus apologistas que entre sus opositores.

El Farol, Caracas, N.º 204, Enero - Febrero de 1963.

CARTA DE CARACAS. GLORIA AL BRAVO PUEBLO

Parece como que hubiéramos empezado a respirar en Venezuela. Para quien se haya hecho al ambiente de libertad, consustancial en el Uruguay con la vida, desde la raíz al pináculo, la existencia tenía aquí algo de asfixiante que no era otra cosa, simplemente, que la falta de esa libertad. Claro que podía vivirse con cierta tranquilidad siempre que uno no se dejara arrastrar por la seductora tentación de ser persona. Pero no sin dejar de sentir sobre la cabeza algo que en cualquier momento podía fulminarnos a la menor imprudencia verbal, al más pequeño desahogo incontrolado. Uniformes por todas partes, superabundancia de milicios autobombo del gobierno por el gobierno y para el gobierno, prensa al dictado, los partidos políticos fuera de la ley, los sindicatos sombra de una sombra, el terror contra cualquier brote de oposición, el peculado constituido en negocio normal de los favoritos de la situación, el desmedido enriquecimiento de éstos en contraste con la increíble miseria de las clases bajas en este país donde el oro mana sin cesar

eran algunas de las características más salientes del gobierno que acaba de caer y con su caída nos ha traído la grata sensación de que empezamos a respirar en Venezuela.

Una de las cosas que quizá haya distinguido más al derrumbado régimen era su carencia total de ideología política o de cualquier otra especie. Ciertamente es que se inventó algo que llamaban "El nuevo ideal nacional", pero la verdad es que ello era tan vago e inconsciente que dudamos mucho de que sus mismos autores supiesen con la deseada exactitud de qué se trataba. Y como gobernar sin la base o el pretexto, al menos, de alguna ideología por errónea que ella pueda parecernos es uno de los grandes pecados contra la inteligencia, la dictadura se había granjeado la enemiga total de las clases intelectuales del país y en la Universidad tenía sus más irreductibles adversarios, sobre todo en el valiente estudiantado que supo dar la cara y salvar el honor cuando el terror paralizaba a todos, y quien, sin decaer un momento, con sus hojas mimeografiadas, sus manifestaciones callejeras, y, últimamente, con su lucha armada, ha escrito una de las más brillantes páginas en los anales del país.

Otra de las notas predominantes del régimen era su intrínseca inmoralidad. No ya la íntima del dictador y sus más allegados compinches que en la isla de la Orchila reeditaban las orgías de Tiberio en Capri, sino, además de esa, la inmoralidad administrativa erigida en sistema en una danza de millones tal que sólo la portentosa riqueza actual de Venezuela podía resistir el despilfarro. Era natural que ante estas cosas la Iglesia reaccionara denunciando, como lo hizo el digno Arzobispo de Caracas en su pastoral del 1 de mayo, el miserable estado del pueblo venezolano al cual nada indispensable debía de faltar hoy día con una distribución nada más que medianamente justa de la riqueza nacional. Desde esa fecha comenzaron las fricciones del Gobierno con el clero, varios miembros del cual fueron encarcelados, mientras otros entablaban la lucha por el pan y la libertad, encuadrados en la llamada "Junta Patriótica" que tan eficazmente ha sabido trabajar en la clandestinidad.

Pan y libertad se negaba al pueblo; pan, libertad e instrucción. Instintivamente odiada por toda dictadura. Cuando se piensa en los cientos de millones invertidos en esas suntuosas obras de las que se envanecía el grotesco dictador, la simple consideración de los niños sin hogar que pululan por las calles de Caracas; el desnudo hecho de que alrededor de la mitad de la población infantil de esta ciudad carece de escuelas primarias, es algo que habla por sí solo del régimen caído con una elocuencia que no hay por que afanarse en buscar en otra parte.

La medida se iba colmando. Vino a rebasarla la parodia de plebiscito realizada el 15 de diciembre por el que se intentaba dar alguna apariencia de legalidad a la continuidad del dictador. La torpe forma en que fue organizado y, sobre todo, el haberse concedido voto a todos los extranjeros con residencia de más de dos años en el país, pensando con esto disimular el absolutismo del electorado venezolano que ya se presumía, fue el hecho que derramó la cohesión definitiva de todos los opositores al régimen que extendían ya sus filias desde la iglesia a la banca hasta los partidos extremos. Con ellos iba coincidiendo parte del ejército, principalmente los oficiales jóvenes.

El 1 de enero sobrevolaron Caracas aparatos del ejército sublevados en la base de Maracay que ametrallaron la casa de gobierno de Miraflores en una intentona que al cabo de dos días de incertidumbre se dio por dominada.

Pero la batalla había sido dada. Y el pueblo, unánime ya contra el opresor, comprobó que la decantada unidad granítica del ejército se había resquebrajado. Los acontecimientos se fueron precipitando.

Para el día 21 al mediodía se anunció clandestinamente la huelga general. El gobierno había tomado todas las precauciones policiales imaginables, pero todas se revelaron absolutamente impotentes. Ese mediodía todos los autos —que sobreabundan en Caracas— comenzaron a hacer sonar sus cornetas con atronadora unanimidad; las iglesias echaron a repique sus campanas y, a estas señales, el comercio cerró sus puertas, obreros y empleados se retiraron a sus casas y la ciudad entera se replegó en sí misma muda y desafiante. Y la prensa en unánime actitud cívica había dejado de salir desde la mañana.

Fue inútil la represión. La voluntad del pueblo estaba tensa y de nada sirvió que la policía ametrallase, sobre todo en los barrios populares, al heroico pueblo que respondía a pedradas y botellazos. La situación se fue haciendo insostenible, y en la madrugada del día 23, el contra-almirante Larrazabal, una de las más brillantes y honestas figuras de las Fuerzas armadas, exigía a Pérez Jiménez la renuncia, en nombre del pueblo y del ejército.

Sobre nuestra casa, a la vista del aeródromo, vimos esa madrugada a las 3 pasar todavía bien bajo el avión que llevaba la triste carga del tirano derrocado. Después hemos visto partir otros y entre ellos el que, antes que la radio lo anunciara, adivinamos que se llevaba de aquí un detritus más: el hombre fuerte de la Argentina, Juan Domingo Perón, que abandonó su refugio de la embajada dominicana pálido y lloroso. Tanto quizá como por el miedo, porque aquí se dejaba unos cientos de millones que ya no recuperará más; cie

ntos de millones que eran el mejor instrumento de que disponía para su pretendida recuperación política.

Pérez Jiménez y Perón han corrido a refugiarse a Santo Domingo que con estas tristes adquisiciones ha acentuado aún más su carácter de ciudadela de la peor tiranía de América. Quizá convenga que se concentre allí todo lo poco que de regímenes autoritarios va quedando en este continente para que así caiga y se hunda definitivamente por su propio peso de fruta podrida que es preciso enterrar de una vez para que nunca más infecte los aires libres de estas tierras nacidas para la libertad.

Esto es lo que hoy esperanzadamente ansian los hombres de este Nuevo Mundo que atisban a través del Atlántico el próximo derrumbe del dictador que en España dio ejemplo y aliento a tantos de estos tiranuelos. Ello no puede tardar si se ha de terminar de una vez con el sarcasmo de llamar "Mundo libre" a aquél en el que en muchas de sus partes aún el pueblo gime bajo la férula de monigotes endiosados.

Mientras tanto, en Venezuela parece como que hemos empezado a respirar.

Euzko Gastedi, Caracas, 1958.

EL CASO VASCO

Un buen amigo venezolano me pide le explique el origen, fundamento y fines del movimiento vasco cuyos ecos viene recogiendo estas últimas semanas nuestra prensa. Procuraré hacerlo en gracia a nuestra amistad, sin otro norte que la verdad y luchando como pueda contra mi principal obstáculo: la brevedad exigida por el marco de un artículo periodístico.

Empezando, pues, con la pregunta ¿qué es lo que quieren los vascos?, diremos que el movimiento nacionalista que sacude al pueblo vasco aparece hoy organizado a través de varias agrupaciones políticas que básicamente coinciden en una meta: el logro de la libertad nacional vasca.

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento de esta aspiración?

Históricamente nos concretaremos aquí a un hecho. Estamos en los años en que se está gestando, por un lado, la independencia venezolana y por el otro, el asesinato de las libertades vascas. Estamos ante la Asamblea de Bayona, donde Napoleón ha reunido a los claudicantes Carlos IV y Fernando VII. .. y a María Luisa y Godoy. Se trata de dar a la España, cuyo trono pasará

a José Bonaparte, una Constitución. Allí, ante todos los apoderados peninsulares convocados y ante Napoleón I que presidía la Asamblea, con la serenidad y la fortaleza de quien enuncia una verdad que nadie podía contradecir ni contradijo, alza su voz el delegado vizcaíno don Juan José María de Yandiola. He aquí sus palabras textuales (julio de 1808):

"Desde la más remota antigüedad, o más bien desde su primitivo origen ha existido Vizcaya separada del gobierno general de España, con constitución y leyes propias, y aun después que por heredamiento se han visto reunidos en una misma persona la Corona de España y el Señorío de Vizcaya, se ha observado el mismo sistema sin confusión alguna..."

No se me escandalice usted, mi querido amigo, con eso de "separada". Ya los Reyes Católicos (en 19 de abril de 1491) habían llamado a Vizcaya "nación separada", y las cortes castellanas, reunidas en Burgos en 1506, no admitieron en su recinto a los vascos que pretendieron concurrir, alegando que eran gentes de "Estados separados..."

Pero que no se entienda que estamos defendiendo al separatismo en cuanto éste pueda suponer algo antinatural por esencia, como lo tenemos alturas que conseguirá en tres meses lo que no pudo en treinta años. No quiere darse cuenta de que está luchando contra un hecho natural, que la presente situación de violencia arranca de que es imposible que un pueblo entero continúe sufriendo la despótica imposición de lo que dentro de él es una exigua minoría que sólo puede sostenerse por la fuerza del aparato policíaco y militar extranjero.

¿Y para qué quieren los vascos la independencia? Para todo menos para darse el gusto de separarse y aislarse en el recinto de una muralla china impulsados no sabemos por qué odios y resabios cavernícolas. La quieren porque les consume el celo por una Patria ideal, constituida por la unión de todas las regiones vascas, que sea capaz de las más nobles realizaciones humanas, según su genio nacional, y que forme, por derecho de naturaleza y hasta podríamos decir de primogenitura, en el concierto de la Unión de las Naciones Europeas. La quieren porque saben que es enriquecer a la humanidad, luchar contra la uniformidad y avanzar hacia la unidad universal dentro del marco de una armonía en que florezcan los varios valores nacionales. La quieren porque tienen fe en los destinos de su pueblo y en los objetivos que puede cumplir, dueño de sí mismo, ese pueblo que siempre fue uno de hombres honestos, emprendedores y libres. La quieren... para lo que quieren su independencia todas las naciones del mundo grandes y chicas que han sabido dar por ella la sangre de sus mejores hijos. ¿Acaso no fue así aquí, m

¡querido amigo de esta Venezuela generosa?

El Nacional, Caracas, 1962.

DIÁLOGOS DE AUSENCIA V PRESENCIA

Errikoi.- No lo dudes, Errimin, todo tiene su precio y hay que saber pagarlo. Es alto éste que la guerra nos impuso al desparramarnos por todos los rincones del mundo, pero si sabemos aprovechar la experiencia, ¡qué fructuosa ha de ser para la Patria! Y lo sabremos; al menos, lo sabrán muchos. Espero que el próximo Congreso de París sea la piedra de toque.

Errimin.- ¡Qué diferentemente miramos el negocio, Errikoi! Tú crees que el conocer bien las demás tierras es el mejor medio para llegar a comprender la nuestra. Yo, en cambio, pienso que cuanto más permanece uno en su propia casa, tanto mejor comprenderá las otras; quiero decir que cuanto más penetre en las esencias de su tierra no sólo la amará más y mejor, sino que, al mismo tiempo, entenderá y amará más a las ajenas.

Errikoi.- Y, sin embargo, recuerdo aquello de Ibsen que vivió casi treinta años en el extranjero sin dejar nunca de pensar en Noruega y sin dejar de comprenderla. Decía él que jamás había visto de manera tan nítida y completa su hogar como lo hacía desde lejos. Y piensa también en lo que André Gide escribía de Barres a propósito de Les Déracinés, de este último: "SÍ no hubiera ido a París, no habría podido ser capaz de escribir el libro en que aconseja a los demás que se queden en su tierra".

Errimin.- Precisamente, Errikoi, precisamente, ¿No te parece ésa una cruel experiencia? Puede ser rica para los demás, pero ¡qué dolorosa para el que la sufre!

Errikoi.- No te la quiero imponer, ni tampoco a nadie. Porque, además de todo, nosotros no somos como los ingleses, de los que se ha dicho que en cualquier rincón del mundo pueden sentirse en su casa, porque siguen siendo ingleses. En los vascos la cosa varía totalmente. El nuestro que va a tierra extraña tiende naturalmente a consustanciarse con ella. Esto me parece muy noble, tanto quizá como el no haber emprendido nunca una guerra de conquista, pero es difícil calcular hasta dónde nos ha debilitado.

Errimin.- Y, sin embargo, ¿recuerdas aquello de nuestro Fuero, que al conceder al presunto malhechor treinta días para comparecer libremente a defenderse y el árbol de Gernika, le daba tiempo con ello para huir de la tierra? Pe

ro pensaban que difícilmente lo haría porque ¿qué mayor castigo podían darle las leyes que el que, al perder su tierra, él mismo se infligiría?

Errikoi.- Te olvidas de nuestra ubérrima cosecha de aventureros.

Errimin.- La tengo bien presente. La pequenez y aspereza de nuestra tierra y la vecindad del mar con sus vías infinitas era una demasiado viva tentación para una raza fuerte. La estampa del aventurero es humana y simpática, sí, pese a todas sus enormes fallas. Pero díme: ¿qué legaron a la Patria? Casi todos olvidaron la cuna y pertenecen al sepulcro. Si al menos hubieran sabido redimirse como Iparraguirre con aquel "Ara nun dirá mendi maitiak"... Ese fue quizá el momento más luminoso de su vida de estrella errante.

Errikoi.- Quizá, Errimin, todo está en el temple de cada uno. Bien que los débiles se enraicen hondo allá en la tierra, pero los fuertes pueden ser más útiles peregrinando, porque siempre seguirán siendo ellos mismos y de los extraños tomarán sólo aquello que les convenga.

Errimin.- Temo que les convengan demasiadas cosas. Si de distinguir se trata, hagámoslo a base de calidad de amor. Porque a quien de verdad ama, nada podrá distraerlo del objeto de su dilección, esté ausente o presente. Piensó ahora en Alberdi, aquel "hijo de vizcaíno" que echó las bases de la República Argentina. Pocos hombres vivieron tan intensamente como él la vida y los problemas de su tierra, de la que, por una u otra causa, le tocó andar alejado de por vida. Pero ¡cómo la amó!

Errikoi.- ¡Guarda, Errimin, que ya asoma en ti el sentimental!

.- No pases cuidado; ya sé que eso no se estila ahora: hay que ser realistas, ¿no es así como se dice? Y, sin embargo, yo no seguiré ahora a realistas ni a sentimentales, y, puesto a buscar modelo, me acercaré al que pasa por serlo de hombres prudentes, a Ulises el prudente por antonomasia. Pero ¿qué quieres que haga, Errikoi, cuando a ese hombre "fértil en recursos", a este dueño y señor de su inteligencia y de sus nervios, lo veo que, mimado por el amor de una inmortal y bañado en todas las delicias, no hace sino suspirar por ver de nuevo subir al cielo el humo de las casas de su Itaca natal, de aquella pobre isla donde apenas si podían hallar sustento unos rebaños de cabras?

Errikoi.- Tal vez en el fondo Ulises no era sino como uno de nuestros indios que quería volver a su tierra para pasar allí sus últimos años en medio de la admiración de sus coterráneos, a los que mantendría constantemente boquiabiertos con la narración de sus maravillosas aventuras.

Errimin.- No ironices, Errikoi. Es muy fácil caricaturizar a nuestros indios, pero hemos abusado de ello y creo llegada la hora de reivindicar su causa. Nuestro indiano, en general, ha sido un pobre muchacho, campesino sin apenas instrucción alguna. Vino a América a hacer plata y para ello necesitaba no distraerse en refinamientos espirituales que le hubiesen apartado de su fin. Cumplido éste —cuando se cumplía—, el hombre sentía la necesidad de volver a su aldea natal, a la que daba todo lo que era capaz de dar: su prole, si aún alcanzaba a tenerla, y su plata, con la que quizá se abriría una escuela o un hospicio. ¿Qué más podría hacer?

Errikoi.- Pero nosotros...

Errimin.-... no somos indios. No vinimos a América a hacer plata. Y, en rigor, ni vinimos siquiera: nos hicieron venir. Y he aquí una razón que sola bastaría para no dejar de pensar ni un solo día en volver cuanto antes. Y nos hicieron venir por el delito de amar mucho a nuestra tierra. He aquí una segunda razón para acrecentar nuestras ansias de regreso. Y mientras nos hacían salir, rellenaban y cada vez con más ensañamiento rellenan los huecos que dejamos con gente extraña a nuestra estirpe. Y esa es la tercera y definitiva razón para acelerar, como sea, nuestra vuelta. Nos están robando la estirpe y hasta el paisaje nos están defraudando, Errikoi!

Errikoi.- Mira hacia el Avila. ¡En qué maravillosas tonalidades se diluye la luz de la tarde que cae! ¿No es esto hermoso?

Errimin.- Sí, muy hermoso, Errikoi. Creo que todas las tierras son hermosas porque todas son de Dios. Pero cada hombre no tiene sino una que de verdad es suya, la única en que de verdad se nutre y sostiene como el árbol de su raíz. Sí, es muy hermoso este paisaje, aunque yo no lo puedo sentir como quisiera porque mi espíritu está ausente de aquí. Esta es la hora, Errikoi, en que suelo cerrar los ojos y me dejo llevar por la alfombra mágica de mis recuerdos. Ya no estoy aquí. Quizá vengo caminando de la paz de la Galea y ahora me detengo a la altura de Aizerrota... Es el momento en que las sombras caen y las luces de la ría desde Algorta y Santurce se van encendiendo en un maravilloso abanico. ¡Espectáculo mil veces contemplado, pero que mis ojos nunca podrán saciarse de admirar!

Euzko Gastedi, Caracas, Julio de 1956.

TRES EMIGRACIONES

La incorporación del elemento vasco a Venezuela puede ser estudiada en tres momentos que denominaremos la Aventura, la Empresa y el Exilio y que corresponden respectivamente a los primeros tiempos de la institución colonial, al siglo XVIII y a nuestros días.

El movimiento de la Aventura es aquel que se realiza bajo el signo de la inmigración individual y esporádica de los siglos XVI y XVII, determinado por el ansia de riqueza y bienestar superando las barreras que la estrechez de la tierra, la fecundidad familiar y las restricciones de la legislación civil, celosa conservadora de la casa solariega, imprimían a los enérgicos hombres de una raza que nacían frente a los infinitos caminos del mar. Conquistada pérfidamente Navarra a principios del siglo XVI —aunque sea digno de notarse como al principio algunos juristas de Indias niegan a los navarros la calidad de españoles—, y unidas también las regiones de Alaba, Guipúzcoa y Vizcaya a Castilla aunque en realidad no fuese más que en la persona del común soberano, este vínculo que según corrían los tiempos había de engendrar tan desnacionalizadores efectos, ofrecía de momento a los vascos un amplio campo para sus actividades que, como es sabido, desde el Descubrimiento, comenzaron a desplegar a lo largo y lo ancho de toda la América.

El vasco aventurero se concreta en Venezuela y, para ser aún más precisos, en Caracas, en individualidades como la de Diego de Henares Lezama (natural de Baracaldo, Vizcaya), el hombre que diseñó el plano de la primera urbe caraqueña; en Sancho del Villar, uno de sus primeros alcaldes; en Juan de Amezaga, escribano de cámara; en encomenderos como Simón de Bolívar (el Viejo), Sancho de Zuazo, los capitanes Arteaga y Guevara y otros que pudiéramos citar y cuyos nombres aparecen en los repositorios de viejos documentos caraqueños anteriores al año 1600, sin olvidar a don Simón de Basauri, fundador de la primera escuela que hubo en la ciudad (año 1594).

Con los primeros años del siglo XVII (1606-1611) tenemos al gobernador Sancho de Alquiza cuyo nombre deformado en Sanchorquiz aún perdura en la toponimia caraqueña. Antes de él y después a lo largo de toda la centuria, van llegando y afincándose en el país segundones de las más conocidas familias de Euzkadí, como los orgullosos vastagos de los Muxi-ca y Butrón —"Muxika arerioakaz agika; Butroe zelangoa dan oróle da-kie", reza su lema inscrito en las piedras de su viejo y poderoso castillo allá en Gatika;— o de los Villela de Munguia, los de "los cinco lobos en vela de la casa de Villela" que recordará todo lector del precioso "Libe" del Maestro Arana Goiri. De esa época son los Landaeta, una de las estirpes más prolíficas entre todas las familias caraqueñas; los Arguinzoniz, los Arechederra y, para concluir con dos conocidas esquinas de la ciudad los Ibarra y los Veróiz que

ahora dicen Veroes. Los frutos de esta inmigración de la Aventura correspondieron a sus orígenes y no pudieron ser otros que individuales y dispersos.

El 4 de septiembre de 1730, con la llegada a Puerto Cabello de los tres primeros navios de la "Real Compañía Guipuzcoana de Caracas", las fragatas "San Ignacio de Loyola", y "San Joaquín" y la galera "Guipuzcoa-na", comienza sus actividades la inmigración de la Empresa. Una empresa de carácter puramente mercantil, nunca hay que perder esto de vista. Ni podemos olvidar tampoco que si del lado vasco ofrece la ventaja de ser un organismo netamente nacional en su dirección, en sus hombres, en sus instrumentos y hasta, en gran parte, en el destino de sus ganancias, representaba tan sólo el esfuerzo de una de las siete regiones o estados vascos que, si en la letra de las leyes seguía tan independiente como el primer día de su unión personal a la corona de Castilla, llevaba ya sufriendo siglos de adulteración en lo más íntimo de su esencia nacional.

Como quiera, con todas las limitaciones con que nacía y todos los reparos y objeciones que desde distintos ángulos pueden hacerse, es indudable que esta empresa, ya se la mire desde el punto de vista del esfuerzo vasco, ya desde el de su influencia en los destinos de Venezuela a la que encontró "...reducida a la situación de una provincia agobiada por la pobreza... y la dejó próspera, revalorizada para el Imperio y bogando en la plena corriente del comercio exterior", como dice Hussey, reviste una trascendencia que sólo los voluntariamente ciegos pueden negar. Y junto con el aspecto mercantil de la empresa, "...no se ha de olvidar" —como escribe Gil Fortoul— "que los bascos de la Compañía Guipuzcoana trajeron a la hasta entonces pobre e inculta colonia venezolana, algo más importante que las mercaderías españolas. Trajeron libros, ideas, moderno espíritu emprendedor, hombres arrastrados en su mayoría por el movimiento que iba a culminar en la Enciclopedia y la Revolución Francesa. Guipúzcoa, vecina de Francia y hogar de una raza noble que juntó siempre las energías del trabajo con el espíritu de independencia vino a modernizar en lo posible el anticuado régimen de los conquistadores". Con lo que consiguió que Venezuela, añadimos nosotros, no estuviera ausente del siglo XVIII y hasta que fuese su siglo auroral, sin que pudiera decirse aquí lo que Ortega y Gasset escribió de España: "Cuanto más se medita sobre nuestra historia más clara se advierte la desastrosa ausencia del siglo XVIII... Este ha sido el triste sino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible".

Lo que los libros y las ideas de ese siglo traídas por los vascos a Venezuela representaron en la incubación del movimiento independentista es fácil de excogitar. Pero hay que señalar además algo tan importante como es la nat

ural predisposición del hombre vasco para las empresas de libertad. Como escribiera aquel nuestro Ramón de Bastera a quien "las claridades de Roma" y la herencia romana de España desviaron de los senderos de su patria: "La alarma me invade en presencia de la acción de los vizcaínos en América. La serda conciencia de haber abortado su forma espontánea de raza anterior a Roma por la imposición de Castilla, parece haberlos preparado a la comprensión y hasta a la misma simpatía con las poblaciones indígenas-. He tenido que cerrar mis ojos a la plétora de apellidos del Pirineo que hormiguean en las rebeldías de las guerras civiles de América". Sin duda los cerraría al leer la lista de los complicados en el alzamiento de Gual y España y después, aún con más violento esfuerzo, al ver en la gloriosa lucha por la Independencia venezolana, junto a la figura de Bolívar, tantas otras de primera magnitud como Urdaneta, Anzoategui, Aris-mendi, Sagarzazu, Aramendi, Mendiri, etc, etc.

Esta inmigración de la empresa fue organizada y, en lo que cabe, masiva. Más de 2.500 fichas de vascos del tiempo de la Guipuzcoana tenemos recogidas, lo que algo significa, habida cuenta de que la mayor parte corresponden a Caracas cuya población no excedía de 20 a 30.000 habitantes por aquel entonces. Los Olabarriaga, Aizpurua, Goizueta, Urroz, Zaran-dia, Uranga, Goicoechea, Amenabar y Mintegui, por citar sólo a los Factores principales de la empresa, encabezan una relación desde capitanes generales a grumetes, pasando por marinos, comerciantes y representantes de las más diversas actividades. De estos hombres proceden familias tan profundamente arraigadas en los medios venezolanos de hoy como los Le-cuna, Zufoaga, Azpurua, triarte y tantos otros.

La disolución de la Compañía en 1785 y las conmociones y guerras que sacuden a Venezuela en las primeras décadas del siglo XIX, cortan a lo largo de todo el resto del siglo y casi primera mitad del XX la corriente emigratoria vasca que se encauza preferentemente por esta época a las orillas del Plata. Tenemos que llegar al año 1939 para poder dar testimonio de una tercera corriente emigratoria de Euzkadi a Venezuela.

Es la que hemos llamado del Exilio. Parecida sólo a la anterior en que se inicia también con la llegada de tres barcos, el "Cuba", el "Flandre" y el "Bretagne" a los puertos de Venezuela, pero muy distinta a las dos anteriores en su motivación y en su espíritu. No llegaban ellos como aventureros a tierra conquistada ni organizados en poderosa empresa mercantil bajo los auspicios de un monarca. Venían rotos, con sus vidas truncadas por los horrores de una guerra que nunca quisieron pero que hubieron de aceptar, con heroica determinación, en defensa propia y de sus valores nacionales entre los q

ue se alza el primero y más alto que ninguno el culto a la Libertad.

Pero no hablaremos nosotros de esta inmigración. Con más autoridad y conocimiento lo harán otros compatriotas que fueron actores y testigos de ella. Los hombres que al ser recibidos fraternalmente en la tierra generosa de Venezuela a la que ofrecen todos los días lo mejor que un hombre puede rendir, su trabajo constante y su conducta rectilínea, no pueden olvidar a su patria lejana. Porque no puede pedírseles que lo hagan mientras ella, que fue en Europa cuna y asilo de las más antiguas libertades, esté convertida en tierra ocupada por un invasor que además de una sangre, un idioma y una cultura extraña, pretende imponernos, para más escarnio, una doctrina que es la negación misma del concepto vital del hombre vasco; la antítesis de aquel ideal de independencia nacional y plenitud en la libertad por la que luchan, en las sombras de la Resistencia o la grata luz de los ambientes democráticos como el que Venezuela brinda, todos los vascos dignos de sus apellidos.

Revista Centro Vasco.- XXX Aniversario, Caracas, 1966.

DIALOGO DE EMIGRADOS

BETILLUN.- Sí, amigo Ortzargi; tenía toda la razón José de Maistre cuando escribía aquello: "Los emigrados no son nada; los emigrados no pueden hacer nada". Es decir, aplicándonos el cuento: no somos nada, no podemos hacer nada.

ORTZARGI.- Demasiado rotunda la frase para que sea enteramente cierta. La verdad es, Betillun, que poseemos la más formidable de las armas: el amor. Porque creo que amamos a la patria con un amor que difícilmente pueden igualar los que en ella viven.

BETILLUN.- Presunción y engaño, Ortzargi. Presunción en lo de creer que somos algo así como los caballeros andantes de la Patria. Y engaño profundo, de otra parte, porque si es verdad que amamos a la Patria en lo que ésta tiene de eterno —y no te negaré que esto sea lo más importante—, hay engaño en nuestro pensar porque la patria que dejamos hace veinte años, amigo Ortzargi, no es la misma de hoy. Los que están allí la pueden amar mejor porque la ven y palpan todos los días, mientras que nosotros al pensar en la patria, y qué triste es esto, amigo Ortzargi, ponemos nuestro corazón en muchas cosas que ya dejaron de ser para siempre.

ORTZARGI.- Eso, Betillun...

BETILLUN.- Sí, Ortzargi. "Panta reí", que decía el viejo Heráclito. Tbdos los días mueren cosas que una vez nos parecieron connaturales con la Patria, y todos los días nacen otras que con el tiempo se van convirtiendo en sustancia suya. Y es preciso estar presente, allá en la tierra para tomar el pulso de unas y otras y poder valorarlas bien. Cada generación se sitúa frente a la vida: hereda mucho de la que le procedió y lega otro tanto a la que ha de seguirle. No hablemos nada del movimiento de las ideas: son como vestiduras del espíritu que pasan de moda como las del cuerpo. Hasta lo que parece más inmutable cambia. ¡Qué cosas más interesantes leía el día pasado sobre la transformación del paisaje en Guipúzcoa!

ORTZARGI.- Pero son cambios que no alteran la sustancia. Que un bosque de pinos ocupe el lugar de uno de robles o hayas podrá parecer una usurpación y hasta una profanación si quieres. Pero, bajo los robles o los pinos, allá está la tierra nuestra; tan nuestra, para mí, con unos o con otros árboles, tan nuestra con un sembrado de maíz como con una pradera de trébol.

BETILLUN.- Podrías decir lo mismo hasta de los caseríos, no tan antiguos como muchos creen sobre nuestra tierra; del juego de la pelota...

ORTZARGI.- Y, ¿por qué no? Cuando se piensa para caracterizar a una raza milenaria como la nuestra se recurre a la boina que apenas se remonta a los tiempos de Zumalacárregui...

BETILLUN.- Vas viniendo a mi terreno, Ortzargi. Hay en la patria mucho que cambia. ¿Y sabes la ventaja que nos llevan los que viven en ella? Pues que viven esos cambios, los asimilan naturalmente y están, por tanto, siempre en disposición de actuar a tono. Nosotros, en cambio, empezamos por no darnos cuenta de lo que nos hemos despatriado a fuerza de vivir en climas extraños, y, encima de eso, tampoco nos apercebimos de lo que allí los años han ido imponiendo con su curso implacable. Te aseguro que si no tomas en cuenta estas cosas el choque con la realidad te hará perder tu eterna sonrisa.

ORTZARGI.- Pero no todo cambia. Tú mismo declarabas que hay en la patria valores perdurables.

BETILLUN.- Claro que los hay. ¿Por qué crees que se me van los días embebido en el recuerdo de la tierra?

ORTZARGI.- Me lo figuro...

BETILLUN.- Por que ella nos hizo, Ortzargi. La tierra, aquella tierra, y el mar —no olvidemos nunca aquel mar— hicieron al vasco. Nos fueron moldeando durante siglos, y allí siguen, siempre iguales, comunicándonos perdurabilidad con la suya que no falla. Somos de allí y sólo allí somos plenamente lo que somos.

ORTZARGI.- Pero con ser eso algo tan entrañable hay otros valores aún más preciosos.

BETILLUN.- La lengua, por ejemplo. Porque ella en todos los casos es algo que si empieza por ser producto del pueblo que la habla, se convierte a la postre en cauce y molde del pensar y sentir de ese mismo pueblo. En ella encontrarás los trazos más salientes de su espíritu junto a mil reminiscencias de sucesos grandes y pequeños que determinaron su vivir.

ORTZARGI.- Eso en todos los casos. Y en el nuestro aún más, si cabe. Porque al ser idioma tan peculiar y distinto, claro está que se trata de un tesoro no compartido que nos define como ninguna otra característica.

BETILLUN.- Me haces recordar lo que una vez oí al gran artista Te-llaetxe que acaba de irse a gozar de la luz que nunca se extingue: que él, como pintor, había procurado aprender bien el euzkera, porque no concebía que ignorándolo se pudiera dar genuina expresión al rostro de un auténtico vasco.

ORTZARGI.- A eso llamaría yo saber conjugar el arte con la patria.

BETILLUN.- Así es. Pero no olvidemos el otro elemento de perennidad nuestra; la sustancia racial.

ORTZARGI.- Cuidado, Betillun que estoy viendo asomar a Hitler.

BETILLUN.- El, como todos los grandes extraviados, tanto o más que un propagador de mentiras, era uno que sacaba de quicio grandes verdades. Y ésta de la sangre es una de ellas. Bien que un expósito se empeñe en no dar importancia a la genealogía, pero para un bien nacido ello será siempre algo fundamental. Más que suicidas seríamos los vascos si adoptáramos el criterio de los expósitos.

ORTZARGI.- Cierto, Betillun. Y estamos en momentos en que será poco todo lo que hagamos en defensa de la estirpe.

BETILLUN.- De ella y de su expresión espiritual que es el idioma. ORTZAR
GL- Y de ambos sobre la tierra.

BETILLUN.- Si, Ortzargi, en todas partes, pero ante todo sobre aquella tierra. La que dio sustancia de eternidad a nuestra raza y ecos de perennidad a nuestro verbo. Porque una y otro verán truncados su limpia carrera de siglos si seguimos consintiendo en esa profanación del patrio suelo que nos va convirtiendo a los vascos de hoy en día en huéspedes molestos en nuestra propia casa.

Euzko Gastedi, Caracas, Febrero de 1958.

LA "GENS" CARAQUEÑA DE LOS LANDAETA

En los días en que se conmemoraba el Cuatricentenario de la fundación de Caracas, nuestro pensamiento se dirigió, más de una vez, hacia aquel grupo de familias, núcleo primero de la vieja urbe, y hacia aquellas otras que inmediatamente las sucedieron y que desde entonces vemos aparecer, afincarse y perdurar, como ramas del viejo tronco que, a lo largo de los siglos XVII y XVIII y hasta los días de la Independencia, van proliferando a la falda del Avila, ofreciéndonos, en sus sucesivos retoños, una fiel imagen del hacer y acontecer caraqueño.

Varias linajudas estirpes solicitan nuestro afán, con títulos igualmente válidos y con ese infinito poder de seducción que tienen las cosas capaces de hacernos viajar por los encantados caminos de los tiempos que fueron. Nuestra vista se detiene hoy en una no de las más antiguas ni quizá de las más conspicuas, pero cuyo apellido, llevado por altos y bajos, blancos y pardos, artistas y artesanos, aparece con una frecuencia difícilmente superada por ningún otro en los viejos papeles caraqueños. Nos referimos a los Landaeta.

El primero de este apellido llegado a Venezuela es Juan, a cuyo hijo, el Capitán Pedro de Landaeta, podemos ver encabezando una "Solicitud de oposición a la Encomienda del pueblo de La Vega", fechada en 1661.

Ya se sabe lo que eran estas encomiendas. A propósito de ellas, viene a nuestra memoria un trabajo de Juan Friede1 en el que, agudamente, hace notar que "Las experiencias que adquirió Castilla en la repoblación del solar patrio a consecuencia de la Reconquista, tenían que reflejarse necesariamente en la empresa colonizadora de América... De ahí que se produjera un paralelismo entre la política colonizadora en América y la que se había empleado en la ocupación de los territorios peninsulares, cuando por medio de las capi

tulaciones se permitió a la más o menos densa población permanecer en sus tierras...". Y sigue Friede puntualizando la similitud de trato y situación a que reduce España a la población musulmana en la Península y a la india en América, haciendo resaltar, con referencia a estas poblaciones, como ambas eran, en cuanto a la religión, infieles; respecto a los nuevos ocupantes, hostiles; por lo que hace a su condición, esclavos que continuaban viviendo en sus tierras que habían de trabajar en adelante en beneficio de sus flamantes dueños de quienes quedaban también expuestos, sin alternativa, lo mismo a la acción misionera que a todo tipo de influencia cultural. Alguna diferencia había en que mientras en España se repartían territorios, en América no se repartían tierras sino indios, pero quedando entendido, en última instancia, el dominio sobre la tierra en que éstos vivían.

Tenemos, pues, una primera etapa: conquista-repartimiento de la que nacen los "Señores de Indios", a quienes inmediatamente, en la segunda fase, suceden los encomenderos que, en la tercera, se convertirán en los latifundistas que han de jugar un papel decisivo en la suerte de la sociedad colonial.

Pues bien, en la segunda etapa, en la de los encomenderos, es donde asoma nuestro capitán Pedro de Landaeta, quien nos dice que es benemérito "...por ser, como soy, hijo legítimo de Juan de Landaeta y de Helvíra de Albarenga y nieto de Francisco de Carbajal y de Bernardina de Carbajal, por la parte materna, que fueron de los primeros pobladores desta ciudad a donde tubieron casa poblada y fueron vecinos y en esta perpetuidad tubieron hijos y hijas a donde siempre sirbieron a su Majestad en todas las cosas que fueron de su Real servicio y defensa del puerto de la Guayra, donde asimismo habiendo benido el dicho mi padre de los Reynos de España como natural de la villa de Bilbao del Señorío de Vizcaya, fue casado con la dicha mi madre, habiendo benido con reputación de hombre noble representándolo con recados en que hera constante a todos los vezinos desta dicha ciudad por ser notorio y como tal bibió en ella con su cassa y familia acudiendo siempre al servicio de su Majestad como yo tanvien lo he hecho desde edad de catorce años, pues por mis partes, calidades y suficiencia fuy nombrado Alférez de la compañía del Capitán Juan Sánchez Morgado de tiempo de tres años de la compañía que en esta dicha ciudad administrava de los vecinos della y por la mucha satisfazion que de mi persona se tenía lebantando gente el General desta Provincia para echar al he-nemigo olandés de las islas de Buynare y Curazao nombró por la dicha facción por Capitán de Infantería a don Juan de Figueroa y a mí por su Alférez de su Compañía con sueldo en que mostré siempre el celo de servir a su Magestad, y habiendo buuelto la dicha facción, atendiendo el dicho Go-vernador a mis servicios y con la satisfacción que de mi persona tenía, me hizo su theniente y justicia mayor de los

Bailes de Aragua y Turmero donde con mucha satisfacción suya acudiendo con obligación asistí todo el tiempo de su gobierno y habiendo benido por Gove
rnador y Capitán General a esta Provincia Don Marcos Gedler Calatayud y To
ledo, siendo notorio de mi buen procedimiento y de que havia usado el dicho oficio con
dichos Bailes, tubo por bien de hazerme nuevo nombramiento de su Theniente
y Justicia Mayor en ellos...".

He ahí la estampa del Landaeta representativo de la primera generación de
venezolanos de ese apellido quien de sí mismo habla poniendo por testigos
a sus hechos y, tanto o más que a ellos, a su condición de hijo de un padr
e "benido con reputación de hombre noble" y de una madre "heredera de los
primeros pobladores desta ciudad"; con la añadidura de sus méritos por vía
conyugal al hacer constar su enlace con "Doña Ana de Carrasquel, hija leg
ítima del Castellano Honofre Carrasquel y de Catalina de Medina y bisnieta
de Andrés González, uno de los primeros conquistadores y pobladores desta
dicha ciudad...", en este escrito cuyas circunstancias hacen que la oblig
ada exposición de méritos impida ver con justeza hasta donde alcanza la fu
ga de vanidad.

Por la misma solicitud nos certificamos también de que su padre Juan de Lan
daeta fue el primer portador de este apellido a Venezuela donde, hijo, al f
in y al cabo, de puerto de mar, hizo su primer asentamiento en el de La Gua
ira, contribuyendo "al servicio y defensa del mismo".

De este afincamiento de los primeros Landaeta en La Guaira tenemos ejemplo
en el Capitán Don Pablo de Landaeta a quien sabemos "Castellano y Justici
a Mayor del puerto de La Guayra" por el año de 1655 y que debe de ser, aun
que no tengamos plena seguridad de ello, hijo del vizcaíno Juan y hermano,
por tanto, del capitán don Pedro. Poco tiempo después, en 1670, hallamos
también a otro hijo de Juan, Blas de Landaeta, casado con doña Francisca F
arfán de los Godos, en cuya testamentaria aparecen citados bienes en el pu
erto de La Guaira, sin que falten tampoco "dos solares que están en la ciu
dad de Caracas", hacia donde se desplazan para esta época los Landaeta, em
pezando a destacar, cada vez más, como descendientes de los primeros pobla
dores que eran, en el disfrute de los privilegios que de tal condición se
derivaban como dueños de tierras, señores de indios, amos de negros y dese
mpño de oficios públicos. Y así tenemos, a fines del XVII, al capitán don
Blas de Landaeta "Fiel Ejecutor y Regidor perpetuo de esta ciudad", propi
etario "de una casa en el barrio del Rosario, en esta ciudad" y de "tierra
s que tiene y posee en el valle de Caracas, costa de la mar", y de otra ca
sa de La Guaira,

Una característica de los Landaeta es su fecundidad. Prolíficos en cada una de sus generaciones, es esto lo que hace que su apellido vaya multiplicándose e en progresión geométrica, hasta el punto de que hay secciones de los repositorios documentales caraqueños, como el de "Escribanías" (que es de donde tomamos la mayor parte de los datos del presente estudio) en que ese apellido es, sin duda, el que más se da entre todos los que allí se registran, a lo largo de siglo y medio.

Así podemos ver que el dicho don Blas deja diez hijos legítimos entre los cuales citaremos al mayor, Blas José, casado con Catalina de Urbina, hija del Marqués de Torrecasa; y al segundo, Cipriano Francisco, quien también deja diez hijos.

Un hermano del mentado don Blas a quien, por cierto, vemos también adornado del título de "Tesorero General de la Santa Cruzada de este Obispado", es el llamado don Andrés, terrateniente en el valle del Tuy, quien por su parte, procrea doce hijos, y otros tantos, fiel a la familiar tradición, engendran a don Juan Basilio...

Surgiendo a la vida de los viejos folios, arranca el cortejo de los Landaeta. A su frente vemos al viejo don Juan, con andares de hombre forjado en los mares. Con gesto arrogante, desfilan el "Castellano y Justicia Mayor", don Pablo, y el Encomendero don Pedro. Tras ellos, poseído de su valor, don Blas el "Fiel Ejecutor y Regidor Perpetuo". Lo siguen, en militar atuendo, el "Sargento Mayor" don Blas José; el "Capitán de Corazas", don Cipriano Francisco, "Alguacil Mayor y Regidor Perpetuo"; el "Sargento Mayor", don Manuel; el "Maestre de Campo", don Buenaventura... Sosegado el continente y reposado el paso, marcha el "señor Doctor Canónigo Racionero", don Juan Ignacio que, ceremoniosamente departe con los Licenciados don Martín y don Carlos y los Presbíteros don Antonio Remigio, don Antonio Lázaro, don José Antonio... Severo el indumento y grave el semblante, camina don Gabriel José, "Secretario ad honorem del Rey Nuestro Señor", a quien hace debida compañía don Eligió, "Abogado de la Real Audiencia". Y don Antonio, don Antonio Gregorio, don José Vicencio y don Miguel y don Diego Martín, y don Fernando, y laníos y tantos otros que bien pueden servir, sin desdoro, de caudatarios, en la magnífica procesión de la rama blanca de los Landaeta.

El mestizaje debió de comenzar temprano en algunos vastagos. Pero lo notable es que al producirse los pardos, éstos que, por la condición social a que las leyes coloniales les tenían reducidos, habían de limitarse, como es sabido

o, a los desdeñados trabajos manuales, faenas agrícolas, puestos subalternos en las milicias, etc. — hasta que en las postrimerías del siglo XVIII la Cédula de Gracias al Sacar proporcionó el instrumento legal, mediante el cual y el pago del tanto en la misma establecido, los de dicha menospreciada clase podían asimilar su condición a la de los blancos — brillan en los Landaeta con una luz más pura que el prestado relumbrón de los títulos con que en las ramas blancas pretendían cegarnos: la increada del Arte.

En efecto, serán los pardos los que, lejos del oropel y el ruido de antecámaras y recepciones y recogidos en el callado y fecundo círculo en que el desdén de los altos los encierra, mediante el Arte sirvan al principio divino del universo, como diría Wladimir Weidlé. Y desde el primer tercio del siglo XVIII a las primeras décadas del XIX, nos ofrezcan el fenómeno, por ningún otro grupo familiar igualado en Venezuela, de una dinastía que, por su calidad y sobre todo por su número, constituye un valor actuante de primer orden en el campo de la pintura de la Colonia, cuyas producciones la ignorancia y el descuido, más aún que las guerras y los terremotos e incendios, han sepultado en un olvido del que es preciso, a toda costa, rescatarlas por motivos elementales de cultura y patriotismo.

El primer representante de esta escuela, si así la podemos llamar, aparece ya en 1730, después que el Capitán Juan de Landaeta, hijo natural (probablemente de don Blas Martín) se hubo casado con Leonor Agustina de Lerma, de cuya unión nació Blas Miguel.

En 1748, al otorgar testamento don Andrés de Landaeta, "por no tener herederos forzosos, deja sus bienes a José Manuel de Landaeta y a Inés María de Landaeta... ambos a dos pardos y hermanos...", probablemente, sus hijos naturales. Y cuando en 1757, el Sargento Mayor don Manuel otorga, igualmente, su disposición testamentaria, por la misma circunstancia de carecer de herederos forzosos, deja sus bienes a Diego Antonio y otros cuatro más, "pardos libres y todos hermanos" quienes, muy probablemente también, debían de ser sus hijos naturales.

Y van surgiendo así, entre otros muchos vastagos, los que como Blas Miguel, Diego Antonio, Juan José y Antonio José constituyen los eslabones áureos de una cadena que ciñe gloriosamente más de cien años de pintura nacional.

Y como si ellos no bastaran, todavía destacan, por lo menos, otros cinco del mismo apellido: Juan, Juan José, Marcos, Miguel Blas y Pedro de Jesús que, en una escala más modesta que los cuatro anteriores, ofrecen a la pintura pa

tría aportaciones de interés.

Pero esto no es todo. Porque junto a los Landaeta artistas tenemos a los Landaeta artesanos. Y si éstos, cuando saben consagrarse a su oficio con afán de superación, convirtiendo su obra en ejemplo de "ennoblecido quehacer", pueden merecer que se les discierna el alto nombre de artistas, sin duda que se lo habríamos de extender, con toda justicia, a muchos de los integrantes de esa pléyade de los Landaeta menores que, con la constante labor de sus diestras manos, contribuyen a la ejecución de una serie de obras, de todos los tipos de artesanía, con que van ensanchando el horizonte urbano y culto de Caracas.

Ahí podéis ver, escoplo en mano, la mirada fija y la frente pensativa, a José Gabriel Landaeta, el tallista que ejecuta "el pulpito de talla para la capilla del Calvario...". Por allí se mueve Antonio Francisco, quien "da color azul a una puerta de la sacristía de San Mauricio", o el "Maestro Mayor de Albañil", José Francisco, que pone sus afanes en la fábrica de la torre de la Catedral y repara asimismo la de San Mauricio. Y ¡qué alegre resuena el hierro que en sus talleres baten los "Maestros Herreros", Juan Gabriel y Miguel José, o el "Maestro Mayor de Herrería", Juan Félix, algo agobiado hoy por la prisa en rematar esos herrajes con que dentro de pocos días se han de ennoblecir las puertas de una de las más presuntuosas casonas caraqueñas! Con menos ruido y más pausa, labora el "Maestro de Platero", Francisco, y, consciente del valor de la preciosa materia que manipula, Juan, el "Maestro de Oribé", apenas si levanta la vista de su trabajo, mientras corre bullicioso al suyo Gabriel José, de quien aparecen en los viejos papeles muchos recibos "por asistencia en la música de las fiestas". No nos falta en la dinastía ni el empresario de toros Juan José a quien, en unión de su cuñado Juan Manuel Irazábal, se le hace concesión para organizar nueve corridas de toros "en las próximas Pascuas de Resurrección del Presente año (1799) en la plaza que llaman de Capuchinos...", ni la nota pintoresca que nos brinda el "Bachiller José Antonio Landaeta, clérigo presbítero", con su solicitud "para usar peluca".

Podríamos decir, con no mucha exageración, que con sólo las biografías de los Landaeta distribuidos en las distintas capas sociales, dignidades, profesiones y oficios, habría para componer una compendiada crónica de Caracas en todo el período que se abre en la segunda mitad del siglo XVII con Juan, el primero.

Boletín histórico de la Fundación John Boulton, Caracas, N.º 20, Mayo de 1969,

EL HIMNO NACIONAL VASCO

Si la falta de unidad fue el mayor mal del pasado vasco, no es extraño que careciéramos, hasta ayer, de símbolos tan vivos de esa unidad como el que constituye, entre otros, un Himno Nacional. Ni el "Zazpi Euskale-ñek bat egin dezagun..." de Zaldubey, ni el "Gernika'ko Arbola" de Iparaguirre, pese a sus méritos y circunstancial popularidad, bastaban. Para eso, como para tantas otras cosas, hubo de venir el Maestro Arana Goiri quien, para una antigua y grave melodía, que nos recuerda lo que un escritor decía de que no hay música verdaderamente grande sino constituye la vibración de una honda emoción religiosa, talló estos sencillos y marmóreos versos:

Cora ta gora Euzkadi,
aintza ta aintza bere Goiko Jaun Onari.

Areitz bat Bizkaian da,
zar, sendo, zindo,
bera ta bere legia lakoa.

Areitz gañían dogu,
Gurutza Deuna, beti geure goi-buru.

Abes I u Gora Euzkadi,
aintza ta aintza bere Goiko Jaun Onari.

Que, verso por verso, es literalmente en español como sigue:

Arriba y arriba Euzkadi,
gloria y gloria a su buen Señor el de lo Alto.

Hay un roble en Bizkaya
viejo, fuerte, noble,
como ella y como su ley.

Sobre el roble tenemos

la Cruz Santa, siempre nuestro lema.

Cantad arriba Euzkadi,

gloria y gloria a su buen señor el de lo Alto.

Aberri, Caracas, 1959.

HOMBRES DE LA COMPAÑÍA GUIPUZCOANA*

Con gusto damos cabida en estas páginas de nuestro Boletín al siguiente valioso estudio de) Dr. Vicente de Amezaga y Aresti. En parte es fruto de las investigaciones que el autor viene realizando en el Archivo General de la Nación, bajo los auspicios del Ministerio de Justicia. Es el doctor Amezaga, nacionalizado uruguayo, de origen vasco, y Doctor en Derecho de la Universidad de Valladolid. Dedicado especialmente a estudios históricos y literarios, fue en Montevideo Profesor de la Facultad de Humanidades.

1.- Gobierno de Betancourt y Castro.

El contrabando, mal endémico en estas costas desde que ellas nacieron a la vida del organismo mercantilista colonial español, había echado tan hondas raíces por los años (1716) en que Betancourt y Castro se hizo cargo de la gobernación de la Provincia, que el nuevo gobernador juzgó que era una de las más apremiantes tareas de su cometido el estudiar la manera de terminar con el trato ilícito que no hacía sino crecer, de día en día, a pesar de las diversas medidas de vigilancia y represión que se tomaban para extinguirlo. "Creyó —dice el historiador Sucre— que su paisano Dn. Diego de Matos Montañés, por su inteligencia, su actividad, su conocimiento del país y de los medios de que se valían los contrabandistas para burlar la vigilancia del gobierno, era el hombre adecuado para ayudarlo en la difícil empresa que se proponía; y, después de varias conferencias con él, lo nombró Juez Superior de Comisos y Cabo a Guerra, con muchas y amplias atribuciones administrativas y militares.

Munido de ellas, comenzó Matos su campaña que hubo de manifestarse pronto en poco felices resultados; que si bien consiguió alguna disminución en el contrabando, ello fue a costa de muchas persecuciones, escándalos y competencias con algunos ayuntamientos, principalmente con el de Guanare, localidad donde, con el propósito, al parecer, de hacer un escarmiento, enjuici

ó a don Juan Ortiz, vecino muy querido y respetado. Esto originó un pleito en el que Matos, que representa la autoridad del go-

* En esle artículo y el de "Exportación de cacao" en este mismo volumen págs. 335 - 344, Ame-zaga da cumplida crónica de la Compañía Giiipuzcoana de Caracas, información que ampliada, culminará en los tres libros que publica sobre la Compañía. Ver índice. Cila en esos artículos, como luego en sus libros, a desocados historiadores venezolanos cuya obra leyó y en la que se apoyó. se enfrenta con los Alcaldes que sostienen con toda firmeza la autonomía del ayuntamiento de Guanare. Fue causa también de otros incidentes la actuación de Matos quien, según declaran varios testigos, en su persecución del contrabando, "hacía gran presión para ejercerlo él solo".

El mal seguía su curso: los tomos VI y VII de la colección Diversos del Archivo General de la Nación están integrados por un voluminoso expediente que contiene los autos operados en virtud de la comisión conferida al Capitán Don Mateo de Osorio... por el Capitán General de la Provincia "para poner reparo a los abusos de los ministros reales encargados de la extinción del comercio de extranjería". En el primer documento de ese expediente se dan a Osorio amplios poderes para que sea auxiliado en el desempeño de su comisión por los "Mros. de Campo, sargtos, mayores, Cabos a guerra o Juezes de Comisos, sin que se entienda exceptuar ni relevar de este caso a Dn. Diego de Matos" y se le encomienda que, por el tenor de ese auto, examine los testigos que crea conducentes en la jurisdicción de esta Provincia, en Valencia, Nirgua o Barquisimeto, a fin de esclarecer quienes son culpables "de los excesos que se cometen en costa abajo de esta Prova. especialmente de composiciones en Puerto de Cavello, Morón, Tucacas y Ocumare de composiciones que hazen los Ministros a cuyo cargo está el imbigilar la extracción de frutos de esta provincia y Comercio de Extranjería, llevándolos a sus casas, comiendo y habitando con ellos, assi mismo tollerando lleguen las embarcaciones de la isla de Curacao a las cuales no hazen repugnancia en dejarlas comerciar ni que a ella vayan los frutos de cacao, tabaco y otros prohibidos de esta Prova. tollerandolo pr. los fines particulares que se dejan considerar llegando a tal desorden que lo que comisan assi de los frutos de la Prova. que vayan pra. contratar con estran-jeros, como de los que coxen de ropas de Extranjeria, aguardientes y otros efectos, no dan cuenta con la Legalidad de sus empleos, antes se pasan con diferentes coloridos a rematarlos sin preseder las circunstancias prebenidas con notoria falta de jurisdicción para por este medio hazer la ocultación de mayor parte, y con lo q. rematan introducir los géneros de Extranjeria para colorear con el pretexto de ser los dhos. remates, la venta de ellos sin nota, passandose a la poca legalidad de hazer pr.

tra aquellos que pueden delattar sus excesos..." (Diversos VI, 3).

Con lo transcrito basta y sobra para darse cuenta del extremo a que las cosas habían llegado. No nos interesa tampoco entrar aquí en más pormenores. Sólo diremos que ante el pleito planteado entre Matos y los alcaldes de Guanare, Betancourt toma diversas disposiciones, y es en esta época, 1718 (Venezuela había sido puesta en lo político bajo la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada), cuando el Virrey ordena a Betancourt que se inhiba en el citado pleito y envía a Caracas para continuarlo a don Pedro José de Olavarriaga y don Martín de Beato, ambos guipuzcoanos, como Jueces de Comisión.

A la llegada de estos enviados se producen varios incidentes. Ellos, en el ejercicio de su comisión, mandaron por auto "que se proceda a la prisión y embargo de Bienes de los dhos. Alcaldes remitiéndolos a la Carzel RI. de esta Ciudad." Pero los alcaldes que no se habían dormido, cuando se les presentó el auto de los jueces de Caracas, pudieron a su vez exhibir una sentencia de la Audiencia de Santo Domingo en la que se declaraba que: "los Alcaldes de Guanare habían cumplido con la obligación de su oficio en la dha. competencia" e inhibían de conocer en la causa, de allí en adelante, "tanto al Señor Gobernador y Capitán General, como a cualesquiera otros que lo pretendan".

Olavarriaga y Beato insisten en conocer del juicio y dan comisión al Teniente de Araure para que ejecute sus autos, pero éste se excusa. Y, a pesar de los Jueces, del Gobernador y del Virrey, los Alcaldes no son castigados.

Mientras tanto, los incidentes se suceden hasta que, por fin. Matos es separado de su cargo por orden del Gobernador Betancourt; pero consigue fugarse y llega a Bogotá donde logra convencer al Virrey de su inocencia y de la culpabilidad del Gobernador. Entonces el Virrey ordena al Ayuntamiento de Caracas prender a Betancourt y separarle del Gobierno, poniendo en su lugar al Lic. Antonio Alvarez y Abreu. El Cabildo obedece en cuanto al primer punto, pero no coloca en el gobierno a Abreu sino a los alcaldes de Caracas, apoyándose en la Real Cédula de privilegio para gobernar éstos en las vacantes y suplica del nombramiento de Abreu.

Para entonces Diego de Matos regresa de Santa Fe y formula petición a fin de que se le diese vista de los autos "i que para ello se junten las piezas que miraren a las imposturas o falsas calumnias que se me hubieren imputado, durante el tiempo que estube el dho. empleo". Y así es proveído por el Juez don Martín Beato, nombrado en compañía de Olavarriaga por el Virrey de la Nueva Granada para conocer de las causas de la provincia de Venezuela.

la (21 de junio de 1720). Y vemos también en el mismo expediente (Diversos , VI, 340) que el mismo Juez Beato manda que se acumulasen a los autos las dos sumarias hechas por los alcaldes de Barquisimeto y Coro contra don Diego de Matos.

En el tomo Vil de Diversos viene la continuación del voluminoso expediente en el que se suceden las incidencias, declaraciones de testigos, informaciones, autos y diligencias de Olavarriaga y Beato, etc. y, como altamente reveladores del turbio clima imperante, no nos resistimos a la tentación de copiar párrafos de las cartas que el Capitán Salvador Pérez Guzmán, juez de Comisos de Puerto Cabello, dirige a Diego de Matos, dándole cuenta del estado de insubordinación en que se halla la región de la costa, de la oposición que le hacen los Alcaldes, de la impunidad con que comercia ilícitamente el holandés Jorge Christian, y otras cosas a ese tenor. He aquí algunas palabras textuales de Pérez Guzmán: "Esta, amigo, es tierra de levantados, no a y quien sea legal para su Magd. porque todos son compadres de olandeses y amigos, y sobre esto mili enredos... En fin, señor mío... esto no es para hombre de Bien ni yo e heñido para adular ni mirar a respetos humanos que es lo que aquí quieren. Y acá díssen que el Sr. Govr. les faboresse mucho dando a entender haber sido el cargo de Vmd. una prop-ter forma y otras cosas que omito que se han dho. oy en presencia de amigos de Vmd. que lo hemos sentido vastante..." (Diversos, VII, f. 344).

Termina el expediente, pasando el original al tribunal de la Nueva Granada para sentencia que, por cierto, fue absolutoria para Matos.

Así, en este ambiente de turbulento antagonismo entre Gobernador y Cabildo , en plena crisis de autoridad, en medio del mayor desbarajuste administrativo y bajo el signo del contrabando, vemos que hace su aparición en Venezuela don Pedro José de Olavarriaga.

2.- Gobierno de Don Diego Portales y Menesses.

Bajo el mando del nuevo Gobernador que toma posesión de su cargo el 11 de diciembre de 1721, no hacen sino acentuarse los desacuerdos entre Gobernador y Cabildo señalados en la anterior gobernación. Se llega a la formación de dos bandos: uno de ellos encabezado por el Gobernador y el Obispo Escalona y el otro dirigido por la mayor parte de los regidores y casi toda la nobleza de Caracas. "Exaltadísimas estaban las pasiones — dice Sucre— y a cada paso se presentaban riñas entre los partidarios de uno y otro bando".

Infausto fue para Olavarriaga el comienzo de la gobernación de Portales. E

ste, uno de cuyos primeros actos fue poner en libertad a Betancourt, su predecesor, entendiendo, seguramente, que el proceso que a dicho exgobernador se le seguía por el Virrey de Nueva Granada era a inducción de Olavarriaga y Beato, ordenó la encarcelación de éstos al segundo día de su recepción en el gobierno. Veamos lo que nos dicen los interesados en la "Información original hecha a pedimento de don Pedro Martín Beato y Don Pedro José de Olavarriaga, jueces que fueron de esta provincia y ciudad de Caracas, de diferentes intendencias del Real Servicio por el Exc-mo. Sr. Virrey del Nuevo Reino de Granada, en justificación de sus cortedades y pobreza en que quedaron después del ejercicio de sus comisiones".

"Dn. Pedro Martín Beato y Dn. Pedro José de Olavarriaga, Jueces que hemos sido en esta Provincia pa. diferentes Comisiones del Real Servicio por el Excmo. Sr. Conde de Cueva, Virrei que fue asimismo destas partes, Ante Vms. en la forma que mas haia lugar en do decimos: Que respeto de la Prisson tan rigorosa que sin orden ni motibo legal executo en nosotros el Sr. Diego Portales, al segdo. día de su recepcion. en este Gov-no que fue a doze de dizeiembre del año pasado de mil sepezeientos y veintiuno sin hauer tenido tiempo para hauerse ynformado ni visto ningunos papeles de nras. operaciones, huiendonos tenido el tiempo de ocho meses en prisson rigorosa, y privados de comunicazon, con una compañía de Guardia, sin hauer dicho Sr. Gouedr. Dn. Diego Portales obedezido ni dado cumplimiento a orden ninguna de l Excmo. Sr. Virrey en razón de nro. aliuio en los dhos. ocho meses hasta que al cano de ellos de mandato de S.A. fuimos sueltos bajo la fianza de Guardar Carcelería en esta Ciud. y sus Arrabales y aunque este mandato de S. A. fue obedezido con la repugnancia que es notoria no obstante de hauernos suelto bajo de dha. fianza, hemos sido tan perseguidos y acosados como lo prueba el hauernos ydo a prender el día catorze de agosto del año próximo pasado pr. la noche a la una de ella, huiendo venido a este efecto los de la Guaira (donde se hallaba dho. Gour) con pozon, de soldados de aquel presidio, y otros de la Guardia de esta Ciudad y entrando en la casa de nra. habitación. escalándola por las tapias, y zercandola con dha. Gente no nos hallo huiendola registrado: Y deuiendonos persuadir a que pa. estas demostraciones y otras muchas que contra nosotros ha operado el dho. Sr. Portales como son públicas y notorias en esta Ciudad y Prova. Debe hauer actuado algunas causas que habrá fulminado falsas y contra la verdad de nros. procedimientos en el uso de nras. Comisiones: Y deuiendo responder a ellas en la residencia próxima y defendernos de ellas con las pruebas necesarias y convenientes a su desbanimto. y pedir lo que a nro. dho. combenga. Hallándonos como que es notorio en esta Ciud. que aun no alcanzamos pa. el sustento diario asi pr. hauer gastado el caudal propio, y el ageno que no tenemos de que

pasar pa. hauer podido executar el servizio de S. M. en cumplimiento, de las órdenes del Excmo. Sr. Virrey, lo que no se pudiera hauer executado si no hubiera prezedido este gasto de caudal propio pa. principiar en dhas. Comisiones como en los costos de correos, papeles y otros varios como la manutencion, diaria en esta Prisson, que mantenemos desde dho. día de mil sepe- teientos y veinte y un años (como ba expresado) hasta el presente pa, dar satisfazion de nros. procederes, y que conste a su Magd. y demás tribunal es que comben-ga, hauer sido una continuada calumnia, sólo por hauer cumplido integramente, con nra. obligación nezec i tainos el que por Vmds. se nos dispense pa. nras. defensas y demás recados, el que los podamos hazer en papel de oficio, respecto de hallarnos pobres y en tierras extrañas sin parientes ni amigos que nos puedan favorecer con medios pa. ello, y thener su Magd. conzedido este aliuiio en fauor de sus vasallos en tales casos, como es práctica común, y para Justificazon. de nra. pobreza ofrezemos informazon. en bastante forma y de que nos mantenemos con las sumas cortedades y deuitos que son manifiestos, corno nros. atrasos, pérdidas y menoscabos, y el hauer gastado el caudal propio en el Real Servicio como también es público y notorio en cuia atenzon: A Vmds. pedimos y suplicamos se si-ruan en vista de lo que licuamos expresado recibirnos la Informazon. que ofrezemos de nra. pobreza, y que los testigos que presentaremos se exami-nea al thener de est Escripto y hcha se nos entregue original con los testimonios q. nexesarernos. Que todo es de dro. y justicia que pedimos y juramos en forma lo nezesario. Pedro Martín Beato. Pedro José de Olavarriaga". (Diversos. X

A continuación, puede verse la información testifical que comienza con la declaración del R.P. Pablo de Santa María que conoció —dice— a los suplicants cuando vinieron a Caracas a ejercer de jueces "que traían porte de hombres de caudal sirviéndose con vajilla de plata y otras alajas..." y sabe que con la prisión en que han estado han vendido su plata labrada, etc., etc. y están pasando grandes necesidades... "y en particular ha visto a dho. Dn. Pedro de Olavarriaga como vive en una selda del convento del declarante mantenerse muchos días con solo un poco de chocolate que es cacao, sin especias y sujetándose a copiar papeles para poder adquirir alguna cosa para mantenerse".

Viene luego la declaración del P. Eugenio González, de la orden de Santo Domingo como el anterior, quien dice que estando fabricando la Iglesia de Ntra Sra. de Chiquínquirá, recibió una limosna de Olavarriaga, así como también de Beato que "eran de porte y caudal". Ahora sabe la necesidad que pasan que hay muchas veces que no alcanzan un bocado de carne para comer.

Coinciden con las anteriores, las otras cinco declaraciones que siguen, tras

las cuales se inserta un auto del Alcalde Ordinario D. Carlos de Herrera en que se dispone, en virtud de la petición que viene confirmada con las declaraciones de siete testigos, se admitan los escritos de los dichos Beato y Olavarriaga en papel de sello cuarto.

No sabemos exactamente cuanto tiempo duró la prisión de Olavarriaga. A pesar "de la recusación y protestas que tengo hechas en escritos que de uniformidad con Dn. Pedro de Olavarriaga mi compañero", "preso uno y otro, he presentado y los cuales de nuevo reproduzco", según dice Beato en documento en que pide se le confirme en su nombramiento de Contador interino oficial de la Real Hacienda (V. Empleados, 111, 212 y 213 y "Causas de residencia". Diego Portales y Meneses, Tomo XX, ff, 31, 32, 34...), ella debió extenderse por todo el año 1722 hasta que en 1723 la caída de Portales y Meneses, que pone fin al primero de los tres períodos de su turbulenta gobernación y la asunción del poder gubernativo por los Alcaldes, hizo posible su libertad. La verdad es que la documentación sobre este punto falla y más verosímil parece, si hemos de seguir al cronista Blas José Terrero, que Olavarriaga y su compañero, ya en libertad, fueron los que decisivamente contribuyeron a la caída y prisión de Portales en 1723.

Dice así Terrero: "... a este tiempo aparecen en esta capital, por los años 1723, como unos fatales cometas que se asoman para anunciar a la provincia a sus largas y funestas revoluciones, Olavarriaga y Beato². Hechos estos capaces de la proporción, jugo y utilidad que ofrecía esta provincia a favor de la suya, seducen y embaucan a los principales magnates de esta capital a fin de que condesciendan y aun soliciten por su parte se restablezca una Compañía de Comerciantes de Guipúzcoa, aparentándole tantas ventajas a ésta, que no fue menester más para que la república y su cabildo, preocupado de estas quiméricas ideas de felicidad que le habían hecho concebir, mirasen este asunto con tanto interés y ardimiento que ni la fina política del Gobernador (Portales y Meneses), ni las persuasiones de los hombres de mayor carácter, ni las discordias más injuriosas que se originaron de esto, ni la interposición del Ilustrísimo prelado, ni las censuras con que éste procuró contener la insolencia de sus violencias, bastó para hacerlos entrar en juicio. Obcecados en el fatal proyecto de abrazar una compañía que después fue objeto de su mortal odio, y abusando de aquella facultad mal concebida y torcida, deponen del gobierno a Portales con igual ludibrio que desvergüenza, el año de 1723, y entrándolo en una prisión, entran en las funciones de gobierno los alcaldes ordinarios que a la sazón lo eran don Juan Blanco Infante y don Miguel de Ascanio.

Coincide con el anterior Sucre al escribir que: "En esta época comenzó a h

ablarse en Caracas de la formación de una compañía de comerciantes guipuzcoanos que proporcionaría capitales para las siembras y el fomento de las haciendas, y compraría los frutos a precios muy ventajosos; idea que fue acogida con gran entusiasmo por el Ayuntamiento y tal vez, por lo mismo, rechazada por Portales y su partido, lo que vino a reanimar la discordia..."

"Olavarriaga y Beato, agentes de los comerciantes guipuzcoanos, no descansaban en atizar el fuego contra el Gobernador y el Obispo, opuestos a su proyecto de compañía comercial, ni escaseaban tampoco sus promesas de grandes utilidades y empleos en su empresa o los que favorecerían el partido de los Alcaldes aumentando así el número de sus adictos".

No nos interesa en este momento emitir juicios sobre lo anteriormente reproducido. Sí, en cambio, hacer constar un hecho: que en 1723, en un clima de discordia entre el representante del poder real y el cabildo y apoyándose en éste, puso en marcha el proyecto de aquella empresa que habría de llegar a ser la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, don Pedro José de Olavarriaga.

La "Instrucción General y Particular...".

Pero Olavarriaga no había puesto en marcha su idea a humo de pajas. Sin temor de que se nos desmienta podemos afirmar que la tierra de Venezuela no había conocido nunca hasta su venida un visitante que declinara al estudio de su situación y recursos una mente tan experimentada y minuciosa: "... hombre observador y de grandes conocimientos en asuntos de comercio, hacienda y agricultura —son palabras del docto investigador García Chuecos⁴— hizo durante su estada en Caracas, 1718-1720, un detenido estudio de las posibilidades económicas "de la Provincia" y esta fue la base de su posterior actuación lo mismo en Venezuela que en España, que cerca del Virrey de Nueva Granada, alentando y propugnando el proyecto de la citada compañía de comercio".

Tuvo sin duda colaboradores en esta empresa. El Ingeniero militar don Juan Amador Courten, quien es autor de los planos y proyectos que ilustran la obra, desde luego, y también probablemente, como apunta Arcila Parías⁵, "tuvo seguramente la colaboración de todos los funcionarios de Hacienda, y esto le permitió realizar un trabajo sumamente valioso, el único que existe, entre los de su género, referente a la provincia de Venezuela".

"Instrucción General y Particular del Estado Presente de Venezuela en los Años de 1720 y 21" es el título de este valiosísimo manuscrito que parece fue sustraído del archivo donde se guardaba, yendo a parar a manos de alguna

persona o institución de habla inglesa, a deducir, como observa García Chuecos, no sólo de una nota escrita en idioma inglés y de hechura moderna que corre en los primeros folios de la Instrucción original, sino de la circunstancia de haber sido ofrecida en venta a la Academia Nacional de la Historia por la librería londinense Maggs Bros Ltd. En 1939 el Gobierno Nacional adquirió este precioso manuscrito, destinándolo a la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

Es realmente un hermoso manuscrito, aun desde el punto de vista meramente caligráfico, por su hermosa escritura y los catorce mapas que lo ilustran, pero es, desde luego, su valor intrínseco el que cuenta, por lo que es lamentable, como dice Arcüa Parías, que aún esté inédito, ya que: "La divulgación de esta obra excepcional habría evitado que se deslizaran tantos errores respecto al estado de la agricultura y del comercio venezolanos en los años inmediatamente anteriores al establecimiento de la Guipuzcoana".

Es, desde luego, mucho más detallada y completa que la "Descripción..." de José Luis de Cisneros, con el mérito de haber sido compuesta cerca de medio siglo antes y en la nota en idioma inglés que antes citamos se la define acertadamente al decir: "This is a curious interesting volume it may be called the Dooms Day Book of that part of Colombia...", recordando el registro del gran catastro hecho por orden del rey Guillermo el Conquistador.

El índice de la obra es como sigue:

Capítulo I.- Idea General de la Provincia de Venezuela, su temperamento, sus límites, jurisdicciones, minas, frutos, ríos. Su gobierno Político y Militar.

j.-Arcila Parías, Eduardo.- Economía colonial de Venezuela. México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

Capítulo II.- Estado presente de la Costa Marítima de la Provincia desde Macuto hasta la punta de los Flamencos, sus puertos, valles, ríos, haciendas, nombres de sus amos, arboledas de cacao, su producto, poblaciones y demás circunstancias que sirven de instrucción a la planta de dicha Costa incluida en dicho capítulo.

Capítulo III.- Estado particular de los valles y jurisdicciones de Tierra adentro, en el cual se da cuenta de las mayores poblaciones que hay en cada jurisdicción, sus haciendas de cacao, nombre de sus amos, número de arboledas, producto de ellas, etc., trapiches, ganados y demás frutos que cada jurisdicción da por sí, con otras varias particularidades.

Capítulo IV.- Estado presente del Comercio español y de la introducción de comercio extranjero en esta Provincia.

Capítulo V.- Estado particular y presente del puerto y fortificaciones de La Guaira.

Capítulo VI.- Estado presente, particular y dimensiones de Puerto Cabello y del Río Yaracuy con las dimensiones de su Boca.

Capítulo VII.- Razones que obligan a reparar las fortificaciones del Puerto de La Guaira, a fortalecer a Puerto Cabello y la Boca del Río Yaracuy.

Capítulo VIII.- Proyecto de reparos con sus perfiles para el Puerto de La Guaira.

Capítulo IX.- Proyecto para Puerto Cabello, y la Boca del Río Yaracuy con sus perfiles.

Capítulo X.- Gastos a que montan los proyectos de los capítulos anteriores.

Capítulo XI.- Estado presente de la Real Hacienda en esta Provincia.

Capítulo XII.- Estado que tendrá dicha Real Hacienda, luego que sean completos los proyectos susodichos.

Prescindiendo de la detallada relación que hace Olavarriaga del gobierno de la Provincia, de su producción y consumo, etc., etc. vamos a efectuar un rápido recorrido de la obra, deteniéndonos en algunos puntos que estimamos ofrecen mayor interés.

Ante todo, ha de decirse que la obra lleva un prólogo fechado en Santa Fe a 16 de marzo de 1722 y firmado por Juan Amador Courten, el ingeniero militar ya citado, en cuyo quinto párrafo podemos leer lo siguiente:

"Es a ejemplo de Vuestra Excelencia (el Virrey de Nueva Granada, Don Jorge de Villa Longa, conde de la Cueva a quien la obra va dedicada). Señor, que sus ministros repartidos en las Provincias de su Gobierno se esfuercen a poder merecer el glorioso título de su protección. Y a este fin que Don Pedro José de Olavarriaga, Juez Enviado por Vuestra Excelencia en la Provincia de Caracas, hizo la instrucción general del estado presente de la dicha Provincia en cumplimiento de las órdenes de Vuestra Excelencia, dejando a mi cu

idado los Proyectos militares más convenientes para la seguridad de la Costa Marítima, y la restauración de los Reales derechos en ella, pero como los alborotos en aquella Provincia nacidos por varios émulos ocasionaron su detención y prisión con el indecoro que se ha hecho público, no tuvo lugar de dedicar a Vuestra Excelencia esta obra hija de su trabajo...".

Al recorrer el manuscrito, vemos, en primer lugar, que no tenía Olavarría buena opinión de la laboriosidad de los naturales de la Provincia, cuando escribe: "... en fin, se puede asegurar que la Provincia de Venezuela fuera una de las mejores y de las más fértiles de todas las Indias Occidentales si fuera ella cultivada, pero la flojedad de sus vecinos es tan grande que en medio de esta abundancia apenas se halla lo necesario para la vida..." Sin que acertara a explicarse si esta flojera era vicio que provenía del temperamento de la tierra o si la fertilidad de esa misma tierra era la que les hacía desprestigiar tal ventaja.

Ataca mucho la conducta de varios Gobernadores (aunque a ninguno nombra) que han ejercitado "vejaciones" y "concusiones". Pensaban los tales, según Olavarría, que, en virtud de la suma ofrecida para obtener su cargo, tenían derecho de vejar y perseguir a los vasallos de su gobierno y "10.000 pesos extranjeros ofrecidos han hecho perder muchas veces a la Real Hacienda hasta un millón de pesos en cinco años de gobierno, porque estos ministros han permitido ocultamente la salida de los frutos de la tierra a los extranjeros, y la entrada de sus mercancías, haciendo ellos mismos este dañoso comercio, por lo que no me espanto si algunos entre ellos han insinuado que era imposible cortar de raíz el comercio de extranjería en esta Provincia, pues eran ellos mismos interesados en su continuación".

En el siguiente párrafo dice (con cita de San Agustín, como antes había citado a Quinto Curdo, etc., etc.), que también han venido algunos gobernadores buenos, para manifestar a continuación que "... no suelen venir a estas tierras sino dos géneros de personas, o de los que buscan hacer fortuna, o de vagamundos quienes hallando más fácilmente la vida en estas tierras que no en Europa, causan más perjuicio que provecho; es necesario que un Gobernador impida a los unos enriquecerse con la hacienda ajena, ponga un freno limitado a su avaricia y dé órdenes rígidas para que los otros trabajen".

Según él, a las familias que vienen en los navios de registro de las Canarias les dan malas tierras, cosa que los ha forzado a buscar su vida en otros modos que la agricultura.

Manifiesta que hay muchas familias isleñas en Caracas que apenas pueden man

tenerse con su trabajo y valiera más formasen pueblos, "porque, en fin, más conviene para el servicio de Su Majestad en las Indias que los pueblos sean grandes y las ciudades pequeñas, y es el trabajo del campo y no en la ociosidad de la ciudad que los hombres hallan una vida dichosa", reflexión, se a dicho de paso, que se nos antoja muy de la idiosincrasia de un vasco.

Vuelve a hablar de las concusiones de los Gobernadores que "son tan grandes que yo dudo si tienen ejemplo en el mundo". Y lo mismo expresa a continuación respecto de los Tenientes o Cabos de guerra, Corregidores u Oficiales de Milicianos (y siguen las citas de Quinto Curcio).

Del Gobierno Militar opina que "aún está en peor estado que el político; no hay fortificaciones ni almacén en orden, y los soldados no saben observar disciplina alguna". Así no hay Almacenes en La Guaira, la Tara-cazana "... es una casa alquilada de la cual el alquiler ha costado más hasta hoy que si la hubiesen fabricado expresamente"; la Artillería está en mal estado, etc., etc.

En el Cap. IV, "Estado presente del comercio español, y de la introducción del comercio extranjero en esta Provincia", hace un panegírico del comercio en general, como generador de toda clase de bienes, y termina refiriéndose a lo aniquilado que está el de Venezuela que se reduce a un navio registro de España, que aún no viene todos los años, y otro de Canarias cargado de caldo y cuatro o cinco embarcaciones que cargan todos los años una partida de cacao para la Nueva España. No debieran bastar, según él, cuatro registros de España y seis u ocho de Canarias (no se necesitaría entonces comprar como ahora el aguardiente a los holandeses).

Dice que el comercio español se reduce a 24.000 fanegas de cacao.

Establece que ninguna nación frecuenta tanto la costa marítima de Venezuela como los holandeses. Estos venden sus productos más baratos que los españoles, por las razones que explica.

Se refiere, finalmente, en este capítulo a la situación estratégica de la isla de Curazao y a la actividad de los judíos que la habitan.

Analiza en el Cap. V las fortificaciones de La Guaira que estima, en general, muy deficientes.

En el VI hace unas consideraciones sobre Puerto Cabello a cuyo puerto lo considera "el mejor de toda esta costa y quizá de todas las Indias".

En el VII se extiende sobre las "Razones que obligan a reparar las fortificaciones del Puerto de La Guaira, a fortalecer a Puerto Cabello y la boca de l río Yaracuy". Y en el párrafo quinto de dicho capítulo se lee que "se ha de considerar que Su Majestad no saca hoy en día provecho ninguno de la Provincia, antes los derechos no bastan para las cantidades que Su Majestad tiene libradas y consignadas anualmente en las Reales Cajas de la Contaduría de esta Provincia, de salarios de Ministros, dotaciones de presidios, limosnas para religiosos misioneros, etc.", estampando en el siguiente párrafo lo que sigue: "Al contrario, si se hubieran dado las providencias convenientes para exterminar el comercio de extranjería, los derechos reales bastarían no digo solamente para pagar las consignaciones actuales; pero también para mantener la Real autoridad en la costa marítima de esta Provincia y asegurarla contra la continuación del comercio extranjero, y a más de esto sobra una porción muy considerable a Su Majestad".

Examina y critica los remedios propuestos (cabos a guerra, comisiónanos, órdenes fulminadas contra el comercio, cédula de Su Majestad para quemar el comiso, etc., etc.), y los va desechando todos, incluso el de Corsarios que, sin embargo, reconoce es el mejor de todos los propuestos "a condición de que tengan estos corsarios una retreta segura en caso de fuerza mayor o para asegurar sus fuerzas", por lo cual, concluye: "El mejor remedio es... fortalecer su costa indefensa hoy". Y para mejor hacer fuerza en esta idea, expone a continuación las razones que obligan a reparar La Guaira, fortalecer Puerto Cabello y fortalecer asimismo la boca del río Yaracuy.

Hacia el final (capítulo XI), recalca de modo concluyente el móvil que le impulsó a su estudio: "... el motivo principal de toda esta obra es de buscar los medios más convenientes por los cuales se restituya a Su Majestad la legítima cobranza de sus derechos tan deteriorada por la frecuentación de los extranjeros a su costa marítima".

Poca atención hace falta prestar al examen del manuscrito de Oiava-rriaga para darse cuenta de lo que él mismo representa, ya como fiel reflejo de las experiencias vividas por su autor en Venezuela, ya, y sobre todo, como punto de partida y bosquejo de plan de actividades de la futura Compañía de Guipúzcoa. En el primer punto, baste citar sus repetidas alusiones a la conducta de ciertos Gobernadores y al problema del contrabando. En cuanto al segundo, su interés profundo por la agricultura, la reseña minuciosa que hace de todas las principales haciendas de cacao de la Provincia con el recuento de los árboles de cada una; su encendido panegírico del comercio como padre de prosperidades; su insistencia en la necesidad de reparar las fortifica

ciones de La Guaira y boca del rio Yaiacuy y, sobre todo, Puerto Cabello que serían así sólidas bases de los corsarios que han de celar las costas en que ahora los contrabandistas pululan; su vuelta, una y otra vez, a la necesidad de terminar con el comercio ilícito para que la riqueza de la Provincia no vaya a manos de extranjeros frecuentadores de su costa marítima hurtándose la legítima cobranza de los derechos con los que la Real Hacienda habría de obtener saneados ingresos, nos muestran al hombre que va sembrando las ideas en que ha de fructificar la compañía cuya constitución se avecina, proyectando amplias actividades en los dominios de la agricultura, el comercio y la navegación.

Fundación de la R. C. Guipuzcoana.

Perdemos por unos años la pista de Olavarriaga. A partir de 1723, no hallamos su nombre en los expedientes de Residencia del Gobernador Portales y Meneses y en otros documentos donde aún sigue apareciendo el de su compañero Beato. Esto y el que la dedicatoria de su libro al Virrey de Santa Fe sea de manos del ingeniero Courten, como hemos visto, prestan toda verosimilitud a la sospecha de que ya dentro de ese año de 1723 regreso a su tierra donde, tan pronto como pudo, hubo de dedicarse a hacer prosélitos para su proyecto de Compañía⁶.

Durante los cuatro años siguientes sus informes debieron de llegar al círculo de los más altos personajes guipuzcoanos, como el conde de Peña-florida y otros, y acaso alcanzaron valimiento en la corte madrileña.

El hecho es que sabemos que, por lo menos, para 1727 el proyecto de empresa comercial vasco-venezolana había tomado estado oficial en Guipúzcoa que nombró a don Felipe de Aguirre, secretario de su Junta Foral, como especial representante suyo para tratar del asunto con el ministro español Patiño. Las conversaciones entre ambos cristalizaron en el convenio del 25 de septiembre de 1728, después de aclaradas algunas dificultades como las que surgían, por ejemplo, de las modificaciones que en el régimen normal del comercio español en América, suponía que el tráfico se hiciera por puertos y ascos, como, de acuerdo a su antigua libertad, deseaban los guipuzcoanos.

En la Real Cédula que encabeza el citado convenio leemos algunos párrafos que nos traen a la memoria ideas que conocimos a través de nuestro recorrido por la "Instrucción" de Olavarriaga; así: "Por cuanto que para remediar la escasez del cacao que se experimentaba en estos mis reinos, ocasionada de la tibieza de mis vasallos en aplicarse al tráfico de este género con las provincias de América sin pender del arbitrio de extranjeros que indebida y

fraudulentamente lo disfrutaban... Y habiendo en este estado concurrido la Provincia de Guipúzcoa, ofreciendo por su parte a obviar los grandes daños y perjuicios expresados con utilidad de mi Real Hacienda, ...con tal que yo fuese servicio concederla permiso de navegar con Registro a Caracas dos Navios al año, de 40 a 50 cañones armados en guerra... y la de corsear en aquellas costas... tuve por bien mandar que esta proposición se examinase con atenta reflexión..." El resultado de todo lo cual, haciendo un extracto del articulado, es como sigue:

Art. 1.º.- Que los naturales de Guipúzcoa, formando Compañía, han de enviar a Caracas dos navios de Registro cada año, de cuarenta a cincuenta cañones cada uno, cargando en ellos frutos de estos Reynos y otros

6.- Sin embargo, después de escrito esto, hemos encontrado documentos posteriores de su estancia en Caracas, el último K de Noviembre de 1726 en el que otorga parte general "para todos los pleitos que (?) así sobre la pesquisa y averiguación que se me han por el (?) Don Diego (?).

géneros con que permutar el cacao y de los demás de aquellos parajes y en llegando estos navios a La Guaira, ha de quedar verificado el Registro de ida. Desembarcarán allí lo que sea para Caracas y pasarán con lo demás a Puerto Cabello, llevando en él un oficial Real o persona de satisfacción que no embarazasen los Oficiales Reales para que entienda en el resto de la descarga. Hasta esta diligencia pueden los Factores del Registro traficar libremente todos los efectos del Registro. Para la vuelta, recogerán en Puerto Cabello y Caracas cuantas mercancías obtengan de tierra adentro. Los dos navios descargados, solos o acompañados de embarcaciones menores, saldrán a impedir el comercio ilícito, pudiendo extender su navegación desde el Río Orinoco hasta el de la Hacha.

Art. 2.º.- Que los navios se cargarán en puertos de Guipúzcoa y liarán viaje directo a Caracas tomando los registros el Juez de Arribadas de San Sebastián. Y como en estos puertos hay absoluta exención de derechos, satisfará la Compañía por vía de servicio el equivalente a los derechos de salida... "sin que esto perjudique en modo alguno a la franqueza absoluta de Guipúzcoa en frutos propios y en los demás comercios como siempre se ha practicado"

Art. 3.º.- Que los navios de la Compañía a su vuelta de Indias han de aportar a Cádiz. Desde allí, donde pagarán los derechos de toda la carga, se llevarán a Cantabria la parte que le parezca a la Compañía, y desde allí se hará el abastecimiento de cacao y demás frutos de Indias a Guipúzcoa, etc., etc.

Art. 4.º.- Que a la Compañía se le hacía franca del derecho de tonelaje y otras alcabalas, excepto el correspondiente al Seminario de San Telmo en Sevilla.

Art. 5.º.- "Que su Majestad se reserva conceder semejantes permisos a otras de distintas circunstancias para el mismo comercio y navegación de Caracas, según fuese de su Real agrado, sin que por eso deje la Provincia de continuar sus esfuerzos, para proseguir el armamento estipulado".

Art. 6.º.- Que las presas hechas por la Compañía no han de pagar derechos a algunos de alcabala...; que se han de repartir aplicando los dos tercios para la Compañía y el otro tercio para oficiales y tripulación; que este repartimiento lo hará en Caracas el Juez Conservador; que los Factores podrán vender en tiendas de Caracas, etc., los géneros apresados y que si se hallan porciones de cacao de sobra, podrán enviarse a Veracruz en embarcaciones menores de su cuenta (no en los dos navios grandes de Registro).

Art. 7.º.- Que el conocimiento y determinación de presas corresponde al Juez Conservador particular, "aprobado por mí", el cual ha de ser el Gobernador que es o fuere de Caracas, con inhibición de Virreyes, Audiencias, etc., etc., "sin embargo de las leyes u órdenes mías que haya en contrario"; que las apelaciones serán al Consejo de Indias; y que siempre que haya causa legítima "pasará a remover al expresado Juez Conservador".

Art. 8.º.- Que la Compañía puede armar embarcaciones menores para patrullas de costas...; y que las patentes de Capitanes de Mar para las embarcaciones referidas en Caracas las ha de dar en mi Real nombre el Gobernador de aquella Provincia de Caracas "sólo a las personas que le propusieren los Directores de la Compañía".

Art. 9.º.- Cómo deberán enviarse a España desde Caracas las embarcaciones extranjeras o contrabandistas apresados, cargando en las embarcaciones menores el cacao para España.

Art. 10.º.- Que los navios de la Compañía pueden apresar también embarcaciones de piratas y contrabandistas, transmitiendo al ministerio en caso de presas, avisos anticipados, antes de que de aquellos puertos salgan los navios para España.

Art. 11.º.- Que el Juez de Arribadas de Navios de Indias había de ser el que se conociese de las personas que hicieran los navios de la Compañía a su vue

lta a España, con apelación al Consejo de Indias.

Art. 12.º.- Que se concedía a la Compañía hacer sus primeros viajes a Caracas con navios aunque fueran de construcción extranjera, relevándola de los derechos correspondientes "en consideración a los crecidos gastos que ha de tener en este armamento, tan de mi Real servicio...".

Art. 13.º.- Que se autoriza a la Compañía de Caracas a surtir de géneros a los puertos de Cumaná, Trinidad y la Margarita cuando no hubiera registro de España en ellas y para que no tuvieran pretexto para el contrabando.

Art. 14.º.- Que en caso de arribada forzosa de algún navio de la Compañía a Maracaibo o Santa Marta, se le dé auxilio por los empleados de S. Majestad que no han de pretender inmiscuirse en su carga, etc.

de acuerdo a sus propias leyes conocidas más bien bajo el equivoco nombre de Fueros. La Cédula de Felipe V, pues, no hacía más que reconocer ese estado de derecho y respetarlo en los puntos en que él tenía relación con lo contratado; sin conceder privilegios que estaban de más.

Cuando este contrato fue firmado, Guipúzcoa ordenó la constitución de una Comisión presidida por don Francisco de Munibe e Idiaquez, conde de Peñafloreda, la cual el 17 de noviembre de 1728 presentó las bases constitutivas de la Compañía de Caracas. Para el estudio de ellas, el Consulado de San Sebastián había procedido a recoger información pertinente sobre organización de compañías, especialmente sobre la de Ostende "como la mejor regulada y arreglada sobre las bases de las otras". Con estos datos foráneos, sobre los que trabajó la honda experiencia de aquellos hombres de la estirpe de los compiladores de las célebres Ordenanzas de la Ilustre Universidad y Casa de Contratación de Bilbao que durante siglos han regido como Códigos de Comercio de la América española, se redactaron dichas bases constitutivas que, una vez aprobadas en Guipúzcoa, fueron remitidas por su Gobierno Foral a la corte de España donde asimismo fueron aprobadas.

Según estas bases, se daba a la Compañía una constitución semejante a las modernas compañías anónimas. Cada acción era de 500 pesos. Había cinco directores con 5.000 pesos anuales de sueldo cada uno, debiendo ser dueño de diez acciones, cuando menos, y poseer los conocimientos de comercio, sin que pudieran ser parientes entre ellos en primero y segundo grado de consanguinidad. Cada cinco años, como máximo, debían convocar a Junta General de acciones en la cual tendrían voto los que poseyeran ocho acciones, por lo menos. A la Junta general corresponde lo concerniente al buen gobierno de

la Compañía; lo relativo al establecimiento de oficinas, empleados, salarios y nombramientos y separación de directores y empleados. Los directores y los revisores no pueden comprar géneros ni pertrechos de la Compañía, ni venderlos si no es en remate público. Dichos directores dispondrán lo concerniente al armamento de navios y construcción de los mismos. De su incumbencia sería el nombramiento de oficiales de navios, sin que pudieran usar dichas embarcaciones de la Compañía para su particular comercio. Una especial previsión estatúa la convocatoria para una Junta General preliminar cuando fondos suficientes estuvieran a mano para los primeros barcos. Al lado de estas y otras disposiciones de orden mercantil, citaremos estas dos de orden religioso y patriótico: que la Compañía se constituía bajo el patronazgo de San Ignacio de Loyola, y que los directores y revisores debían jurar en la ciudad de San Sebastián,

ante el primer Diputado Foral de Guipúzcoa, la observancia del convenio citado, así como estas bases y demás disposiciones que las Juntas generales de accionistas acordaren.

La Real Compañía Guipuzcoana queda constituida. La idea puesta en marcha por Olavarriaga en Caracas, al comienzo de la gobernación de Portales y Meneses, plasmaba justamente al terminar éste su mandato. Simple coincidencia, sin duda; pero uno no puede dejar de tener presentes las palabras del historiador Sucre cuando, refiriéndose al año 1725, recuerda "las muy poderosas influencias que Portales debía de tener en la corte... a pesar de los promotores de la compañía comercial, hombres de valimiento en Madrid...", hacia los cuales, añadimos, por nuestra cuenta, había de sentir mortal enemiga, nacida de sus enconadas luchas en Caracas.

Como quiera, había nacido la Guipuzcoana sobre la cual no es este el momento ni nos corresponde estampar juicio. Pero sí consignaremos este hecho: que si es cierto que el siglo XVIII, aquél que, según Germán Arciniegas, se caracteriza por la aparición de un hombre nuevo que empieza a hablar y expresarse en americano, es el que determinó en Venezuela, como en el resto de América, la incubación del sentimiento nacional y la gestación del movimiento independentista, nadie podrá negar a la Compañía de Guipúzcoa, con todos sus aciertos y desaciertos, el papel preponderante que durante ese siglo jugó en esta tierra. El maestro Bello lo sabrá decir con palabras concluyentes: "Es a la Compañía Guipuzcoana a la que hay que atribuir los progresos y los obstáculos que han alternado en la regeneración política de Venezuela".

3.- Gobernación de Don Sebastián García de la Torre.

El día 15 de julio de 1730 zarpaban del puerto de Pasajes los tres primeros barcos que enviara a Venezuela la Compañía Guipuzcoana, "después de haber recibido las bendiciones de los sacerdotes, y acompañados por los cantos religiosos de sus habitantes, franqueaban el estrecho paso, cavado por la naturaleza entre las altas montañas, que hacen comunicar la bahía de Pasajes con el Océano"⁷. Uno de esos barcos era la fragata "San Ignacio de Loyola" y a su bordo venían muchos altos empleados de la Compañía con don Pedro José de Olavarriaga a la cabeza y con ellos el Coronel de Infantería don Sebastián García de la Torre, nombrado Gobernador y Capitán General de Venezuela. A petición de éste, el contador certificó que en estos navios habían venido registrados 564 fardos, 237 cajones, 20 barriles de mercaderías y 159 cesticos con crisoles, midiendo en total 9.511 palmos. (Diversos, XIV, fols. 283-96).

El 4 de septiembre llegó a Puerto Cabello Olavarriaga con los tres buques, y desde allí, como director de la Compañía, "dirigió una circular a los cabildos, participándoles su feliz arribo y pidiéndoles algunos informes para más asegurar el acierto en su importante comisión. Seguidamente, mandó establecer factorías en Caracas, La Guaira, Puerto Cabello, valles de Barquisimeto y Coro... Puerto Cabello fue escogido por centro de sus principales almacenes". "Hasta entonces aquella población —seguimos citando a Baralt— no se componía sino de barracas miserables construidas por pescadores y contrabandistas de las islas; y habiendo logrado sustraerse constantemente a la obediencia del gobierno, era, menos que un pueblo, guarida de bandidos, factoría de las colonias holandesas y asilo de los criminales. La Compañía empleó felizmente sus fuerzas y recursos en dar orden y arreglo a la población; construyó en ella y en el puerto algunas obras útiles, y muy pronto regenerada aquella pequeña sociedad, creció y prosperó considerablemente". Hasta aquí Baralt. Por nuestra parte, al leer eso que se dice de regeneración de Puerto Cabello y de construcciones en la ciudad y en su puerto, no se nos ocurre otra cosa que remitir al lector a la "Instrucción" de Olavarriaga donde la necesidad de esas obras y mejoras es, una y otra vez, contemplada.

"Por esta misma época —dice Sucre— se estableció en Caracas la oficina principal de la Compañía Guipuzcoana. Muchos de sus funcionarios, jóvenes distinguidos recién llegados de España, que habían traído recomendaciones de amigos y parientes, y que siguiendo la hospitalaria tradición de nuestros abuelos habían sido hospedados en las casas de las principales familias; deseosos de divertirse y de hacer simpatía su compañía, promovieron una serie de fiestas en las que introdujeron junto con las nuevas modas en los trajes, nuevos usos sociales menos ceremoniosos que los de la corte austríaca

a conservados en Caracas; quedando desde entonces íntimamente relacionados los de Guipúzcoa con la aristocrática sociedad caraqueña. Estas novelorías y la liberalidad de la Compañía al principio de su fundación trajeron mucha animación social y una gran actividad comercial y agrícola, iniciadora de un rápido progreso material desconocido en Caracas anteriormente. Pero pasado algún tiempo, y como en definitiva los favorecidos de la Compañía fueron pocos y muchos los desencantados, comenzaron las quejas, y tras ellas llegaron a Caracas rumores de sublevaciones que pronto se supo eran ciertas".

Era la rebelión de Andresote.

La rebelión de Andresote.

Si hay un punto sobre el que apologistas y adversarios de la Compañía Guipuzcoana estén de acuerdo es éste: que los primeros años de la empresa vasca fueron fecundos en bienes no sólo para ella, sino también para Venezuela y la Corona. Estos años en que —no se olvide— no disfrutaba aún, al menos legahnente, de la exclusividad del comercio que en 1742 llegó a conseguir, son los que hicieron a autor tan severo para con la Compañía como lo fue, p. e j. Baralt, escribir: "Ora fuese por el deseo de ganarse el afecto de los naturales, ora por el de acreditarse en la corte para conseguir mayores mercedes, es lo cierto que en los primeros años la Compañía vendió sus mercaderías a precios más altos, por supuesto, que los holandeses, pero moderados; que compró los frutos del país sin enormes ventajas, y, que, como era consiguiente, aumentó las rentas públicas con los derechos de una exportación que si no era en realidad mayor respecto del país, lo era sin duda respecto del erario". Y no dejaremos de citar aquí las palabras de Andrés Bello cuando, después de hacer un breve recorrido histórico de los primeros años de la Guipuzcoana, escribe: "La lisonjera perspectiva que acabamos de presentar justificará siempre los primeros años de la Compañía de las justas objeciones que pueden oponerse contra los últimos que precedieron a su extinción" (Resumen de la historia de Venezuela).

No, el levantamiento de Andresote, que tan de inmediato siguió a la instalación de la Compañía en tierra venezolana, no fue consecuencia de los procedimientos despóticos de la empresa vasca como quieren algunos, ni creemos pueda pretenderse que se trate de un espontáneo estallido de la conciencia nacional venezolana en un comienzo de gestación, como por otros se estima; "...la del zambo fue una aventura en la que sólo vemos aparecer el gran corcho del agro encarnado en los negros, los indios y los mestizos" (Díaz Sánchez. "El Universal", 6-10-57). Aventura, añadimos nosotros, suscitada, fomentada y sostenida no sólo con dinero y armas, sino con hombres propios arm

ados, como pronto veremos, por aquellos a quienes la instalación y el activo funcionamiento de la Compañía habían venido a herir en lo más vivo de sus intereses y a privarles de las enormes ganancias que realizaban en el comercio clandestino con Venezuela: los comerciantes holandeses de la vecina isla de Curazao.

No es nuestro objeto hacer aquí la historia de esa rebelión. A través de los tres volúmenes del "Expediente sobre el zambo llamado Andresote" que fueron copiados del Archivo de Indias por el inteligente celo del Hermano Nectario María y que pueden consultarse en el Archivo de la Academia de la Historia, extractaremos solamente lo que interesa a la actuación de Olavarriaga en este asunto en que desde un principio le tocó participar.

Correspondía a Olavarriaga, como Director General de la Real Compañía Guipuzcoana, iniciar el proceso contra los levantados de la región del Yaracuy. Lo hará en dos direcciones: la primera, ante las autoridades españolas; la segunda, ante los holandeses de Curazao.

En el primer aspecto, vemos que Olavarriaga formula concreta denuncia (V. Pieza 1 del Tomo 1) a tenor de la cual "...es notorio el hallarse en las costas de sus valles y especialmente en el río Yaracuy, un zambo nombrado Juan Andrés, alias "Andresote" levantado contra Su Majestad y dicha Real Compañía con gran porción de indios y negros cimarrones armados de flechería, armas de fuego y otras ofensivas; cometiendo gravísimos insultos, robos y muertes, todo a fin de mantener a guerra viva el comercio furtivo con los extranjeros en dichas costas, mediante el fomento, favor y ayuda de los extranjeros con los mismos criollos, para lograr el traslado y transporte de sus mercaderías y frutos"; "Que siendo de la primera obligación de la Real Compañía a mi cargo el impedir y exterminar dicho comercio, he tomado providencias por medio de los comisionarios, dos de ellos Domingo de Urruti y Domingo de la Cruz Salamanca que yendo de pesquisa por el río Yaracuy fueron detenidos por Andresote y sometidos a interrogatorio y les dijo, entre otras cosas, que cualquier noche saquearía el almacén de Puerto Cabello; que tenía infinitos amigos así en la ciudad como en todas partes; también consta que además de los cincuenta hombres de la comitiva del dicho Andresote se hallaban incorporados con ellos más de sesenta holandeses armados que estaban entendiendo en el comercio y embarque de distintas porciones de cacao y tabaco que bajaron por el río Yaracuy en distintas canoas en cuyo comercio furtivo estaban ejercitadas tres valandras holandesas" (extremo que prueba Olavarriaga con sólidos testimonios: carta de Araguaita que le había dirigido Nicolás López; testimonio escrito de Felipe Luis Alvarado; testimonio de Juan Fuentes, etc.). "Que dicho levantamiento suena sól

o ser hecho con el fin de mantener a guerra viva el comercio furtivo en oposición del embarazo que se le pone por dicha Rl. Compañía a la cual así como a la Real Hacienda causa gravísimo daño y perjuicio; Que se hagan las averiguaciones y se apliquen los castigos necesarios; Que si se llegase al anunciado incendio nunca se averiguaría si lo han hecho los holandeses solos o dho. Andresote y quedaría la Real Compañía Guipuzcoana sin recurso para pedir la satisfacción del daño; Que se hallan "más de 20.000 etíopes" levantados de sus amos que como cuando el alzamiento del negro Miguel, pondrían en gran peligro esta provincia tan abierta e indefensa", etc.

Al mismo tiempo que iniciaba así las diligencias de acusación contra los levantados del Yuracuy, Olavarriaga, procediendo en otra dirección, envía a la isla de Curazao como apoderado suyo a Juan José de UretaB, quien presenta en la isla una demanda conteniendo diferentes quejas sobre las hostilidades "cometidas por capitanes que navegan de esta isla con la dicha Compañía Guipuzcoana y otros vasallos de Su Majestad Católica de España", acusándolos concretamente de la intervención que habían tenido en los sucesos del Yuracuy y en el fomento del trato ilícito. Pero el Consejo de la isla hurtó el cuerpo muy lindamente disponiendo, por su fallo del 18 de febrero, que no había por qué castigar a los capitanes por haber sacado el cacao que se supone hecho ilícitamente, ya que hay constancia escrita de que fue pagado hasta el último maravedí; pero los condenan a pagar las "armas y algunos efectos que algunos de sus marineros" hallaron abandonados en el camino y fueron sacados del Yuracuy.

Conocido es el fin que tuvo la rebelión de Andresote. No es nuestra misión ocuparnos aquí de ello. Pero si llamaremos la atención sobre ciertas acusaciones que, en el "Expediente" que estudiamos, resultan contra los dos principales actores de la represión: el director Olavarriaga y el Gobernador García de la Torre. A éste, en varias cartas insertas al final del segundo de los tres tomos de que el "Expediente" se compone, le acusa el Contador Mayor de Cuentas de Tierra Firme, Dn. Martín Madera de los Ríos (la primera carta es fecha 9 de febrero de 1732) de una serie de "tiranas injusticias", así como de varios delitos (robos, etc.) En cuanto a Olavarriaga, vemos (declaración de Pedro Matos, vecino de Barquisimeto) que los capitanes holandeses le inculpan de haber introducido en la isla (Curazao) "porción de cargas de tabaco y cacao". Esto, según Andresote quien también le dijo al declarante Matos que "de dicha introducción hecha por Dn. Pedro de Olavarriaga, pretende hacer información en la isla de Curazao la que le han ofrecido muy plenisíma por manos de sus habitantes para ponerla en el Consejo: éste es el despacho con que habla y responde" (T. 1, f. 1).

El hecho es que prendió la discordia entre los dos poderes y las mutuas acusaciones llegaron al Rey con el resultado de que éste enviara a Ve-

8.- Sabemos también que otorgó poder a D. Ignacio de Luperena para que le representase ante el Gobierno de Carrasco a fin de terminar tan los extensos. Regisro Principal. Escribanía, año 1731, t. 5 ff- 311 (?) al 313.

como Juez Pesquisidor y comandante General con "autoridad superior al Gobernador y Capitán General y demás Ministros de ella" al Licenciado Don Martín de Lardizabal, del Consejo de S.M. y que a la sazón desempeñaba la Alcaldía del Crimen en la Real Audiencia de Zaragoza.

4.- Gobierno de Don Martín de Lardizabal.

El 15 de diciembre de 1732 se hizo cargo del gobierno Lardizabal, quien de inmediato comenzó sus pesquisas, el resultado de las cuales, por lo que concretamente se refiere a García de la Torre, terminó en sentencia contra éste y de la que apeló al Consejo de Indias. Como los autos fueron enviados a España, no existe en el Archivo de Caracas ni siquiera copia de la dicha sentencia ni del resultado de la apelación. Únicamente, en la colección de Reales Cédulas podemos ver una, fechada en San Ildefonso el 2 de octubre de 1735, por la cual el Rey ordena se le permita a García de la Torre salir del convento de San Francisco para regresar a España a dar cuenta de su gobierno. Se dispone que esto se realice en el primer navio de la Compañía Guipuzcoana que haga viaje a Caracas y que en él "embarque el referido Gobernador Don Sebastian García de la Torre con su mujer y familia", encargando "al comandante del Bajel la atención y buen trato que deue ya tener con su persona hasta entregarle en el Tribunal de la Cassa de Contratación de Indias que reside en Cádiz"; cosa que se cumplió al año siguiente.

Por lo que toca a Olavarriaga, sabemos que el Gobernador García de la Torre había operado autos contra él, Beato y otros Factores de la Compañía Guipuzcoana "en razón del comercio ilícito que tenían en Curazao".

En la representación elevada al Gobernador y Capitán General, "sobre lo perjudicial que ha sido el establecimiento de la Compañía Guipuzcoana en la provincia", por Don Alejandro Blanco Villegas, Don Silvestre de Liendo y Don Juan Vicente Bolívar (año 1734) se pide, entre otros testimonios, el de esos autos que debían de estar en el oficio de Don Faustino Areste y Reyna, "y en caso de no hallarlos en dicho oficio, certificármolos dicho Dn. Faustino declare el referido Don Francisco Areste su antecesor bajo la religión de J

uramento, si saue de su paradero y en caso de encontrarse se agreguen también adhos. autos". (Diversos, XVII, ff. 14 vto., y 15).

9.- "Martin de Lardizabal y Elurza, del Consejo de Su Majestad, residente en esla ciudad de Caracas y natural de la villa de Segura, hijo legitimo de le gítimo matrimonio de D. Francisco de Lardizabal y de Da. Josefa de Elorza, (?), naturales y vecinos de Segura en la otra villa de Guipúzcoa... (?)"

En auto de 3 de febrero de 1750 puede verse se manda atender a dicha solicitud diciendo que "Dn. Faustino Areste y Reyna solicite en su oficio los autos q . estas parttes piden y hallados que sean se dé de ellos testimonio a estas p artes". (Diversos, XVII, f. 18).

Pero (ídem, f. 603 vuelto)' resultó por la diliga, que consta en los autos al fo. Treinta y ocho Bto. el dar por respuesta dicho Ssno. (D. Faustino Areste y Reyna) no para en su oficio por no habérselos entregado su padre al Tpo. que se lo renuncio y que en fuerza de solicitud que hizo de los mensi ona-dos autos le aseguro el referido su Padre haverlos entregado y exivido al Sr. Dn. Martín de Lardizaval siendo Comandte. Gl. de esta Provincia en v irtud de auto que proveyó para ello Luego que tomo posesión deste Go-vierno y siendo así que el recoximto. y ocultasion de los mencionados autos Hecho por el Auxiliante y Patrocinador de dha. Compañía para que no se descubrie sen los excesos de dhos. factores aun a los primeros rudmtos. de su estable cimiento en esta Provincia que han continuado hasta el Tpo. presente, no pu ede ni deue parar perjuicio al dro. de esta dha. ciudad en punto de los más principales en que tiene fundada su defenza y en estos términos alegando p or el mérito de dhos. autos como si constasen acumulados a éstos, es consta nte resultaba de ellos con la más poderosa, concluyeme y exhuberante Justif icación al comercio extranjero que publico executaron y practicaron los men cionados factores Luego que llegaron a esta Provincia y se establezio en el la la dha. Compañía Hasiendo benir de la isla de Curazao con la misma publi cidad Valandras, y otras embarcaciones cargadas De efectos de Mercaderías q ue recibian a vordo de las suyas en cambio de Cacao y Tavaco q. Retornavan a la dha. Isla de Curazao las expresadas embarcaciones extranjeras teniendo las de dha. compañía cerradas sus Vodegas Mas tiempo de seis meses en el P uerto de Cavello sin quererlas Abrir, y esta voz era porque les constaba no tener ni aun la veintena parte de géneros de Castilla para por pronto reme dio abrir la primera feria, y paliar a los compradores ynterin y hasta tant o conceguir tener los que les vinieron de dha. Isla de Curazao que enconfor midad deste socorro abrieron dhas. vodegas y conduxeron a sus almacenes por géneros de Castilla y los que en realidad eran extranjeros Traídos de dha. Isla de Cur

manera que no pudiendo tolerar el referido Gobernador la Desembol-tura y p ublicidad destes excesos no obstante de hauerlos dhos. factores gratificad o y Traído en sus propios navios cuando llegó la Compañía a esta dha. Provi ncia, le presízo prosezarlos como lo hizo decuya Sumaria Información resul taron provados estos y otros muchos Delictos, y desde Mérito estando para providenciarse por el referido Gobernador la prisión De dhos. factores y E mbargo de sus Bienes y efectos de la mencionada compama para dar cuenta a S.M. llegó a este mismo Tpo. a la Provincia con la Comandancia Gl. de ella y Varias comisiones contra el dho. Gobernador el dho. señor Lardizaval co n motivo de las indicaciones falsas que por los Enunciados factores se hav ia informado contra quien ya no les Toleraba ni permitía sus excesos y con esta intenpestiva llegada, suspendiendo el Gobernador Don Sevastian la pr ovidencia y execucion de las priciones y embargos, lograron con el nuevo J uez de su propia nación y su auxiliante, el que no tan solo no se hiciese Justicia contra los culpados sino que También se recojiesen por el mismo, que la... Devia Administrar el dho. proceso y Sumaria Información Rompiénd ola o ocultándola para no se Manifestasen los delictos y procediendo con e l Mayor rigor contra el dicho Gobernador hasta q. lograron suspenderlo y a partarlo de su Govn. que continuo el dho. señor Laidízaval Hasta la Heñida del Sr. Gabriel de Zuloaga en los quales nada se corrigio ni puso enmiend a, antes si lograron quanto auxilio pidieron y necesitaron para El logro d e sus Intereses que disfrutaron con dhos. comercios extranjeros obstandole s como les obsta a los Mencionados facieres. El mérito de la citada diliga , en que se confiessa por el Ssno. la certidumbre y execución de dha. Info rmación Sumaria su extracción y ocultazion por la persona del Mayor poder en esta Provincia a quien no podia resistirse su entrega, y esta llana con fession Como de Ministro peo. como por ante Quien se actuó perjudica tanto a dichos ria se hallara puesto en estos autos, y por ellos hauer sido aquellos y ser lo también los que después han continuado los mismos excesos Reos de Delici o Crimen..." (Diversos, Ídem).

El apasionado lenguaje de esta exposición inconclusa de Blanco y Villegas con que se termina el tomo XVII de la colección Diversos del Archivo Gener al de la Nación, no nos ha de hacer perder de vista dos hechos capitales: el que, en efecto, se operaron autos contra Olavarriaga y otros factores d e la Compañía en razón del comercio ilícito que se suponía hacían con Cura zao, y que estos autos desaparecieron sospechosamente. Desaparición muy se nsible, pues nos impide saber hasta qué punto eran verdad esas acusaciones de tráfico ilícito que vimos hechas contra Olavarriaga, por primera vez p or Andresote, y a las que García de la Torre da forma legal en los mentado s autos.

Dudamos de que el paisanaje y la amistad llevasen al nuevo Juez Pesquisidor y Comandante General Don Martín de Lardizabal a la dolosa ocultación de pruebas de que le acabamos de ver acusado. Lo cierto es que "hábil juez y sagaz político como era, llenó Lardizabal todos los requisitos legales e hizo resaltar en sus informes los beneficios reales que la Compañía había hecho a la agricultura, al comercio y al fisco" (Sucre) y "la pesquisa salió a gusto, satisfacción y complacencia de esta Compañía inmaculada que en virtud de ella quedó justificada, canonizada, triunfante..." (Terrero), y que comunicó al Rey, en su Consulta del 8 de julio de 1733, que no resultaba cargo alguno de los que se imputaban.

Por el mismo tiempo, la Compañía, bien sea que atendiera a lo que de real hubiese en esas acusaciones contra Olavarriaga, bien sea que estimara medida de buena política contrabalancear el efecto que habría de causar en la Provincia la destitución de su Gobernador, convertido en declarado enemigo de los guipuzcoanos, procedió a separar de su cargo de Director a Don Pedro de Olavarriaga, sustituyéndolo por don Nicolás de Francia.

Y así, bajo el signo de contrabando, perseguidor de él o por causa de él perseguido, como lo vimos entrar, vemos salir definitivamente de esta tierra de sus trabajos y sus empresas a Dn. Pedro José de Olavarriaga.

Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Abril-Junio de 1958.

EL HUMORISMO VASCO

Libro de Jesús Basañez

"Los hombres confesarán sus traiciones, asesinatos, incendios, dentaduras postizas o pelucas. ¿Pero cuántos de ellos reconocerán su falta de! sentido del humor?" Esto que escribió Frank Moore Colby pudiera muy bien recordarse a propósito de esta compilación con tan inteligente cariño lograda por Jesús Basañez quien en su prefacio dice: "Se ha dicho no pocas veces, por gentes que nos han estudiado desde lejos, que los vascos somos serios, graves, taciturnos casi. Da la impresión oyendo o leyendo aseveraciones de esta naturaleza de que los hijos de Euskal Erria carecemos de sentido del humor". Y entendiéndolo que eso es lo más alejado de la verdad y quizá también un poco acuciado de ese prurito a que hacía alusión Moore Colby, se ha lanzado a laborar el mentís ofreciéndonos este libro, fruto de un ordenado esfuerzo de búsqueda, lectura y selección que está integrado por trozos escogidos de

vienticinco autores.

Un primer reparo o, si mejor se quiere, una aclaración habría que hacer al título de este volumen que, por cierto, ya viene señalada por Martín de Ugalde en su breve y sustancioso prólogo, al decir que esta compilación es una valiosa muestra de lo que se ha escrito con buen o mal humor en castellano entre los vascos. Lo cual está muy lejos de constituir el típico y auténticamente representativo humor de su pueblo por la fundamental razón de que elaboración tan sutilmente espiritual como es el humor, sólo puede destilarse en cada nación, en toda su pureza, a través de su propio instrumento de expresión, es decir, de su idioma peculiar. Lo cual resulta tanto más verdadero cuando se trata, como en este caso, de una lengua que era ya vieja, con vejez de siglos para cuando el castellano comenzó sus balbuceos y cuya morfología y particularmente su sintaxis —en donde, seguramente más que en ninguna otra parte, vibra el genio de cada idioma— es no ya diferente sino que, sin exageración puede decirse, radicalmente opuesta a la del castellano. Ciertamente que éste ha sido usado desde antiguo por muchos escritores vascos del Sur del Bidasoa, pero no es menos cierto que esos tales, hasta días muy cercanos a nosotros, no constituían sino una pequeña minoría que con ese ajeno medio de expresión no representaban sino muy imperfectamente a su pueblo. No hay que olvidar tampoco que el castellano era en ellos "lengua pegadiza", como lo dijo Unamuno, quien tan gravemente pecó en esta materia. Lengua pegadiza y no "sangre del alma", como él mismo decía del idioma propio, con la cual y solamente con la cual y al compás de sus latidos puede cada pueblo declararse tal como es en los entresijos mismos de su ser. Al humorismo vasco hay que conocerlo en sus prístinas fuentes a través de las creaciones espontáneas de ese típico y original exponente del ingenio popular que es el "bertsolari"; el humor vasco hay que beberlo en los poetas bien de la agrícol dulce vena de Bizkarrondo (Bilintx) o de la más amarga y satírica de Echaurin; bien en prosistas como Bustintza (Kirikiño), cuya pluma corre retozona, rezumando en ley, por sus dos tomos de Abarrak o en los Ipuiak de Pedro María de Urruzuno, quien viene a emparejar, en su castiza expresión guipuzcoana, la auténtica sal bizkaina de Kirikiño. Y así en otros literatos de lengua vasca o en la literatura popular de Euzkadi de la cual hay tan magníficas cosechas como la que representa p.ej. Euskalerrriaren Yakintza del eximio vascólogo don Resurrección María de Azkue. Como en cierta ocasión nos respondió quien fuera nuestro buen amigo, el excelente pintor Julián de Tellaetxe, al decirle cuánto nos gustaban sus retratos de pescadores vascos: "Sí, quizás, he llegado a expresar bien su fisonomía porque a ello me ayuda que conozco bien su lenguaje; no concibo que pueda pintarse bien a gentes a las que no se las entiende en su propia lengua". Y a esto se puede llamar conciencia artística.

stica que quien no la tenga hará caricaturas con el pincel o la pluma, pero nunca verdaderos retratos.

Concretándonos ya en la selección que presenta Basañez vemos que ella arranca del siglo XVI y llega hasta nuestros días a través de escritores muy conocidos algunos —Unamuno, Baroja...— y otros que no lo son tanto. Hay entre ellos varios que en el humor han encontrado la expresión trascendental de su espíritu y el cimiento de toda o de casi toda su obra —así Tellagorri, Aflibarro— y tenemos otros que sólo "per accidens" o en aisladas ráfagas se han manifestado humoristas; tales Ramón y Cajal y Unamuno que aparecen en esa colección como severas estatuas que por un momento se hubieran dignado descender de sus altos pedestales para hacernos una mueca y recordarnos que ellos también tuvieron sus momentos en que la ironía y la risa los hicieron sentirse parte actualmente de la comedia humana. Hay, por fin, ausencias que se notan como la total del siglo XVII, la de Cadalso y Larra en el XVIII y las de varias figuras contemporáneas como las de Salaverria, Grandmontagne, Bueno Bengoechea, etc. Pero apresurémonos a decir, en cuanto a esto, que ya el compilador advierte que en la obra que ahora ofrece no ha pretendido, en modo alguno, agotar la materia y que si el público acuerda su favor a este volumen, hemos de esperar que otro y otro le siga.

Tiene esta compilación varios méritos y para empezar el de ser la primera que se intenta en su género, lo que ya algo y más que algo de esfuerzo supone en el seleccionador. Tiene también el de estar integrada, en su mayor parte, por figuras de primer plano en las letras castellanas a las que se suman otras que, sin llegar a tan envidiable altura, pueden presentarse en compañía de aquéllas con títulos de algo más que de simples parientes menores, y tiene finalmente el de que, a pesar de las limitaciones al principio señaladas, constituye, sin duda alguna, un útil instrumento para ahondar en el estudio del espíritu vasco. Por todo lo cual y por las bien logradas páginas que en él pertenecen, por derecho de generación, a Jesús Basaflez merece éste la más cordial felicitación de todos los amigos de nuestras letras.

El Nacional, Caracas, 1965.

IDEAS SIMPLES

Nuestra meta es bien clara y definida: la libertad de Euzkadi. La libertad de Euzkadi como nación hasta el punto y grado máximo en que una nación puede ser libre. Lo cual significa, tanto como el ser independiente de la tutela de cualquier otra, ser ella misma en toda plenitud de su propio espíritu. Por que las cadenas políticas o económicas son de inmenso poder y las enemigas m

ayores, en apariencia, de la libertad de cualquier pueblo. Pero, los vínculos más poderosos son, como siempre, los espirituales. Por eso, la reconquista de nuestra libertad espiritual debe ser nuestro objetivo inmediato. Ciertamente que la libertad política es el instrumento más eficaz para llegar a ella. Pero, conviene no olvidar nunca que sin la liberación del espíritu vasco, según éste auténticamente se manifiesta en sus perfiles de raza, lengua, derecho, música, arte y demás características, la conquista política duraría poco o valdría poco la pena. La libertad política es instrumento y corona, a la vez, de la otra libertad. Es, pues, preciso ir a ella estando siempre al acecho de la oportunidad, pero sin olvidar nunca la liberación espiritual por la cual podemos trabajar en todo momento y en medio de las más adversas circunstancias. Nadie nos puede impedir aquello que, precisamente, más necesidad tenemos de hacer para la forja de la patria libre. Hacer que nuestro hogar sea una verdadera Euzkadi en miniatura, si somos cabezas de un hogar, o constituirlo íntegramente vasco, si aún no lo somos. Hablar euskera, si lo sabemos o aprenderlo, si lo ignoramos. Estudiar nuestra historia, cultivar nuestra música, convertirnos en enamorados de nuestro viejo Derecho, cantar nuestras canciones, bailar nuestras danzas y ejercitarnos en nuestros típicos deportes.

Nadie nos puede impedir esto en círculos como el familiar o el de nuestras relaciones sociales, siquiera sea en parte. Círculos reducidos, es cierto, pero fundamentales y que son como los diversos pisos de un edificio; cuanto más sólidos y mejores sean ellos, más sólido y valioso será aquél. Pero el edificio o nunca estará completo y servirá integralmente a sus fines, mientras del círculo familiar y de nuestras primeras relaciones no podamos pasar al de la total influencia social y política que sólo una construcción estatal puede darnos. Es necesario, pues, ir hacia ella.

Sobre la forma que ésta adopta, una cosa es clara. Euzkadi, nación en el íntegro significado de la palabra, no puede conformarse —definitivamente— con una menor suma de independencia política que aquella de que gozan las demás, porque la necesita para cumplir a cabalidad su propio destino. Aceptaremos una federación, siempre que ella no signifique el truenque de nuestros hermanos del norte del Bidasoa por gente con la que nacionalmente nada nos une, y mejor cuanto más amplia esa federación sea, hasta llegar a abrazar, si fuera porsirjle, a todos los pueblos de la tierra. La aceptaremos siempre que se entienda bien que nuestra patria tiene una personalidad inconfundible con derechos irrenunciables, sin que esto pueda significar que no deseamos armonizar en todo momento la vida y afanes de Euzkadi con los de todas las demás naciones. Porque éstas son, como los hombres, sujetos naturales de derechos y obligaciones.

En resumen, el logro de la libertad nacional de Euzkadi, integrada en la plenitud de su libertad espiritual, es nuestra meta. Sobre esta libertad, sobre esta independencia, creemos que todo vasco que se estime como tal ha de estar de acuerdo. Pero, vivimos en un mundo de realidades y esto exige de nosotros adaptarnos a las posibilidades y circunstancias del momento. En la historia de los pasados siglos, los Estados vascos vivieron en un status jurídico de unión personal con el rey de Castilla. Esto puede parecer una equivocación, pero también hay que preguntarse si podían haber hecho otra cosa. Difícilmente la podían, pues, a la connatural desventaja de nuestra pequenez, se unía un mal que enormemente la agravaba: la desunión. Si en lugar del reino de Navarra por un lado, el señorío de Vizcaya por el otro, etc., etc., todo el país hubiera constituido una unidad estatal, la defensa hubiera sido mil veces más fácil, y mucho mayor la posibilidad de elegir otros cauces para el desarrollo de nuestra vida nacional propia, en lugar del que nos llevó p.e.j. a las guerras carlistas y antes de ellas a la de Sucesión. La lección, pues, que nos da la Historia es la de que el primero de nuestros empeños ha de ser constituir y fortalecer la unidad vasca. Con esa unidad y la integración espiritual estaremos en condiciones de gozar de la independencia nacional, o más bien de la interdependencia a que cada día empuja más la vida internacional, bajo una u otra forma estatal que eso es, en definitiva, cosa a determinarse por el pueblo cuando le llegue el momento de hacerse cargo de sus propios destinos.

Euzko Gastedi, Caracas, 1959.

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Libro de Mario B riten o Perozo

Cuando aquel día 4 de septiembre de 1730, don Pedro de Olavarriaga arribó a la vista del Puerto Cabello a bordo de la fragata "San Ignacio", a la que acompañaban los otros dos navios que componían la primera expedición con que la Compañía Guipuzcoana daba inicio a su empresa, tuvo que experimentar el hondo sentimiento de que se estaba cumpliendo con él un acto de debida reparación. Porque en aquella tierra a la que llegara, en 1720, como Juez comisionado por el Virrey de Santa Fe para celar el comercio ilícito, observar el funcionamiento de las Cajas Reales y levantar un censo de los tributarios existentes en la misma, había visto a su persona e investidura atropelladas y había sabido en carne propia lo que era verse despojado, insultado y encerrado en una cárcel (1721-1722) por quien, más que nadie, estaba obligado a ayudarlo en el cumplimiento de su misión que, en resumen, no era otra que la de poner ley y decencia donde sólo reinaban el desorden, el cohecho

y la ganancia ilícita. Y él había tenido que devorar su amargura en aquella tierra a la que, antes y mejor que nadie, estudió en su situación y recursos y de la que había calado, como ninguno, la magnitud de las posibilidades que ofrecía a quienes, con espíritu de dedicación y trabajo y espoleados también, ¿por qué no decirlo?, del natural interés que mueve a todo hombre, supieran organizar en forma eficaz y tesonera esa explotación.

Ahora regresaba en vencedor. Creada a su impulso la empresa en la que tanto soñara y puesto a su frente, podía desarrollar sus esfuerzos sobre los planes que su perfecto conocimiento del terreno le permitía trazar. Pero le tocaba también lo más arduo. Porque ahora era llegado el momento de demostrar que había visto claro y que, en posesión de los medios que se le encomendaban, era capaz de llegar en sus realizaciones hasta donde había prometido. Tras los años de pensar y analizar y ofrecer y solicitar, venían los de acometer la obra y cumplir. Supo hacerlo en los escasos cinco años de vida que le quedaban, marcando el camino a una empresa sobre la cual la razón, el prejuicio o la simpatía podrán decir, en cada caso, su propia palabra, pero a la cual nadie podrá negar que fue uno de los hechos más trascendentales de la historia del siglo XVIII venezolano.

Con su reciente libro, Mario Briceño Perozo ha venido a confirmar ese acto de desagravio que su vuelta a Venezuela, en 1730, ofreció a Olavarriaga. No contento con el título de precursor que, un día, el que esto firma le dio, estima Briceño, y parece que no le falta razón, que a Olavarriaga corresponde el nombre de creador de la Compañía Guipuzcoana y el de guía luminoso de ella durante su primera y fecunda etapa. A demostrar esto, a exaltar la figura de este hombre dedica Briceño su libro en el que, desde el primer capítulo, vemos lucir una copia de documentación que no deja nada que desear y que es muy propia de quien como él regenta nuestro principal archivo; documentación que no decae en ningún momento y que en todos los capítulos va poniendo sólidos cimientos a la obra a través de la cual nos guía la experta pluma del autor.

Así puede verse en el primero de ellos, El tumulto de Guanaguanare, en el que, al dar a conocer el problema que la penetración y extensión del comercio ilícito había creado en tierras venezolanas, nos pone en vivo contacto con la realidad de la situación que motivará el que el Virrey Villalonga enviara a Venezuela a Olavarriaga y a su compañero de comisión, el andaluz don Pedro Martín Beato. Vemos asimismo como, por su parte, el Gobernador y Capitán General don Marcos de Betancourt y Castro, quien ya, en 1716, había nombrado a su paisano el canario Don Diego de Matos para encabezar, con amplias facultades, la batida a los contrabandistas y sus cómplices, —b

ien que el Matos careciera de moral necesaria para ello, pues que, al mismo tiempo que pesquisaba, ejercía el comercio de telas extraídas precisamente de los comisos efectuados a consecuencia de las pesquisas a su cargo—, provee en 1718 un auto por el que da plena comisión al Capitán Don Mateo de Osorio para que investigue todo lo necesario sobre los excesos en que incurran los funcionarios encargados de vigilar el comercio de extranjería, recalcando, para evitar una posible colisión con Don Diego de Matos, que éste no quedaba exceptuado de las obligaciones impuestas a los demás funcionarios de la Provincia de prestar colaboración a Osorio. De la forma en que esto viene a complicar las cosas se ocupa el capítulo II, "La inquisición de Osorio". En el siguiente, "Visorrey habemus", se da noticia de la creación del Virreinato de Santa Fe y aparece en escena don Jorge de Villalonga, segundo en ocupar la recién creada alta magistratura (año 1717), quien, a la vista de las implicaciones del interminable proceso venezolano, nombra jueces comisionados a Olavarriaga y a Beato, del alcance de cuya comisión y actividades en el desempeño de la misma se ocupa el capítulo IV, "Trueque de magistrados", así como de los conflictos de los comisionados con el gobernador trata el siguiente capítulo, "La fricción inevitable", donde se narra el apresamiento de ambos jueces, de la cual y de las diversas incidencias que se narra en el capítulo VI, "Los magistrados en la cárcel". En el VII, "El Informe de Olavarriaga", se nos ofrece una síntesis del trabajo de Olavarriaga "Instrucción General y Particular del estado presente de la Provincia de Venezuela en los años de 1720 y 1721", que se basta él solo para dar perenne testimonio del afán constructor y capacidad de Olavarriaga. El siguiente capítulo, "La querrela con García de la Torre", y en el IX, que le sigue y se titula "Justicia o parcialidad", da cuenta el autor de los incidentes surgidos cuando ya instalada la Real Compañía Guipuzcoana, Olavarriaga y el gobernador La Torre, que juntos habían venido, en 1730, a bordo de la "San Ignacio", aparecen en la pugna que culmina en el proceso en que el juez sentencia la culpabilidad del gobernador, no encontrando mérito alguno para proceder contra Olavarriaga, sobre cuyo período al frente de la Compañía Guipuzcoana escribe así Briceño: "Esta época (1732-1736), que es la misma que orienta fundamentalmente a Olavarriaga, resulta tan provechosa para la Corona, que como en ningún otro tiempo, se registra el hecho bastante significativo de que esta colonia no necesite de la ayuda extranjera para satisfacer sus gastos de gobierno, y que a cambio del déficit tradicional, acuse musitado superávit".

Esta y otras verdades, que la sólida base documental de este libro pone en evidencia, han llevado al autor a presentarnos, en todo momento, la figura de Olavarriaga a la cálida luz de una simpatía que especialmente se desborda en el último capítulo, "Con las orejas intactas", en el que, tras reprodu

Un párrafo de una carta de Olavarría al Virrey Villalonga en que recuerda a éste la amistosa amenaza que en cierta ocasión le hiciera: "que si no cumplía con mi obligación me habría de cortar las orejas; porque V.E. no decreta semejante sentencia en mí, junto con ser yo de buena tierra para cumplir con mi obligación, he ejecutado lo que sigue y consta de autos", expone Briceño Perozo, de acuerdo siempre a testimonios documentales, la obra realizada por Olavarría que vemos, realmente, lo constituye en un alto ejemplo de hombre devoto de su quehacer que se convierte en la razón misma de su vida, porque en todo tiempo para cumplir con su obligación supo tener presente que era de aquella "buena tierra" donde las palabras sólo valen cuando van rubricadas por los actos.

Un buen libro éste del Dr. Briceño Perozo que se lo han de saber agradecer los estudiosos venezolanos y los compatriotas de Olavarría.

Revista Archivo General de la Nación, Caracas, (?).

A UN JOVEN VASCO

Me dices que se va el 1965: "Un año más en la opresión; un año más vivido en vano. Es el del Centenario de Sabín y se nos ha ido como los anteriores, sin ver que el Askatasun Eguzkia comience a brillar..."

Un año más, sí. Es un precio caro el que estamos pagando. ¿Pero sabemos nosotros ni nadie lo que vale cada año de dolor? Lo tuvieron que pagar todos los pueblos que de veras quisieron ser libres y lo pagó Sabín con toda una vida hecha de esfuerzo y sacrificio. Y, sin embargo, al despedirse de ella, el panorama que a su vista se ofrecía no podía ser más deprimente: persecución y burlas, incompreensión y calumnias, odio de los extraños y en los compatriotas una indiferencia mil veces peor que el odio mismo. Así fue la vida de aquél a quien más que a nadie deberá la suya la Patria. Ciertamente tuvo algunos predecesores. Lo fueron los bízkaínos vencedores en Munguía y los heroicos navarros del castillo de Amayur y los mártires de la Rebelión de la Sal. Lo fue el gran Larramendi a quien algún día habrá que rehabilitar en este aspecto y lo fueron hasta cierto punto Chao y Moguel y otros. Pero ellos, como Olano, como Egaña, como Moraza, como tantos de aquellos que, ante el parlamento español o, guitarra en mano, como el errabundo Iparraguirre, o como los ingenuos fueristas, al cantar a las libertades vascas con elocuencia y con sinceridad, pretendían amar y servir en imposible simbiosis a dos patrias —Euzkadi y España— a la vez. Varios siglos de desviación nacional habían hecho posible que en los cerebros más claros y aun en los más puros corazones pudiera darse esta deformada visión. Las un

iones de las diversas regiones vascas a Castilla en su corona y el que ést
a en^los tiempos que siguieron llegara al zenit de su grandeza brindaron a
los vascos de ambición y de empresa campo ancho donde colmar los deseos d
e los nacidos para consejeros de reyes, como Ayala o Idiakez o Gaztelu, et
c., etc., o para grandes almirantes como Okendo y Gaztañeta, Rekalde, Bert
endona, Churruca y tantos otros. Al servicio de los reyes, entonces los má
s poderosos del mundo, podían encabezar !a empresa de rodear el orbe, como
Elkano o de colonizar las lejanas Filipinas, como Urdaneta y Legazpi... Y
todo iba bien mientras el sol no se ponía en los dominios de aquellos reyes y el país g
rior. Fue preciso que, con las guerras carlistas, con el dolor y el desgarr
ón que ellas causaron en el cuerpo de la Patria, tras siglos de sopor, reso
nara el clarinazo de Sabín, el hombre joven de la patria vieja y olvidada.
Y hubo de ser la suya la voz agria que estigmatiza al traidor, despierta al
dormido, excita al despierto, enfervoriza al vasco y encoleriza al extranj
ero. Fue como el relámpago que cruza de un extremo al otro del cielo y hace
verlo todo de una vez. No importa cuan rápido se apague. Lo que él iluminó
ya no puede ser olvidado y queda como viviente signo de contradicción al q
ue se puede amar u odiar, pero es imposible ignorar. Fue su obra la de un j
oven generoso y heroico y por eso la juventud que ama lo heroico y lo gener
oso ama a Sabín en cuanto lo conoce y ve en él un paradigma a cuya imitació
n bien merece consagrar la vida. El dardo hecho de amor y dolor que él dejó
clavado en el corazón de la Patria ha quedado vibrando y hay en su vibrar
algo como una canción y un mensaje que todos los jóvenes vascos van escucha
ndo y recogiendo de un extremo a otro de la vieja Patria. Y en esa juventud
, querido amigo, en ti y en los otros millares de jóvenes se concentra toda
nuestra esperanza. Habría que ser más que hombre para hacer más que lo que
Sabín hizo. Pero no somos mesianistas sino hijos de una patria que, como e
scribió Guiozot, mientras todo se trastocaba en Europa, supo permanecer pue
blo. Y creemos, por eso, que ai pueblo que Sabín despertó sólo lo podrá sal
var el pueblo mismo, Y lo mejor de ese pueblo sois vosotros, jóvenes de la
actual generación, y por eso de vosotros espera la Patria la salud. Sabéis
bien que buenas son las armas cuando son necesarias para ello, pero que en
nuestros días y circunstancias hay cosas que valen mucho más y son siempre
mejores que ellas. A la obra, pues, a la forja de la libertad que necesitam
os para que Euzkadi sea la más bella de las patrias, libertad que sólo podr
á ser conquistada por una superación constante en el trabajo y en el esfuerzo. A la hor
oven amigo, que sólo cuando se acabe la jornada, será tiempo de reposar. Y
a la obra con la voluntad bien tensa, la que sólo se conforma con lo más y
lo mejor. No podemos aceptar medianías. Somos pequeños y por ello tenemos q
ue trabajar como gigantes si queremos ser dignos de nuestro ideal. Que ese

ideal nueva todos vuestros actos. Que la joven emakume, cuando da su más pr
imorosa puntada, haga decir a su aguja por Euzkadi y que el recio langille
en el taller haga su trabajo más perfecto por una Euzkadi mejor para todos
sus hijos; que el arrantzale robe al mar sus mejores tesoros por Euzkadi, y
que el baserritarra labre su tierra para que verdaderamente sea suya en un
a Euzkadi mejor, y que vosotros los ikas-les, quizá la mejor esperanza hoy
día de la Patria nuestra, apretéis de firme los codos contra la mesa de est
udio para asimilar la sustancia mejor de vuestros libros y la más alta ense
ñanza de vuestros profesores y la última experiencia de vuestros laborator
ios para ofrecernos una rica cosecha: desde secretarios de ayuntamiento hast
a diplomáticos, desde directores de empresa hasta lingüistas, matemáticos y
físicos, diplomados en ciencia nuclear. Adelante todos, al compás vibrante
de canciones nuevas —las que el viejo Hornero decía que suelen ser las mej
ores—, canciones nuevas que hablan de libertad y esperanza, de limpieza y d
ignidad, de trabajo y de saber, de respetar y de amar, de una patria en que
los vascos puedan dar la medida más alta de lo humano. Porque todo eso y m
ás, con un porvenir glorioso, aguarda a la joven generación vasca de hoy qu
e sabe lo que significan las palabras: "Gu gara Euzkadí'ko gaztedi berria,..".

Euzko Gastedi, Caracas, 1965.

HACIA LA LIBERTAD

Es propio de la juventud mirar siempre hacia adelante, como es achaque de l
os que anduvieron ya mucho por la vida reposarse en la contemplación del ca
mino recorrido. Pero hay veces en que este mirar hacia atrás tampoco cuadra
mal a los jóvenes. A la manera que el atleta reula para tomar el impulso
necesario, tienen también los jóvenes, algunas veces, que retroceder en el
tiempo para encontrar motivaciones que den más fuerza a esa su eterna ansia
de asalto al porvenir.

Y los jóvenes vascos lo necesitan mucho. Son ellos los que nos darán la Euz
kadi del mañana. Pero, ¿cómo hacer esto sin el conocimiento mismo? ¿Cómo ha
cerlo sin que la consideración de los hechos viejos y de los aún recientes
en la entraña misma de la Patria penetre en lo más hondo de las suyas hasta
hacerse en ellas carne y sangre, fibra y músculo de su sentir y obrar?

Por nuestra memoria desfilan hoy, como en triste cabalgata, una serie de eso
s hechos; recientes todos, todos conocidos y, sin embargo, se nos antoja que
no será estéril agruparlos sumariamente y hacerlos revivir una vez más ante
nuestros ojos, por lo que tienen de razón histórica, de fuerza de motivació
n.

Hace apenas tres décadas vivía Euzkadi una de sus promisorias etapas. La luz del patrio conocimiento se difundía incontenible, y a su lado marchaban la madurez política, el florecimiento económico, la justicia social vivamente sentida y un brotar de auténticos valores espirituales como nunca se había conocido en nuestra vieja tierra. Vivíamos en paz.

Pero he aquí que en el Estado a que, hacía menos de un siglo, habíamos sido incorporados, tras el abrazo de Vergara, unos generales se sublevan. En la proclama del que a poco iba a convertirse en cabeza responsable de la insurrección aparecía nuestro movimiento libertador como uno de los móviles que hacían necesaria su sublevación. Para nada se habla allí —no hay que olvidarlo nunca— del peligro comunista ni de la defensa de la fe católica. Y la guerra se desencadena sobre nosotros. Y, como un símbolo, germanos, italianos, moros y españoles unidos logran lo que en el curso de siglos no habían podido conseguir en nuestra tierra cada una de esas castas invasoras.

Y al término de la feroz contienda viene algo más feroz aún. Represalias innobles, fusilamientos de centenares y centenares de vascos, cuya mirada de personas decentes nunca se hubieran atrevido a sostener sus verdugos, los sedicentes "cruzados". Vino la calumnia y la difamación, como en el vergonzoso episodio de Gernika y en tantos otros. Vino el doloroso exilio de millares y millares de los hijos más amantes de su tierra; vino la persecución a muerte al idioma de nuestros apellidos; vino el plan del genocidio sistemático. Y vino, lo más vergonzoso de todo, la pasividad de los poderosos de la tierra que dejaron y dejan que se consume el genocidio de que es víctima el pueblo más viejo de Europa, que es también, precisamente, el que cuenta en su haber con una historia de libertad cívica y dignidad humana como difícilmente ningún otro puede ostentar.

Los poderosos del mundo nos han abandonado a los jóvenes vascos, y nos ha tocado ver tan asqueantes renunciaciones, tal sacrificar al interés bastardo, al egoísmo ciego y a la injusticia: en suma, que nos ha reducido a no creer ya más que en Cristo y en nosotros mismos.

Pero ésas son dos fuerzas que nadie nos podrá arrancar. Leemos en un magnífico estudio que Waldo Frank ha consagrado al inmortal Bolívar: 'El torneo levantó en la sangre vasca de Bolívar ecos del pueblo que nunca había doblado su rodilla en España'. Y que, añadimos nosotros, no la doblará jamás. Porque la juventud de Euzkadi está lista para un día que ya presente cercano. Comprende que el destino no ha querido ofrecer a esta generación la miel del goce, sino la hiél del sacrificio y el dolor del esfuerzo. Pero sabe,

como lo supo muy bien el titán Libertador, que en los oscuros caminos del sacrificio y del esfuerzo encontraron siempre los pueblos la vía real de su verdadera grandeza...

Gudari, Caracas, 1969

LOS LIBROS DE LA CARACAS COLONIAL

El Libro, ese precioso legado que las generaciones que fueron dejan a las que las suceden como el mejor medio de vincularlas a lo más entrañable de su vivir, no fue durante la Colonia —en cuanto a su entidad física— producto propio de la tierra venezolana, puesto que la introducción efectiva de la imprenta vino casi a coincidir con la Independencia. Huelga, pues, decir que los volúmenes que nutren las bibliotecas caraqueñas en el período colonial proceden de la metrópoli, bien fuesen impresos en ella, como hubo de suceder en la inmensa mayoría de los casos, bien llegasen por su conducto y a través de las barreras de una legislación de tendencia eminentemente restrictiva.

El reducido tráfico que en los últimos años del siglo XVI se inició y durante el XVII continuó entre los puertos de Venezuela y los de la Nueva España en donde, gracias a la iniciativa y esfuerzos del obispo de México Fray Juan de Zumarraga se estableció la imprenta que para 1539 había de publicar el primer libro estampado en el Nuevo Mundo, no es de creer constituyese en la importación de volúmenes a Venezuela caudal digno de consideración, aunque sospechamos que alguno hubo de llegar a tener. En realidad, la introducción, al por mayor y de un modo regular, sólo comienza aquí a fines del primer tercio del siglo XVIII, exactamente el año 1730, al llegar los primeros navios de la Compañía Guipuzcoana. Poseemos, en efecto, el interesante dato que consta de la certificación expedida por el contador, a petición del Gobernador García de la Torre, que de los 237 cajones registrados en el cargamento de los tres primeros buques guipuzcoanos arribados, 26 eran de libros¹ señalando así un promisorio precedente que bien justifica las palabras de Gil Fortoul: "... no se ha de olvidar que los barcos de la Compañía Guipuzcoana trajeron a la hasta entonces pobre e inculta colonia venezolana algo más importante que las mercaderías españolas. Trajeron libros, ideas, moderno espíritu emprendedor, hombres arrastrados en su mayoría por el movimiento que iba a culminar en la Enciclopedia y la Revolución Francesa. Guipúzcoa, vecina de Francia y hogar de una raza noble que juntó siempre las energías del trabajo con el espíritu de independencia, vino a modernizar en lo posible el anticuado régimen de los conquistadores"

De que la importación de libros por los Navios de la Ilustración — para acogerlos a la consagrada denominación de Ramón de Bastera— continuó en los años siguientes, estamos ciertos por un hecho que ocurre dos décadas después de la primera arribada. Es en 1749, cuando el estado de excepción creado por el alzamiento de Juan Francisco de León contra la Compañía obliga, entre otras cosas, a levantar inventarios de las mercancías depositadas en los almacenes de ésta. El resultado, por lo que hace a los libros, es señalar que los existentes en la casa de la Compañía, en Caracas, ascendían a cinco mil novecientos treinta y tres (5.933) volúmenes. Cifra realmente considerable si se atiende a dos razones: la primera, que, desgraciadamente, no contamos con los inventarios de las factorías de La Guaira, Puerto Cabello y San Felipe, que, sin duda, contribuirían no poco a acrecentar ese número, y segundo, que sí tenemos en cuenta que la mayoría de esos libros están comprendidos en cajones que llevan la precisión "del tiempo de don Nicolás de Aízu" y que éste ejerció la dirección de la Compañía en los años 1736-1744, hemos de concluir que esos cajones inventariados no son sino el resto de los que, por lo menos cinco años antes, habían llegado a Caracas a bordo de los navios de la Ilustración. Esto nos lleva también a establecer que en el quinquenio 1744-1749 no fue mucha la importación de libros o que ella fue más bien enderezada a las otras factorías por estar aún la de Caracas bien abastecida. Finalmente, si el contenido de trece cajones que se citan en el inventario arroja, según puede verse, un promedio de cerca de cuatrocientos (400) tomos por cajón, esto querría decir, aunque bien sabemos lo aventurado de este cálculo, que ascenderían a diez mil en números redondos los libros que vinieron en los veintisiete cajones de la primera arribada de los buques de la Guipuzcoana.

Los libros inventariados en 1749 pueden agruparse, más o menos, por materias, como sigue:

Devoción y Liturgia Teología y Moral Historia y Geografía Jurisprudencia Medicina y Farmacia Literatura española y latina

Si de las materias pasamos a su frecuencia, vemos que los libros de tema religioso aparecen en franca mayoría. Son bastante nutridos los grupos de medicina y jurisprudencia; discretamente representados los de literatura española y latina —en este idioma o en versiones castellanas— y casi inexistente s los clásicos griegos, salvo en muy pocos casos y ellos en traducciones.

Ahora bien, desde que hace ya unos cuantos años estudiamos este inventario³ han pasado por nuestros ojos y hemos cuidadosamente copiado muchas docenas, quizá centenares, de bibliotecas particulares caraqueñas. Y hemos podido

ir viendo cómo, a lo largo del siglo XVIII, lo que podríamos llamar el núcleo de ellas, en pequeño o en grande, cuantitativa y cualitativamente, sigue representado por los títulos que en el inventario de 1749 aparecen con las consiguientes variaciones que ef correr de los años va imponiendo. Lo que quiere decir que las bibliotecas o librerías, como por entonces se decía, se van formando con arreglo a los antiguos cánones y a base de los volúmenes que, procedentes de la península, siguen viniendo a bordo de los navios de la Compañía y que los particulares adquieren en Caracas en los almacenes de ésta. Claro está que las adquisiciones no siempre se hacían directamente de ese depósito. Así vemos que al morir, en 1780, el Canónigo don Simón Malpica, fundador que fue del Colegio de Niñas Recogidas y poseedor de una buena biblioteca, se ponen a la venta sus libros y "El presbítero Don Francisco Yanes, Tte. Cura de San Pablo" quedó en el remate con el Pontifical, Política Indiana, Sinodales, Ceremonial, de Bauldir; Don Quijote, Anatomía, Instituí, Historia del Perú, Construcción de Himnis, Arte de cocina. Gramática española y francesa. Vida de Isabel de Inglaterra, Adición a la gramática francesa. Honras del Cardenal de Molina, los dos Diurnos y Fábulas de Esopo". Por su parte, don Juan José de Infante, Notario del Tribunal de la Inquisición, "remató el Calepino, de Salas, el Cejudo; la Instituí, Práctica de Secretarios, e Historia de España". El doctor don Vicente de Echeverría "remató dos tomos del cuerpo de Derecho Canónico". El presbítero don Juan Félix de Aristeguieta "remató los tres tomos de Teología, de Arsdequin, un librito Preparación para la Santa Misa, El Despertador de Sacerdotes, un tomo del Padre Corella, Práctica de Confesores". Y así tantos otros que se repartieron la librería del Padre Malpica en cuya relación de volúmenes puede verse este "Doce tomos de la Historia del Pueblo de Dios sobre los que se encontró un papel, apunte de los libros de dicho Tesorero, una nota en que se dice que luego que fallezca se entreguen al Santo Tribunal de la Inquisición por estar prohibida su lección y por especial licencia que para ello tuvo a él permitida"

Otro caso de remate de libros lo tenemos tras la muerte del Licenciado don Antonio Romero Vivero, en 1787, en cuyo expediente testamentario se puede ver la "Nómina de los libros pertenecientes al mismo que quedaron en la bodega para la venta"⁵. Y así debió de ocurrir en tantas otras oportunidades.

Algo ha de decirnos sobre cada colección de libros o biblioteca particular la personalidad de su respectivo dueño. Sí escogemos algunos representantes de varias de las profesiones más propicias al cultivo literario, vemos, por ejemplo, entre los obispos caraqueños al Dr. don José Félix Val-verde

quien llegado a La Guaira el 12 de octubre de 1731 a tomar posesión de su sede, al morir el 23 de febrero de 1741 deja una bien nutrida biblioteca de más de doscientos títulos. Natural es que entre ellos aparezcan algunos como Sínodo de Chiapa, La octava maravilla de México explicada, Concilio Mexicano y el Manual de Sacramentos del Sr. Dn. Juan de Palafox, etc., puesto que, como sabemos, al ser elegido para la sede caraqueña era Deán de la Catedral de Oaxaca. Normal también que se preparara su nueva dignidad con obras como Gobierno Eclesiástico, de Villarroel, De Ecclesiis Cathedralibus, de Urrutigoiti —aunque ésta es fácil la manejara ya en México—, De Potestate Episcopi, de Torrecilla, De Sermones Episcopi, de Aguilar, etc. Como Doctor de Teología que era, nada ha de sorprendernos la presencia en su librería de la Theologia Moral del Padre Lacroix, la Summa Theologica de Aquinate, los cuatro tomos de la obra teológica del Padre Valencia, y, finalmente, que no falten los volúmenes relativos al Derecho Civil, común y regio, la Biblioteca Canónica (cuatro tomos) de Begnudello, los tres de Derecho Canónico y Decreto de Graciano, las Consultas Canónicas de Pignatelli —"en que falta el tomo 9 por ser trece en total"—, el Patronato Real y muchas más de derecho civil y canónico cuya presencia, aparte de otras razones, bien la puede explicar el grave conflicto que, durante el gobierno de la diócesis por el Doctor Valverde, surgió con la llamada "cuestión Abadiano" "con público escándalo y evidente perjuicio de las almas"⁶. Por otra parte, el conjunto de obras en las que predominan las de severa lección no deja de hallar su válvula de escape en otras más amables como las de Virgilio, Horacio, Ovidio, El Quijote..., con las que el buen prelado apacentaría su ingenio abandonando para ir, con libertad y tiempo sin tasa, a leer en las librerías del cielo.

Abundan relativamente las colecciones apreciadas de libros entre los sacerdotes caraqueños de esta centuria. Recordaremos la del citado canónico Malpica, la de don Francisco Xavier de Ayesleran, cura rector de la Catedral, las de los presbíteros don Juan Daniel Castro, don Antonio Chirinos. Padre Palazuelos... Pero hoy nuestra atención será para la del Dr. don Miguel Muñoz, bien instalada en su casa de habitación —pues tiene cuatro casas más en Caracas— en la que don Miguel vive como un gran señor en buena compañía de muebles y cuadros y para salir de la cual cuenta con "una silla volante buena" y otra "de manos antigua y usada"... Pero no nos apresuremos a condenar a don Miguel quien ha dispuesto dejar por universal heredero de sus bienes a "la fundación del Colegio de Niñas pretendido por doña Josefa de Ponte". Nos interesa hoy su librería que se acerca a los doscientos títulos en los que continúa el predominio abrumador de las obras religiosas. Pero no faltan otras como la Historia de la Conquista de México, de Solís

s —que en la biblioteca del Obispo Valverde echábamos de menos— y la del Perú, del Inca Garcilaso, y la de la Conquista de Caracas (sic) de Oviedo y Baños; el Origen de los Indios de García, los Viajes de Cortés, el Viaje a la América y otras con las que don Miguel gusta de tomar contacto con el pasado de las tierras americanas. Igualmente lo mantiene con los clásicos castellanos a través de Parnaso Español (ocho volúmenes), Mayans, Cartas de varios autores (cinco tomos), Obras de Gerardo Lobo, obras poéticas de Gradan, las Empresas de Saavedra, Obras de Quevedo (cinco tomos), las del Padre Fcijóo (16 tomos)... Pero entre éstas y otras de autores españoles que se citan se echa de menos aquí la que no suele faltar en la mayoría de las librerías caraqueñas de la época: El Quijote. Y don Miguel era "hijo de don Juan Muñoz de Loaysa de la villa de Daimiel en la Mancha en España".

El predominio que venimos señalando de las obras religiosas en las bibliotecas caraqueñas cae verticalmente en la colección de libros que quedaron a la muerte de don Manuel María de la Torre, en 1768. Sólo cuatro o cinco libros de carácter religioso se registran entre los treinta y cinco que integraban la pequeña biblioteca de Torre, funcionario de la Compañía Guipuzcoana en Puerto Cabello. Otra característica de esta librería es la preponderancia en ella de las obras francesas, en las que junto a Moliere y La Fontaine, pueden verse otras que se acercan más a la Ilustración y responden a los nombres de Fontenelle, Rollin y Voltaire.

Otro guipuzcoano, el Factor Principal, don José de Amenabar, nos ofrece también en su librería la singularidad de que, junto a las obras religiosas y literarias, que no son muchas, hagan acto de presencia unas cuantas que marcan una nueva dirección en las colecciones de libros caraqueños. Se trata de la serie de tomos como los de Arte de hacer las Indianas, Arte de Cerero, Arte de hacer papel, Arte de cultivar moreras. Arte de teñir lanas, Ensayo sobre el blanqueo de lienzo. Arte de convertir el cobre en latón. También podemos ver en esta librería el Ensayo de la Sociedad Bascongada, editado en 1768, por los Amigos del País, en el que entre otros temas se insertan unas observaciones sobre la epidemia de viruela que cundió en Azcoitia en 1762 y 1763 y están firmadas por un tal don "Juan Antonio de Caracas".

Lo anterior nos lleva al tema de las bibliotecas especializadas de las que creo no puede hablarse en esta época, pues las de los abogados y médicos, por ejemplo, poco se diferenciaban de las demás. Quizá, dentro de su poco volumen, pues apenas contaba con medio ciento de títulos, sea la del Licenciado don Francisco José de Alcántara una de las que, comenzando por El Abogado Instruido, los libros de su profesión constituían mayoría. Pero no podría ser menos en don Francisco José, quien sabemos representaba a la docta jur

isprudencia coronando su atuendo con sombreros de tres picos de los cuales tenían dos "con su plumaje ei uno negro y el otro blanco", su peluca y su " bastón con puño de plata"3.

Entre las librerías de los médicos quizá sea la del guaireño don Roque Gómez de Salazar una de las que más abunda en libros de medicina. No dejaremos en olvido las de otros doctores como Tachón, Sígalux, Charem-bert, Fisel... que si es verdad que son menos caudalosas que las de Salazar, no hay que olvidar que la preceden en medio siglo todas ellas".

Entre las grandes familias de fines de siglo sólo citaremos a dos para señalar, en ambos casos, lamentables desapariciones. Recordaremos a don Francisco Javier Antonio Mijares de Solórzano, quien, al fallecer en casa de su familiar el Conde de San Javier, deja dispuesta la erección de un vínculo que, integrado entre otros bienes por "la librería que tenía y que constará de los inventarios que se han de formar de todos y cada uno de los cuerpos, obras e impresos, exceptuando los duplicados que se hallasen entre ellos..." No debía de ser cosa de poca monta esa librería a la que con reiteración se cita y, desgraciadamente, perdida, que sepamos.

Igualmente habla en su testamento de 1786 de "los tomos que tengo en mi librería" el presbítero doctor don Juan Félix de Aristeguieta y Bolívar. No aparece esa biblioteca en el inventario formado tras su muerte, entre los bienes con que vemos instituye un vínculo y mayorazgo, "para dar esplendor a su familia materna" en favor al niño Simón Bolívar, quien se nos dice "tomó y tocó con sus manos —dichos bienes— y dijo en alta voz, por medio de su curador presente que si había quien impidiese o contradijese la posesión que por decreto de S.A. toma real, actual y corporal y no habiendo quien la impidiese quedó en ella con autoridad de su curador..."".

Daremos fin a este breve viaje sentimental por las bibliotecas caraqueñas coloniales haciendo parada en una de las últimas del siglo. De las últimas, pero ciertamente que no de las menos importantes. Es la que podemos conocer a la muerte de don Juan de Vegas Bertodano, en 1797, en su casa de Caracas en la que medio siglo después se instalaría el Colegio Chávez y que era contigua a la de su amigo don Felipe Llaguno y Larrea. Amueblada y alhajada con el lujo que se podía permitir un rico comerciante dueño, entre otros bienes, de una hacienda de arboleda de cacao en el sitio de Súcula y otra en el valle de! Tuy con "oficina de batir añil". Pero lo más interesante para nosotros de esa señorial residencia era su librería, que con sus cerca de cuatrocientos títulos constituye una de las colecciones más amplias de la época y por la diversidad de materias y los nombres de los autores es un magní

fico exponente de la cultura caraqueña al caducar el siglo XVIII. Desde los diccionarios de la lengua castellana, el vasco de La-rramendi, los de latín y el histórico de Moreti, hasta la gramática de Ma-yans y la francesa y el Arle de Vascuence; desde la Biblia y el Kempís y las Confecciones de San Agustín, hasta los Ejercicios de San Ignacio y los Nómbrésele Cristo de Fra y Luis de León; desde Cervantes y Gracián, hasta Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz; desde Virgilio y Horacio y Ovidio y Juvenal y Cicerón y Séneca — en lengua latina todos ellos—, hasta las colecciones de arte que nos recuerdan las del Factor Amenabar: Arte de latón. Arte de hacer papel. Tintura de lana. Industria Popular... y quince tomos de Feijóo. SÍ en la Curia Filípica, la Política Indiana de Solórzano o la Censura sobre el arte de pensar nos parece observar un ceño adusto, ahí están para desarrugarlo ese sabroso tomo del Arte de repostería y esos otros tan amables del Arte de danzar a la francesa, Reglas para tañer todos los instrumentos mejores, etcétera.

Qué grata debía de ser la estada en la acogedora biblioteca de don Juan! Sin duda que era del linaje de aquéllas en que, al decir del poeta, ningún libro podría desdeñar a su vecino; de aquéllas donde al entrar nos parece que escuchamos los últimos ecos de un coloquio entre ellos entablado y que nuestra presencia interrumpió.

El Farol, Caracas, N.º 228, Enero - Marzo de 1969.

ESTO ES "PIZKUNDE"

Pronto va a hacer veinte años desde que los primeros vascos que hubieron de dejar su tierra, a consecuencia de una guerra que nunca quisieron, llegaron a estas playas, acogidos a la cálida hospitalidad de la patria de Bolívar. El signo de esa guerra fue el odio, pero ellos nunca pudieron aprender a odiar. Su bravura ejemplar en los combates nacía sólo del amor a la tierra siempre libre de sus antepasados que ambiciones extrañas querían esclavizar. Con la nostalgia de ese amor llegaron a Venezuela; y, como el cantar es propio del que ama, en los pechos de los emigrados, espontáneamente, hubo de germinar la flor de las canciones de los bellos tiempos que fueron. Así nació "Pizkunde", esto es, Resurrección; el coro vasco tan amplia y ventajosamente conocido en la Venezuela de hoy que de ello es excusado hablar.

Sus canciones son, naturalmente, aquellas que, preñadas de savia popular, viven con sonido de siglos desde las entrañas de la verde Euskal Erria y, al posarse, con el aleteo de un ave invisible, en el corazón de cada vasco lo hacen vibrar con santos estremecimientos que nunca sabremos explicar. Maravillosas melodías que, como reinas del bosque, gustan de adornarse con rústicos

atavíos; con el sencillo ropaje de unas palabras intrascendentes. Palabras que en el "Aguí, Jaunak" nos traen la reverencia del saludo, y en "Goiko mendian" traicionan el resentimiento del amante desdeñado; palabras triviales como las del "Iru txiío", "Sagarraren", "Orra of goiko" o aquéllas del "Ama, begíra zazu" en que la flor de la eterna coquetería femenina se abre presuntuosa, o aquellas otras, en fin, del "Bi-garren Kalez-kale" en que halla su expresión triunfal la irrestañable alegría de la raza que corean la trompeta del Txomin, el agridulce silbido del "txís-tu", los agudos "irrintzis" que acuchillan el aire y el tintineo de los vasos que se alzan y chocan en un brindis al triunfo de esa esperanza que, sin cesar, reverdece entre los vascos. Porque, aun en estas horas negras de su historia, acosados por el más feroz de los odios y abandonados de los poderosos de la tierra, siguen creyendo con fe que nada ni nadie les podrá arrebatarse, en un Dios de justicia y en la limpia causa de la libertad vasca.

Caracas

POLÍTICA Y PATRIOTISMO

He aquí dos conceptos que aparecen entre nosotros demasiado mezclados con frecuencia y que conviene separar y distinguir netamente, para dar precisión a nuestras ideas y mayor eficacia a nuestra actuación.

La política es arte de gobierno y habilidad de adaptarse a las cambiantes circunstancias; por ello es por propia naturaleza variable. La patria, en cambio, es inmutable dentro de lo que en lo humano las cosas pueden serlo. La patria es sustancia; la política forma.

No es fácil cosa separar siempre la actuación política de la patria. Aquella sirve o puede servir a ésta en todas las circunstancias y por eso no debe nunca ser desechada; sin embargo, podemos y debemos distinguir en la vida de cada pueblo que lucha por su propio ser y su libertad la etapa predominantemente patriótica de la política.

Nosotros los vascos estamos aún en la primera. Hacer patria es nuestra misión fundamental en la hora presente. Hacer patria, esto es, luchar por los valores eternos de nuestro pueblo: su raza, su idioma, sus leyes, arte, etc., etc.; dar a conocer y hacer sentir todo esto y mejor aún, el espíritu que a todo esto informó a los muchos compatriotas que aún lo ignoran; acostumbrarnos a beber en nuestros propios manantiales y hacer que esta sed santa atormenta a nuestros hermanos; ir aprendiendo a ser señores de nuestro propio castillo interior vasco para luego proyectar al exterior de nuestra tierra ese señorío, é

ste es el deber nuestro en la hora presente. Hacer patria es, finalmente, enseñar a sentir en las entrañas la necesidad de la libertad nacional, solamente dentro de la cual los pueblos pueden desarrollarse plenamente y llegar a ser capaces de hacer sonar su voz propia en el concierto universal de las naciones.

La política es solamente una sirviente de la patria. En la etapa pre-libertadora en que nosotros nos hallamos, ella únicamente puede tener una función: la de excogitar los medios para llegar a esa libertad; la de estar al acecho de todas las oportunidades que para ello se presenten; contrayendo alianzas o disolviéndolas, según al sagrado interés de la patria convenga; estudiando en todo momento las posibilidades que ésta o la otra situación nos ofrezcan para llegar a lo que en esta etapa es nuestro fin principal: recobrar la soberanía de nuestro pueblo que malamente perdimos.

Pero hasta tanto esto se consiga, hay que cuidar de que el esfuerzo político no consuma energías que fundamentalmente al patriótico son debidas. Somos patriotas antes, mucho antes que políticos y no podemos emplear neciamente nuestras energías en fabricar y modelar un vaso por muy hermoso que no se parezca, mientras que dejamos que la sustancia preciosa al que, en suma, está destinado se nos vaya de entre las manos.

Primero patriotas; hombres consagrados en cuerpo y alma, con uñas y dientes a la perdurabilidad de la nación que nos tocó en suerte heredar; luchando por que los valores sustanciales que la integran no se descompongan y diluyan; porque ellos informan nuestras vidas; porque donde quiera que estemos o vayamos se reconozca en nosotros a los integrantes de un pueblo que recientemente es y reciamente está resuelto a no dejar de ser. Cuando esta voluntad plasme, mediante la recuperación de la libertad en la organización jurídica que nos convierta en estado soberano, entonces vendrá en su plenitud la era de la política; la del arte de gobernar ese pueblo libre, nuestro pueblo Euzkadi. Libre no sólo en el concierto de las naciones, sino donde cada ciudadano goce plenamente de su libertad de hombre y de ciudadano. Libertad con la que el rico no oprima al pobre, ni el instruido al ignorante, ni el fuerte al débil: libertad en que todos los vascos sean realmente hermanos que viven la vida de una gran familia con inconfundibles características y cuyo patrimonio, grande o pequeño, sólo tiene sentido en cuanto sirva al bienestar y la felicidad de todos en común.

Euzko Deya, México, Diciembre de 1958.

PROBLEMAS DE JÓVENES

Cuando Ortega y Gasset sólo tenía veinte años, escribió a Unamuno, que por entonces aún no había cumplido los cuarenta, un par de cartas sobre problemas de la juventud de su tiempo. De la primera de ellas es este párrafo:

"Sólo el que tenga una formidable intuición podrá con pocos datos, con pocas piedras, hacer un templo; si no tiene ningún dato, hará una cosa anacrónica y brutal (Mahoma), y, si no tiene esa tremenda intuición, hará sólo majaderías. Esto es lo que han hecho los señores de treinta años y lo que comen zábamos a hacer nosotros los de veinte".

Y cita, poco después, aquello de Turgueneff en "Humo": "No extendáis por Rusia la idea de que se puede hacer algo sin el estudio ¡por Dios! No; aunque se tenga una frente como una hectárea, hay que estudiar comenzando por el alfabeto; si no, hay que callarse y estar quieto". Lo cual comenta Ortega diciéndole que él, por su parte, trabaja sobre sus libros de nueve a diez horas diarias, porque cree que: "Una de las cosas honradas que hay que hacer en España (como en Rusia), donde falta todo cimiento, es desterrar, podar del alma colectiva, la esperanza en el genio (que viene a ser una manifestación del espíritu de la lotería) y alentar los pasos medidos y poco rápidos del talento".

A lo cual concretamente responde Unamuno: "El genio sirve de poco o no sirve de nada si no es el núcleo en torno del cual se agrupan los "cientos de hombres de mediano talento", pero honrados y tenaces. Es más: creo que un solo genio, un genio solitario si por acaso naciese entre nosotros... creo que ese genio no maduraría a falta de otros genios... Un genio, a la vez que es producto de un grupo de talentos que le fomentan y maduran, es quien puede reunirlos y multiplicarlos".

Algunas consideraciones útiles a nuestro caso vasco creemos pueden deducirse de las precedentes citas del pensador español y de nuestro españolizante compatriota. Porque estamos extranjerizados y tocados de los mismos males arriba denunciados hasta la médula y porque, de todas maneras, nuestro caso se asemeja profundamente a los de Rusia y España, donde, como decía Ortega, faltando todo cimiento, la construcción del edificio se fía al azar del genio, del genio al que se alzarán ciegos hasta las nubes mientras se pisen se está interpretando fielmente las aspiraciones nacionales, y al que se abatirá sin piedad en la primera ocasión en que no las interprete o se crea no las está interpretando: "Esta es Castilla, que hace los hombres y los deshace".

Los jóvenes vascos deben impregnarse de la Idea de que, si no lodo, casi todo está por hacerse entre nosotros. Impregnarse de la idea de que el edificio de nuestra cultura nacional está aún apenas en los cimientos, y de que son ellos los que lo tienen que levantar, sin desdeñar los honrados esfuerzos de los trabajadores de hasta ahora. Y sin adormecerse en las esperanzas en un Mesías vasco, ponerse cada uno a la obra para hacerse digno, si llega el caso, de serlo. El genio vendrá o no, pero la verdad es que hay que hacerse digno de él, hay que suscitarlo. Y ningún camino hay mejor que el que a nuestros jóvenes que hoy tienen veinte años se pongan, como hacía Ortega, a trabajar sobre los libros nueve o diez horas diarias, cada uno en campo de sus aficiones y posibilidades. Necesitamos no cien, como decía Unamuno, sino miles de jóvenes de talento mediano, tal vez, pero honrados y tenaces, y el Genio nos será dado por añadidura. Un Dante, por ejemplo, es un altísimo ejemplar de genio, entre otras cosas, por la maravillosa forma en que sintetiza y vivifica la obra de cien talentos anteriores. La obra de consagración literaria que él realizó con el dialecto toscano pudo ser posible porque en ella puso el sello de su genio, pero también, sin duda, porque en ella recogió lo mejor de los esfuerzos que en ese aspecto se realizaban en torno suyo. Nosotros hemos estado esperando muchas décadas que surgiera el Dante euskérico, pensando que él había de salvar a nuestro verbo, y lo hemos estado esperando en la indolencia, creyendo que él solo trabajaría para todos. Y a la inmensa mayoría no se nos ocurría pensar que el genio de la literatura euskérica no podía ni puede ser otra cosa que la culminación de multitud de talentos humildes y laboriosos: que lo que nos correspondía era y es poner todo nuestro esfuerzo en constituirnos cada uno en un escalón modesto pero sólido en el que el genio de la raza fuese afirmando sus plantas para ascender hasta lo alto de esa escalinata monumental desde donde su luz resplandecería sobre todos.

En este aspecto de nuestra cultura, como en casi todos ellos, el deber de la hora es recuperar el tiempo perdido. El que se les fue a nuestros antepasados y el que a nosotros se nos ha ido ha de ser compensado por el que nuestros jóvenes dediquen, con alma y vida, a la erección del edificio de nuestra cultura nacional. Que cada joven patriota se eduque en la idea de que su responsabilidad es ésta: el rendir calladamente hasta los límites de la propia capacidad.

Euzko Gastedi, Caracas, Setiembre - Octubre de 1956.

PUBLICACIONES DEL CUATRICENTENARIO DE CARACAS

En el N.º 182 de esta Revista Nacional de Cultura se hizo mención de la labor realizada por el Comité de Obras Culturales de la Comisión Nacional del Cuatricenenario de Caracas, presidido por don Alfredo Boulton con la colaboración del Dr. Pedro Grases como Secretario. Se hacía constar allí cómo hasta fines de octubre de 1967, se habían publicado 29 títulos sobre temas de historia, biografía, periodismo, poesía, geografía, cartografía y otros diversos, de todos los cuales, presentados por orden alfabético de autores, se ofrecía una reseña informal en la que, tras la referencia bibliográfica a del caso, se agregaba un breve comentario descriptivo realizado todo ello por el Profesor Manuel Pérez Vila con la precisión y competencia que le son propias.

Se apuntaba también cuán digna de ser comentada era la magnífica labor editorial llevada a cabo, paralelamente, por el Comité de Obras Económicas que preside el Dr. Tomás Enrique Carrillo Batalla, con la cooperación del Secretario del Comité, Licenciado Trino A. Díaz, que, hasta enero del presente año de 1968, lleva publicadas 22 monografías sobre temas a cual más interesante de esa especialidad y constituye una colección rica en su calidad y matices.

A llenar ese vacío viene la reseña bibliográfica que sigue en la que se ha procurado mantener el espíritu que guió la redacción de la anteriormente citada de Obras Culturales. El conjunto de estas publicaciones, por lo que ellas tienen de añoranza del pasado, vivencia del presente y palpación de angustia y esperanza en el porvenir, quedará, como bien se ha dicho, como uno de los mejores homenajes que se han rendido a Caracas en sus cuatro siglos de historia.

ACEDO MENDOZA, Carlos: La vivienda en el área metropolitana de Caracas. Caracas, Artegrafía C.A., 1967, 200 p. fotos, mapas y cuadros.

El hecho de que el autor de esta obra sea uno de los que mejor conocen y viven el tema en ella estudiado presta singular valor a este libro en el que se analizan a fondo las facetas y factores diversos del problema enunciado —necesidad de tomar en cuenta al beneficiario, proceso violento de la urbanización, especial ubicación de Caracas...— El autor, además de estos enfoques básicos sobre el problema habitacional, ofrece un rico material estadístico mediante el cual puede obtenerse en este volumen la mayor cantidad de datos que puedan interesar al estudioso del tema.

Los capítulos: "I.- Marco Teórico"; "II.- El cambio social en la América Latina"; "III.- Venezuela y el cambio social" y "IV.- Trabajo de investigación

en el barrio "Agua de Maíz", marcan el contenido y desarrollo de este bien estructurado estudio que se complementa con el capítulo V "¿Qué es I.V.A.C.?", suministrado por la socióloga señorita Odily Rivera, en el que se informa sobre los principios, objetivos y técnicas del Instituto Venezolano de Acción Comunitaria, así como de la labor realizada por dicho organismo en el barrio "Agua de Maíz". En resumen, un buen análisis de un caso concreto, situado en la perspectiva general de la Sociología del cambio.

ALVAREZ F., Mercedes M.: El Tribuna! del Rea! Consulado de Caracas. Caracas Cromotip, 1967. 2 tomos, el 1º, 423 p. láms; el 2.º, 481 p.

El Real Consulado de Caracas fue una institución que, tras diversos intentos y gestiones, se creó por la Real Cédula de 3 de junio de 1793 y rigió la vida mercantil de Venezuela hasta su supresión en 1821. En esta obra la doctora Mercedes Alvarez, que con "Comercio y Comerciantes" y otros escritos se había iniciado ya cumplidamente en este campo de estudios, traza en el primer tomo la historia del Consulado para darnos en el segundo un conjunto de 29 documentos que enriquecen y complementan su estudio. Señalaremos que se trata de una obra distinguida con el premio "Academia de Ciencias Políticas y Sociales", otorgado en mayo de 1967.

BALESTRINI, César: La industria petrolera en Venezuela y el Cuatricentenario de Caracas. Caracas, Artegrafía C.A. 184 p. croquis y cuadros.

El autor que durante más de veinte años viene ocupándose activamente de este tema, tanto en el Ministerio de Minas e Hidrocarburos como en la Cátedra Universitaria, divide su obra en tres partes: "Evolución Histórica de la Industria Petrolera en Venezuela", "Análisis de la situación actual de la Industria", y "el Futuro de la Industria Petrolera" dentro de cada una de las cuales hace un minucioso examen de las cuestiones que las integran y constituyen en este estudio sobre tema de tan capital importancia para la vida nacional.

BALESTRINI C., César: La industria del mineral de hierro en Venezuela, Caracas, Artegrafía C.A. 1967, 347 p., cuadros.

Completo trabajo en que el autor, comenzando por referirse a la creciente demanda de minerales en nuestra actual civilización metalista, y a los antecedentes históricos del hierro en el mundo, concreta los principales yacimientos de hierro en Venezuela, y estudia los sistemas de extracción y transporte, y la importancia de la minería del hierro en la Economía nacional, régimen impositivo, resultados financieros, principales minas comerciales de hierro, precios de este mineral y la industria del acero en el desarrollo ec

onómico de Venezuela. Se complementa el trabajo con los capítulos dedicados a estudiar la producción, exportación e industria del hierro en varios países como Estados Unidos, Suecia y algunos de África y América Latina.

BARRAL, J.A.: Porvenir de las grandes explotaciones agrícolas establecidas en las costas de Venezuela. Caracas, TtaSgráfica, 1966, 149 p. facsímil.

El doctor Marco Aurelio Vila ha traducido esta obra escrita en francés por su autor, en 1881, en París, y que permanecía casi desconocida en nuestro país. Barral que fue gran amigo de Humboldt y, desde 1871, secretario perpetuo de la "Société Nationale d'Agriculture de France", presenta una detallada visión del litoral cercano a Caracas y otras zonas del país, en un trabajo que abunda en datos interesantes, tanto desde el punto de vista histórico como del económico, industrial y agrícola en el que se reseñan los principales cultivos de la tierra venezolana.

BLONVAL LÓPEZ, Adolfo. Bibliografía jurídica y fiscal venezolana. Caracas, Ategrafía C.A., 1967, dos tomos: el 1.º, 553 p. y el 2.º, 599 p.

En una tesonera labor de años, el doctor Blonval López ha conseguido dar cima a esta monumental Bibliografía en que nos ofrece la contribución que los autores venezolanos han ido prestando a los estudios jurídicos. La obra está estructurada sobre la referencia a todas las ramas del Derecho dentro de cada una de las cuales se sigue la clásica ordenación de materias con riguroso método y agotando hasta donde es posible las citas, todo lo cual hace de esta obra un magnífico instrumento de consulta para nuestros hombres de leyes.

Como utilizan los caraqueños el tiempo libre. Varios. Caracas, Sucre, 1966, 89 p. gráficos y cuadros.

Interesante estudio realizado por un equipo de investigadores, bajo la dirección del Dr. Rodolfo Quintero y la colaboración técnica de la socióloga Graciela Sosa. Se inició en la Cátedra de Sociología del Trabajo de la Escuela de Sociología y Antropología con la participación activa de los alumnos regulares del año académico 1964-1965 y es uno de los estudios programados en las distintas Facultades de la Universidad Central como aportes a la realización del Estudio de Caracas que fue previsto para 1967. Tras los capítulos en que se encara el problema del tiempo libre, su estructura e inversión, se establecen las conclusiones que surgen de los resultados obtenidos en la investigación realizada.

CRAZUT, Rafael. Consideraciones acerca de las inversiones privadas extranjeras en Venezuela. Caracas, Artegrafía C.A. 1967, 142 p. cuadros.

Frente al problema que plantea el Artículo 107 de la Constitución Nacional de la necesidad de reglamentar las inversiones extranjeras, aborda el autor el estudio de cuales podrían ser las bases de esa reglamentación, teniendo en cuenta la colaboración que al país han prestado dichas inversiones y los problemas que han creado, así como las ventajas e inconvenientes que podrían derivarse de la promulgación de una tal ley. Se completa este interesante estudio con un capítulo en el que se ofrecen los lineamientos generales para un proyecto de Ley de Inversiones Extranjeras y un Apéndice con las "Disposiciones que reglamentan la inversión extranjera en algunos países en vías de desarrollo", y una breve descripción sectorial de inversiones extranjeras en Venezuela.

GONZÁLEZ GORRONDONA, hijo, José Joaquín; La planificación económica y su aplicabilidad al caso venezolano. Caracas, Artegrafía C. A., 1967, 216 p. cuadros.

El joven autor que pertenece a una estirpe de creadores de riqueza en los llanos, las ciudades y las industrias de Venezuela, y empieza por reconocer que el tema de la Planificación Económica es hoy en día uno de los más controvertidos, se lanza a su meduloso estudio en que examina los argumentos de partidarios y detractores; enumera sus instrumentos propios y señala sus diversos tipos, así como las diferentes experiencias históricas surgidas de su aplicación en diversas partes del mundo y en Venezuela. Tras ello, nos entrega sus conclusiones finales que nos hacen ver a la Planificación, no como una panacea, pero sí como un instrumento cuya eficacia depende de la estructura y forma de los organismos planificados así como de la flexibilidad en el cálculo y ejecución de los planes por ellos elaborados.

LLOVERA LL., B.: El éxodo rural en Venezuela. Caracas, Artegrafía C.A. 1960, 118 p. y anexo y cuadros.

Excelente trabajo en el que se ofrece un resumen de las características del éxodo rural hacia Caracas y de las migraciones desde el interior hacia las costas marítimas, fluviales y lacustres que constituyen un problema cuya gravedad se ha acelerado en los años 1936-1964. Se ofrece el balance de la densidad y el crecimiento tanto de la Capital como de las regiones; hay datos comparativos con otras ciudades de América; se adelantan soluciones tanto para el problema del agro como para el del éxodo al que se estudia también en su carácter de cuestión mundial; se insiste en la necesidad de un estat

uto especial para el área me! ropo litaría y se complementa el trabajo con un Anexo Estadístico integrado por 16 cuadros que abarcan los aspectos más variados e importantes del problema.

MATA MOLLEJAS, Luis: Apreciaciones sobre el desempleo en Venezuela y en Caracas. Caracas, Artegrafía C.A. 1967, 174 p. y cuadros.

El autor ha tratado de conciliar los dos muy distintos caminos seguidos en la literatura sobre el problema de la ocupación: de una parte, el análisis puramente teórico a niveles muy generales, y de otra, estudios de situaciones muy concretas, con pocas referencias a la teoría. Lo que ha logrado al partir de un análisis abstracto que incluye la formulación de modelos matemáticos hasta comprobar con los medios habituales casos concretos de interés. El anexo sobre teorías del crecimiento de la población y el empleo completa el interés de este estudio al que prestan sólidas bases 44 cuadros estadísticos.

MAYORCA, hijo, Juan Manuel: Introducción al estudio de una anomalía social. Caracas, Gráfica Americana, 1967, 187 p.

Trabajo dedicado al grave problema de la prostitución en el que se hacen constar los antecedentes históricos, los caracteres y la etiología de la prostitución en Venezuela y se ofrecen recomendaciones para su profilaxis. Se trata de un trabajo de investigación que fue presentado para optar al ascenso de l escalafón profesoral de la Universidad Central en el veredicto de cuyas autoridades designadas al efecto puede leerse: "El trabajo referido reúne, a nuestro juicio, condiciones de originalidad, seriedad y valor científico... Sobre esta materia no existe, que sepamos, un trabajo sistemático dentro de la bibliografía venezolana".

MAZA ZAVALA, D.F.: Condiciones generales del Área Metropolitana de Caracas para la industrialización. Caracas, Artegrafía C. A. 1966, 145 p. y cuadros.

Se plantea en este sugestivo estudio aquel aspecto de la industrialización nacional que consiste en la localización de la actividad productora. Esto envuelve dos requerimientos: 1.- el de la costeabilidad estrictamente económica de la producción, y 2.- el del equilibrio interregional del país. El autor pone su reconocida competencia en la solución de esta cuestión mediante la investigación de las condiciones generales del área metropolitana para su industrialización y resume a continuación sus conclusiones. Complementan el texto, bien nutrido de cuadros estadísticos, un Apéndice sobre la distribución regional de la producción y del producto territorial bruto y un Anexo de cla

sificación de las industrias existentes en el Distrito Federal en el año 1942.

MAZA ZAVALA, D.F.; La internacionalización del bolívar y la liquidez internacional. Caracas, 1967, Sucre, 159 p.

El autor, con su conocimiento de la materia demostrado en una obra de varios años, se dedica en este libro, ante el hecho de la extensión del signo monetario como medio de pago más allá de las fronteras del mercado nacional, al análisis de este hecho, de sus circunstancias y de sus proyecciones, análisis que, según establece, debe abarcar no sólo la realidad del caso venezolano en su aspecto monetario, sino también el cuadro de las relaciones monetarias internacionales que condicionan aquella realidad.

ORTA, Celio Segundo: El sistema de transporte interno y en el área metropolitana. Caracas, Artegrafía C.A., 1966, 135 p. gráficos y cuadros.

Trabajo que tiene por objeto determinar las condiciones del transporte en general) y en el área metropolitana de Caracas, en sus dos aspectos: pasajeros y carga. "El desarrollo económico del país en los últimos años"; "Breve recuento histórico acerca del progreso de integración del moderno sistema de transporte"; "Rasgos generales sobre la organización del servicio de transporte"; "El transporte colectivo en el Área Metropolitana"; "El transporte automotor entre el Área Metropolitanata y el resto del país" son los títulos de las cinco partes que integran este acucioso estudio avalorado por una nutrida sección de cuadros estadísticos y gráficos.

PERICCHI L-, Juan Jacobo: Nuestros recursos forestales y su aprovechamiento. Caracas. Artegrafía C.A. 1968, 87 p. fotos y cuadros.

Nuestra civilización, bautizada como ha sido como la civilización del papel, está en íntima relación con la pulpa de la madera y con los recursos forestales cuya explotación ofrece una tendencia creciente. En Venezuela en esta explotación, al lado de la ventaja que ofrece una superficie cubierta de bosques, hay que tener en cuenta aspectos limitativos como la escasa diversificación en la etapa industrial, el nivel elevado de los costos y la medida del agotamiento que hace dudar, hasta cierto punto, del futuro a largo plazo de la explotación maderera y obliga a una atención especial hacia las reservas forestales. Todos estos puntos son objeto del acucioso estudio del Profesor Pericchi, enriquecido con fotografías e ilustrado con 55 cuadros.

PERNAUT S. J., Manuel: Diez años de desarrollo económico y social de Venezuela. Caracas, Artegrafía C. A. 1966, 197 p. y 50 cuadros estadísticos,

diagramas y gráficos.

El autor, reconocida autoridad en la materia, en un estilo vivo, sugestivo y claro, aborda el estudio de lo sucedido en los últimos diez años —1956-1966—, en el ámbito de la Economía Nacional, sentando tres afirmaciones: la primera, que es evidente que en estos diez años el país ha logrado despegar en la pista del desarrollo; la segunda, que a pesar de ese despegue, la economía estuvo a punto de sufrir un desplome, y tercera, que el progreso económico ha sido más acelerado que el social. Estas afirmaciones iniciales valen por lo que pudieran ser las conclusiones de este enjundioso estudio, complementado por tres Apéndices y cuatro anexos estadísticos.

SILVA, Carlos Rafael: Concepto, composición y función de las reservas monetarias internacionales. Análisis pormenorizado del caso venezolano. Caracas, Artegrafía C.A. 1965, 68 p. cuadros.

En este valioso trabajo que fuera presentado a la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela, para fines de ascenso en el escalafón docente, el autor, tras dedicar los tres primeros capítulos a explicar el concepto, la composición y la función respectivamente de las reservas monetarias internacionales, pasa a analizar detalladamente las reservas venezolanas, como índices económicos de primera importancia para el país que a través de esas reservas ha conseguido una sólida posición financiera internacional cuya conservación ha de lograrse a base de una sana política fiscal, monetaria y de desarrollo económico interno.

SIVOL1 G., Alberto: Venezuela y sus riquezas minerales. Caracas, Tipografía. Vargas, 1967, 144 p. y mapas.

Valiosa recopilación de datos sobre los diversos minerales que se detallan por orden alfabético, cada uno con sus características y localización en el país, y cuya finalidad es dar una orientación sobre nuestra riqueza minera insistiendo sobre aquellos minerales cuya explotación ofrece perspectivas ciertas para el futuro. Avaloran este interesante trabajo los croquis mineralógicos de ubicación aproximada —uno por cada Entidad Federal— así como también un mapa mineralógico de Venezuela, indicando únicamente aquellos yacimientos importantes o de relativa importancia.

UZCATEGUI, Rafael: Estructura de la seguridad social venezolana y sus implicaciones económicas. Caracas, Artegrafía C.A., 139 p. cuadros.

A través de sus capítulos consagrados al Seguro Social Obligatorio Venezolano

ano, el IPAS-FAB, el IPAS-ME y el I.N.C.E., seguido todo ello de un nutrido "Apéndice Estadístico", el autor consigue poner de manifiesto que "nuestra seguridad social debe ser estudiada y analizada en función del desarrollo económico, para que pueda ser proyectada a todo el país, estableciendo no sólo una igualdad en la protección, sino en las cargas económicas que deben soportar los diferentes sectores de la producción", como se dice en el enjundioso prólogo de Luis A. Mijares Ulloa.

VILA, Marco-Aurelio: Por los espacios llaneros. Caracas, Artegrafía C.A. 1967, 87 p. facsímiles.

Integran la obra dos partes. En la primera "Fisiografía de los Llanos" se trata una breve historia geológica del país en relación con la formación de los llanos, las variaciones del relieve durante el Terciario y las últimas variaciones geológicas hasta llegar a la morfología actual con los aspectos hidrográficos y las inundaciones en los Llanos. En la segunda "El viaje de Fray Jacinto de Carvajal (1647) visto por la geografía", se refiere al libro "Descubrimiento del Río Apure", en el que se relata el viaje del Capitán Miguel de Ochagavía, en 1647, que fue escrito por el citado padre dominico para establecer interesantes conclusiones de carácter hidrográfico, mediante la comparación entre lo que se consigna en ese libro y la situación actual.

Revista Nacional de Cultura, Caracas, N.º 182.

UN REFLEJO DEL PAÍS VASCO

'Pelotaris". Libro de Miguel Pelay Orozco.

Uno de los aspectos que mejor refleja el tipismo del País Vasco es la multiplicidad de sus juegos y deportes. Sí en el idioma es singular, si es tan particular en su derecho privado, en sus bailes y en su música, en el campo este de las competiciones atléticas exhibe una plural riqueza que creemos pocos pueblos del mundo, en proporción a su tamaño, podrán ostentar. En las fiestas patronales de la más humilde de sus aldeas podrá verse siempre, además del ritual partido de pelota, si es costero, las obligadas regatas, y sólo o no, toda esa gama de competiciones como la de los pa-lankaris o lanzadores de barra que ostentan en sus posturas toda ¡a prestancia de un mármol clásico, los poderosos arrijasotzailles o levantadores de grandes piedras, los no menos potentes aizkolaris o cortadores de troncos, los arri-zulatzailles o barrenedores de piedras, los segalaris que se disputan el corte de increíbles cantidades de hierba, los ágiles aurrekularis, los veloces korrikalaris, toda esa serie, en fin, de competiciones cuya característica podríamos decir que

es la lucha de un hombre o grupo de hombres con otro manifestada a través de la materia inerte —fuerza de la mar, madera, piedra, hierba, etc.— lo que en última instancia determina que el torneo jamás de lugar a espectáculo de derramamiento de sangre humana o de animales que radicalmente repugnan al espíritu de total salud y limpia alegría característico del vasco.

Sin duda que entre esos deportes vascos el más típico y generalizado es el de la pelota en cuyo juego pueden verse diversas modalidades: a mano a pala, a remonte... y entre ellas el de punta o cesta, uno de las más espectaculares que puedan contemplarse y que con el nombre de Jai alai, es decir, fiesta alegre, se ha impuesto en muchas ciudades de Europa y América y del cual, el pasado mes de abril pudimos contemplar magníficas exhibiciones, a cargo de pelotaris vascos del frontón de Miami, en el Centro Vasco de esta ciudad que fueron, por cierto, también retransmitidas por la Televisora Nacional con gran aceptación del público televidente.

Pues bien, los orígenes y vida de los pelotaris de esa modalidad, su medio ordinario de vida y clima de formación, es el tema de la novela que comentamos aquí. Tan fielmente trasladada de la realidad al papel como puede testimoniarlo cualquiera que conozca la carrera de esos muchachos de los varios rincones vizcaínos y guipuzcoanos —Ondarroa, Marquina, Motrico, Zarauz...— quede su aldea natal saltaron a los frontones de Shangai, la Habana o Miami, en el ejercicio de esta brillantísima modalidad del juego de la pelota.

El autor de este libro, Miguel Pelay Orozco, nacido en San Sebastián, en la calle Okendo, la misma donde vino al mundo Pío Baroja, exilado político que fue aquí en Venezuela durante varios años —y quien dedica su obra a un conocido venezolano del mundo de las letras, el doctor Mario Briceño Perozo—, es uno de los más finos escritores vascos contemporáneos. Con indudable influencia de su citado paisano don Pío, pone en sus narraciones, lo mismo en las de sus primeros libros de su periodo venezolano que en las que a su regreso a su tierra natal va produciendo, una total sinceridad y una galanura literaria en la que resplandecen sus innatas dotes afinadas por la observación, el estudio y el trabajo constante y que le han proporcionado y han de depararle aún los muchos triunfos que su talento y fiel consagración a las letras y a su tierra se merecen.

El Universal, Caracas, Julio 2 de 1968.

RESISTIR V PERSISTIR

En aquel discurso, digno de ser escrito en bronce, que pronunció Campi3n, el 22 de julio de 1893, en el Parlamento espa3ol, decía estas palabras:

"Aquí estamos los diputados navarros cumpliendo la misi3n tradicional de nuestra raza, que tanto en la historia antigua como en la moderna y aun en la contemporánea se expresa con el vocablo "Resistir". Aquí estamos escribiendo un capítulo nuevo de esa historia sin par, que nos muestra a los vascos defendiendo su territorio, su casa, su hogar, sus costumbres, su idioma, sus creencias, contra la bárbara ambici3n de los celtas, romanos, godos, francos, árabes y efectuando el milagro de conservar incólumes, por siglos, su nacionalidad diminuta, a pesar de Francia, de Aragón, de Castilla. La historia de ayer es la historia de hoy; y de igual suerte que nuestros progenitores defendieron el suelo patrio contra los ataques del extranjero a quien no provocaban, estamos ahora nosotros defendiendo nuestro derecho..."

Difícilmente se puede concretar mejor y más concisamente la vida histórica de nuestro pueblo y actualizarla de modo más cumplido, así para el tiempo de Campi3n, para aquellos años en que Euzkadi, postrada por las guerras carlistas, se hallaba a merced del poder espa3ol, como para nuestros días, en que el deber de la hora de los vascos, con su tierra militarmente ocupada por la abigarrada descendencia de los sucesivos invasores que el gran maestro vasco cita, no es ni puede ser otro que el tradicional de nuestra raza: resistir.

Claro está que la palabra resistencia tiene en nuestros días especiales resonancias que le confieren un valor algo distinto del que por el tiempo de Campi3n gozaba. Pero el hecho capital es que el vocablo que el grande de Navarra eligiera para sintetizar nuestra historia ha venido a ser, precisamente, aquél en que se encierra hoy todo el afán de los patriotas vascos: resistir.

Resistir a la acci3n violenta o taimada del extranjero, hoy instalado en nuestra tierra, que nos quiere asimilar; resistir, es decir, rechazar, repugnar y contradecir, con todas las potencias de nuestra alma, a quienes pretenden que el vasco deje de ser definitivamente lo que milenariamente ha sido, para convertirse en parte sumisa, abúlica y amorfa del Estado que lo asfixia. Resistir, es decir, emplear todas nuestras reservas de energías físicas y espirituales, contra los seculares enemigos de fuera y contra el, por desgracia, no menos tradicional puñado de "moros leales", siempre dispuestos a vender su propia sangre por los treinta dineros de Judas.

La palabra Resistencia como programa de acci3n patri3tica. Pero es preciso entenderla bien para que cuando hablemos de ella la hagamos sentir en tod

o su alcance y profundidad.

Porque para muchos el vocablo se agota en su acepción más simplista: la acción directa. Y esto es reducir de modo extraordinario nuestro primordial deber, al entenderlo en un solo aspecto; aspecto que no condenamos porque, contra quien pretende imponerse en nuestro pueblo buscando el exterminio de nuestra nacionalidad, todos los medios son lícitos, pero que además de que naturalmente repugna a nuestro ser de cristianos y simplemente de hombres civilizados, dudamos mucho de que sea el más práctico por la enorme diferencia de fuerzas y recursos que existe entre nosotros y el invasor.

Y así como el principal pecado de éste es su ansia de aniquilamiento del ser natural vasco, del mismo modo la esencia de nuestro resistir debe centrarse en la acción positiva que conduzca a hacer perdurar los valores nacionales de los cuales nos referiremos en este momento a dos capitales: el cultural y el racial.

Y, en el aspecto cultural, resistir es empeñarnos más que nunca en el conocimiento de nuestra personalidad histórica, abordar el estudio de nuestro pueblo desde sus más remotas raíces y seguirlo amorosamente en todas sus manifestaciones del ayer y del hoy hasta llegar a una identificación fecunda que, tarde o temprano, ha de obrar con la eficacia incontenible con que las fuerzas de la naturaleza operan. Es aferrarnos a nuestro idioma por el que somos lo que somos y defenderlo como el primero de nuestros valores, haciéndolo idioma de nuestros hijos. Es afirmarnos en el estudio consciente y entrañable de la cultura vasca y entender de una buena vez que ésta es nuestra mejor arma cuya posesión o abandono ha de decidir, finalmente, nuestro destino por aquello que Filipo de Macedonia supo tan bien ver, al emprender la conquista de Grecia: "Ames dominaré a Esparta la guerrera que a Atenas la sabia".

En el aspecto racial la resistencia tiene un carácter más delicado, pero más definitivo a la vez. Como no podemos soñar con asimilar a contingentes extranjeros que sobre nuestra tierra están a punto de ser más numerosos que nosotros; como, por otra parte, el material humano que nos veríamos obligados a asimilar se ha demostrado, dentro y fuera de su tierra, como radicalmente incapaz para aquello de que más necesitados vamos a estar los vascos: una organización estatal que en su mayor grado de perfección posible contrarreste nuestra intrínseca debilidad cuantitativa, resistencia, en este aspecto quiere decir intransigente acción en defensa de la perpetuación de nuestra estirpe, que para cada patriota vasco consiste, fundamentalmente, en la constitución de una familia netamente vasca. Para que la suma de ellas siga significando,

como hasta ahora significó, la realidad de una patria que lo sea en su sustancia y no sólo, engañosamente, de nombre. Para que junto a nuestra tradición al consigna de resistir, siga siendo cierta aquella que, según nuestro buen amigo Rodney Gallop, está puesta sobre toda otra en el fondo de nuestro corazón: la voluntad de persistir.

Euzko Gastedi, Caracas, Julio de 1962.

SINFONÍA DE GUECHO

El Mar de Bizkaya, el Río Gobela, el Caserío, la Iglesia, el Des (erradio).

EL MAR.- Los años van rodando y son ya muchos desde que mi sordo murmullo no te adormece en tu lecho de "Iturrieta". Muchos años en que no aparece a contemplarme cuando golpeo furioso en los acantilados de la Galea o en el rompeolas de Santurce o me desvanezco en blancas espumas sobre la dorada arena de Arrigunaga, o Ereaga. En las claras noches estivales, frecuentabas Sastegui desde donde te gustaba contemplar mis aguas tranquilas en las que se copia la luna. Y no había día en que desde tu ventana no pasaras un buen rato mirándome en silencio y pensando en no sé qué. Tú me amabas, lo sé. ¿Es posible que para siempre me vayas a olvidar?

EL GOBELA.- Yo he copiado tu imagen de niño. Cuando la mocedad fue insuflando en ti su petulencia, te complacías en exhibir tu agilidad cruzándome dándole un salto allá por los lugares donde mis márgenes se acercaban más entre sí. Te burlabas así un poco de mi pobre caudal. Pero nunca te lo tomó a mal este viejo Gobela que contemplaba tus juegos como un abuelo los de su nieto. Porque como un abuelo, yo sabía contarte cosas de antaño y en mi canción de río pobre y perezoso había un embrujo que, tal vez, ni en el Sena y el Támesis, ni en el Plata y en el Océano has podido encontrar. En los remansos donde los nenúfares casi ocultan mis aguas sobre las que vuela incansable el caballito del diablo con sus grandes alas transparentes en mi ondulante camino a través de la húmeda Fadura, tan amada de la brava "mingorra"; en mi paso fecundante por las ricas huertas de Lexarreta; en tantos sitios, en fin, de mi humilde camino yo te veía lleno siempre de cariño hacia el viejo río de tu pueblo. ¿Cuándo vuelves? No puedo creer que tu alejamiento sea para siempre.

EL CASERÍO.- Yo soy un viejo caserío: uno de tantos de los de tu pueblo. Mi nombre, el de uno de tus abuelos. Porque tú, getxotarra integral, ostentas una cadena de apellidos que son, casi todos, nombres de nosotros, los viejos lugares de Getxo. Por eso mirabas siempre a nuestras recias paredes con

un cariño de siglos que los extraños no pueden comprender. Por eso repetías nuestros nombres como si fueran palabras de una antigua y dulce canción. Arrigunaga, Arnabar, Sarri, Piñaga, Ibatao... Por eso nosotros te amamos y esperamos tu vuelta impacientes. Porque sabemos que volverás. Tú no puedes ser un desertor de los hogares de tu sangre. Y el día que vuelvas, nuestras anchas portaladas se harán aún más anchas para recibirte; los amplios aleros de nuestros tejados se harán aún más amplios para cobijarte. Y por nuestros rústicos caminos el carro de argoma marchará ufano aquel día, entonando con su voz estridente y campesina el himno de la alegría de la tierra. ¡Ven pronto, ven!

LA IGLESIA.- En los años que faltas de mi seno has visto catedrales famosas y artísticos monasterios, pero ¿verdad que en ninguna has sentido tan hondo como en tu vieja parroquia? Yo no soy, sin embargo, hermosa; lo sé. Pero estoy segura de que cuando subías a las torres de Notre Dame y contemplabas la orgullosa Lutetia, tu gozo no era tan hondo como cuando, después de trepar las carcomidas escaleras que conducen a lo alto de mi torre en que se asienta el "repique" y aquellas campanas cuyo sonido no olvidarás jamás, atalayabas desde allí tu pueblo alzado sobre el mar, y amado todo el día del sol. Tú no podrás olvidar nunca aquellos "Corpus" en que la procesión que de mi nacía iba recorriendo los caminos de Algorta alfombrados de rosas. En el Puerto Viejo, los más humildes del pueblo sabían recibir como nadie a Aquél que pasó por la tierra rodeado de humildes pescadores como ellos. Hasta las casas más pobres se habían revestido para ese día de la limpia albura de la cal. Allá donde la pobreza no podía allegar colgaduras, pendían de los balcones y ventanas, sobrecamas tan limpias como jamás pudo ponerlas más, mano limpia de mujer. Y en el altar improvisado en "Etxetxu", una exuberancia de flores exhalaba su fragancia, mientras que Jos jilgueros más cantarines y los canarios de timbre armonioso, ebrios de sol y aromas, rivalizaban en himnos a la llegada del Santísimo ante el que se doblaba a toda rodilla. Pues ¿la Semana Santa? Yo sé bien que para tí nada había como ella en todo el año. Mis viejas naves te han visto llorar muchas veces en esos días en que tu alimento eran los Evangelios y los Salmos. Te perdono los bancos que algunos Miércoles rompías cuando chico en tu afán de matar a Judas, a quien tirabas de la barba y hacías otras irreverencias en aquella Cena que se exhibía el Jueves. Pero mirabas con respeto a los demás, sobre todo a aquel San Pedro tan rudo por fuera como tierno por dentro, a quien siempre has llevado y llevas en lo más íntimo de tu corazón. Y, ¿la procesión del Viernes? Es el único día que podías soportar la vista de los soldados portando guardia al cuerpo de Cristo que yacía en aquel hermoso ataúd de cristal. ¡Y aquel San Juan con cara de tan bueno!; y aquella Madre dolorida que

lloraba penas. Habrás oído coros famosos en las más célebres iglesias, pero, emoción tan honda como cuando, detenida la procesión frente al Casino, aquellos modestos cantores del pueblo enconaban el "Stabat Mater", no la has sentido jamás. ¿Cuándo vas a volver? ¡Tu vieja iglesia te espera!

EL DESTERRADO.- Inquieto mar, y perezoso río; tú, viejo caserío, parroquia amada, ¡no me atormentéis más así! Sabéis que desde que la violencia me arrancó de vuestro seno ni un solo día he dejado de soñar con vosotros; sabéis que no podría olvidaros jamás. ¡Un poco nada más, y vuelvo a vuestro lado, como han de volver todos vuestros hijos, a quienes el rodar por el mundo ha hecho conocer que no hay hermosura comparable a vuestra hermosura, ni goce semejante al que hace brotar en el corazón el limpio goce de vuestro amor!

Euzko Gastedi, Caracas, 1959.

YUNQUE Y MARTILLO

Más de una vez he recordado en estos últimos tiempos un episodio antiguo. Era por los tiempos en que Filipo, rey de Macedonia, ambicionaba dominar la Grecia, y veía facilitada su empresa por la abulia de los atenienses, que, en pleno de decadencia, olvidaban su incomparable pasado de luz y libertad.

Sólo una voz se levantaba en Atenas; eso sí, quizá la más perfecta que en tribuna alguna jamás haya resonado; era la voz encendida de Démostenes, uno de los grandes patriotas, también, de la Historia, quien en una de tantas ocasiones increpaba a sus compatriotas, didéndoles más o menos así: "¿A qué esperáis para reaccionar como os corresponde, hombres de Atenas? Por lo que decís, a que algo extraordinario suceda. ¿Y qué más extraordinario que ver a un bárbaro ya casi dueño de la Grecia y a punto de convertir su voluntad en ley de Atenas? Y vais por las esquinas cuchicheando: "Dicen que Filipo ha muerto". "No, pero está muy enfermo". ¡Y qué importa que esté enfermo o muera!, sí vosotros, con vuestra abulia, crearíais en seguida otro Filipo".

Lo que quiere decir, aplicado a nuestro caso: ¿A qué esperamos, patriotas vascos, para poner en tensión toda nueva voluntad en un esfuerzo supremo por la causa de la patria? ¿A qué esperamos para que nuestro pensar se convierta, como quería Víctor Hugo, en una idea con uñas para arañar, con dientes para morder, con nervios y músculos para actuar? Tal vez a que algo extraordinario suceda. ¿Y qué más extraordinario que ver al pueblo dueño de

una inigualada tradición de libertad, sometido a la más vil, la más despreciable, la más abominable de las tiranías? ¿Qué más extraordinario que ver a la nación de más larga perduración que en Europa se conozca, en inminente peligro de extinguirse.

Y como los degenerados atenienses de tiempos de Demóstenes, vamos también muchos de nosotros por ahí diciendo: "Dicen que Franco está muy enfermo; dicen que es enfermedad mortal". ¿Y qué importa que ese desgraciado muera, si nosotros, con nuestra abulia, habríamos de crear en seguida otro caudillo?

Porque es rebajar hasta los suelos el nivel de nuestro problema esto de condicionar su éxito a que el dictador de España se vaya o deje de irse. Con toda la innegable importancia que ello pueda tener para nuestra causa, es preciso tener siempre delante de los ojos que esa causa, la de la libertad y la independencia nacional vasca, la tenemos que encarar desde el ángulo vasco y nada más. Sin perder de visca nunca —y de esto ya hay quien se encargue— oportunidades de las que siempre debemos estar al acecho, la causa de la libertad vasca la tenemos que trabajar, poniendo en actividad todos los resortes del alma nacional, sin comprometer a ésta para nada en ideales ajenos. Es mucho más importante para nosotros el conseguir, mediante nuestra incansante acción, que un vasco que aún no es patriota llegue a serlo, que todas las promesas que puedan dimanar de alianzas con extraños, que sólo durarán mientras a ellos convenga su duración.

Afortunadamente ha crecido estos años en Euzkadi una generación que se ha dado muy bien cuenta de estas y otras verdades. Es una generación en la que, al lado de los jóvenes en que florece la sangre de viejos patriotas, forman los hijos de los carlistas, de los monárquicos, de los enemigos de antes de la guerra. Y es ya una generación mayoritaria, que ha comprendido muy bien que le ha llegado la hora de actuar. Todas las noticias que de allí nos llegan nos hacen pensar firmemente en que ha llegado la hora en que la Resistencia está pasando de yunque a martillo; de la etapa en que todo era aguardar, a aquélla en que deberá golpear y golpear duro. Estamos viviendo promisorios momentos. Y nos alcanza a todos una enorme responsabilidad que no podemos soslayar: la de ayudar a aquellos valientes que están dispuestos a morir, de una vez, al precio de todos los sacrificios, la patria libre y feliz, que ha sido el sueño de toda nuestra vida. Es preciso ayudarles por todos los medios; los económicos, desde luego, y algo más si el caso llega. Porque, al fin y al cabo, para los que ya no somos jóvenes, no es mucha generosidad ofrendar una vida que ya mucho no puede durar, para que por los siglos que han de venir sea libre y digno el vivir de nuestra patria.

Euzko Gastedi, Caracas, 1956.
